



Orson  
Scott Card

# IMPERIO

Una mirada incómoda a un futuro posible

Lectulandia

La terrible visión de una nueva guerra civil en Estados Unidos como consecuencia de la virulencia de los enfrentamientos políticos entre republicanos y demócratas, entre derecha e izquierda. Un problema que no es exclusivo de los Estados Unidos de América...

Un ameno y agitado thriller de acción protagonizado por personajes brillantes y entrañables, acompañado de una interesante y profunda reflexión política.

Lectulandia

Orson Scott Card

# Imperio

ePUB v1.0

Horus01 24.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Hidden Empire*  
Orson Scott Card, Diciembre de 2008.  
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor original: Horus01 (v1.0)  
ePub base v2.0

A Cyndie y Jeremy  
por encontrar el equilibrio entre la ley y la vida  
y por compartir a Víctor y Cataan

## Presentación

Poco voy a decirles ahora de esta novela de Orson Scott Card. El mismo autor incluye un comentario al final del libro (y que recomiendo leer sólo después de la novela...) donde expone una serie de reflexiones que no serían distintas de las que yo pudiera hacer aquí.

Pero algo diré...

Ocurre que esta vez Orson Scott Card se ha atrevido a enfrentarse a los prejuicios habituales en política y, situándose arriesgadamente en un extremo, elabora un ameno y agitado *thriller* de acción con personajes brillantes y entrañables pero en el marco de una nueva Guerra Civil en los Estados Unidos de América.

Para el interés de todos, el problema que desencadena esa nueva guerra civil estadounidense no es exclusivamente americano: el enfrentamiento entre izquierda y derecha, el sectarismo político que parece crecer en todas partes y del que, evidentemente, tampoco España parece estar libre.

Card se atreve a narrar una nueva guerra civil en su país tomando como protagonistas centrales a los soldados que defienden la legalidad constitucional ante el asesinato de un tal vez discutido presidente republicano bastante conservador. Sus protagonistas, inteligentes y entrañables para el lector, son personas que, lógicamente, defienden la Constitución, pero que, evidentemente, actúan al servicio de lo que se consideraría la derecha, pese a su posible legitimidad en el caso que nos ocupa.

No parecen estar los tiempos para este tipo de enfoques.

Algunos lectores parecen confundir este planteamiento con un derechismo irremediable por parte del autor; algo que queda completamente desmentido por ese comentario final al que les remitía antes. Pero los esquemas, los prejuicios y el sectarismo siguen siendo malos consejeros.

Puedo contarles mi sorpresa cuando, entre las críticas que pude conocer de esta novela, brillante y amena como pocas, encontré varias que acusaban a Card casi de ser un animal antediluviano reaccionario y sumamente conservador, algo así como la quintaesencia de la derecha.

No es ésa precisamente la imagen que tengo de Card tras años de conocerlo en persona y de seguir su obra. Siempre me ha parecido un hombre inteligente y sumamente reflexivo, con profundas motivaciones éticas y que en ningún modo responde, al menos para mí, a la imagen que algunos quieren dar de él.

Es cierto que enfocar una nueva guerra civil en Estados Unidos (o en cualquier lugar del planeta) desde la óptica de protagonistas que actúan en favor de la derecha no parece hoy estar muy de moda. Sobre todo cuando la mayor parte de la *intelligentsia* cultural parece definirse a favor de la izquierda y de los llamados progresistas, frente a la derecha de los conservadores.

No ser sectario resulta hoy difícil (incluso, y tal vez sobre todo, para la izquierda, presuntamente más dada a la ética que la derecha...), y atreverse a escribir esta novela no ha debido de ser fácil.

Card pone el dedo en la llaga cuando, en ese comentario final del autor nos dice: *«Una buena definición de fanático es la de alguien tan convencido de sus puntos de vista y sus ideas políticas que está seguro de que todo el que se opone a él debe de ser estúpido, o está engañado o tener algún interés oculto.»*

Desgraciadamente, en lo referente a la política, parece haber muchos más fanáticos que personas que actúan movidas por la racionalidad, tanto en la derecha como en la izquierda...

Algunas de las críticas que leí sobre *IMPERIO* se referían, como les decía, no tanto a la calidad de la obra (es un libro que se devora página a página y cuesta dejarlo a un lado ya que, como *thriller*, está realizado con toda la habilidad narradora de un Card excepcional), sino que preferían referirse a lo que ellos consideraban una orientación exageradamente conservadora y derechista del autor. Eso sugiere que no leyeron el comentario final del autor, sumamente esclarecedor.

Ha ocurrido incluso con los primeros lectores en España. De hecho, he recibido un e-mail diciendo que *«esta novela es bastante tendenciosa hacia la derecha. En el contexto de una sociedad puramente inventada eso no tiene tanta importancia pero, en el contexto de esta obra, los Estados Unidos de mañana mismo, tal como somos, puede resultar un poco ofensivo para algunos lectores»*. No me extrañó, yo ya había leído algunas críticas en ese sentido y, evidentemente, había leído también la novela.

No obstante, pese a esas críticas, decidí seleccionarla para NOVA porque me parece una muy buena novela (muy dinámica, legible y con personajes atractivos), en la que se plantea uno de los grandes problemas de nuestro tiempo: el sectarismo y la intransigencia del fanatismo que siempre quiere ver en el oponente, en el adversario, un feroz enemigo al que no se le otorga categoría humana. Algo así como lo que los nazis pretendieron hacer con los judíos...

Afortunadamente, el correo que recibí finalizaba señalando precisamente: *«Cierto que, al final, el autor hace una llamada a la moderación, pero aun así...»*

O sea que quedan ustedes advertidos.

Por otra parte, les propongo una reflexión que, tras el e-mail que recibí, no deja de atormentarme: ¿se habría redactado y enviado semejante nota de advertencia si esa nueva guerra civil estadounidense se hubiera narrado desde la óptica de esforzados paladines de la izquierda que lucharan contra la tiranía de una derecha conservadora? ¿O acaso habría parecido entonces lo más normal del mundo...?

En cualquier caso, si la Revolución Francesa tuvo su Pimpinela Escarlata con sus aventuras al servicio de una opción conservadora, estos soldados de Operaciones Especiales al servicio de restablecer la legalidad republicana estadounidense no van a

ser menos.

Y no olviden detenerse y reflexionar un poco sobre las interesantes especulaciones que el autor pone en boca de sus personajes sobre si los Estados Unidos actuales son una república o más bien un Imperio, y esa comparación inevitable con el caso del Imperio romano.

O sea que, como se ha dicho, *IMPERIO* se presenta como «*un thriller al estilo de Tom Clancy, pero al mismo tiempo es un relato aleccionador*». Muy acertadamente, al margen de la publicidad política y electoral al uso, me sumo a la opinión que expresaba Jonathan Gronli en el *Independent* de la Northeastern Illinois University: «*IMPERIO es una lectura obligatoria para todos. No importa en qué lado del espectro político se encuentren: esta obra habla de la misma manera a todos los que la leen. Es un libro que se devora página a página, y una advertencia definitiva contra lo que podría llegar a ocurrir en estos tiempos tan increíblemente impredecibles.*»

En cualquier caso, sean ustedes de izquierdas o de derechas, sean ustedes progresistas o conservadores, estoy seguro de que se divertirán con esta amena y agitada novela de Orson Scott Card que parece asegurar tanto la diversión como el debate.

No es poca cosa en los tiempos que corren...

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ



# 1. El capitán Malich

*La traición sólo importa cuando la cometen hombres de confianza.*

El equipo de cuatro americanos llevaba tres meses en la aldea. Su misión era ganarse la confianza de los lugareños para obtener la información necesaria sobre las actividades de un señor de la guerra cercano de quien se creía que daba cobijo a varios agentes de Al Qaeda.

Los cuatro soldados estaban perfectamente entrenados para su misión de Operaciones Especiales. Lo cual significaba que tenían conocimientos acerca de la labranza y la producción agrícola local, el comercio, el almacenamiento de comida y otras cuestiones de las que dependía la supervivencia y la prosperidad de la aldea. Habían llegado con un dominio rudimentario del idioma, pero ya hablaban de modo razonablemente fluido la lengua de la aldea.

Las aldeanas empezaban a encontrar ocasiones para acercarse a cualquiera que fuese el proyecto en el que trabajaban los americanos. Pero los soldados las ignoraban, y a estas alturas los padres de las muchachas sabían que estaban a salvo... aunque eso no les impedía regañarlas por su descaro con hombres que eran, después de todo, infieles, extranjeros y peligrosos.

Pues esos soldados americanos habían sido entrenados para matar: en silencio o ruidosamente, de cerca o de lejos, individualmente o en grupo, con armas o sin ellas.

No habían matado a nadie delante de aquellos aldeanos y, de hecho, no habían matado a nadie, nunca, en ninguna parte. Sin embargo, había algo en ellos, en su estado de alerta, en la manera en que se movían, que invitaba a la precaución, como invita a ella un tigre simplemente por la fluidez de su movimiento y el acecho de sus ojos.

Llegó el día en que regresó uno de los aldeanos, un joven que había estado fuera una semana, y en cuestión de minutos contó la noticia al anciano que, a falta de alguien mejor, era considerado por todos como el consejero más sabio. Él, a su vez, llevó al joven ante los americanos.

Los terroristas, dijo el joven, estaban acumulando armas al suroeste. El señor de la guerra local no había dado su consentimiento; de hecho, lo desaprobaba, pero no se atrevía a intervenir.

—Sería tan feliz como cualquiera de poder deshacerse de esos hombres. Lo asustan igual que asustan a todos los demás.

El joven estaba también, obviamente, asustado.

Los americanos tomaron nota de las coordenadas que les dio y se marcharon del campamento siguiendo una de las trochas que usaban los pastores.

Cuando estuvieron detrás de la primera colina (aunque esa «colina» habría sido

considerada en casi todas partes una montaña), se detuvieron.

—Es una trampa, naturalmente —dijo uno de los americanos.

—Sí —contestó el líder, un joven capitán llamado Reuben Malich—. ¿Pero la harán saltar cuando lleguemos al lugar donde nos envían o cuando regresemos?

En otras palabras, que todos comprendían, ¿estaba la aldea implicada en la conspiración o no? Si lo estaba, la trampa se cerraría lejos.

Pero si los aldeanos no los habían traicionado (aparte del joven), con toda probabilidad la aldea corría tanto peligro como los americanos.

El capitán Malich discutió brevemente las posibilidades con su equipo, así que para cuando dio sus órdenes, todos estaban completamente de acuerdo.

Unos minutos más tarde, usando rutas que habían planeado el primer día, antes incluso de entrar en la aldea, subieron a la colina por cuatro puntos de observación diferentes y divisaron a los hombres que acababan de entrar en la aldea y estaban tomando muchas de las posiciones que la rodeaban y que los americanos habían deducido que emplearían.

El plan de los americanos, en caso de darse semejante emboscada, era abordar esas posiciones con sigilo y matar al enemigo uno a uno, en silencio.

Pero el capitán Malich vio desarrollarse en el centro de la aldea una escena que no podía permitir. Habían sacado al anciano al centro de la polvorienta plaza caldeada por el sol, y un hombre con una espada se disponía a decapitarlo.

El capitán Malich hizo los cálculos mentalmente. Proteger a tus propias fuerzas: ésa era la principal prioridad. Pero si todo fuera cuestión de prioridades, o de la prioridad principal, las naciones mantendrían a sus ejércitos en casa y nunca los llevarían a la batalla.

Allí la principal prioridad era la misión. Si la aldea sufría alguna baja, ya no les importaría que los americanos los salvaran de otras, sólo lamentarían que hubieran traído consigo semejante tragedia. Les suplicarían que se marchasen y los odiarían si no lo hacían.

Allí estaban los terroristas, lo que demostraba que, como se sospechaba, actuaban en la zona. Esa aldea había sido una buena elección. Lo que significaba que sería un terrible desperdicio perder la confianza que habían conseguido.

El capitán Malich empuñó su arma y, tras calcular la fuerza y la dirección del viento y la distancia, apuntó con cuidado y mató al hombre de la espada de un solo disparo.

Los otros tres americanos comprendieron de inmediato el cambio de planes. Apuntaron a los enemigos que podían ponerse a cubierto con mayor facilidad y los mataron. Luego se dispusieron a matar a los otros uno a uno.

Naturalmente, el enemigo respondió al fuego. El propio capitán Malich fue alcanzado, pero su chaleco antibalas contrarrestó el impacto de un arma disparada

desde tan lejos. Y mientras el fuego enemigo se volvía más esporádico, Malich contó los enemigos muertos y comparó la suma con el número que había visto en la aldea yendo de edificio en edificio. Hizo la señal con la mano que indicaba al resto del equipo que iba a avanzar, y sus compañeros dispararon a todo el que parecía estar situándose en posición para matarlo mientras bajaba la cuesta.

En sólo unos minutos ya estaba entre los pequeños edificios de la aldea. Aquellas paredes no detendrían las balas y había gente agazapada dentro de las casas. Así que no esperaba tener que disparar mucho. Sería un trabajo para el cuchillo.

Era bueno con el cuchillo. No supo hasta entonces lo fácil que era matar a otro hombre. La adrenalina que corría por sus venas embotó la parte de su mente que podría haber tenido reparos en matar. En lo único que pensó en ese momento fue en lo que había que hacer, y en lo que el enemigo podía hacer para detenerlo, y simplemente relajó la tensión del cuchillo un momento mientras empezaba a buscar otro blanco.

A esas alturas sus hombres estaban ya en la aldea, haciendo sus propias versiones del mismo trabajo. Uno de los soldados encontró a un terrorista que había tomado a un niño como rehén. No hubo ningún intento de negociación. El americano apuntó al instante, disparó, y el terrorista cayó al suelo muerto con una bala en el ojo.

Al final, el único terrorista superviviente se dejó llevar por el pánico. Corrió hasta el centro de la plaza, donde muchos de los aldeanos estaban aún acurrucados, y apuntó con su arma automática para eliminarlos.

Al anciano todavía le quedaba algo de fuerza en sus viejas piernas y se abalanzó hacia el arma automática cuando ésta empezaba a disparar.

El capitán Malich era quien estaba más cerca del terrorista y lo abatió de un disparo. Pero el anciano había recibido una herida mortal. Cuando Malich llegó a su lado, se estremeció una última vez y murió en un charco de sangre que manaba de los dos balazos de su abdomen.

Reuben Malich se arrodilló junto al cadáver y dejó escapar un agudo alarido de profundo pesar, la angustia de un alma atormentada. Se abrió la camisa del uniforme y se golpeó repetidamente en el pecho. Aquello no formaba parte del entrenamiento. Nunca había visto a nadie hacer algo así, en ninguna cultura. Que se golpeará de aquel modo les pareció a sus compañeros una especie de locura. Pero los aldeanos supervivientes se unieron a él en su pena o lo observaron llenos de asombro.

Momentos después volvió al trabajo y se puso a interrogar al abyecto joven traidor mientras los otros soldados explicaban a los aldeanos que aquel muchacho no era el enemigo sino sólo un niño asustado a quien habían coaccionado y mentido y que no merecía la muerte.

Seis horas más tarde, el campamento base terrorista fue barrido por las bombas americanas; al mediodía siguiente, había sido despejada hasta la última cueva por

soldados americanos traídos en helicóptero.

Luego todos se marcharon. La operación había sido un éxito. Los americanos informaron de que no habían sufrido ninguna baja.

—Por lo que nos contó uno de sus hombres —dijo el coronel—, nos preguntamos si es posible que decidiera poner a sus soldados en peligro al disparar inmediatamente debido a un lazo emocional con los aldeanos.

—Eso es lo que pretendí que pareciera —respondió el capitán Malich—. Si permitíamos que en la aldea hubiese bajas antes de que llegáramos, creo que habríamos perdido su confianza.

—Y cuando lloró junto al cadáver del líder de la aldea...

—Señor, tenía que honrarlo de un modo que lo entendieran, para que su heroica muerte se convirtiera en un activo para nosotros en vez de en un inconveniente.

—¿Todo fue fingido?

—Nada fue fingido —dijo el capitán Malich—. Todo lo que hice fue permitir que se viera.

El coronel se volvió hacia su ayudante.

—Muy bien, apague la cinta. —Se volvió entonces hacia Malich—. Buen trabajo, mayor. Póngase en camino hacia Nueva Jersey.

Así se enteró Reuben Malich de que ya no era capitán. En cuanto a Nueva Jersey, no tenía ni idea de lo que iba a hacer allí, pero al menos se hablaba el mismo idioma, y habría menos gente que quisiera matarlo.

## 2. Reclutamiento

*¿Cuándo se pone el primer pie en la escalera hacia la grandeza o en la resbaladiza pendiente de la traición? ¿Lo sabes en ese momento o lo descubres al mirar atrás?*

—Todo el mundo compara Estados Unidos con Roma —dijo Averell Torrent a los estudiantes graduados sentados alrededor de la mesa—. Pero la comparación no es acertada. Siempre se dice: «Estados Unidos caerá, como hizo Roma.» ¡Ojalá que tengamos tanta suerte! Caigamos igual que lo hizo Roma: ¡después de quinientos años de dominio mundial!

Torrent sonrió maliciosamente.

El mayor Reuben Malich hizo una anotación... en persa, como solía hacer, para que nadie de la mesa entendiera lo que escribía, que era: el propósito de Estados Unidos no es dominar nada. No queremos ser Roma.

Torrent no esperó a que terminara de tomar nota.

—La verdadera pregunta es: ¿qué puede hacer Estados Unidos para *durar* como lo hizo Roma?

Torrent contempló la mesa. Estaba rodeado de estudiantes sólo un poco más jóvenes que él, pero nadie ponía en duda su autoridad. No todo el mundo escribe una tesis doctoral que se convierte en portada de todas las revistas políticas e internacionales. Sólo Malich era mayor que Torrent; sólo Malich no confundía la diferencia entre Torrent y Dios. Pero claro, sólo Malich creía en Dios, así que a los otros podía perdonárseles la confusión.

—El único motivo por el que nos preocupa la caula de Roma —dijo Torrent— es porque esa aldea que hablaba latín en el corazón de la península italiana impuso su cultura y su lengua en la Galia e Iberia y Tracia y Britania, e incluso después de que cayera, las tierras que conquistaron se aferraron cuanto les fue posible a esa cultura. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo Roma tanto *éxito*?

Nadie se aventuró a hablar. Así que, como de costumbre, Torrent se centró en Malich.

—Preguntémoselo al Soldadito. Usted forma parte de las legiones de Estados Unidos.

Reuben se negó a permitir que la burla lo afectara. No había que perder la calma frente al enemigo. Si él era el enemigo.

—Esperaba que usted respondiera a eso, señor —dijo Malich—. Ya que es el tema general del curso.

—Tanto más motivo para que ya hayan pensado algunas de las posibles respuestas. ¿Me está diciendo que no se le ha ocurrido ninguna?

Reuben había estado pensando en respuestas a esa pregunta, y a otras similares, desde que le había echado el ojo a la carrera militar, en séptimo grado. Pero no dijo nada y se limitó a dirigir a Torrent una mirada firme que no traslucía nada, ni siquiera desafío, y desde luego ninguna hostilidad. En el aula americana moderna, el rostro de batalla de un soldado era una expresión de perfecta tranquilidad.

Torrent lo pinchó.

—Roma conquistó implacablemente a docenas, a cientos de naciones y tribus. ¿Por qué entonces, cuando Roma cayó, esos antiguos enemigos se aferraron a la cultura *romana* y consideraron propia la cultura *romana* durante mil años y más?

—Por el tiempo —dijo Reuben—. La gente se acostumbró a estar bajo dominio romano.

—¿De verdad cree que el tiempo lo explica? —preguntó Torrent, despectivo.

—Por supuesto —dijo Reuben—. Mire China. Después de unos cuantos siglos, la mayoría llegaron a identificarse tanto con sus conquistadores que se consideraron chinos también. Lo mismo sucedió con el islam. Con tiempo suficiente y ninguna esperanza de liberación o de revuelta, acabaron por convertirse al islam. Incluso llegaron a considerarse *árabes*.

Como de costumbre, cuando Reuben respondía Torrent desistía, no de un modo obvio y respetuoso que diera a entender que Reuben pudiera estar en lo cierto en un par de puntos, sino simplemente volviéndose hacia otro para formular una nueva pregunta.

La discusión pasó luego a centrarse en la Unión Soviética y lo ansiosamente que sus pueblos se habían librado del yugo ruso a la primera oportunidad. Pero al cabo de un rato Torrent insistió nuevamente en Roma... y en preguntar al mayor Reuben Malich.

—Si Estados Unidos cayera hoy, ¿cuánto quedaría de nuestra cultura? La mayoría de los países de habla inglesa lo son gracias al Imperio británico, no por mérito estadounidense. ¿Qué quedará de nuestra civilización? ¿Las camisetas? ¿La Coca-Cola?

—La Pepsi —bromeó uno de los estudiantes.

—McDonald's.

—Los iPods.

—Divertido, pero trivial —dijo Torrent—. Soldadito, díganoslo usted. ¿Qué quedaría?

—Nada —dijo Reuben inmediatamente—. Nos respetan porque tenemos un ejército peligroso. Adoptan nuestra cultura porque somos ricos. Si fuéramos pobres y estuviéramos desarmados, se desprenderían de la cultura americana como una serpiente de su piel.

—¡Sí! —dijo Torrent. Los otros estudiantes se sorprendieron tanto como Reuben,

aunque Reuben no dejó que se le notara. ¿Torrent estaba *de acuerdo* con el soldado?

—Por eso no hay comparación posible entre Estados Unidos y Roma —dijo Torrent—. Nuestro imperio no puede caer porque nosotros no somos un imperio. Nunca hemos pasado de la etapa republicana a la imperial. Actualmente compramos y vendemos y, de vez en cuando, nos metemos a empujones en otros países, pero cuando nos tocan las narices los tratamos como si tuvieran derecho a hacerlo, como si nuestra nación y su penosa debilidad fueran equivalentes. ¿Imaginan lo que hubiera hecho Roma si un «aliado» la hubiese tratado como Francia y Alemania han estado tratando a Estados Unidos?

La clase se echó a reír.

Reuben Malich no se rio.

—El hecho de que no actuemos como Roma es una de las mejores cosas que tiene Estados Unidos —dijo.

—¿No es irónico entonces que nos vilipendien por ser como Roma precisamente porque no lo somos cuando, si actuáramos como lo hacía Roma, *entonces* nos tratarían con el respeto que merecemos? —repuso Torrent.

—¡El coco me va a estallar! —dijo uno de los estudiantes más agudos, y todos volvieron a reírse. Pero Torrent continuó con su argumentación.

—Estados Unidos está viviendo la etapa final de su república. Igual que el Senado romano y los cónsules fueron incapaces de gobernar sus extensos dominios y combatir a sus enemigos, la anticuada Constitución estadounidense es un chiste. Los burócratas y los tribunales toman la mayoría de las decisiones; la prensa decide qué presidente tendrá suficiente apoyo público para gobernar. Funcionamos sólo por inercia, pero si Estados Unidos quiere una política a largo plazo, no podemos continuar así.

Aunque los argumentos de Torrent coincidían mucho con lo que Reuben opinaba que iba mal en Estados Unidos, tenía que rebatir el argumento histórico: las dos situaciones no podían compararse.

—La República romana terminó porque el pueblo se hartó de las interminables guerras civiles entre señores de la guerra rivales. Agradecieron que un hombre fuerte como Octavio eliminara a todos los rivales y restaurara la paz. Por eso se animaron a hacerle llevar la púrpura y tomar el nombre de Augusto.

—Exactamente —dijo Torrent, apoyándose en la mesa y señalándolo con un dedo—. Naturalmente, un soldado va directamente al meollo del asunto. Sólo un necio cree que los giros de la historia se miden por otra cosa que no sean las guerras que se libraron y quién las ganó. La supervivencia del mejor adaptado: ésa es la medida de la civilización. Y la supervivencia se determina en el campo de batalla. Donde un hombre mata a otro, o muere, o huye. La sociedad cuyos ciudadanos aguantan y luchan es la que tiene más posibilidades de sobrevivir lo suficiente para que la

historia repare en ella.

Uno de los estudiantes hizo el obligatorio comentario sobre el hecho de que concentrarse en la guerra es omitir la mayor parte de la historia. Torrent sonrió y le indicó a Reuben que contestara.

—Quienes ganan las guerras escriben la historia —dijo Reuben diligentemente, preguntándose por qué de pronto recibía aquella demostración de respeto por parte de Torrent.

—Augusto mantuvo la mayoría de las formas del antiguo sistema —continuó Torrent—. Rechazó proclamarse rey, fingió que el Senado todavía significaba algo. Así que el pueblo lo amaba porque protegía sus ilusiones republicanas. Pero lo que en realidad fundó fue un imperio tan fuerte que pudo sobrevivir a incompetentes y locos como Calígula y Nerón. Fue el imperio, no la república, lo que dio a Roma el gobierno más fuerte y duradero de la historia.

—¿Está diciendo que Estados Unidos necesita hacer lo mismo? —preguntó Reuben Malich.

—¡En absoluto! —respondió Torrent, fingiéndose horrorizado—. ¡Dios no lo quiera! Sólo digo que si Estados Unidos quiere alguna vez tener un peso en la historia como lo tuvo Roma, en vez de ser un breve episodio como fueron los imperios caldeo o sasánida, será porque habremos engendrado a nuestro propio Augusto, y gobernaremos allá donde ahora sólo compramos y vendemos.

—Entonces espero que caigamos antes —dijo Reuben Malich. Supo al decirlo que debería haberse guardado aquel comentario para sus notas en árabe. Ésa era la trampa a la que lo había conducido Torrent al demostrarle respeto; sin embargo, sabiendo que se había descubierto y que sin duda Torrent lo ignoraría, no podía guardar silencio, porque entonces los estudiantes estarían convencidos de que aquel soldado anhelaba tanto el imperio como aparentemente lo anhelaba Torrent—. Estados Unidos existe como idea —dijo Reuben—, y si renunciamos a esa idea, entonces no habrá ningún motivo para que Estados Unidos exista.

—Oh, Soldadito, pobrecillo —dijo Torrent—. La idea de Estados Unidos se perdió con la Seguridad Social. Pusimos el clavo en el ataúd con los derechos colectivos. No queremos la libertad individual porque no queremos asumir individualmente la responsabilidad. Queremos que otro se encargue de nosotros. Si tuviéramos un dictador que hiciera que todo funcionara mejor que nuestro sistema actual y al mismo tiempo fingiera respetar el Congreso, le lameríamos la mano como perros.

Todos los alumnos del seminario hicieron muecas, pero no porque pensaran que estaba equivocado, sino porque aquello sonaba a neoconservadurismo.

—Una vez más —les recordó Torrent—. No estoy abogando por nada. Sólo hago una observación. Somos historiadores, no políticos. Tenemos que examinar cómo



funcionan nuestras instituciones, no cómo deseamos engañarnos pensando que deberían funcionar. Nuestra política a corto plazo frustra siempre los intereses nacionales a largo plazo. No podemos arreglar la Seguridad Social, no podemos arreglar el sistema fiscal, no podemos arreglar el déficit comercial, no podemos arreglar las exportaciones, no podemos arreglar nada porque siempre hay dinero de campañas implicado o la demagogia impide cualquier avance. ¡Entre la ANR<sup>[1]</sup> y la AAPR,<sup>[2]</sup> ni siquiera se pueden hacer las cosas sobre las que las grandes mayorías están de acuerdo en que deben hacerse! La democracia a esta escala no funciona, no funciona desde hace años. Y en cuanto a la idea americana, nos desprendimos de ella con la Gran Depresión y *nadie la echa de menos*. —Entonces sonrió—. Excepto tal vez el Soldadito.

La Universidad de Princeton era justo lo que Reuben esperaba que fuera: hostil a todo lo que él valoraba, despectiva, con ínfulas y estrecha de miras. De hecho, exactamente como los de la universidad pensaban que era el Ejército.

Siguió pensando, durante el primer par de semestres, que tal vez esa actitud suya hacia ellos era tan cegata y tendenciosa y equivocada como la de ellos hacia él. Pero clase tras clase, seminario tras seminario, descubrió que demasiados estudiantes estaban decididos a seguir ignorando cualquier dato del mundo real que no encajara con sus ideas preconcebidas. E incluso aquellos que trataban de mantener la amplitud de miras simplemente no advertían la magnitud de las mentiras que les habían contado sobre la historia, los valores, la religión, todo. Así que tomaban los hechos históricos y los cotejaban con los dogmas de los catedráticos izquierdistas y pensaban que la verdad se encontraba en algún punto intermedio.

Y por lo que Reuben podía decir, el punto intermedio que encontraban seguía estando muy lejos de cualquier dato fidedigno sobre el mundo real.

«¿Soy igual que ellos, un intolerante que sólo aprende lo que encaja con mi visión del mundo?» Eso era lo que no paraba de preguntarse. Pero finalmente llegó a la conclusión de que no, no lo era. Se enfrentaba a cada información nueva tal como venía. Cuestionaba sus propias convicciones cada vez que la información parecía violarlas. Cambiaba de opinión, y a menudo. A veces sólo en parte, a veces por completo. Héroe que una vez había admirado (Douglas MacArthur, por ejemplo) le daban horror. ¿Cómo podía un comandante ser tan engreído tan infundadamente? De otros a los que antes no apreciaba (aquel gran burócrata, Eisenhower, o aquel terrible incompetente, Burnside), había aprendido a apreciar no pocas virtudes.

El Ejército lo había enviado allí para aprender eso, se daba cuenta. Sí, un doctorado en historia sería útil. Pero en realidad estaba consiguiendo un doctorado en dudas y escepticismo, una licenciatura en la retórica y las creencias de la loca izquierda. Podría sentarse en una habitación con un senador de la extrema izquierda y

escucharlo con cara seria, sin tener que rebatir ningún punto, y comprendiendo por completo todo lo que decía y todo lo que daba a entender.

En otras palabras, estaba aprendiendo acerca del enemigo igual que cuando estaba en una misión de Operaciones Especiales en un país extranjero que ignoraba (oficialmente al menos) su presencia.

La Universidad de Princeton era como un planeta alienígena. Reuben Malich el astronauta que había perdido el casco... y se pasaba día tras día resollando en busca de aire.

Tuvo que adquirir la disciplina de hierro del soldado que trabaja con el Gobierno: la habilidad de permanecer en la misma sala con la estupidez y no decir nada, no dejar intuir nada.

Sin embargo, el verdadero peligro no era que perdiera los nervios. En el segundo año de carrera comprendió que empezaba a aceptar algunas de las ideas más absurdas como si tuvieran alguna base de verdad. Era Goebbels en la práctica: si cuentas las mismas mentiras el tiempo suficiente y con suficientemente énfasis, incluso la gente que más sabe acaba dándote la razón.

Somos animales tribales. No podemos enfrentarnos mucho tiempo a la tribu.

Gracias al cielo podía volver a casa con Cecily cada día. Ella era su ancla con la realidad. Contrariamente a la izquierda de pega de la universidad, Cessy era una auténtica liberal a la antigua usanza, una demócrata de la tradición que llegó a su cénit con Truman y tocó su última trompeta con Moynihan.

Era parte de la locura de su matrimonio, el motivo por el que su padre no dejaba de preguntarle, incluso el misino día de la boda:

—¿Tienes la menor idea de lo que estás haciendo?

Porque Reuben no sólo estaba comprometido con valores conservadores, era también de familia y educación serbias, un cristiano ortodoxo que sabía serbio porque sus padres se habían asegurado de que lo aprendiera.

Cessy era croata. Católica, sí, pero también de la tribu que los serbios más odiaban. Serbios y croatas habían sido en el pasado el mismo pueblo. Pero los turcos habían gobernado Serbia durante mucho tiempo y Croacia había estado por su parte bajo la protección de la católica Austro-Hungría. ¿Qué sabían los croatas de opresión y sufrimiento? Y cuando llegaron los nazis, colaboraron con los conquistadores, y el precio de su perfidia se pagó con sangre serbia.

Nadie olvidaba cosas como ésa en los Balcanes. Esas heridas escocían generación tras generación. Así que, cuando Reuben volvió a casa desde Ohio con una chica *croata* y la dejó con su familia mientras se marchaba a cumplir su servicio de entrenamiento en la reserva a su país, sus padres estaban escandalizados.

Ella se los ganó por completo. Era difícil creer que nadie pudiera vencer el férreo odio de su padre por los croatas, pero Cessy había insistido en que no pasaría nada y

que se marchara a jugar a los soldados un rato. Y cuando Reuben regresó a casa de permiso la primera vez, rápidamente quedó claro no sólo que su familia apreciaba a Cessy, sino que la apreciaba mucho más que a Reuben. Oh, decían que todavía lo querían más a él, pero él sabía que era sólo para hacer que se sintiera bien. Ellos *adoraban* a Cessy.

Y a él le parecía bien.

—Deberías ser nuestra embajadora ante las Naciones Unidas —le dijo durante aquel primer permiso—. Podrías hacer que hutus y tutsis fueran amigos. Podrías conseguir que israelíes y palestinos se abrazaran y besaran. Hindúes y musulmanes, hindúes y sijs, shia y baha'i, vascos y españoles...

—Vascos y españoles no —le dijo ella—. Ese problema se remonta a cuando todavía había mastodontes en Europa. Es prácticamente como si fueran cromañones contra neardentales.

—Quiero que nuestros bebés sean tan listos como tú y tan duros como yo —dijo él.

—Yo sólo quiero que se parezcan a mí —dijo Cessy—. Porque tener hijas que se parezcan a ti sería cruel.

Sus hijas se parecieron en efecto a Cessy, y sus hijos tenían el cuerpo esbelto y flexible de Reuben, y en general su vida familiar era perfecta. Eso se encontraba cada día cuando volvía a casa de la facultad; ése era el entorno en el que estudiaba. Ésa era la raíz en la realidad que seguía llamándolo desde el borde de la seducción de aquella tierra de fantasía académica.

Hasta que Averell Torrent decidió que quería el alma de Reuben.

No era la primera vez que un profesor acosaba a Reuben. Se habían molestado porque había asistido a clase de uniforme el primer día. Se lo habían tomado como una afrenta. ¿Por qué no iban a hacerlo? Eso había pretendido.

Algunos simplemente lo ignoraron el resto del semestre, hasta que su trabajo durante el curso los obligó a ponerle sobresaliente. Otros le declararon la guerra, pero con sus burdos ataques a Reuben siempre conseguían que el tiro les saliera por la culata y se ganaba la simpatía de los otros estudiantes, porque Reuben respondía a todos los ataques con infalible cortesía y sensatez. Muchos empezaron a defenderlo... y por extensión a defender el Ejército. Así que Reuben decidió perder tranquilamente todas las batallas en clase por los corazones y las mentes de los estudiantes, pero ganó la guerra.

Con Torrent, sin embargo, mientras estudiaban los imperios antiguos (Egipto, China) y las antiguas repúblicas (primero Atenas, luego Roma), para los compañeros de clase se convirtió en un espectáculo de enfrentamiento entre Torrent y Reuben. No se enfadaban con Reuben (sabían que era Torrent quien siempre iniciaba sus largos

debates que consumían toda la clase), pero lamentaban el hecho de que Reuben Malich hubiera acaparado su única clase con el gran hombre.

«No puedo evitarlo —respondía Reuben en silencio a su malestar—. Viene a por mí. ¿Qué se supone que debo hacer, taparme los oídos y cantar en voz alta para no oír sus preguntas?» Aunque se sentía tentado de hacer precisamente eso. Porque lo que Torrent decía de Estados Unidos y el imperio tenía una lógica perversa. Mientras que los otros estudiantes se iban por las ramas discutiendo si las declaraciones de Torrent eran «conservadoras» o liberales», «reaccionarias» o «políticamente correctas», Reuben no podía dejar de darle vueltas a la afirmación de Torrent: que Estallos Unidos no estaba en la situación de Roma antes de su caída, sino en la situación de Roma antes de que la guerra civil destruyera la República y propiciara la dictadura de los Césares.

Así que cuando Torrent finalmente acalló los intentos de los estudiantes por adscribir sus observaciones a uno u otro campo político, Reuben se dispuso a hablar.

—Señor —dijo—, si la guerra civil es la precursora necesaria del fin de la democracia...

—De la fachada de democracia.

—Entonces eso significa que nuestra república, tal como está, se encuentra a salvo. Porque nosotros no tenemos señores de la guerra. No tenemos ejércitos privados.

—Querrá usted decir «de momento» —contestó Torrent de inmediato—. Querrá decir «que sepamos».

—No somos Yugoslavia —respondió Reuben, el ejemplo más obvio, para él al menos—. No tenemos claras divisiones étnicas.

De nuevo, una avalancha de protestas de los otros alumnos. ¿Y los negros? ¿Los hispanos? ¿Los judíos?

Debatieron un rato, pero Reuben estaba decidido a seguir el hilo de su razonamiento.

—Podemos tener tumultos, pero no guerras sostenidas, porque los bandos están demasiado mezclados geográficamente y los recursos son demasiado unilaterales.

Torrent negó con la cabeza.

—Las semillas de la guerra civil están siempre ahí, en cada país. Inglaterra en el siglo XVII... nadie hubiese dicho que aquellos engreídos puritanos provocarían una guerra civil entre monárquicos y puritanos, y, sin embargo, lo hicieron.

—Entonces cree *usted* que Estados Unidos podría dividirse en dos facciones capaces de librar una guerra sostenida? —preguntó Reuben.

Torrent sonrió.

—El estado rojo y el estado azul.<sup>[3]</sup>

—Yo lo digo. Pero la división geográfica sigue estando clara. El Noreste y la

Costa Oeste contra el Sur y el Centro, con algunos estados divididos porque están demasiado equilibrados.

—Nadie va a *combatir* por esas diferencias.

Torrent esbozó su irritante sonrisa de superioridad.

—El discurso actual es ya tan apasionado y demencial y está tan cargado de odio como lo estuvo el de la esclavitud antes de la primera Guerra Civil... e incluso entonces la mayoría de la gente se negó a creer que la guerra fuese posible hasta que cayó Fort Sumter.

—Una cosa —dijo Reuben—. Una cosita nada más.

—¿Sí?

—El Ejército de Estados Unidos está absolutamente dominado por los ideales del estado rojo. Hay algunos azules, sí, por supuesto. Pero no te enrolas en el Ejército, por lo general, a menos que compartas bastante la ideología del estado rojo.

—Entonces, como los del estado rojo controlan el Ejército, usted piensa que no puede haber una guerra civil.

—Creo que es improbable.

—No se burle de mí.

Reuben se encogió de hombros. No se estaba burlando, estaba especificando, pero que Torrent pensara lo que quisiera.

—¿Y si la Casa Blanca controlara el estado azul? —preguntó Torrent—. ¿Y si el presidente ordenara que las tropas estadounidenses dispararan contra los ciudadanos americanos que lucharan por los ideales del estado rojo?

—Nosotros obedecemos al presidente, señor.

—Porque piensan que los llamarán para disparar contra los grupos de milicias de chalados neofascistas de Montana —dijo Torrent—. ¿Y si les dijeran que dispararan contra la Guardia Nacional de Alabama?

—Si hubiera una rebelión en Alabama, lo haríamos de inmediato.

—«Si» —dijo Torrent—. Nos encontramos con el primer «si» de nuestro soldadito. Obedecería al presidente «si». —Torrent sonrió triunfal—. Las guerras civiles se libran cuando los líderes descubren cuáles son esos «sies» y los explotan. Yo sólo dispararía contra mi vecino «si». Y entonces un político te dice que ese «si» ya ha ocurrido.

Todos miraron a Torrent en silencio, esperando la demostración que sabían que venía a continuación.

—La ideología no importa. Tiene razón, no le importa a nadie. Y cualquiera está dispuesto a disparar contra el vecino si está convencido de que su vecino se está armando para dispararle.

Reuben sabía bien cómo era aquello. Pocos serbios, croatas o musulmanes de la antigua Yugoslavia habían imaginado que pudieran ir a la guerra: la tasa de

matrimonios interraciales era tan alta que resultaba obvio que un grupo nunca se enfrentaría al otro.

Pero sólo hizo falta que un puñado de chalados armados le dispararan a uno porque sus padres eran croatas, aunque a él nunca le hubiera importado. Si te atacan porque formas parte de un grupo, entonces contestas como miembro de ese grupo.

—Te obligan a tomar partido por un bando u otro, lo quieras o no, cuando las balas empiezan a volar —dijo Reuben.

—Las balas ni siquiera tienen que volar —asintió Torrent—. Basta con que creas que intentan dispararte. Las guerras se libran porque nos creemos las amenazas del otro bando.

—Lo cual sugiere —dijo Reuben— que las guerras también se pierden porque un bando no se las cree hasta que es demasiado tarde.

—Ahí lo tenéis —dijo Torrent, mirando triunfal al resto de la clase—. Aquí mismo, en esta clase, he persuadido a un soldado muy bien entrenado que aborrece la idea de una guerra civil para que *se plantee* esa posibilidad.

Los otros se echaron a reír y miraron a Reuben Malich con una mezcla de burla y compasión. Había caído en la trampa de Torrent.

Pero Reuben sabía una cosa. Torrent era un historiador serio. Igual que Reuben. Torrent tenía razón. Una guerra civil podía librarse en cualquier parte, si alguien tenía la voluntad, la inteligencia y el poder para tirar de las cuerdas adecuadas, de pulsar los botones adecuados, de encender los fuegos adecuados.

La clase se alargó bastante, cosa que era común con Torrent, porque nadie quería que dejara de hablar. Y después de clase muchos se entretuvieron en hablar con él sobre los trabajos escritos que estaban preparando. Todos tenían su ácida pluma, que vertía andanadas de críticas implacables en sus páginas. Querían hacerlo bien al primer intento.

A Reuben no le importaban las notas, sobre todo porque sacaba sobresaliente en todo. Así que, cuando terminaba la clase, siempre se marchaba de inmediato. Aquel día, sin embargo, Torrent lo llamó antes de que pudiera irse. Quedarse implicaba que Reuben se saltaría la clase de Conflictos Africanos Contemporáneos. Pero cuando un hombre como Torrent te llama, acudes, porque lo que Torrent piensa importa más que nada. Incluso más que tú mismo.

Finalmente, se quedaron solos en el aula.

—Mayor Reuben Malich —dijo Torrent—. No es que me guste mucho su modo de pensar, lo que me gusta es que piensa.

—Todos pensamos, señor.

—No, mi buen soldado, no todos pensamos. Pensar es raro, cada vez más raro, sobre todo en las universidades. Los estudiantes tienen éxito aquí dependiendo de hasta qué punto pueden convencer a los idiotas de que piensan como ellos.

—No todos los profesores son idiotas.

—La universidad es como el instituto: aprendes a seguir la corriente. La mitad de los que acaban en la universidad son los lameculos y los que siguen la corriente. Usted está aquí sólo porque le ordenaron que viniera. Preferiría estar en Oriente Medio dirigiendo a las tropas en combate. ¿Verdad?

Reuben no contestó.

—Muy sensato por su parte —dijo Torrent—. Tengo una pregunta para usted. Si le dijera que la guerra civil de la que hablo se está gestando ahora mismo, ¿hasta dónde llegaría usted?

—No haría nada para ayudar a ningún bando, y nada para impedir que sucediera.

—Pero los dos bandos, antes de que comience la lucha son: los acalorados por un lado, la gente racional por el otro, tratando de controlarlos.

—Los soldados no tienen poder para impedir las guerras, señor, excepto siendo tan invencibles que ningún enemigo se atreva a desafiarlos.

—¿Y está usted dispuesto a apostar su vida, la vida de su familia, por la creencia de que la guerra civil es imposible?

—Exactamente, señor. Ya confío la vida de mi familia a esa creencia. Es como el asteroide que chocará con la Tierra. Sucederá algún día, desde luego. Pero hoy por hoy, no hay ninguna prisa para planear cómo evitarlo.

—Y cuando ese asteroide venga hacia la Tierra, ¿cómo lo sabrá? ¿Lo verá usted?

—No, señor, confío en que los astrónomos nos avisen. Y sé dónde quiere ir a parar: cree que usted es el astrónomo que nos advierte acerca de una colisión política y social.

—Más bien el hombre del tiempo, que localiza la tormenta y la ve adquirir la fuerza de un huracán.

—¿De pie delante de la cámara, bajo la lluvia, atado a un pararrayos?

Torrent sonrió.

—Me entiende usted perfectamente.

—¿Qué está proponiendo, señor? —dijo Reuben—. Porque me está proponiendo algo, ¿no?

—Hay quienes están intentando impedir la guerra civil. Gente que está en posición de compartir información esencial para impedir que armas peligrosas lleguen a manos de quienes estarían dispuestos a utilizarlas para provocar esa guerra que nadie quiere.

—Hacer un doctorado en Princeton no es exactamente una posición estratégica.

—Pero se gradúa usted al final de este semestre, *n'est-ce pas*?

—Y vuelvo al Ejército, señor. Ya tengo destino: proteger los intereses americanos en ultramar.

—Sí, lo sé —dijo Torrent—. Operaciones Especiales. Un buen trabajo en ese país

que no podemos nombrar.

Reuben se había topado con lo mismo antes: gente que fingía tener información interna para intentar sonsacársela.

—No sé de qué habla, señor. No estoy en Operaciones Especiales.

—Creo que hizo usted muy bien al abrir fuego cuando lo hizo, y tendrían que haberle concedido el Oscar por la manera en que lloró junto al anciano muerto.

Bueno, tal vez supiera algo, pero eso no implicaba que Reuben pudiera fiarse de él.

—No suelo llorar mucho, señor.

—Sería el primero en ganar un Oscar por una actuación que salvó vidas.

—Creo que está usted intentando comprometerme, señor, y no lo permitiré.

—Maldita sea —dijo Torrent—. Intento averiguar si estaría interesado en llevar a cabo una misión secreta para ayudar a mantener unido este país e impedir que caiga en el caos más absoluto.

—Y que se convierta en un imperio.

—Si tuviera algún modo de ayudarnos en el esfuerzo para impedir la guerra civil, para salvar la república tal como está, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar?

—Soy mayor del Ejército de Estados Unidos, señor. Nunca faltaré a mi juramento.

—Sí —dijo Torrent—. Sí, con eso cuento. Es usted un estudiante soberbio, ¿lo sabe? El mejor que he tenido en años. Y conozco a gente, dentro y fuera del Gobierno, que trata de impedir discretamente la guerra civil. Tiene usted mi solemne juramento de que todo el que contacte con usted en mi nombre nunca le pedirá que haga nada que viole el suyo.

—Escucharé. Es todo lo que prometo.

—Entonces escuche esto. La primera prueba es si se lo dirá o no a su esposa.

—Le diré a Cessy todo lo que no sea de carácter secreto. Si no le gusta, considéreme fuera.

—¿Y si ese conocimiento pudiera acabar con su vida?

—Entonces se lo diría sin dudar. Porque si alguien sospechara que yo *podría* habérselo dicho, la mataría lo hubiera hecho o no. Sabiéndolo, ella será consciente del riesgo.

—Me alegra oírlo, entonces —dijo Torrent.

—¿Se alegra?

—Ésa era la prueba. Si fuera usted capaz de traicionar a su esposa y hacer algo así a sus espaldas, podría traicionar a cualquiera.

Con una sonrisa, Torrent recogió su maletín repleto y salió del aula.

Reuben asistió a su siguiente clase, a la que llegó irremediadamente tarde, con la mente desbocada. «Acaba de reclutarme. Ni siquiera sé cuál es la conspiración y me



ha reclutado apelando a mi inteligencia, mis lealtades, mi deseo de estar donde hay acción.»El problema era que aquello lo atraía por todo eso y por mucho más.

Reuben se daba cuenta de que Torrent le había calado. La única pregunta que quedaba por responder era: «¿Es Torrent un buen hombre? Si me uno a esa misión clandestina que tiene en marcha, ¿estaré en el bando adecuado?»

### 3. Chico nuevo

*El amor heroico es hacer lo que le conviene a la persona amada independientemente del deseo, la confianza y el coste. Desgraciadamente, es imposible saber qué le conviene a todo el mundo.*

El capitán Coleman (Cole, para los amigos) todavía no estaba seguro de si haber sido asignado al mayor Malich era la oportunidad de su vida o el final de su carrera militar.

Por un lado, en cuanto Cole recibió su destino en el Pentágono, gente de alto rango empezó a dar a entender que Malich estaba considerado en Operaciones Especiales como algo más que meramente un prometedor héroe de guerra y un brillante estratega. La única duda era si terminaría su carrera con mando en el campo de batalla o desde el Pentágono. «Acaba de enganchar su carreta al caballo adecuado, Cole», le dijo un general que se pasó por su nueva oficina al parecer sólo para decirle eso.

Por otro lado, llevaba tres días en su nuevo puesto y no había visto a Malich y nadie le decía dónde estaba.

—Sale, vuelve —dijo la secretaria de la división.

—¿Sale adonde, hace qué?

—Sale —dijo ella con una sonrisa forzada—, y luego regresa.

—¿No me lo dice porque no lo sabe o porque todavía no se fía de mí?

—No lo sé ni me fío todavía de usted —dijo ella.

—Entonces ¿qué hago mientras espero a que regrese?

—¿Es su primera vez en el Pentágono?

—Sí.

—Salga a ver los monumentos.

—No es la primera vez que estoy en el Distrito de Columbia —dijo Cole—. Mis padres me llevaron a todos los museos y ya he hecho cola para ver el Congreso y la Declaración de la Independencia y he subido al monumento a Washington.

—Entonces vaya a Hain's Point o a las Grandes Cataratas del Potomac y diga ooh y aah, y busque una bici y siga el sendero W&O desde Leesburg hasta el monte Vernon. O quédese aquí y le daré una caja entera de lápices para que les saque punta.

—¿En qué trabaja usted mientras él está fuera?

—Soy la secretaria de la división. Trabajo para todos los oficiales, incluido el coronel. Una vez cada dos meses, el mayor Malich me da algo que hacer. Aparte de eso, recibo mensajes para él y explico a sus confusos subordinados cómo matar el tiempo hasta que él vuelva para no decirles nada.

—No decirles nada... quiere decir que incluso cuando está aquí no...

—¿Por qué cree que sustituye usted a un buen hombre que sólo aguantó aquí un mes? ¿Que a su vez sustituyó a otro buen hombre que duró tres meses porque el mayor Malich le encomendó un montón de papeleo sin decirle para qué era y luego le dio las gracias y lo dejó sacando punta a los lápices?

—Así que no espera que me quede.

—Espero que se haga viejo y muera en este puesto de trabajo.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa —dijo la secretaria— que he renunciado a intentar comprender el papel del mayor Malich en este edificio y también he renunciado a tratar de ayudar a los oficiales jóvenes que le asignan. ¿Algún problema?

Así que allí estaba él, tres días más tarde, con los lápices afilados, después de haber visto la estatua gigantesca de Hain's Point y el nuevo monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial y el monumento conmemorativo de Franklin Delano Roosevelt y las Grandes Cataratas del Potomac. ¿Era demasiado pronto para solicitar el traslado? ¿No debía al menos conocer a Malich antes de tratar de librarse de él?

Cole imaginaba la llegada del mayor Malich a la oficina.

—¿Qué ha estado haciendo mientras esperaba mi regreso? —decía Malich.

—Esperarle, señor.

—En otras palabras, nada. ¿No tiene iniciativa?

—¡Pero si ni siquiera sé en qué estamos trabajando! ¿Cómo puedo...?

—Es usted idiota. Solicite el traslado. Lo firmaré y espero que la próxima vez me envíen a alguien con cerebro en la cabeza y una chispa de ambición.

Un momento. Aquél no era Malich. Era el padre de Cole, Christopher Coleman, que sólo creía en dos cosas: que la gente apellidada (Coleman debía tener un nombre de pila muy largo (el de Cole era Bartholomew) y que nada que su hijo hiciera estaría jamás a la altura de sus expectativas.

Malich probablemente ni siquiera advertiría la presencia de Cole. ¿Por qué iba a hacerlo? Mientras Cole no hiciera nada, daba igual que estuviera allí o no.

Así que Cole salió de su oficina y cruzó el pasillo para ver a la secretaria.

—¿Cómo se supone que tengo que llamarla? —preguntó.

Ella se señaló la plaquita del pecho.

—Así que responde al nombre de DeeNee Breen.

Ella se lo quedó mirando.

—Es el nombre que me pusieron mis padres.

—Lamento oír eso —respondió él—. Es incluso peor que Bartholomew.

Ella no sonrió. Iba por buen camino.

—Necesito información.

—No tengo ninguna, pero adelante.

—¿Está casado el mayor Malich?

—Sí.

—¿Ve? Lo sabía.

—Ella se llama Cecily. Tienen cinco hijos. No sé el nombre ni la edad de los niños, pero uno de ellos es lo bastante joven para haber estado llorando una de las pocas veces que la señora Malich llamó preguntando por su marido y hay una foto de familia en su mesa pero no sé de cuándo es, así que eso no aclara lo de las edades. Los chicos son niño niño niña niña niño. ¿Informe de interioridades terminado, señor?

Cole se dio cuenta entonces de que ella tenía sentido del humor, pero tan seco que parecía hostilidad. Así que intentó ganársela con ingenio.

—Es impropio que yo discuta acerca de sus interioridades, DeeNee Breen —dijo Cole.

Ella no captó la broma o era un tópico del Pentágono o le pareció gracioso pero decidió no animarlo.

—Señorita Breen, necesito saber la dirección y el número de teléfono de la señora Malich.

—No tengo esa información.

—¿No dan información de contacto con el mayor Malich a la secretaria de la división? ¿Y si el coronel lo llama?

—Tal vez no me he explicado con claridad —dijo ella—. El mayor Malich no consulta conmigo. No me asigna encargos. Yo recibo sus mensajes y, cuando viene a la oficina, se los entrego. Nunca he necesitado darle la dirección y el número de teléfono de su esposa. Nadie más me lo ha pedido tampoco. Por tanto, no tengo esa información.

—Pero tiene una guía telefónica —añadió Cole—. Y un teléfono. E imaginación. Y se supone que debe invertir parte de su tiempo en apoyar el trabajo del mayor Malich.

—Ni siquiera sabe usted cuál es el trabajo del mayor Malich.

—Pero con su valiosa ayuda, señorita Breen, lo descubriré.

—¿A través de su esposa?

—Ahora ha atado usted cabos.

Ella buscó bajo la mesa y sacó una guía telefónica.

—Tengo trabajo de verdad que hacer —dijo—. Hay asignaciones que los proyectos en desarrollo de los oficiales que trabajan aquí y saben lo que hacen necesitan con urgencia. Sin embargo, si descubre esa información, registraré gustosa los resultados de su investigación para poder responder esta pregunta al siguiente que ocupe su fascinante puesto.

—Tiene usted facilidad para el sarcasmo, señorita Breen. —Cole recogió la guía

telefónica de la mesa—. Por favor, practíquelo conmigo siempre que se le antoje.

—Si tengo su permiso ya no es divertido —dijo ella.

Tardó diez minutos en descubrir que Reuben y Cecily Malich vivían en una urbanización a la salida de la autopista Algonkian, en Potomac Falls, Virginia.

Cecily Malich parecía alegre por teléfono cuando se presentó como el nuevo subordinado del mayor Malich, o cualquiera que fuese la descripción de su trabajo.

—¿Vuelve a tener un capitán? —dijo ella—. Qué interesante.

—Podría serlo, si supiera algo. Como cuándo esperar que vuelva a la oficina.

—Vaya, ¿no ha estado por ahí últimamente?

—Llevo tres días aquí y todavía no lo conozco.

—Interesante —dijo ella.

—Ni siquiera tengo suficiente información para que mi falta de información sea interesante —dijo Cole—. Esperaba que usted pudiera ilustrarme acerca de unas cuantas cosas. Por ejemplo, ¿qué hacemos en esta oficina?

—Es información clasificada.

—Pero yo tengo permiso para saberlo.

—Pero yo no.

—Entonces ¿no me ayudará? Sólo quiero serle útil y no sé cómo puedo hacerlo si no viene a la oficina. No estoy seguro de que ni siquiera sepa que tiene un nuevo capitán asignado.

—Oh, lo sabe —dijo ella.

—¿Lo ha mencionado?

—No. Pero se encarga de saberlo todo sobre la gente que trabaja con él, incluido el hecho de que trabaja con él. Créame, lo sabe todo sobre usted y mi suposición es que lo solicitó especialmente para esta misión.

Eso era gratificante, aunque fuera sólo una suposición.

—Pero ¿cuál es la misión?

—Supongo que ya lo habrá preguntado en la oficina.

—Nadie lo sabe. A nadie le importa.

—Eso es porque él no informa a nadie que ellos conozcan.

—¿A quién informa?

—Bueno, desde luego no nos informa ni a mí ni a usted.

—Señora Malich, me estoy ahogando aquí. Lánceme un salvavidas.

Ella se echó a reír.

—Venga a casa. Me encanta cocinar galletas y estamos de vacaciones de verano. ¿Con trocitos de chocolate o sólo de pasta?

—Señora, cualquier cosa que usted me ofrezca será recibida con caluroso agradecimiento.

Era una casa mejor de lo que Cole esperaba dado el sueldo de un mayor, aunque distaba mucho de ser una mansión. Había cuatro bicis en el jardín delantero, dos de ellas pequeñas con ruedecitas de apoyo, lo que sugería que los niños habían vuelto a casa tras alguna excursión.

—No, sólo tengo al pequeño John Paul aquí —dijo ella, indicando al niño de tres años que dibujaba concienzudamente con ceras en la mesa de la cocina. Había, tal como había prometido, galletas con trozos de chocolate en una bandeja.

—Pensaba... como he visto las bicis en el jardín...

—Ya les hemos dicho a los chicos que las guarden. A menudo nos negamos a volver a recordárselo. Saben que si les roban la bici del jardín, no compraremos otra. Y allí están. Reuben cortará el césped alrededor de ellas antes que moverlas una pulgada.

—Así que vuelve a casa para cortar el césped.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Reuben viene a casa todas las noches, excepto cuando está de viaje, y nunca está fuera más de unos días. La verdad es que estamos muy bien desde que lo destinaron al Pentágono. Era muy distinto cuando estaba fuera un año entero y sólo recibíamos unos cuantos mensajes.

—Debe de haber sido duro.

—Deduzco que es usted soltero —dijo la señora Malich—, o ya lo sabría.

—Pertenezco a Operaciones Especiales, como su marido. No queda mucho tiempo para citas y no me veía pidiéndole a una mujer que me importase que se casara con alguien a quien podrían matar en cualquier momento.

—Sí, es duro. Pero los maridos se mueren por otras cosas, no sólo por las balas. Es un riesgo que todos corremos al casarnos: que la otra persona se muera. Hay mucho más riesgo de que te engañen o te dejen. Por eso elegí casarme con un hombre que nunca me engañará ni nunca me dejará. Sí, puede que lo maten en cualquier momento, pero mis probabilidades de conservarlo son muy superiores a la media nacional. Y ahora que está trabajando en el Pentágono, es mucho menos probable que venga a casa envuelto en una bandera. En cambio, me trae las compras que le pido.

—Así que lo llama usted durante el día.

—Naturalmente.

—Pero la secretaria dijo...

—Sólo llamo a DeeNee cuando él tiene apagado el móvil.

—¿No tiene ella el número del móvil?

—Claro que lo tiene. Y la llama con frecuencia.

—Pero ella dijo... Dice que no sabe nada de lo que hace su marido.

La señora Malich se echó a reír.

—Se está quedando con usted, capitán Coleman.

—Por favor, llámeme Cole. O capitán Cole, si lo prefiere.

—DeeNee es una secretaria ejemplar. Mi marido confía completamente en ella porque no sólo no dice nunca nada a nadie, sino que consigue no decirlo de un modo que hace creer que no lo sabe.

—Es muy buena.

—Pero supongo que usted no miente cuando dice que mi marido no pasa por la oficina desde hace tres días.

El asintió.

—Eso me preocupa.

—Oh, estoy seguro de que estará ocupado en algo...

—Capitán Cole, sé que está ocupado en algo. Lo sé por la forma en que no me dice casi nada. Normalmente me da suficiente información para que no me preocupe. Como cuando trabajó en contraterrorismo en el Distrito durante unos meses. No me dijo nada específico, pero me dio a entender que tenía que imaginar acciones que pudieran emprender los terroristas contra objetivos clave del Distrito de Columbia, y comprendí que no estaba sólo teniendo en cuenta objetivos psicológicos importantes, como monumentos y cosas así, sino también infraestructuras y blancos políticos.

Cole sintió un arrebato de alivio. Así que su nuevo jefe sí que hacía algo que importaba.

—Pero no sabe usted cuáles.

—Tengo cerebro. Supuse que valoraba puentes y otros cuellos de botella para el transporte. Y ocasiones para intentar cometer un asesinato. Ese tipo de cosas.

—Creía que el Servicio Secreto trabajaba para proteger al presidente y al vicepresidente.

—Y hay un montón de gente trabajando para proteger a los congresistas y a los miembros del Tribunal Supremo y a otros cargos importantes. Comprenda usted que sólo estoy especulando, pero conozco a mi marido y sé en qué es bueno. Estoy segura de que su misión no era proteger al presidente, sino descubrir cómo podrían asesinarlo a pesar de la protección que tiene. Su misión probablemente era descubrir modos en que los terroristas podían poner de rodillas a Washington sin usar una bomba nuclear ni gas venenoso.

—¿Y terminó su misión?

—Por el súbito aspecto de alivio y la alegría allá por febrero, sí, creo que sí.

—¿Y ahora?

—Ahora ni siquiera va a la oficina, pero no me dice que no lo ha hecho, aunque sigue volviendo a casa todas las noches a la hora acostumbrada, y tiene un aire de acosado. Así que, sea lo que sea que esté haciendo, lo aborrece.

Cole finalmente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—No me ha invitado usted a la casa sólo para charlar.

—No, capitán Cole —dijo ella—. Estoy preocupada por mi marido.

—Pero yo no puedo ayudarla. Ni siquiera lo conozco.

—Pero lo hará. Y cuando lo haga, llegará a sus propias conclusiones sobre en qué está implicado.

—No podré decirle a usted nada que esté clasificado.

—Podrá decirme si debo preocuparme, y cuánto.

—¿Por su seguridad? ¿Aquí en Washington?

—No —dijo ella—. Yo afronto a mi modo el miedo por su seguridad. No es eso lo que me preocupa ahora.

—¿Es ese aspecto de acosado?

—Mi marido es un patriota. Y un oficial nato. No le preocupan las cosas que hace para defender a su país. Ha matado gente, aunque es un hombre amable por naturaleza, y sin embargo no se despierta gritando por la noche con recuerdos del combate, y no la toma con los niños, ni muestra signos de estrés postraumático. Sé qué aspecto tiene cuando se preocupa por su propia seguridad, o cuando está concentrado cumpliendo una misión, o cuando está molesto por la estupidez de los oficiales superiores. Sé qué reacciones le provocan todas esas cosas, cómo se reflejan en su conducta en casa.

—Y esto es nuevo.

—Capitán Cole, lo que quiero saber es por qué mi marido se siente culpable.

Cole no supo qué decir, excepto lo obvio.

—¿Por qué se sienten siempre culpables los maridos?

—Por eso no le he confiado a nadie mis preocupaciones. Porque la gente dará por supuesto que creo que tiene un lío. Pero sé con toda seguridad que eso es imposible. Se siente culpable. Está dividido por dentro a causa de algo. Pero es algo que tiene que ver con el trabajo, no conmigo, no con su familia ni con su religión. Algo de su misión actual le hace sentirse muy desdichado.

—Tal vez no lo esté haciendo tan bien como piensa que debería.

Ella descartó esa idea.

—Reuben hablaría de eso conmigo. Compartimos mutuamente nuestras dudas, aunque él no pueda entrar en detalles. No, capitán Cole, le han pedido, como parte de su trabajo, que haga algo que teme que pueda estar mal.

—¿Qué cree usted que puede ser?

—Me niego a especular. Sólo sé que mi marido no tiene ningún reparo en llevar armas por su país y utilizarlas. Así que eso que le han pedido que haga y que detesta, o acerca de lo que al menos tiene serias dudas, no es porque lleve violencia implícita. Es porque no está completamente de acuerdo con la misión. Por primera vez en su carrera militar, su deber y su conciencia han entrado en grave conflicto.



—Y si yo lo descubro, señora Malich, probablemente no pueda decirle a usted de qué se trata.

—Mi marido es un buen hombre —dijo ella—. Para él es importante serlo. No sólo tiene que ser bueno, tiene que creer que es bueno. A los ojos de Dios, a mis ojos, a los ojos de sus padres, a sus propios ojos. *Bueno*. Lo que quiero que haga usted por mí es decirme si no va a poder acabar esta misión, sea cual sea, creyendo que es un buen hombre.

—Tendría que conocerlo muy bien para poder calibrar eso, señora.

—Pidió que lo destinaran a usted con él por un motivo —dijo la señora Malich—. Un joven apasionado de Operaciones Especiales... Eso le describe a usted, ¿no?

—Probablemente —dijo el capitán Cole, cabeceando.

—No le apartaría a usted de primera línea, donde es necesario, si no pensara que es usted más necesario trabajando para él.

Eso era lógico, si Malich era en efecto el hombre que su mujer creía que era. Eso le dio a Cole la confirmación que necesitaba.

—Señora —dijo—, tendré en cuenta su encargo, además de las misiones que él me encomiende. Y lo que pueda decirle sin faltar a mi juramento ni incumplir órdenes, se lo diré a usted.

—Mientras tanto —respondió ella—, déjeme asegurarle que no tiene que mantener en secreto nuestro encuentro de hoy. Tenía pensado decirle a mi marido que me he reunido con usted y exactamente de qué hemos hablado.

—Por favor, no le cuente lo de las galletas que me he guardado en el bolsillo —dijo Cole—. Sé que me ha visto cogerlas.

—Las he hecho para usted. Dónde decida transportarlas es asunto suyo.

Todo el camino hacia el Cinturón por la Ruta 7, Cole trató de interpretar la conducta de la señora Cole. ¿Iba a contarle de verdad al mayor Malich el encargo que acababa de hacerle? En ese caso, ¿consideraría Malich a Cole comprometido de algún modo? ¿O simplemente cedería y le contaría a su esposa lo que quería saber?

¿O se traían lo dos algún juego mucho más complicado de lo que Cole podía suponer? Nunca había estado casado ni tenido novia el tiempo suficiente para conocerla a fondo. ¿Eran todas las mujeres así y la señora Malich sólo difería en su candidez?

Fuera lo que fuese, a Cole no le gustaba. Era escandaloso que la mujer de su comandante le encomendara una misión, aunque el cielo sabía que sucedía bastante a menudo cuando se trataba de transportar muebles en una mudanza o de hacer recados. Aquello acabaría siendo perjudicial para su carrera, no podía verlo de otra forma.

¿Había estado bebiendo aquella mujer? ¿Era eso?

No, no había signos de que lo hubiese hecho.

Sonó su móvil.

—¿Capitán Coleman?

—Al aparato.

—Soy el mayor Malich. Llego a la oficina y descubro que se ha ido usted a otra parte. ¿Qué significa eso?

—Lo siento, señor. Estaré de vuelta dentro de treinta minutos, señor.

—¿Cuántas horas cree que tiene para almorzar?

Cole inspiró profundamente.

—Estaba visitando a su esposa, señor.

—Oh, no me diga.

—Hace unas galletas excelentes, señor.

—Sus dotes como repostera no son asunto suyo, capitán Coleman.

—Lo son cuando me ofrece galletas, señor. Usted perdone, señor.

—¿Qué quería de usted?

—La llamé, señor. Como no lograba enterarme de nada sobre usted ni sobre mi destino aquí, en el Pentágono, esperaba descubrir algo acerca de lo que espera usted de mí hablando con su esposa.

—No me gusta que se entrometa en mi vida privada, capitán.

—Ni a mí hacerlo, señor. Pero creo que no me dejó otra opción, señor.

—¿Y qué ha descubierto?

—Que su esposa está preocupada por usted, señor, y me ha reclutado para tratar de descubrir en qué consisten sus operaciones clandestinas. —¿Hasta dónde podía llegar con un nuevo oficial superior, y por un teléfono móvil, además? Continuó—: Ella cree que está usted moralmente preocupado por esas operaciones, señor.

—¿Moralmente preocupado?

—Creo que la palabra que empleó fue que se siente «culpable», señor.

—¿Y usted cree que es asunto suyo?

—Estoy convencido de que no es asunto mío.

—Pero sigue usted adelante.

—Señor, me encantaría descubrir qué hacemos en una oficina tan secreta que la secretaria trata a su subordinado como si fuera un espía.

—Bueno, capitán Coleman, ella lo trata como si fuera un espía porque los dos últimos payasos que ocuparon el puesto que usted ocupa ahora *eran* espías.

—¿De su esposa, señor? ¿O de alguna potencia extranjera?

—De ninguna de las dos cosas. Espiaban para gente del Pentágono que también intenta descubrir qué hago cuando no estoy en la oficina.

—¿No sabe ya el Ejército lo que hace usted?

Hubo una breve vacilación.

—El Ejército es dueño de mis pelotas y las guarda en una caja, en algún lugar entre Fort Bragg y Pakistán.

A veces un silencio es una respuesta perfectamente válida.

—Es una caja bien grande, señor. Este Ejército tiene en su poder un montón de pelotas.

Esta vez la pausa fue aún más larga.

—¿Se está usted riendo de mí, señor? preguntó Cole.

—Me gusta usted, Coleman —dijo Malich.

—A mí me gusta su esposa, señor. Y a ella le gusta usted.

—Mejor me lo pone. Coleman, no aparque. Ni siquiera venga al Pentágono. Reúnase conmigo en Hain's Point dentro de media hora. ¿Sabe dónde está eso?

—Es un parque muy grande, señor.

—En la estatua. La gigantesca. Dentro de media hora.

Malich cortó la comunicación antes de que Cole pudiera decir adiós.

¿A qué venía esa llamada? ¿Era una prueba para ver si Cole le decía lo que había dicho su esposa? ¿O estaba Malich realmente enfadado porque hubiera dejado la oficina? ¿Para qué el encuentro en el parque, como si intentaran evitar micrófonos? Y si el secreto era tan importante, ¿por qué hablar por teléfonos móviles que no eran seguros?

«Si alguna vez me caso —pensó Cole—, ¿tendré las agallas de elegir a una mujer tan dura como la señora Malich? Y aunque las tenga, ¿soy el tipo de hombre con quien una mujer como ésa decidiría casarse?»

Luego, como siempre, Cole desconectó la parte de su mente que pensaba en mujeres y matrimonio y amor e hijos y familia.

«No hasta que esté seguro de que no volveré a combatir. Ningún niño va a quedarse huérfano porque yo era su padre y fui demasiado lento para esquivar una bala.»

## 4. La Dársena

*Cuando se planifica una guerra, hay que prever las acciones del enemigo. Hay que tener cuidado de que las medidas preventivas no le revelen cuáles de sus posibles acciones temes más.*

Reuben vio acercarse al capitán Coleman, pero no mostró señal alguna de haberlo reconocido. Se suponía que Coleman era listo: que dedujera por su cuenta cuál de las personas que había en la punta de la isla era su oficial superior.

Reuben se puso a mirar hacia el otro lado del canal. Allí, en Fort McNair, estaba el cuartel general del Ejército Americano en el Distrito de Washington. Sabía que los soldados del fuerte se tomaban su trabajo muy en serio. En la época posterior al 11-S, eso significaba vigilar, intentar impedir posibles ataques sobre las dos ciudades de más simbolismo de Estados Unidos: Washington y Nueva York. Sabía cómo escrutaban los cielos, los canales. Estaba al corriente de los aparatos de escucha, los escáneres visuales, la vigilancia aérea.

También sabía lo que no se estaba haciendo. Semanas después de haber terminado su informe seguía sin hacerse.

«Burocracia», pensó.

Pero ésa era la conclusión fácil. Si se achaca algo a las maniobras burocráticas y al papeleo, nadie tiene que ser considerado responsable.

Reuben estaba cansado de tener responsabilidad sin autoridad. ¿Dónde estaba el líder capaz de hacer las cosas?

Cierto, aquel presidente las había cambiado. Sin ganarse ni una pizca de fama por ello, había convertido el ejército lisiado que era en el momento de jurar el cargo en la robusta fuerza con una nueva doctrina que hacía huir a los enemigos de Estados Unidos.

¿Huir? No, los arrinconaba. Era hora de que actuaran si no querían perder toda la credibilidad. Reuben Malich sabía lo que necesitaban hacer. Incluso sabía cómo lo harían probablemente. Había hecho su advertencia, y hasta el momento, al parecer, nadie le había hecho caso.

—Mayor Malich, señor.

Reuben se volvió hacia el joven de uniforme. ¿Joven? Un oficial de combate de veintiocho años no es joven. Pero era nueve años menor que él y en esos nueve años Reuben había aprendido unas cuantas cosas. El combate podía no dejar cicatrices en un hombre, pero realizar misiones para los que jugaban al juego de aturdir mentes del Gobierno le había hecho envejecer mucho más. A los treinta y siete años Reuben se sentía como si tuviera cincuenta, una edad que hacía mucho tiempo que simbolizaba para él el final de su vida activa. La edad en la que tendría que quedar al margen del

negocio de la guerra.

«Hoy. Debería dejarlo hoy mismo.»

—Capitán Coleman —dijo—. Ni se le ocurra saludarme.

—No va usted de uniforme, señor —respondió Coleman—. Y no soy idiota.

—¿No?

—Me ha pedido que me reúna con usted aquí en vez de en la oficina que los dos compartimos porque cree que le están vigilando. No sé si alguien del Pentágono o del Gobierno o de fuera. Pero estamos aquí porque hay cosas que quiere decirme y no quiere que ningún aparato de escucha las registre.

«Buen chico», pensó Reuben.

—Entonces comprenderá por qué quiero que me mire directamente y eche la cabeza levemente hacia atrás.

Mientras Coleman obedecía, Reuben desplegó un mapa turístico de la ciudad y lo sostuvo en alto, a un lado, entre sus caras y cualquier observador que hubiera en el parque.

—Supongo que esto significa que no tendré ocasión de ver la estatua —dijo Coleman.

—Es tan grande que puede verla en Google Earth —dijo Reuben—. Cessy y DeeNee me han dicho que no es usted idiota, y ahora usted mismo me lo ha confirmado. Así que voy a correr el riesgo de decirle lo que estoy haciendo en realidad. Se lo diré una vez, y luego continuaremos con nuestros asuntos como si estuviéramos haciendo lo que oficialmente se supone que estoy haciendo, excepto que usted me ayudará a hacer lo otro y me ayudará a cubrir mi verdadera misión.

—Está todo clarísimo, señor.

«Oh, bien. Tiene sentido del humor.»

—Oficialmente estoy trabajando en antiterrorismo, en Washington D.C., con la misión concreta de tratar de pensar cómo lo haría un terrorista. Supongo que se me considera apropiado para ello porque viví en una aldea musulmana en un país donde oficialmente no teníamos soldados. Da igual que todos los terroristas cuya forma de pensar se supone que tengo que emular se hayan educado en universidades americanas o europeas.

—Así que su misión le proporciona una buena tapadera para viajar por toda la zona de Washington —dijo Cole.

Como eso era lo que Reuben estaba a punto de explicar, tuvo que hacer una pausa y saltárselo.

—Mi verdadera misión es llevar mensajes y negociar con diversas personas que son antiamericanas pero oficialmente no son terroristas.

—¿Y no son terroristas?

—Dicen que nos están ayudando a controlar a los terroristas. Es posible que en

algunos casos sea cierto. En otros, tal vez no. Creo que probablemente me están utilizando para extender la desinformación y sembrar confusión acerca de los planes y los motivos de los americanos.

—Y por eso esa gente no ha sido arrestada.

—Oh, cuando llegue el momento, dudo que sea arrestada.

Cole asintió.

—Usted les lleva mensajes. ¿Quién se los entrega a usted y le dice adonde ir?

—No estoy autorizado a decírselo.

—Entonces supongo que no recogeré su correo.

—Puedo decirle lo siguiente: mis órdenes vienen directamente de la Casa Blanca.

Cole silbó bajito.

—Así que él negocia con los terroristas, después de todo.

—No suponga ni por un segundo que el presidente tiene idea de lo que hago —dijo Reuben—. Ni de que existo. Pero he verificado yo mismo que mi principal contacto tiene libre acceso al presidente y, de ahí, saco la conclusión de que soy un instrumento de su política nacional.

—Y, sin embargo, se esconde de los lectores de labios con teleobjetivo.

Reuben volvió a plegar el mapa.

—Vamos a mirar Fort McNair.

Juntos se acercaron a la balaustrada cercana al agua y contemplaron el fuerte, al otro lado del canal.

—Allí está, capitán Coleman. El hogar de la Universidad de Defensa Nacional y la mitad de la Vieja Guardia. Ya sabe, los tipos que se visten con uniforme del Ejército colonial para impresionar a los turistas y los dignatarios extranjeros.

—También está ahí el Cuartel General Conjunto de la Capital Nacional.

—Hace tres semanas, entregué, como parte de mi deber oficial, un informe sobre objetivos probables en la zona de Washington y cómo, si yo fuera terrorista, intentaría atacarlos.

—Apuesto a que Fort McNair no era uno de esos objetivos.

—A Al Qaeda le importan un pimiento los edificios. Los atacaron en la zona cero, sí, pero los terroristas que atacaron el transporte público en Europa y que planeaban atacar otros edificios y el Metro en Estados Unidos eran en realidad unos pringados. Al Qaeda los entrena y los anima, pero no son agentes de la propia Al Qaeda.

—Cree que se han hartado de simbolismo.

—Tal como ellos lo ven, no pueden permitirse hacer más gestos simbólicos. Y con todo el respeto por los que murieron el 11-S, eso fue un gesto simbólico. Nos enfureció; nos impulsó a un breve momento de unidad nacional; llevó directamente a la caída de dos gobiernos musulmanes y a la sumisión de muchos más.

—Esta vez quieren hacernos daño, no sólo abofetearnos.

—Sólo hay un objetivo que tenga verdadero sentido —dijo Reuben.

—El presidente —dijo Cole. Permanecieron en silencio, contemplando el agua—. Déjeme resumirlo —continuó Cole al cabo de un rato—. Usted ideó planes factibles y prácticos para matar al presidente de Estados Unidos y los entregó a sus superiores del Pentágono. Pero también teme que lo estén observando incluso cuando está en la punta de Hain's Point, un parque de la ciudad donde un puñado de escolares se encaraman a la estatua de un gigante que surge de la tierra.

Reuben esperó a su conclusión.

—¿Este sitio forma parte del plan? —dijo Coleman.

—Forma parte del mejor plan. El más sencillo. El más seguro. Oh, montones de cosas pueden salir mal, pero punto por punto está al alcance de cualquier grupo terrorista que sea lo bastante listo para idearlo... y lo bastante disciplinado para mantener la boca cerrada durante la fase de entrenamiento.

—No los payasos que hemos estado deteniendo.

—Los payasos nos tienen entretenidos y nos proporcionan una sensación de complacencia. «Nuestro antiterrorismo funciona», nos decimos. Pero no nos hemos enfrentado a los mandamases desde el 11-S. Desde que los sacamos de sus escondites en Afganistán.

—¿Navega usted? —preguntó Cole.

—No —respondió Reuben—. Dejo eso para los seals.<sup>[4]</sup>

Reuben esperó el momento que estaba seguro de que iba a llegar.

—Uno aprende a mirar la superficie del agua y advertir cosas. Por ejemplo, ahora casi no hay brisa, apenas una leve ondulación en el canal Washington.

—Cierto.

—¿Formaba parte de su plan que algo pasara justo por aquí, por debajo del agua?

—Sí —dijo Reuben—. Y por tanto sugerí que el Mando Conjunto instalara escuchas adicionales, sonar e imágenes por resonancia en el agua del canal.

—Cosa que no han hecho.

—Cosa que no han hecho *todavía*.

Coleman señaló el agua a sólo unas docenas de metros de donde se hallaban.

—Hay algo bajo el agua... allí, allí, allí y allí. Tal vez también un poco más allá, pero esos cuatro son los que consigo ver.

Reuben no veía absolutamente nada.

—Como marino, me preguntaba si la alteración de la marea, que está subiendo por si no lo sabe, se debía a un banco de arena. No es así, porque los cuatro se mueven, despacio, con la marea.

—Hacia dentro. Hacia la ciudad.

—Es la dirección de la marea, señor.

Reuben se echó a reír.

—¿Así que está sugiriendo que ahora mismo, cuando da la casualidad de que mantengo una reunión imprevista con mi nuevo ayudante, es el momento y el lugar exacto en que lanzan el ataque que planeé para ellos?

—¿Hay algún motivo para que su presencia aquí haga imposible el ataque?

—Sigo sin verlos.

—Señor, avanzan hacia la ciudad. Nunca he visto delfines permanecer bajo el agua en tan perfecta formación y perturbando tanto la superficie. Lo digo por si está usted pensando que son peces grandes.

Reuben sacó el teléfono móvil.

Las barritas subían y bajaban, y el mensaje «fuera de cobertura» parpadeó.

Coleman sacó el suyo. Lo mismo.

—Están creando interferencias —dijo Coleman. Y sin previa advertencia se echó al suelo—. ¡Cuerpo a tierra, señor!

Reuben entendió lo que creía Cole: que alguien sabía que estaban allí y podía empezar a disparar en cualquier momento.

—Haga cinco flexiones inmediatamente. Con una mano —dijo Reuben—. Luego ríase como si fuera una broma.

Cole hizo lo que le decían, luego volvió a ponerse en pie, riéndose.

—Cree usted que nos quieren con vida —dijo.

—No interfieren los móviles si planean matar a quien llama —respondió Reuben.

—Le están tendiendo una trampa —dijo Cole—. Es usted el cabeza de turco.

—Tienen un plan completo para esta operación terrorista, escrito por mí, y mira por dónde estoy justo aquí.

—¿Quién sabía que vendría?

—Siempre vengo aquí. —Reuben se puso a caminar hacia el coche de Cole—. Saque las llaves. Usted conduce.

—He visto muchas películas. Sé cómo va esto. Dispararán a mi coche y se estrellará y caerá al río, y al suyo no le pasará nada.

—Lo que yo supongo es que mi coche no arrancará —dijo Reuben.

Siguieron caminando como si nada hasta el coche.

—Conduzca despacio un rato —dijo Reuben—. ¿A qué velocidad iban esas cosas subacuáticas?

—Despacio, a ritmo de natación.

—Pero ésta es la zona en que Fort McNair mantiene aparatos de escucha.

Coleman rodeó la curva de la punta camino del puesto de los guardias forestales.

—Un poco más rápido —dijo Reuben—. Si siguen mi plan, pasarán a los sumergibles e irán mucho más rápido el resto del camino hasta la dársena.

—¿Y dónde vamos a interceptarlos?

—Vamos al puesto de los forestales para hacer algunas llamadas por líneas



terrestres. Y para conseguir armas y a unos cuantos tipos que sepan disparar.

—Entonces ¿en qué consiste el plan? —preguntó Cole—. ¿Salen del agua, se quitan el traje de buzo y corren por todo el National Mall y atacan la Casa Blanca desde la Elipse? Esa zona está tan vigilada que habrán muerto antes de siquiera acercarse.

—Salen del agua, emplazan lanzacohetes encima del muro de contención de la dársena, más allá del puente de la avenida de la Independencia.

—Lanzacohetes —dijo Cole, asintiendo.

—No se ve la Casa Blanca desde allí... el monumento a Washington está en la colina, y la Casa Blanca es invisible. Así que durante las dos últimas semanas han estado practicando a cuántos grados a la izquierda del monumento hay que apuntar para alcanzar la Casa Blanca. Y tienen el alcance medido al milímetro. Probablemente saben cómo colar un proyectil a través de cualquier ventana de la Casa Blanca que quieran.

Y llegaron al puesto de los guardias forestales.

Aparcaron el coche en zona prohibida y se precipitaron al interior del edificio, haciendo caso omiso de los gritos del guardia del parque que los seguía.

—¡Intrusos!

Magnífico. Allí por lo menos había algo parecido a vigilancia.

Reuben sacó su identificación y se la mostró al guardia de seguridad y luego al recepcionista.

—Agradecería que me prestaran toda su atención —dijo, casi en voz baja, aunque con mucha intensidad. No quería asustarlos sino que obedecieran—. Va a haber un posible ataque sobre la Casa Blanca a lo largo de la dársena en cualquier momento. Será un ataque con cohetes. Tenemos que avisar al presidente para que salga de allí. Hay que movilizar tropas y enviarlas al puente de la avenida de la Independencia, en la dársena. Y necesitamos los mejores rifles que puedan conseguir con toda la munición que tengan a mano.

—Díganos adonde ir y dispararemos —se ofreció el guardia.

—Somos de Operaciones Especiales —dijo Cole—. Sabemos cómo usar las armas.

Tras una brevísima vacilación, los hombres empezaron a correr. La mala noticia, aunque completamente predecible, llegó cuando el recepcionista dijo:

—No hay línea.

—Entonces que alguien suba al jeep y busque un edificio con un teléfono que todavía funcione —dijo Reuben—. El Museo del Holocausto. No, mejor el monumento conmemorativo a Jefferson.

La buena noticia era que había armas modernas limpias y con bastante munición. Reuben y Cole corrieron con ellas hacia el coche. Había una multa en el parabrisas.

Cole conectó el limpiaparabrisas y después de unos cuantos movimientos la multa echó a volar mientras ellos volvían por Buckeye y pasaban bajo el puente de la Trescientos noventa y cinco.

—¿Quién ha tenido tiempo de ponernos una multa? —dijo Reuben.

—Probablemente era un sobre lleno de ántrax —dijo Coleman—. Por eso no la he quitado con la mano.

—No, no gire por aquí... no vamos a disparar desde el monumento a Jefferson. El puente de la avenida de la Independencia y los coches que hay ahí bloquearán cualquier tiro limpio.

Reuben le indicó que subiera por West Basin Drive mientras comprobaba que las armas tuvieran los cargadores completos.

—¿Se ha dado cuenta de que es viernes 13? —dijo Cole.

—Váyase a la porra —respondió Malich.

Condujeron entre los coches de los turistas hasta llegar a la avenida de la Independencia, que estaba completamente colapsada en dirección al puente y vacía de tráfico en la dirección opuesta.

Detuvieron el coche y echaron a correr. No era un trayecto muy largo... pero estaba demasiado lejos si los terroristas ya llevaban fuera del agua el tiempo suficiente para haber bloqueado el tráfico.

Cuando Reuben y Cole llegaron al puente, vieron dos lanzacohetes emplazados. Un tipo con un transportador de ángulos (¡un sencillo transportador escolar de ángulos!) estaba de pie ante un poste de la verja e indicaba hacia dónde debían apuntar los lanzacohetes.

Otro individuo (sólo había cuatro hombres rana, por lo que Reuben pudo ver) se encontraba en los carriles en dirección oeste, que pasaban detrás del muro pero no sobre el puente, sosteniendo un cartel.

—Hay más que esos cuatro —dijo Coleman—. Alguien ha tenido que cortar las líneas telefónicas.

—Me pregunto qué dice ese cartel —dijo Reuben.

Dijera lo que dijese, era suficiente para que los conductores permanecieran detenidos sin tocar demasiado el claxon. Y con el bloqueo en esa dirección, el tráfico se detuvo también en la otra. El atasco retrasaría cualquier vehículo militar que intentara detenerlos. Y el retraso era todo lo que necesitaban. Aquellos tipos no tendrían plan de fuga, pero si vivían lo suficiente para alejarse de la dársena, correrían hacia el Museo del Holocausto y empezarían a matar a judíos y simpatizantes de los judíos... pues eso supondrían que había en el museo. Ah, sí, y escolares.

Reuben sabía que no llegarían tan lejos.

Coleman y él tenían una buena línea de tiro. Se agacharon y...

Y una bala rebotó en la barandilla.

Así que se tiraron al suelo y apuntaron por debajo de la barandilla. Los dos dispararon.

El del transportador se giró y cayó. Herido en el hombro, supuso Reuben.

—¿Le estaba apuntando a él? —preguntó.

—No —respondió Coleman—. Estaba apuntando al del cartel.

—Entonces le habré dado yo.

Uno de los atontados del coche que tenían detrás había bajado la ventanilla.

—¿Qué es esto, un juego de guerra?

—Esto no es un simulacro —dijo Reuben con calma—. Métase en el coche y agáchese todo lo que pueda.

Los tipos del lanzacohetes se habían tumbado ya en el suelo, todavía preparando el lanzamiento. No tenían un blanco fácil.

El del cartel les estaba disparando. Y Reuben y Cole no pudieron cambiar de posición porque los disparos que silbaban a su alrededor eran bastante certeros. Los más cercanos no procedían del tipo del cartel.

—No intentan matarnos —dijo Reuben—. Sea quien sea el francotirador, podría acabar con nosotros cuando quisiera.

—Sólo intentan detenernos —convino Cole.

—Disparemos a los del lanzacohetes.

—Para mí el de la izquierda.

Mientras lo decía Reuben ya estaba disparando contra el de la izquierda y sus balas lo derribaron. Cuando se disponían a derribar al otro, el cohete ya había sido lanzado.

Reuben supuso que el francotirador no podría resistirse a mirar la explosión cuando el cohete hiciera blanco. Así que se levantó y corrió hacia una posición diferente y Cole lo siguió. No habría ninguna masacre en el Museo del Holocausto porque abatieron a los tres hombres rana restantes... mientras miraban la columna de humo y llamas que se alzaba sobre la verde colina del monumento a Washington.

—O han alcanzado la Casa Blanca o no lo han hecho —dijo Reuben—. Tenemos que pillar a ese francotirador.

—Nos disparaba desde la izquierda del monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial —dijo Coleman.

—Y seguro que tiene coche.

La persecución terminó rápidamente. Llegaban los helicópteros, los vehículos militares se abrían paso por el césped y, como Reuben iba de civil y empuñaba un rifle, tuvo que detenerse a hablar. No tardó mucho (el uniforme de Cole ayudó), y soldados y helicópteros se pusieron a perseguir al francotirador. Pero ¿qué clase de persecución podía hacerse si nadie sabía qué aspecto tenía, qué vehículo conducía ni

adonde iría a continuación?

—¿Han recibido un aviso de esos payasos del puesto de vigilancia forestal o han venido cuando alguien les ha informado de que había disparos? —preguntó Reuben.

—Los helicópteros han despegado cuando los teléfonos móviles se han colapsado —dijo el teniente.

—¿Y no los han enviado a la dársena? —preguntó Reuben.

—¿Por qué tendríamos que haber ido allí? —preguntó el teniente.

Lo cual significaba que, en efecto, nadie estaba al corriente de los planes que Reuben había trazado. Excepto, naturalmente, los terroristas que los habían seguido.

Ya nada podía hacerse aparte de subir a la colina y ver dónde había aterrizado el cohete.

Se había llevado por delante la mitad de la fachada sur del Ala Oeste.

—¿Dónde estaba el presidente? —preguntó Reuben. Hablaba solo, pero el teniente, que había subido a la colina con él, se comunicaba por un canal militar.

—Al menos veinte —repitió el teniente—. Incluidos el presidente, el secretario de Defensa y los jefes del Alto Estado Mayor.

Qué extraño. Por la muerte del viejo sabio de una aldea Reuben había podido llorar de pena. Por la muerte de un presidente al que respetaba y admiraba no tenía una lágrima, ni siquiera una palabra. Tal vez porque conocía al anciano de aquella aldea y no conocía al presidente, no personalmente.

O tal vez porque Reuben no había ideado el plan que había acabado con el anciano de la aldea.

No era que Reuben no sintiera nada. Sentía tanto que casi jadeaba. Pero no era pena. Lo roía el ansia de hacer algo. Tenía que haber algo que pudiera hacer.

El teniente se volvió hacia ellos con la cara cenicienta.

—También han matado al vicepresidente.

—¿Estaba en la misma reunión? —preguntó Reuben, incrédulo—. Se supone que nunca deben estar todos en el mismo sitio.

—Un camión ha embestido su coche y lo ha empotrado contra un muro. Ha muerto aplastado.

—Déjeme adivinar —dijo Cole—. El Servicio Secreto ha matado al conductor del camión.

—El conductor del camión se ha volado los sesos.

Reuben se volvió hacia Cole.

—Tienen una fuente de información dentro de la Casa Blanca —dijo—. ¿Cómo si no podían saber en qué sala estaría el presidente?

Cole le tocó el codo y Reuben permitió que lo apartara del teniente.

—Al menos ya sabe que no ha sido coordinado solamente para que coincidiera con su presencia en Hain's Point —dijo Coleman—. Eso ha sido un añadido.

—La cuestión es: ¿hago públicos los planes que envié, para que el FBI puede empezar a investigar la filtración?

—Serán unos titulares maravillosos: «Asesinato presidencial planeado en el Pentágono.»

—¿No hago nada y dejo que el Pentágono me convierta en el chivo expiatorio?

—De cualquier manera, su carrera se ha acabado, señor —dijo Coleman.

—No ha tenido suerte con este destino.

—Un primer día de trabajo infernal, señor.

Había llegado el momento de dejar de fingir que todo aquello no los afectaba.

—Hemos estado en combate juntos —dijo Reuben—. Mis amigos me llaman Rube. —Sabía que Cole probablemente no podría llamarlo por el apodo. No a un oficial superior.

—Mis amigos me llaman Cole.

El teniente tosió.

—Señores, me piden que los lleve para ser interrogados. Creo que las balas en esos cuerpos son suyas, ¿no?

—Bueno, técnicamente no son nuestras balas. Nos han prestado las armas —dijo Reuben. Todavía estaba sumergido en el humor negro del combate.

Igual que Cole.

—Pero sí que apuntamos con las armas que las dispararon y apretamos el gatillo.

—¿Están todos muertos? —preguntó Reuben—. Estábamos bajo presión y moviéndonos, y me temo que probablemente hemos tirado a matar.

—Iban forrados de granadas —dijo el teniente—. No estaban dispuestos a que los pillaran vivos.

—Menos mal que no le hemos dado a ninguna granada —dijo Cole—, o no habría cuerpos que identificar.

Entonces oyeron el sonido inconfundible de varias granadas estallando en serie junto a la dársena.

—¡Hijos de puta! —gritó el teniente. Y echó a correr colina abajo hacia el caos de cuerpos desmembrados y supervivientes que gritaban.

—Se habían preparado para estallar —dijo Reuben, asqueado—. Al parecer, con matar al presidente no tenían suficiente.

—Usted no planeó todo esto —dijo Cole—. No podría haber previsto que hubiera alguien en la Casa Blanca.

—Pero lo hice —contestó Reuben—. Dije que tendría que ser un arma devastadora, o haber una fuente de información fiable... no sólo respecto a si el presidente estaba en la Casa Blanca, sino también en qué lugar exacto del edificio.

—Sí, pero que el plan pusiera eso no les ha dado los recursos —dijo Cole—. No pueden decir mágicamente «*alakazam*» y conseguir una fuente en la Casa Blanca.

Pero había alguien en la Casa Blanca que lo sabía todo acerca de Reuben y sus proyectos.

—Creía que tenía dos misiones distintas —dijo Reuben—. Una, mi trabajo diario en el Pentágono, otra con mi contacto de la Casa Blanca.

—Mierda —dijo Cole—. Le estaban manejando desde ambos extremos.

## 5. Caos

*Si esperas a estar seguro de la posición, la fuerza y las intenciones del enemigo para emprender la acción, nunca actuarás. Sin embargo, actuar sin conocimiento es lanzarte a una trampa (si tu enemigo es agresivo) o desperdiciar tus fuerzas en maniobras inútiles (si tu enemigo decide evitarte).*

—Mientras el teniente está ocupado, tengo que hacer una cosa —dijo el mayor Malich—. Puede venir conmigo o no.

—¿Puedo saber adónde? —preguntó Cole. Y como pensó que preguntándolo parecía un niño pequeño de excursión, añadió—: Prometo no preguntar si falta mucho para llegar.

Entonces dio un respingo. Aquél no era momento para hacerse el gracioso. Deseó haber conocido mejor al mayor Malich. Habían estado combatiendo juntos, pero Cole todavía tenía que preocuparse por la impresión que causaba.

Malich se dio la vuelta.

—Querrán interrogarme. Eso me mantendrá apartado una semana, y para entonces, quien intenta joderme me habrá jodido del todo. Así que tengo que averiguar de quién se trata. Antes de que me encierren en una celda, en alguna parte.

Cole lo entendió.

—Entonces, vamos.

Cole soltó su arma prestada y Malich hizo lo mismo. Subieron corriendo la colina. Cuando llegaban a la cima, aceleraron, aunque ni Malich, con traje, ni Cole, de uniforme, llevaban la ropa más adecuada para hacerlo, sobre todo los zapatos.

Vehículos militares y de emergencias colapsaban todas las calles alrededor de la Casa Blanca. Estaban reuniendo a los supervivientes y los seleccionaban y los atendían en el jardín sur. Pero para llegar hasta allí había que superar el pequeño problema de la enorme multitud de turistas asombrados que un cordón de soldados mantenía a raya, ninguno de los cuales tenía ni autoridad para dejar pasar a una pareja de oficiales de rango medio ni ganas de hacerlo.

Al pie de la colina, Malich giró a la izquierda hacia la avenida de la (Constitución para alejarse del caos que se había creado al sur de la Casa Blanca. Cole lo alcanzó y, mientras corrían codo con codo, Malich explicó:

—Si damos la vuelta por la avenida de Nueva York y State Place, podemos intentar entrar por la puerta suroeste.

Al final, tuvieron que enseñar sus identificaciones y presionar un poco para llegar a la puerta suroeste, y cuando llegaron los PM de servicio no tenían muchas ganas de conversar.

—Salgan cagando leches de aquí, señores —les dijeron amablemente.

El mayor Malich dio un paso atrás y saludó. Confuso, el PM le devolvió el saludo.

—Soldado —dijo Malich—, está usted haciendo su trabajo. Pero yo me dedico al antiterrorismo, y en algún lugar, en medio de este caos, hay un hombre a quien debo informar de los datos que tengo sobre los terroristas que han causado esto. Si está muerto, tengo que saberlo para llevar mi información a otra parte. Si está vivo, necesita tenerla y la necesita ahora. Y no puedo darle a usted esa información, soldado, porque para mí supondría un consejo de guerra y el final de una gloriosa carrera. —Dicho esto, sonrió.

—Sí, bien, ¿y qué pasará con mi carrera cuando me den una patada en el culo por dejarlos entrar a ustedes cuando me han dicho que no deje pasar a nadie?

—Pero no hablaban en serio —dijo Cole—. Sabe usted que si alguien del alto mando apareciera, le diría que me dejase pasar por la maldita puerta y usted obedecería.

El PM suspiró.

—Tengo la sensación de que éste es sólo el primero de los muchos casos de emergencia que me van a contar hoy.

Pero los dejó pasar.

Y fue entonces cuando comenzó el verdadero caos. Cole vio de inmediato que la política de no admitir a nadie era acertada. Había un montón de heridos y aún más gente llorando histérica y catatónica y caminando y conversando llena de pánico y gente de pie con maletines o montones de clasificadores en la mano, y daba la sensación de que nadie estaba al mando.

—Tal vez si lo llama por su nombre —sugirió Cole.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—No sé cómo se llama.

—No lo dirá en serio.

—No nos reuníamos aquí —dijo Malich—. Y me dio un nombre, pero tengo que suponer que no era verdadero.

—Entonces, ¿cómo sabe que trabaja aquí siquiera?

—Porque me consiguió una reunión con el consejero de Seguridad Nacional en otro lugar y el CSN me confirmó que, en efecto, yo estaba trabajando para alguien que informaba al presidente.

—Vale, eso me hubiese convencido a mí también —dijo Cole.

—No soy tonto del todo —respondió Malich—. Hay que tomarse ciertas molestias para manejarme como una marioneta.

—¿Cree que este tipo es el que le tendió la trampa?

—Si no ha venido hoy a la Casa Blanca, entonces sabré algo —dijo Malich—. Si



está pero no quiere hablar conmigo, entonces sabré otra cosa.

—¿Qué significaría que no estuviera aquí? ¿Que sabía que tenía que estar lejos?

—No, que no es quien trabaja para los terroristas. Quienquiera que haya sido, tenía que poder decirles, minuto a minuto, dónde estaba el presidente dentro de la Casa Blanca. Tengo la impresión de que este tipo no está en el ajo del calendario diario presidencial. Tendría que estar en posición de observar.

Y entonces la expresión del rostro de Malich le dijo a Cole que su contacto de la Casa Blanca estaba allí. Era uno de los que permanecían aferrados a su maletín, a la sombra de unos arbustos. Un poco regordete, de cabello escaso, sudaba mucho y parecía a la vez furtivo y triste. De hecho, parecía tan culpable que convenció a Cole de que no podía haber estado implicado en el incidente terrorista, porque aquel tipo no tenía cara de guardar secretos.

Cuando vio acercarse a Malich y Cole, al principio pareció asustado, pero luego se relajó visiblemente y saludó a Malich con un apretón de manos. Malich presentó a Cole pero no dio a éste el nombre del tipo de la Casa Blanca.

El gordo saludó a Cole con un gesto con la cabeza y luego se volvió hacia Malich.

—Dígale que se marche.

—El capitán Coleman estaba a mi lado hoy cuando hemos eliminado uno de los dos lanzacohetes que apuntaban a la Casa Blanca.

—Cielos —dijo el tipo de la Casa Blanca con sarcasmo—, ¿quiere decir que podría haber sido peor?

Malich se plantó de pronto ante el individuo y lo agarró por el cinturón para que no pudiera retroceder.

—Hoy me apetece matar gilipollas —dijo tranquilamente—. Intente no serlo.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué está aquí? —preguntó el tipo.

—He recorrido toda esta ciudad, todo el mundo, entregando mensajes, negociando ventas, todo para ayudar a la causa antiterrorista —dijo Malich—. Pero esos dos lanzacohetes... se parecían muchísimo a los que conseguí comprar para una fuerza rebelde sudanesa, para ayudarla a enfrentarse a la artillería, muy superior, de la milicia progubernamental.

—Todo el mundo compra a los mismos traficantes —dijo el tipo.

—Con eso no basta —dijo Malich—. Este ataque ha tenido lugar ante mis narices. Estaba justo ahí cuando los buzos subieron por el canal y se dirigieron a la dársena.

—Han matado al presidente —dijo el tipo—. ¿Y cree que esto es por usted?

—Quieren decapitar a los Estados Unidos de América —dijo Malich—. Pero han utilizado mi plan para hacerlo y quiero saber dónde encaja usted en todo esto.

—¿Su plan? —El hombre parecía verdaderamente sorprendido.

—Mi misión en el Pentágono. Mi trabajo diario... cuando no estaba haciendo

encargos para usted. Pensar formas en que un enemigo inteligente podría atacar Washington, teniendo al presidente como objetivo. —Malich indicó la Casa Blanca—. Esto es lo que se me ocurrió.

—Esto es... es una locura. ¿Cree que la gente a la que entregó su plan ha hecho esto? ¿Nuestros propios soldados?

—La información puede pasar de mano en mano, y la mayoría de las manos podrían ser inocentes. Pero alguien sabía que yo ideé ese plan y se alegró de que estuviera cerca cuando ha lanzado el ataque. Aunque probablemente no me quería tan cerca.

—¿Pero no mató usted a esos tipos?

—He llegado demasiado tarde. Si Cole no hubiera estado conmigo, habría llegado más tarde todavía. El ha sido quien ha visto algo bajo el agua. Y alguien ha cortado las líneas telefónicas y ha interferido las llamadas telefónicas en Hain's Point para que yo no pudiera avisar a la Casa Blanca a tiempo.

—Sí, bueno, no he sido yo. Estaba ahí, en una reunión, y de repente ha habido una explosión y sólo he tenido tiempo de volver a mi despacho y recoger estos archivos antes de que nos sacaran aquí al jardín. Si cree que he tenido algo que ver con esto, entonces piensa con el culo.

—¿Sabía dónde estaba el presidente cuando tuvo lugar la explosión?

—No me informan de esas cosas —dijo el tipo—. ¿No lo entiende? No estoy a cargo de nada. Soy el ayudante de un ayudante. Soy un *mandado*. Me dicen entrega estos mensajes, consigue estas armas usando esa cuenta y encárgate de que las entreguen a ese grupo y, por cierto, usa a ese tal Malich como mensajero. No sé nada de usted.

Aquel día especialmente, Cole no estaba seguro de nada, pero aquel individuo parecía bastante sincero. Y tenía sentido. Si estaba ocurriendo algo realmente feo, habría gente tirando de las cuerdas de otra gente que tiraría de las cuerdas de otros. Todo a una distancia de seis grados de la conspiración.

Malich pareció convencido también. Soltó el cinturón del hombre.

Pero Cole necesitaba saber algo.

—Muéstreme su identificación de la Casa Blanca —dijo.

Molesto ahora que no tenía tanto miedo, el hombre sacó su carné y se lo tendió a Cole. Se llamaba Steven Phillips. Y cuando Malich le echó un vistazo al documento se enfadó de veras.

—¿Quiere decir que éste era su verdadero nombre?

—¡Nunca le dije que no lo fuera! —protestó Phillips.

—Dijo que no podía mostrarme su identificación porque entonces yo sabría su verdadero nombre.

—Eso fue antes de que estuviera seguro de que podía confiar en usted.

—¿Entonces prefirió usar al consejero de Seguridad Nacional como insignia?

—En ese momento pensaba que no me creería a menos que consiguiera las armas.

—¿Entonces el CSN hace esto por usted siempre?

—Es mi jefe.

—¿Y es él quien le dijo que me usara como chico de los recados?

—No.

Pero la expresión de su cara decía que sí.

—No es el momento para más secretos —dijo Cole tranquilamente.

—Él no lo dirigió —dijo Phillips—. Pero me presentó al que me dio el encargo para usted.

—¿Y de quién se trata? —preguntó Malich.

—No quiso decirme su verdadero nombre ni mostrarme su identificación. Así fue como se me ocurrió hacer lo mismo con usted. Soy así de estúpido. Si mi trabajo para él tuvo algo que ver con *esto*... —Indicó con una mano la pared derruida del Ala Oeste.

—Voy a hacerle un encargo ahora mismo —dijo Malich—. Averigüe su nombre. O al menos localice su cara. O al menos deme una buena descripción de qué aspecto tiene exactamente y dónde se reunieron exactamente y enuméreme todas las misiones que le encargó y para las que no me usó a mí.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Porque, señor Steven Phillips, quien lo controlaba a usted probablemente ha tenido algo que ver con el asesinato del presidente, y como me han puesto una trampa para que cargue con la culpa y usted está asociado conmigo, su culo está en la misma fila que el mío.

—¿Le han puesto una trampa? —A Phillips le parecía una idea ridícula.

—Puedo apostar a que cuando rastreen el miserable apartamento de esos tipos encontrarán una conveniente copia de mi informe, con mi nombre incluido, y que será la copia que yo proporcioné, con mis huellas y todo.

—¿Por qué harían eso?

—Para que parezca que el Ejército de Estados Unidos está detrás del asesinato del presidente. Y si lo relacionan a usted también con esto, ¿qué saldrá en los medios? ¿Qué le dirán al público? Que un burócrata del Partido Republicano (ése es usted) y un agresivo oficial de Operaciones Especiales proporcionaron los planes y las armas a los terroristas que asesinaron al presidente.

Así que el trabajo secreto de Malich para Phillips tenía que ver con el contrabando de armas.

—¿Quién creería eso? —dijo Phillips.

—El público se lo tragará. Ya veo los titulares: «El presidente no era lo suficientemente derechista para el estado rojo.» De repente, Phillips se puso a

sollozar, pero con rabia.

—No pueden decir eso —dijo—. Yo amaba a ese hombre. Ha sido el mejor presidente...

—*Pueden* decirlo. Lo *dirán*. Se mueren por decirlo. Si pueden pintar todo este asunto como una enorme conspiración derechista, ¿cree que se detendrán porque no tenga sentido?

Phillips se controló. Se secó los ojos con un pañuelo de papel que sacó de un paquetito del bolsillo.

—Y si sus paranoias resultan ciertas, ¿qué? ¿Todo esto ha sido una conspiración demócrata? Es igual de ridículo.

—Estoy de acuerdo —dijo Malich—. Pero estos terroristas tenían a alguien dentro de la Casa Blanca que les ha dicho por qué ventana colar su misil. Consiguieron los planes que entregué al Ejército. Y no me diga que Al Qaeda tiene topes plantados desde hace tanto tiempo que ahora un puñado de fanáticos musulmanes han conseguido pasar los filtros de seguridad hasta puestos desde donde suministrar toda esa información.

—Le conseguiré lo que pueda —dijo Phillips—. Hablaré con el CSN.

—Y cuando lo haga, dele la información a Cole, aquí presente, además de enviármela por correo electrónico a mí.

Cole trató de no ocultar su sorpresa. ¿Tanto confiaba Malich en él?

No, no era eso. Malich esperaba ser arrestado. Retenido en un lugar desde donde no pudiera acceder a su e-mail, desde donde no pudiera ponerse en contacto con nadie. Esperaba que Cole siguiera hurgando hasta descubrir la verdad. Eso no es lo que suele encargarse a un subordinado recién nombrado. Es algo que se encarga a un amigo.

Cole repitió varias veces su número de móvil y su dirección de e-mail hasta asegurarse de que el hombre se los aprendía de memoria, porque Malich le prohibió anotar nada.

—¿Cree que quiero que alguien pueda conseguir la información de su cadáver y localizar a Cole? —preguntó Malich. Lo cual aterrorizó a Phillips; quizá no era la táctica más adecuada, se dijo Cole, ya que Phillips podía decidir poner pies en polvorosa en vez de seguir investigando. Pero suponía que Malich conocía a aquel hombre. Más o menos.

Regresaron a la puerta suroeste, dejaron atrás al mismo PM, los vehículos de emergencia, los camiones militares y el cordón de soldados que ya rodeaba por completo la Casa Blanca.

—Aunque le arresten, sabe que no pueden acusarlo de nada —dijo Cole por fin.

—No tengo miedo de que me arresten —dijo Malich.

—¿De qué, entonces?

—Tengo miedo de Jack Ruby.

Era el tipo que había asesinado a Lee Harvey Oswald antes de que pudieran juzgarlo. El que se aseguró de que las preguntas peliagudas sobre el asesinato de Kennedy nunca pudieran ser respondidas.

Sí, Cole lo comprendía. De hecho, parecía lo más probable. Eso, o un «suicidio» inexplicado en algún parque.

—Chico, desde luego que me alegro de que me haya encomendado esta misión.

Malich se detuvo y le habló con severidad.

—Puede marcharse ahora mismo si quiere. Es peligroso y no tengo derecho a dar por supuesto que me ayudará.

—No bromeaba. Me alegro de tener esta misión. ¿Y si le hubieran enviado a un chupatintas? ¿Y si le hubieran buscado a alguien que no supiera disparar a matar?

—Ahora mismo necesito a alguien que me ayude a descubrir la verdad.

—Oh —dijo Cole—. Quiere decir que quiere a un chupatintas.

—Le quiero a usted.

Entonces, como el metro no funcionaba y el tráfico estaba colapsado, caminaron por el puente Roosevelt hacia Virginia. Por fortuna, era un día fresco para ser junio en la capital. No se morirían de calor.

Cole pensó nostálgico en el aire acondicionado de su coche, aparcado cerca del monumento a FDR; pero era una prueba material de los hechos, así que aunque el tráfico hubiera sido fluido no podría haberlo usado. Pensar en las pruebas le recordó aquellos dos rifles prestados con sus huellas por todas partes. Cole cayó en la cuenta de que podía olvidarse de negar haber estado allí.

Había un montón de peatones caminando por el puente Roosevelt. Normalmente los viandantes iban en chándal. Aquel día iban trajeados y las mujeres caminaban a trompicones con sus zapatos de tacón alto.

En ocasiones como aquella, la gente se replanteaba su dependencia del coche. Empezaba a desear vivir en un apartamento en la ciudad e ir andando al trabajo. Luego, cuando la crisis pasaba, veía lo lejos que quedaban esos apartamentos céntricos de los hipermercados y los cines, y lo viejos y destartados que estaban, e incluso los que se tomaban la molestia de mirar los alquileres se sorprendían de lo caros que eran, así que no tardaban en ponerse de nuevo al volante.

Pero los peatones que cruzaban el puente sin otro tráfico que algún vehículo militar tenían también otro significado. Eran una victoria para los terroristas. Sin embargo, curiosamente, Cole advirtió que era también una derrota para ellos. Todo el dinero del petróleo que los financiaba... «Si ya no usáramos petróleo para el transporte, si realmente nos convirtiéramos en un mundo de peatones, ¿qué sería entonces Oriente Medio sino un desierto con demasiada gente que alimentar?»

Eso era lo que aquellos islamistas fanáticos querían: que todo el mundo fuera tan

pobre y miserable como Oriente Medio. «Que todos nosotros vivamos como los musulmanes en los viejos tiempos, cuando el sultán gobernaba en Estambul. O antes, cuando el califa lo hacía desde Bagdad, fantásticamente rico mientras el pueblo llano sudaba y trabajaba y se aferraba a su fe.» Y si eso implicaba reducir la población mundial de seis mil millones a quinientos, bien, que once doceavas partes de la población humana murieran y que Alá los juzgara en el cielo.

«Con lo que no cuentan los terroristas —pensó Cole— es con que Estados Unidos no es todavía un país completamente decadente. Cuando nos apuñaláis, no nos arrodillamos y preguntamos qué hemos hecho mal y que por favor nos perdonéis. En vez de eso nos volvemos y os quitamos el cuchillo de la mano. Aunque todo el mundo, absurdamente, nos condene por ello.»

Cole imaginaba cómo estaban dando la noticia los medios del resto del mundo. Oh, era trágico que el presidente hubiera muerto. Condolencias oficiales. Rostros sombríos. Pero bailarían en las calles de París y Berlín, por no mencionar las de Moscú y Pekín. Después de todo, éstos eran sitios donde echaban la culpa a Estados Unidos de todos los males del mundo. Qué risa: capitales que una vez habían intentado levantar enormes imperios condenaban a Estados Unidos por comportarse mucho mejor que ellos cuando estaban en proceso de expansión.

—Parece triste, Cole —dijo Malich.

—Sí —respondió Cole—. Los terroristas están locos y dan miedo, pero lo que realmente me entristece es saber que todo esto hará muy felices a un montón de intelectuales europeos.

—No se sentirán tan felices cuando vean a dónde conduce. Ya han olvidado Sarajevo y los campos de Flandes.

—Apuesto a que ya están «recordando» a los estadounidenses que a esto nos lleva inevitablemente nuestra «agresividad» militar y que debemos interpretarlo como el signo de que tenemos que cambiar nuestra política y retirarnos del mundo.

—Y tal vez lo hagamos —dijo Malich—. A un montón de estadounidenses les gustaría cerrar las puertas y dejar que el resto del mundo se fuera al garete.

—Y si lo hiciéramos, ¿quién salvaría entonces a Europa? —dijo Cole—. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se dieran cuenta de que las negociaciones sólo funcionan si el otro se asusta de las consecuencias de *no* negociar? Todo el mundo odia a Estados Unidos hasta que necesita que lo liberemos.

—Olvida que a nadie le importa lo que piensen los europeos excepto a un puñado de intelectuales estadounidenses tan antiamericanos como los franceses —dijo Malich.

—¿Cree que lo haremos? —preguntó Cole—. ¿Dejaremos que el mundo se vaya al infierno?

—¿Sería mejor que nos enfadáramos de verdad y declaráramos la guerra a todo el

islam? —respondió Malich—. Porque también hay un montón de estadounidenses que quieren hacer eso y ya no tenemos presidente que los contenga.

—Tengo la terrible impresión de que un montón de sijs con turbante van a morir hoy en este país, y ellos no tienen nada que ver con esto.

Llegaron al final del puente.

—Es curioso —dijo Cole—. Cuando llego a Virginia siempre tengo la sensación de que he vuelto a Estados Unidos. Como si el Distrito de Columbia fuera otro país. Y no sólo el Distrito de Columbia. Maryland también. Como si el Potomac fuera una línea fronteriza entre el país que amo y un país extranjero donde me odian a causa de este uniforme.

—Hay muchos patriotas en Maryland y más al norte —le recordó Malich—. Muy buenos soldados proceden de allí.

—No puedo evitar lo que siento al cruzar este río. Sé que es una tontería.

Siguieron colina arriba hacia Arlington.

—¿Sabe a quién odio hoy? —dijo Malich—. Esto no es como el 11-S, cuando se abrieron las costuras de nuestra sociedad y nosotros no lo vimos por pura torpeza. Estos terroristas de hoy no podrían haber hecho lo que han hecho sin la cooperación activa de estadounidenses que ocupaban puestos de confianza.

—Al menos sabe que Phillips no tuvo nada que ver —dijo Cole.

—¿Phillips? ¿Ese mentiroso montón de mierda? No creo nada de lo que me ha dicho. ¿Sólo el ayudante de un ayudante? Sí, si consideras al CSN un «ayudante». Dirige una operación fuera de la Casa Blanca y sabe mucho más de lo que dice.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho darle mi e-mail y el número de mi móvil?

—Cole, pueden conseguirlos en cuatro segundos, si es que no los tienen ya. Al hacer que los memorizara, tal vez lo convencí de que confiaba en él. Al menos un poco.

Se detuvieron en una tienda y Malich compró cuatro teléfonos móviles desechables y diez tarjetas de diez minutos. Le entregó uno a Cole y memorizaron los números. Pero Malich no le dejó memorizar el que estaba activando en aquel mismo momento.

—No tiene sentido —dijo—. Voy a tirarlo en cuanto se consuma la tarjeta. Es la última vez que voy a llamar a números conocidos, pero no puedo conservar este teléfono.

Malich llamó a su esposa. Fue breve.

—Sigue adelante y ve a visitar a tía Margaret sin mí —dijo—. Iré en cuanto pueda. Te amo, Cessy.

Y puso fin a la llamada.

—Entonces ¿la envía a que se esconda? —preguntó Cole.

—No, sólo va a visitar a su tía Margaret en Nueva Jersey. Vivimos con ella una

temporada cuando yo iba a Princeton.

—Creía que era un código.

—Doy por hecho que nuestro teléfono está intervenido. Si Cessy y yo tuviéramos algún código, eso querría decir que ella formaba parte de mi conspiración.

«¿Hay algo en lo que no haya pensado este tipo? —pensó Cole—. Oh, sí: no se le ocurrió que alguien pasaría sus planes a los terroristas.»

Malich siguió llamando por teléfono y dejando mensajes de voz. Siempre era el mismo mensaje:

—Siempre dije que iba a aceptar este trabajo y acabarlo. Bien, se acabó. ¿Una copa?

—Eso sí que lo dice en clave, ¿verdad?

—Son los hombres de mi unidad, de cuando todavía estaba en activo. Esos tipos me han protegido durante mucho tiempo. Vamos a reunimos esta noche cerca del mostrador de facturación de la compañía Delta, en el aeropuerto Reagan. ¿Quiere venir?

—No me conocen.

—Pero le conocerán.

—¿Y si me ha asignado a usted la misma gente de la que se está escondiendo? ¿Y si informo de todo esto?

—¿Me está espiando?

—No.

—Entonces deje de buscar pelea conmigo. ¿Cómo anda de persa?

—Regular. No trabajé con gente que lo hablara en Afganistán.

—Bien, empiece a pensar en persa, porque en eso hablamos cuando estamos juntos en sitios públicos.

—Ahora mismo apenas consigo pensar en inglés.

—Perdóneme mientras dejo peladas algunas de mis cuentas.

Recorrieron Arlington y Malich sacó las cantidades máximas de cinco cuentas diferentes.

—¿Hasta dónde llega exactamente su paranoia? —preguntó Cole.

Malich le tendió doscientos dólares.

—Olvida el tipo de trabajo al que me dedicaba y el tipo de misiones que llevaba a cabo. Siempre había la posibilidad de que tuviera que desaparecer.

—Entonces, ¿tiene un coche con matrícula falsa oculto aquí, en Arlington?

—No hay tanta suerte. No esperaba tener que ir a pie después del asesinato del presidente.

—¿De verdad va a regresar andando a su casa?

—Me sorprendería volver a ver mi casa —dijo Malich. Parecía bastante tranquilo a pesar de ello. Miró la hora—. Ha dejado de ser mi casa hace un minuto, cuando



Cessy y los niños se marcharon.

—¿Adónde vamos, entonces?

—De vuelta al Pentágono —dijo Malich—. En metro, si vuelve a funcionar a este lado del río.

—¿No es ése uno de los sitios donde le buscarán?

—Tengo que presentarme a hacer mi informe. Y usted también. Ellos tienen que saber, oficialmente, lo que ha sucedido exactamente. La mayoría de la gente del Pentágono no forma parte de esta conspiración. Los buenos tienen que poder luchar, así que necesitan información. Además, si vamos al Pentágono y elegimos bien con quién hablar, algunas buenas personas sabrán que estamos allí. No desapareceremos sin más.

Cole fue consciente de pronto de lo mucho que le dolían los pies.

—Ojalá me hubiera puesto otros zapatos.

—¿Y no ir de uniforme? ¡Qué vergüenza, soldado!

—Quiero llevar botas y uniforme de camuflaje —dijo Cole—. Quiero algún malo contra el que disparar.

—De momento, hoy somos los únicos que han conseguido hacerlo.

—Diez segundos demasiado tarde.

—Trato de no pensar en todos los tiros que fallé —dijo Malich—. En cada paso que podría haber dado para correr un poco más rápido.

—Y si yo hubiera conducido más rápido...

—Entonces habríamos tenido que pararnos y explicar las cosas a algún guardia de tráfico y habríamos llegado aún más tarde —dijo Malich—. Lo que pasó, pasado está.

—Y a quién disparemos a partir de ahora tendrá que decidirlo otra gente.

—Gracias a Dios —dijo Malich—. Gracias a Dios que vivimos en un país donde los soldados no tienen también que soportar esa carga.

## 6. Empollona

*El afecto personal es un lujo que sólo puedes permitirte cuando todos tus enemigos han sido eliminados. Hasta entonces, todos aquellos a quienes amas son rehenes que minan tu valor y enturbian tu capacidad de juicio.*

Cecily Malich puso las galletas que habían sobrado en la mesa, para que los niños las fueran comiendo en sus entradas y salidas. Hacían deberes por la tarde durante las vacaciones de verano, pero no los viernes. Los viernes eran días de relax, y eso significaba que Mark estaba de visita en casa de un amigo, Nick se enfrascaba en la lectura de un libro y se iba quemando la vista con las novelas de Xanth o Mundodisco, Lettie y Annie jugaban como unas posesas en el jardín y acababan oliendo a estiércol, y John Paul le pisaba los talones. Pero como en aquel momento el pequeño estaba echando una siesta la casa estaba en silencio.

En cuanto se despertó el silencio se acabó. Tenía tres años y por fortuna había aprendido a controlar los esfínteres muy pronto, así que no tenía que cambiarle el pañal. J. P. agarró una galleta en cuanto lo sentó en la trona.

Las galletas desaparecieron a puñados cuando las niñas regresaron del jardín y Cecily las mandó a la bañera. Por supuesto siguieron jugando casi con la misma intensidad en el agua que fuera, pero al menos tenían la tripa llena de galletas para darles energía y garantizar que las paredes y el suelo del cuarto de baño se empaparan por completo.

Era de justicia llevarle un plato de galletas a Nick. Menos mal que le gustaba la lectura, aunque en su opinión los libros que leía, eran bastante poco interesantes. No podía faltarle su porción de galletas caseras durante sus años de crecimiento. Cecily guardó las tres últimas para Mark en una caja.

Ella no comió ninguna pero le daba igual. No le gustaba el chocolate. Nunca le había gustado. Si hubieran sido de jengibre... pero ésas tenían que reposar un rato en la nevera antes de hornearlas, así que no le había dado tiempo a prepararlas antes de que apareciera el capitán Cole.

Se preguntó si le había hecho un favor al muchacho diciéndole a Reuben que parecía digno de confianza. Sabía que, fuera lo que fuese que estaba haciendo Reuben, era peligroso, tal vez la clase de asunto que algún día podría llevarlo ante un comité del Congreso, como le había pasado a Oliver North cuando ella era una cría y veía obsesivamente la CNN.

¿Qué clase de niña de diez años ve la CNN? Se alegraba de que ninguno de sus hijos fuera tan raro como había sido ella, ni tan solitario. No había tenido ningún amigo de verdad hasta que en el instituto había fundado un grupo de empollones orgullosos. A quién si no a una empollona como ella le hubiese atraído el empollón

oficial del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva que iba de uniforme todos los días como si desafiara a los estudiantes políticamente correctos a decir alguna burrada, cosa que ellos hacían, y a quienes siempre respondía con una mirada sorprendida y la misma frase gélida:

—Estoy dispuesto a morir por ti —decía, y continuaba con lo que estuviera haciendo. ¿Cómo podía nadie responder a aquello?

«Él está dispuesto a morir por su país y yo me paso la vida cuidando de sus hijos y haciendo que su vida merezca la pena e intente no morir.» Recordó aquellos dos gloriosos y horribles años como interina y luego como miembro del personal contratado de la oficina de un congresista. Allí había visto lo que sucedía entre bastidores, las cosas que nunca aparecían en la CNN porque los periodistas y las cámaras nunca estaban presentes cuando se hacía el verdadero trabajo. No era que su congresista fuera corrupto; todo lo contrario. Era un adusto mormón de Idaho que no bebía ni fumaba y que trataba a los miembros femeninos y masculinos de su personal exactamente de la misma forma. Pero sabía cómo funcionaba el Congreso: se alimentaba del dinero de las campañas y respiraba publicidad. Era un experto encontrando y usando ambas cosas.

LaMonte Nielson. Tenía conciencia e ideas firmes, pero ni por un segundo permitía que eso se interpusiera en la consecución de los acuerdos necesarios para hacer las cosas y volverse indispensable para los otros congresistas. Ya era el presidente de la Cámara de Representantes. No estaba mal para un veterinario de pueblo que se aburría durmiendo a los perros viejos.

La apreciaba. Le dio un puesto de trabajo una vez finalizado su periodo como interina. Le ofreció un sustancioso aumento cuando ella dijo que se marchaba. Pero cuando le explicó que se marchaba para casarse con un soldado, sonrió y dijo:

—Eso importa más a la larga que nada de lo que hacemos en este despacho. Adelante.

Aquella noche ella podría haber sido secretaria del presidente de la Cámara de Representantes del Congreso. En cambio estaba escuchando a J. P. que, sentado en su trona, farfullaba algo sobre camiones de basura, su obsesión del momento. Estaba explicando las normas para reciclar. Ella no estaba segura de si sabía leer. ¿Era posible que hubiera memorizado todo aquello cuando uno de los mayores le había leído el folleto?

Conocer a esos niños era mucho más divertido que conocer a un puñado de congresistas y sus ayudantes. Negociar con ellos la hora de acostarse y el uso de los videojuegos era mucho más satisfactorio que luchar con otros empollones sobre qué podía y no podía legislarse. No sólo porque en casa ella tenía todo el poder (ella y Reuben, cuando estaba en casa), sino porque podía cambiar las cosas: ayudarlos a superar sus debilidades, ayudarlos a sentirse mejor cuando se sentían mal, alegrarse

con ellos cuando estaban felices. Como decía el congresista Nielson, aquello era lo que importaba a la larga.

Sólo que...

Sólo que tenía que ocultarse de la televisión. Ya fuera viendo la CNN o, si Reuben estaba en casa, Fox News, se sentía llena de anhelos... «No, sé sincera: frustrada.» Porque estaban pasando cosas y ella no formaba parte de nada de todo aquello. Tanto años después y seguía teniendo la enfermedad.

La puerta principal se abrió de golpe y Mark entró corriendo en la cocina, gritando algo. Ella estaba escuchando sólo a medias mientras sacaba del frigorífico su caja de galletas; a Mark le gustaban las galletas frías.

—¡Pon la tele! —le gritó.

—¿Qué?

—Han volado la Casa Blanca.

En todos los canales pasaban las mismas imágenes: la Casa Blanca con un agujero abierto en la pared sur del Ala Oeste, gente con traje y gente de uniforme, vehículos de urgencias y vehículos militares por todas partes. Periodistas explicando que todo el tráfico aéreo había sido cancelado y que por eso no podían mostrar tomas aéreas. «Gracias a Dios —pensó ella—, lo que nos haría falta, el cielo alrededor de la Casa Blanca repleto de helicópteros.» Prometían que en cuanto obtuvieran información dirían quiénes habían muerto.

Porque había muerto gente. Eso sí que se sabía.

La información se agotó, cada fragmento saboreado y comentado hasta que el siguiente salía a la superficie. Un aparente ataque terrorista. Uno o más cohetes lanzados desde lejos. Desde el Malí primero, dijeron, luego desde el monumento a Washington, luego desde la dársena. Ésos eran los rumores.

Y luego el vídeo (¿vendido al mejor postor?) de la CBS, y emitido por todos los demás (pero con el logo de la CBS en una esquina; ¡el capitalismo continúa!), grabado desde un coche situado en el cruce del carril de la avenida de la Independencia con la dársena. En las imágenes aparecían los terroristas en el asfalto de los carriles en dirección al oeste, más allá del muro de contención de la dársena, y dos lanzacohetes.

La cámara temblaba. Obviamente era una cámara digital con poca resolución. Pero había detonaciones y algunos terroristas se volvían a disparar... casi a la derecha de la cámara. ¿Estaba loco aquel turista? Debería haberse quedado dentro del coche, no grabarlo todo.

Entonces una silueta oscura se movió a la derecha, delante de la cámara. Era un borrón de movimiento. Un hombre con traje pero armado. Y luego otro, de uniforme. Y una voz que decía:

—¡Métase en el coche!

Naturalmente, la cámara se quedó donde estaba.

*Pop. Pop. Pop-pop-pop.*

Uno de los terroristas cayó. Otro. Uno de los lanzacohetes se tambaleó y volcó. Pero el otro disparó y el vídeo terminó.

Mark pulsó un botón del mando a distancia y empezó a rebobinar.

—¿Qué estás haciendo?

—Rebobinar —dijo Mark.

—¿Todo esto es una cinta?

—Es un DVR, mamá —dijo él, como si ella fuera un poquito corla—. Hace ya dos años que lo tenemos. Puedes rebobinar lo que quieras si no has cambiado de canal.

—Pero quiero oír lo que están diciendo.

—Mamá, ¿por qué tenemos que escucharlos cuando podemos verlo? —Y entonces añadió, en voz baja—: Creo que era papá.

En el momento en que lo dijo, ella supo que tenía razón. Papá con un traje. Y el de uniforme era el capitán Coleman. Por algún motivo estaban en la dársena armados con rifles y disparaban a los terroristas, sólo que no habían podido acabar con todos a tiempo.

El vídeo no aclaraba nada. Todo pasaba demasiado rápido y era demasiado borroso. Pero ella supo con seguridad que era Reuben.

—Otra vez —dijo Mark.

—No —respondió Cecily—. Escuchemos qué dicen. Tengo que saber qué están diciendo.

Hubo un montón de cháchara sobre la respuesta rápida de alguien sin identificar y luego el busto parlante de algún idiota dijo que el alcance se había quedado corto y que no podían ser soldados entrenados porque los disparos no eran certeros. «Claro —pensó Cecily—, no serían certeros en un campo de tiro, pero lo son bastante cuando alguien le dispara y tienes que responder al fuego poniéndote a cubierto en algún lugar.

Los bustos parlantes dieron paso a un boletín. El periodista estaba de pie delante de los terrenos de la Casa Blanca.

El presidente estaba en efecto en la sala donde había explotado el cohete, con el secretario de Defensa y el jefe del Alto Estado Mayor.

Mark pulsó otro botón y de pronto todo saltó en la pantalla.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Paso a directo —explicó Mark—. Íbamos con un minuto de retraso porque he rebobinado.

—Se confirma que el presidente ha muerto —dijo un hombre desde una sala de prensa que ella reconoció inmediatamente: estaba en el edificio Sam Rayburn. ¿Por

qué en el Rayburn?

Porque la sala de prensa de la Casa Blanca no estaba disponible, por supuesto. Pero...

Allí estaba el congresista LaMonte Nielson, con la mano sobre la Biblia. Alzando la mano derecha. ¿Por qué estaba jurando un cargo?

—Al parecer el vicepresidente ha muerto en un incidente de tráfico unos minutos antes del ataque con cohetes sobre la Casa Blanca. Digo «incidente» porque cuesta creer que se tratara de un accidente, de una mera coincidencia. Cuando el presidente ha fallecido, este país ya no tenía vicepresidente. La ley de sucesión presidencial es clara. Después del vicepresidente, el presidente de la Cámara de Representantes del Congreso y, luego, el presidente *pro tempore* del senado... Pero aquí está el nuevo presidente de Estados Unidos, recién jurado el cargo. El presidente LaMonte Nielson. La mayoría de los estadounidenses ni siquiera lo conocen, pero es todo lo que tenemos ahora mismo...

Sus últimas palabras se solaparon con las de Nielson. Miró directamente a la cámara (Cecily recordó cuánto le había costado aprender a dirigir aquella mirada firme a los objetivos) y dijo:

—Compatriotas estadounidenses, nuestros enemigos han hecho algo espantoso hoy, y algunas buenas personas han sido asesinadas. Pretendían claramente golpear en nuestros corazones, y lo han conseguido. Pero no debemos perder la cabeza. Nuestra Constitución sigue vigente.

»No soy el hombre que ustedes eligieron para ser presidente. Pero haré mi trabajo, como lo harán todos los que forman este Gobierno. Se tomarán algunas medidas de emergencia, pero a excepción de lo que ordenen las autoridades legales, los instamos a que continúen con su vida normal. No sabemos quiénes son los responsables de esto. No saquen ninguna conclusión precipitada. No traten con ira ni hostilidad a alguien sólo porque comparte la religión o procede del mismo lugar o se parece a quienes suponen ustedes que pueden haber hecho esto. No añadamos más tragedias a las que ya nos han asolado hoy.

»Me uno al resto de nuestra nación en el luto por nuestro presidente y nuestro vicepresidente y los otros grandes servidores públicos que han entregado hoy la vida estando al servicio de su país. Dios bendiga los Estados Unidos de América.

Mientras la cámara retrocedía y los periodistas empezaban a valorar el breve discurso del nuevo presidente, Cecily vio que ya estaba rodeado, no sólo por agentes del Servicio Secreto, sino por soldados que llevaban uniforme de combate.

—Mark —dijo tranquilamente—, no les digas a tus hermanos que pensamos que puede que tu padre haya tenido algo que ver con los disparos. No hasta que sepamos algo con seguridad.

—Vale, mamá.

Por su voz, ella supo que el chico ya no estaba solamente sorprendido. Estaba llorando.

—Quédate aquí, por favor, hijo —le dijo—. Voy a llamar a los demás.

Unos cuantos minutos más tarde se arrodillaron en el salón. Ninguna de las oraciones que ella sabía parecía la adecuada. Se esforzó por añadir las palabras convenientes a las oraciones que todos los niños conocían. Al final, todo se redujo a lo mismo que había dicho LaMonte Nielson, el presidente Nielson. Dios bendiga los Estados Unidos de América.

Y entonces Nick añadió:

—Y Dios bendiga a papá y a todos los soldados.

—Amén —dijo Cecily. Pero se apresuró a añadir—: Pero por lo que sabemos, papá está bien.

—Pero ahora va a haber una gran guerra —dijo Nick—. Tiene que haberla.

Continuar con la vida normal, había dicho LaMonte. Pero ¿cómo era ahora su vida normal?

Sentó a los niños y les explicó la situación presidencial. Les contó su experiencia cuando había trabajado para LaMonte Nielson. Les habló del presidente asesinado.

—Ni siquiera le votaste, mami —dijo Lettie—. Mark lo dijo.

—Vuestro padre le votó —dijo Cecily—. Y aunque yo no lo hiciera, seguía siendo nuestro presidente, y lo hizo lo mejor que supo por nuestro país. Es terrible, no sólo por él, sino por todos nosotros, los estadounidenses, porque matándolo trataban de hacernos daños a todos.

Pero al cabo de un rato se quedó sin palabras. Las niñas eran demasiado pequeñas para comprender bien aquello y seguir interesadas. Las dejó irse a su habitación a jugar en silencio.

—Son las reglas de casa —dijo.

Sin embargo, Mark y Nick se quedaron delante de la tele, viendo la CNN. Cecily sabía que las imágenes de la dársena volverían a aparecer. Sabía que en algún momento alguien diría los nombres de los hombres que habían disparado a los terroristas. Pero no podía prohibirles que vieran cómo se desplegaba la historia. Y no podía quedarse a ver la tele con ellos, porque J. P. necesitaba sus cuidados.

Y porque iba a echarse a llorar de frustración y miedo si no se mantenía ocupada. Así que, con J. P. jugando en el suelo de la cocina, se puso a buscar en las alacenas algo que preparar para la cena y que la mantuviera entretenida unas cuantas horas.

La primera en llamar fue DeeNee Breen.

—Por lo que sabemos —dijo—, el mayor Malich no ha resultado herido. Ni el capitán Coleman. Pero está confirmado que fueron ellos quienes dispararon a los terroristas e inutilizaron uno de los lanzacohetes. En este momento su situación es desconocida pero imagino que vendrán aquí lo más rápido posible para informar.

Aquí o a alguna parte.

Cecily le dio las gracias y fue a decirles a Mark y Nick que sí, que eran su padre y su nuevo ayudante los que aparecían en el vídeo, disparando contra los terroristas.

—Así que papá es... como un héroe —dijo Nick en voz baja.

—Cariño, tu padre es un héroe multiplicado por cuarenta. Pero sí, ha hecho todo lo que ha podido. Pero también sé que ahora mismo está muy triste porque no ha conseguido impedir que dispararan uno de los dos cohetes.

—Se creía que eran los cadáveres de los terroristas que llevaban bombas adosadas —dijo Mark—. Pero la explosión ha sido del cohete que no ha sido disparado contra la Casa Blanca. Alguien lo ha tocado y se ha disparado contra el suelo y ha salido volando por los aires y ha matado a un puñado de gente.

—Pero no a tu padre —dijo Cecily—. En caso contrario DeeNee lo sabría. Ellos habrían sabido si estaba herido y ella me lo hubiese contado. Así que está bien.

Mark parecía aliviado. Pero Nick... Ella nunca sabía lo que estaba pensando. En privado, Reuben lo llamaba Cara de Piedra, porque encajaba las cosas sin pestañear. Cuando tenía cuatro años, a Cecily le preocupaba que pudiera ser autista o sufriera de síndrome de Asperger. Pero no, qué va, simplemente era un chico callado que se guardaba las cosas para sí. Como entonces. ¿Creía que su padre estaba a salvo? ¿No le importaba o sentía un temor que no se le notaba? El niño misterioso.

No iba a lograr comprenderlo precisamente en aquellos momentos. ¿En qué consistía el «éxito»? ¿En que Nick rompiera a llorar? ¡Oh, seguro que le estaría muy agradecido por ello!: «Sí, Oprah, mi madre no era feliz a menos que pudiera hacerme llorar.» Educar a los niños era muy complicado. Siempre había que pensar en lo que dirían luego en televisión.

DeeNee llamó otra vez para averiguar si sabía algo acerca del paradero de Reuben. Luego Cecily empezó a recibir llamadas de amigos que se preguntaban si era posible que hubieran visto a Rube en aquellas imágenes de la dársena.

—No lo sé —respondía—. No he visto más que un borrón. No, no sé dónde está, pero podría estar en cualquier parte, ya sabes cómo es su trabajo.

Naturalmente, ellos no sabían cómo era su trabajo, pero ¿qué podían decir, de todas formas?

Y entonces recibió la llamada de Reuben. Atendió el teléfono, sin reconocer el número de la llamada, suponiendo que sería otro amigo curioso. Reconoció la voz de Reuben al instante.

—Sigue adelante y ve a visitar a tía Margaret sin mí —le dijo—. Iré en cuanto pueda.

—Reuben, ¿qué...?

Pero él continuó hablando.

—Te amo, Cessy. —Y cortó la comunicación.



Al principio de su última misión, él se lo había advertido: había bastantes posibilidades de que su teléfono estuviera intervenido en todo momento. En ambos extremos de la línea. Así que mantenían una férrea disciplina: seguir la corriente al otro.

El juego era el siguiente: al parecer planeaban hacer un viaje a casa de tía Margaret, que vivía en West Windsor, Nueva Jersey. Aunque el tono de Reuben era alegre, la críptica naturaleza de sus instrucciones le indicaba muchas cosas: quería que ella y los chicos salieran de la ciudad, y no sólo porque la prensa los acosaría en cuanto se conociera su identidad; eso lo habría explicado abiertamente por teléfono. Algo iba mal.

Y su trabajo era confiar en Reuben.

Entró en el salón y se arrodilló delante de los dos niños. Les indicó que acercaran la cara a la suya, para no tener que hablar más alto que el televisor.

—Era papá —dijo—. Está bien. Pero nos ha pedido que hagamos una cosa. Vamos a subir a la furgoneta y nos iremos a casa de tía Margaret. Necesito que vosotros dos, los mayores, finjáis que llevamos planeando este viaje mucho tiempo, y que lo único que se sale de lo planeado es que papá se reunirá con nosotros más tarde. Si las niñas no siguen la corriente, no discutáis con ellas. Las ayudaré a hacer las maletas y vosotros preparad vuestras propias cosas. Ropa para tres días, ropa de domingo, bañador, un par de libros y tal vez DVD y la PSP y esa cosa nueva de Nintendo... la DS.

Los chicos la miraron muy serios y Mark asintió. Nick no, pero cuando su hermano se levantó, lo hizo también y ambos salieron juntos de la habitación.

En guardar las cosas de J. P. fue en lo que más tardaron, pero era como si lo hubieran ensayado durante años, tan sencillo resultó. Salían de casa sólo media hora más tarde.

Cruzaron el Potomac por Leesburg. El puente estaba abarrotado y tardaron casi dos horas en salir del embotellamiento, pero aquello no era ninguna sorpresa, ya que todos los puentes de Washington estaban cerrados y aquél era el primero que se abría al tráfico. Después tuvieron que avanzar despacio, así que no llegaron a casa de Margaret hasta después de oscurecer. La tía abrió la puerta antes de que bajaran de la furgoneta.

—Ha llamado tu soldadito —dijo—. Está presentando su informe y todo va bien.

Pero tía Margaret y ella sabían que nada iba bien. El presidente estaba muerto, Reuben había matado a algunos de los asesinos y había enviado a su familia fuera de la ciudad a toda prisa y sin explicaciones. En algunos aspectos era peor que cuando estaba en Operaciones Especiales. Al menos en combate los estadounidenses estaban todos de su parte. Tenía apoyo. Pero por lo que ella sabía, en aquellos momentos tenía problemas graves y no podía contar con nadie.

Excepto con ella. Le había encargado el cuidado de sus hijos. Mientras supiera que sus hijos estaban a salvo, podría enfrentarse a todo lo demás con valor. Ella tenía que descartar sus propios temores y preocupaciones. Tenía un trabajo que hacer, e iba a hacerlo bien.

## 7. Equipo

*La gran ironía de la guerra es que, siendo la expresión última de la desconfianza, no puede librarse sin confianza absoluta. Un soldado confía en que sus camaradas estén a su lado y su comandante lo dirija sabiamente para no ser conducido a una muerte absurda. Y el comandante confía en que subordinados y soldados actúen con sabiduría y valor para compensar su propia ignorancia, su estupidez, su incompetencia y su miedo, cosas que a todos los comandantes les sobran.*

Estaban siguiendo a Reuben... pero eso era exactamente lo que esperaba. Cuando terminó una larga sesión de información (con tres equipos diferentes de interrogatorio) casi había oscurecido.

La pregunta era qué equipo lo estaba siguiendo, si el FBI, el Ejército o la CIA. Tal vez los tres. O, siempre cabía la posibilidad, alguna otra agencia perteneciente a Seguridad Nacional. ¿Cuántas plazas de aparcamiento debía buscar cuando llegara al Reagan National? No quería molestarlos.

Reuben apenas podía reprocharles que gastaran tantos recursos en seguirle. ¿Qué otra cosa tenían? De los cuerpos de los terroristas sin iluda no obtendrían nada; podrían pasar días antes de que nadie encontrara información sobre las habitaciones donde se habían hospedado. Y probablemente habían sido mucho más disciplinados que los terroristas del 11-S: no habría ninguna nota, ninguna carta, ningún conveniente carné de identidad que pudiera dar una pista.

Lo único que tenían era al propio Reuben... y al pobre capitán Coleman, que también estaba siendo interrogado a conciencia en otra habitación, por su propio equipo de investigadores. Le había dicho a Cole que respondiera a todo, que lo contara todo. Que contara incluso tanto como quisiera sobre la conversación con Reuben y las acciones posteriores y todas sus especulaciones sobre por qué las cosas podían haber salido como habían salido.

—Cuénteles la verdad —dijo Reuben—. Queremos que esos tipos capturen a los terroristas. Naturalmente, sospecharán de mí, y si fingimos que no sabemos que seré sospechoso más pensarán que tengo algo que ocultar. Responderemos a esta extraña conspiración con la pura verdad, de modo que nunca llegue el momento en que puedan decir: eso es lo que ha dicho usted, pero esto es lo que sabemos que hizo en realidad. Nunca nos pillarán en una mentira. ¿Queda claro?

Reuben había seguido su propio consejo. Si no les dijo nada de sus actividades para Steven Phillips, eso fue debido a que era material de alto secreto y sus interrogadores no estaban autorizados a acceder a él.

—Si Phillips me dice que adelante, entonces se lo contaré todo encantado.

Ellos lo comprendieron y lo aceptaron. El hecho de que les hubiera dicho el nombre del propio Phillips era en sí mismo una muestra de extraordinaria cooperación por su parte, ya que en realidad no debería haberles dicho tanto.

—Pero todos estamos en el mismo bando y no voy a dejar que una tontería de papeleo les impida a ustedes averiguar lo que quieren saber.

Guardarse el nombre de Phillips habría sido una tontería, estando muertos el presidente y el vicepresidente; pero mantener en secreto sus actividades hasta que le dieran permiso para divulgarlas, no: era esencial. Los tipos que lo interrogaban se ceñían fielmente a los protocolos, o no hubiesen ocupado el puesto que ocupaban.

Cuando dieron la sesión por concluida, Reuben fue a su oficina, que suponía que habrían registrado, y luego a la salita del café, donde, dentro de una mochila marrón con la etiqueta «Apartad vuestras manos de mi comida bastardos codiciosos, DeeNee», buscó debajo de un bocadillo y sacó sus recién adquiridos teléfonos móviles. Si habían sido lo suficientemente concienzudos para encontrarlos, ya estarían convencidos de su culpa y no iba a conseguir nada de todas formas.

En aquel momento Reuben iba del Pentágono al aeropuerto. No era un trayecto largo y probablemente por eso era el que más preocupaba a sus perseguidores. Imaginaba los botones de llamada rápida de los móviles siendo pulsados y a los equipos movilizándose. «Deténganlo antes de que pueda subir a ningún avión, pero por lo demás no lo pierdan de vista», se decían unos a otros.

Quienes iban tras él sabían cuidar de sí mismos, sin embargo. Era la reacción de los hombres con los que él iba a reunirse lo que quería ver. No habían previsto nada como lo que estaba sucediendo, ni siquiera que él intentaría reunirlos. Pero Reuben les había dicho en una ocasión, bromeando, que si alguna vez tenían que salvar al mundo, los llamaría y se reunirían en el mostrador de facturación de la compañía Delta, en el aeropuerto Reagan. Sólo había sido una broma.

Pero los tipos de Operaciones Especiales no olvidan las cosas: están entrenados para memorizar datos e informar adecuadamente con posterioridad. Se acordarían.

Se acordarían, pero... ¿qué harían? ¿Se encontraría realmente con una miniconvención de hombres en excelente forma vestidos de paisano esperándolo?

No. Lo habrían reconocido en las noticias de la tele. Sabrían que su llamada tenía algo que ver con el magnicidio, y la críptica naturaleza de su mensaje asociada al contexto del viejo chiste sobre salvar el mundo los impulsaría a llamarse unos a otros. Tal vez uno se reuniera con él allí. Tal vez ninguno.

Ni siquiera llegó al mostrador de la Delta antes de hacer contacto. Lloyd Arnsbrach tomó la escalera mecánica antes que él.

—Sur del restaurante de frontera en el centro de la ciudad —dijo en persa. Si hubiera dicho «café Río Grande, en el Reston Town Center», cualquier anglohablante hubiese entendido las palabras «Río Grande» y «Reston». Y como no había nadie

cerca, eso significaba que Lloyd (Load, lo habían llamado siempre, «Carga») creía que los estaban escuchando... o bien con un gran aparato de escucha muy sensible o con un micro instalado en la ropa de Reuben.

—Te están siguiendo —continuó Load en persa—. Sube a la carretera de peaje de la colina de la primavera. —Eso quería decir Spring Hill—. Nos aseguraremos de que tengas un kilómetro y medio despejado, así que sal de la carretera inmediatamente.

Cuando llegaron al final de la escalera mecánica, Load se marchó en dirección contraria al mostrador de facturación de la Delta.

Así que Reuben compró un billete para el puente aéreo Distrito de Columbia-Nueva York del día siguiente. Si se lo preguntaban (y desde luego se lo preguntarían), su intención era volar para reunirse con su familia al día siguiente para visitar a la tía Margaret.

Era ya tan tarde que no había mucha gente comprando billetes, lo cual complicaba mucho a sus seguidores no llamar la atención. Pero al parecer eran buenos en su trabajo, porque no vio a nadie con esa pinta de estudiado despiste típica de los agentes. Era más que seguro que tenían a alguien lo bastante cerca de él para oír lo que decía. Aunque claro, a lo mejor se proponían preguntar a la que le había vendido el billete qué había dicho Reuben: aquellas plaquitas federales eran muy útiles.

O, y eso era algo en lo que tendría que haber pensado antes, era posible que hubieran instalado un micro en su ropa y estuvieran sentados tan tranquilos en una furgoneta en alguna parte, escuchando. O todo estaba siendo transmitido al auricular del iPod de alguien.

Y no hubiese supuesto ninguna diferencia que hubiera pasado por su oficina y se hubiera cambiado de ropa. Habrían puesto otro micro en el uniforme que tenía allí. Si no lo habían hecho eran idiotas y prefería pensar que los que investigaban el asesinato del presidente no lo eran.

Regresó a su coche y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no mirar alrededor e intentar localizar a alguno de sus seguidores. Naturalmente era sabido que pertenecía a Operaciones Especiales y que había trabajado clandestinamente para el CSN, así que nadie dudaba de que pensaría que alguien le estaba siguiendo. Pero si miraba a su alrededor no parecería curioso, sino furtivo, como si tuviera algo que ocultar. Y como tenía algo que ocultar, de hecho, y estaba a punto de dejar claro que así era, lo último que quería era indicar que estaba buscando a sus seguidores.

Qué pensamiento tan retorcido. «¿Deducirán que he deducido que saben que yo sabía que estaban allí?» Pero aquello formaba parte de la formación en Operaciones Especiales, sobre todo si uno iba a estar en un país mucho tiempo. No había que aceptar nada tal cual. Constantemente había que pensar: ¿qué les parecerá esta acción?, ¿cómo interpretarán lo que digo y hago?, ¿cómo debería yo interpretar lo

que sus palabras y acciones indican que creen de mí? Una y otra vez, sin conseguir estar seguro nunca, pero acercándose. Si uno se acercaba lo suficiente, tenía éxito en la misión. Si no lo bastante, fracasaba. Si no se acercaba en absoluto, moría.

La avenida George Washington volvía a estar abierta al tráfico, igual que los puentes, y la circulación fluía todavía como en una hora punta largamente retrasada. Reuben soportó pacientemente los avances intermitentes. En llegar al cinturón tardó una eternidad, pero siguió hasta la salida de Chain Bridge, luego rodeó Tysons II, pasó bajo el puente de la autopista de peaje y subió la rampa de Spring Hill. Allí sólo había dos cabinas de peaje y, en efecto, en la que no era automática había un tipo atascado al que se le había caído el dinero y había salido del coche a buscarlo.

Reuben no lo reconoció, pero tampoco esperaba hacerlo. Su equipo tenía sus propias cadenas de amigos a quienes recurrir para cumplir encargos que no necesariamente comprendían. «Tiene que ver con la actual emergencia nacional; es un buen tipo al que estamos ayudando.» Con eso bastaba.

Lanzó las monedas a la bandeja y prosiguió su camino. Por el retrovisor vio brevemente al conductor que le seguía... a quien al parecer también se le habían caído las monedas al suelo y había tenido que salir del coche para recogerlas.

El encargado de la cabina tendría una anécdota que contar aquella noche: «¡Dos idiotas al mismo tiempo! Es un milagro que tengamos equipo olímpico, con toda la gente que es incapaz de encestar las monedas en una canasta de dos palmos que está a medio metro de su coche.»

Naturalmente, si los tipos que lo seguían eran buenos, ya tendrían a alguien esperando en la autopista de peaje para que continuara siguiéndolo, pero él ya habría obtenido cierta ventaja.

Cuando llegó al Reston Town Center no estuvo seguro de cómo actuar: no estarían sentados a una mesa grande comiendo guacamole, seguro.

No tuvo ocasión de ver el interior del restaurante. Cuando aparcaba, un poco más allá de McCormick y Shmick, vio que Mingo (Domingo Camacho) cruzaba la calle por delante de él y señalaba una vez hacia el aparcamiento del otro lado. Reuben hizo un giro a la izquierda para entrar en el garaje y continuó hasta el tercer nivel, donde Mingo salió del ascensor justo a tiempo para detenerlo. Un coche salió de su plaza muy oportunamente (porque estaba previsto) y Reuben aparcó el suyo.

Mingo se llevó un dedo a los labios y se acercó a la puerta. Reuben bajó la ventanilla y a través de ella Mingo le tendió la bolsa de la compra que llevaba. Pantalones chinos, camiseta, chanclas.

Reuben pasó por encima del cambio de marchas y se cambió de ropa en el asiento trasero. Estuvo tentado de quedarse los calzoncillos pero al final renunció a ellos. Al parecer Mingo había pensado lo mismo porque, cuando sacó las prendas de la bolsa, había calzoncillos también. Todo de su talla. Aquellos tipos eran buenos. Gracias al

cielo que no había engordado desde sus días en Operaciones Especiales. Era la recompensa por las interminables sesiones de ejercicio. Reuben estaba decidido a no convertirse nunca en uno de esos tristes oficiales gordos que ya ni siquiera intentan mantenerse en forma para combatir.

Si se quedaba en el servicio el tiempo suficiente para ser general.

Si seguía con vida y salía de la cárcel.

Cuando terminó de cambiarse completamente de ropa, guardó los teléfonos móviles en sus nuevos bolsillos, dejó las llaves en la visera y cerró el coche. Sería fácil abrirlo más tarde, con el código de la puerta.

Caminó junto a Mingo, todavía sin decir palabra, hasta un vehículo aparcado en la zona de minusválidos. Aquellos tipos habían sido tan concienzudos que del espejo retrovisor colgaba una placa de minusválido. Probablemente era legal, dado lo patéticamente fácil que era conseguir aquellas placas.

Mingo indicó el asiento de pasajeros y Reuben se tendió en el suelo mientras Mingo cerraba la puerta tras él, antes de ponerse al volante. Reuben no intentó volverse para mirar adónde iban: confiar significa no exponer tu cara para adivinar la ruta.

Eso no significaba que Reuben pudiera desconectar la parte de su cerebro que automáticamente contaba los giros y estimaba las distancias. Cuando calculó que estaban volviendo hacia Tyson's Corner, habló por fin.

—¿Se supone que tengo que estar aquí tendido hasta que llegemos?

Mingo sacó el móvil de la bandejita del centro del salpicadero, lo abrió y sólo entonces respondió a Reuben, para que si alguien lo veía hablar pensara que lo hacía por teléfono.

—Es más seguro, ¿no crees? Ya que nos hemos tomado todas estas molestias, sería una tontería que uno de los que te siguen viera tu feliz cara blanca por casualidad.

—¿Destino?

—Adelante, Rube. Quiero que lo deduzcas.

—No un restaurante, donde un camarero podría oírnos, pero sí un sitio adecuado para que un puñado de tíos se reúnan y hablen en persa. Así que tiene que ser un Starbucks o una librería con cafetería. Estamos en la Ruta 7, así que apuesto por el Borders, que está enfrente del Marriot, en Tyson's Corner.

—Mierda —dijo Mingo.

—¿Mierda mala o mierda buena?

—Mala.

—¿Cuánto has perdido?

—Sólo un dólar, pero ya conoces a Benny. «Nunca apuestes contra Rube.»

—¿Eso dice?

—No estaba apostando contra ti —dijo Mingo—. Apostaba a que el plan de Benny era tan malo que se te ocurriría uno mejor y supondrías que eso haríamos.

—De momento es un buen plan —dijo Reuben—. Pero tengo otro invitado a la fiesta.

Desde el suelo de la furgoneta llamó a Cole y pronunció una sola frase, en persa:

—Fronteras en la Ruta 7, en la esquina, ahora.

No podía decir Tyson's Córner porque «Tyson» no tenía traducción.

La gente que lo seguía ya habría encontrado un traductor de persa después de las palabras que Load le había dirigido en el aeropuerto. Así que si Cole había sido descuidado o alguien había abierto el almuerzo de DeeNee en el frigorífico de la sala de descanso, volvería a tenerlos encima e implicaría a todos los demás en la conspiración de la que se suponía que formaba parte. Pero había que correr algunos riesgos o más valía hacer como Saddam y esconderse en un agujero, en alguna parte, hasta que te encontraran y te plantaran delante de un tribunal mediático.

Llegaron al Borders y ocuparon dos mesas y ocho sillas de la cafetería.

Hablando en persa y en voz baja, Reuben explicó rápidamente cómo habían utilizado su propio plan para matar al presidente. Cole llegó entonces (vestido de paisano, afortunadamente) y Reuben lo presentó.

Pero Cole tenía que saber más que sólo sus nombres.

—¿Fueron ustedes un equipo? Quiero decir, ¿en el país?

—Todos hemos estado en el mismo equipo que Rube, en un momento u otro —dijo Arty Wu—. Pero eso fue hace mucho tiempo y muy lejos.

—Ahora somos su *jeesh* —dijo Mingo.

Cole sabía árabe, aunque la palabra hubiera aparecido en una frase en persa.

—¿Su ejército?

—Su pequeño ejército —dijo Load—. Porque él es nuestro héroe.

—Somos tipos que confían unos en otros —dijo Reuben.

—Y somos realmente muy buenos matando a los malos —dijo Drew.

—Así que le pusimos a nuestro club un nombre árabe que diera miedo —dijo Babe.

—Cole, cuénteles la reunión que tuvimos ante la Casa Blanca —pidió Reuben.

Si Cole se preguntó por qué Reuben, que sabía más, le pedía a él que expusiera el informe, lo disimuló. Cole hablaba bien el persa, lo suficiente, y si de vez en cuando se atascaba alguien le suministraba la palabra. El objetivo no era impresionarlos con su dominio de aquel idioma. Necesitaban oír la voz de Cole y ver que Reuben confiaba en él, a pesar de haberlo conocido aquel mismo día.

—Mi familia está con la tía Margaret en West Windsor, N. J. —dijo Reuben en persa—. A menos que se me ocurra un plan mejor, iré allí mañana, porque a estas alturas el FBI o quien me esté siguiendo sabe que tengo un billete para La Guardia.



No tengo más planes, pero me gustaría que no me arrestaran mientras intento averiguar quién dio esa información a los terroristas y cuál es realmente su objetivo.

—¿Quieres decir que no crees que esto se haya acabado con la muerte del presidente y el vicepresidente? —preguntó Arty Wu—. Si eso debe ser lo más parecido al nirvana para los de Al Qaeda.

—No creo que los *terroristas* planearan nada más que lo que han hecho hoy, no —contestó Reuben—. Pero la gente que los ha utilizado tiene algo más en mente. Sin duda no teníamos un Steven Phillips dentro de la Casa Blanca y quien «compartió» mis planes desde dentro del Pentágono deseaba ver al presidente y el vicepresidente muertos. Supongo que esos estadounidenses lo hicieron con algún objetivo en mente que no tiene nada que ver con Al Qaeda.

—Desestabilización —dijo Cole, en inglés. Continuó en persa—. Pero eso es obvio.

—Sí —respondió Reuben—, pero nos gusta decir lo obvio. No estamos aquí para impresionarnos mutuamente con nuestras habilidades deductivas. A excepción de Benny y Mingo.

Benny alzó una ceja y Mingo le tendió un dólar.

—Lo que estamos buscando —dijo Drew Linnie, que era catedrático de la Universidad Americana— es que sea lo que sea que planeen hacer a continuación, podemos adelantarnos y pillarlos con los pantalones bajados.

—Una imagen a la vez pintoresca y vagamente gay —dijo Babe Austin.

—*Cui bono?* —preguntó Cat Black, que era abogado—. Si América se sume en el caos, ¿quién se beneficia?

—Presumiendo de saber latín... —murmuró Load.

—Podemos descartar a LaMonte, Nielson —dijo Reuben—. Cessy lo conoce y es un tipo decente. Además, tengo la sensación de que nadie en su sano juicio consideraría que ser presidente es un «beneficio» en estos momentos.

—Nielson contará con todas las simpatías durante unos cuantos minutos —dijo Cat—, pero no es probable que eso se traduzca en un montón de apoyos. Nunca podría haber sido elegido presidente, y es demasiado conservador para no ser un pararrayos.

—Los asesinatos no bastan para desestabilizar el país —dijo Load Arnsbrach—. Los ha habido antes y el país continúa adelante.

—También hemos tenido antes presidentes que no fueron elegidos —dijo Benny.

—Uno, al menos —comentó Load.

—Bien, aquí todos somos genios de la política —dijo Cat—. ¿Alguien más cree que esto es sólo el Paso A?

—Creo que el Paso B es el mayor Malich —dijo Cole—. Creo que a quienes entregaron la información a los terroristas les daba igual que los asesinatos llegaran a

cometerse o no... Que Al Qaeda o quien sea tuviera éxito puede incluso que los escandalizara. *Propósito* era tenderle una trampa al mayor Malich.

—Reuben —le corrigió Reuben.

—Rube —Mingo corrigió su corrección.

—Creo que para averiguar quién ha hecho esto tenemos que centramos en... Rube —dijo Cole; le costaba faltar de aquel modo al protocolo—, y ver quién se beneficiaría de llevarlo a juicio por traicionar a su país y conspirar para asesinar al presidente y el vicepresidente.

—¿Te refieres al Rube de carne y hueso o al héroe de guerra de Operaciones Especiales, el mayor Reuben Malich, de valor simbólico? —dijo Arty.

—Será el Rube de carne y hueso quien vaya a la cárcel —dijo Cat.

—Así que si Rube huye, o se esconde, o hace algo que le haga parecer sospechosos, ellos ganan —dijo Benny—. A partir de ese momento no les hará falta que siga con vida, porque la gente lo considerará culpable. De hecho, les resultará más útil muerto. Porque nadie tendrá prisa por limpiar el nombre de un muerto.

—Supongamos que ése es el plan —dijo Drew—. A Rube se le acusa de formar parte de la conspiración y luego se muere. Discúlpame por la hipotética fatalidad, Rube.

—Me estoy tomando el pulso —dijo Reuben.

Drew continuó:

—¿Qué, exactamente, sacarías nadie de la muerte de Rube?

—¿Desacreditar a la derecha? —propuso Mingo.

—No soy tan derechista —dijo Reuben—. Mi mujer es demócrata, por el amor de Dios.

—No hace falta ser extremista para que te acusen de serlo. Demonios, eres soldado, tío. Mírate. El niño del cartel para la imagen pacifista del poderoso guerrero ario.

—No puedo evitar ser un serbio increíblemente guapo en perfecta forma —dijo Reuben.

—Para ser un viejo cuarentón —dijo Benny.

—Tengo treinta y siete.

—Pues un viejo de treinta y siete.

—Mirad, todavía no hemos llegado a eso —dijo Cole—. ¿Qué se puede hacer con la imagen de un militar conservador que planeó el asesinato del presidente? No se pueden ganar unas elecciones con eso: el presidente era conservador y su sucesor lo es también. ¿Quién está a favor de los magnicidios? ¿Cómo se pueden ganar las elecciones declarándose uno en contra de los asesinatos? ¿Quién es tu oponente en eso?

Sólo entonces Reuben ató cabos.

—¿Quién ha dicho nada de ganar unas elecciones?

—Bueno, ¿qué si no? —preguntó Mingo.

—Tal vez no es porque soy conservador. Tal vez es porque pertenezco a Operaciones Especiales. La elite del Ejército. Tal vez se trata de un ataque contra los militares.

—Los defensores de lo políticamente correcto atacan a los militares continuamente —dijo Load—. No han olvidado los eslóganes de asesinos de niños de la época de la guerra de Vietnam.

—Sí, y la gente en su sano juicio los ignora. Pero ahora no lo hará —dijo Reuben.

—Sigue sin convencerme —dijo Drew—. Nada de esto justifica un acto tan monstruoso.

—Al Qaeda... —empezó a decir Cat.

—Se dedica a los actos monstruosos —terminó Load—. Pero los otros tipos, los estadounidenses, ¿por qué querrían ir a por Reuben, el emblema de lo castrense? ¿Por qué desacreditar al Ejército de manera tan drástica?

Babe se hundió más en su asiento. Eso significaba que estaba a punto de decir algo que consideraba importante. A veces incluso lo era.

—Creo que no vamos a averiguar qué pretenden hacer con Rube hasta que lo hagan.

—Pero entonces habrá muerto —replicó Arty.

—Como no vamos a dejar que nadie lo mate —dijo Babe—, lo que quiero decir es esto: tenemos que ver cómo se desarrolla esta historia y quién se encarga de inventarla. Entonces sabremos para qué le han puesto la trampa.

—Así que no haremos nada —dijo Cole.

—Qué va. Lo que tenemos que hacer es no darles nada con lo que puedan trabajar ellos. Y, mientras tanto, seguiremos con lo nuestro. O, supongo, lo hará Rube.

—Nada con lo que trabajar... —dijo Reuben—. ¿Quieres decir entonces que no debería ir a Jersey? ¿No debería hacer nada que pudiera interpretarse como que me escondo?

—No, quiero decir que tendrías que hablar antes con la prensa.

—¿Sobre qué? Todo mi trabajo está clasificado.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que empiecen a filtrar que a ti se te ocurrieron esos planes? —dijo Babe—. ¿Crees que toda esa mierda seguirá clasificada cuando la investigación se vuelva fea y política?

—Es un delito revelar información clasificada.

—Algo irrelevante desde el momento en que tu información clasificada se utilizó para matar al presidente. Además, sólo el hecho de que te hayas reunido con nosotros aquí es ya suficiente para que la prensa deduzca que hay una conspiración.

—Babe tiene razón —dijo Load—. El hecho de que les haya dado esquinazo a sus

perseguidores probablemente basta. Es un síntoma de conciencia culpable, ¿no, Cat?

—Ves demasiado *Ley y Orden*, Load —dijo Cat.

Cole se echó a reír, incrédulo.

—Vamos, ¿estás diciendo que el mayor Malich debería celebrar una rueda de prensa?

—No —respondió Babe—. Hay que anunciarlas con antelación y los federales pueden impedir las. Creo que ahora mismo, mientras no lo siguen, deberíamos llevarlo directamente al *Washington Post*.

—¿Por qué al *Post*? —dijo Reuben—. ¿Por qué tengo que ir a ver precisamente a la gente que más interés tiene en destruirme?

—Porque su historia la leerán y la usarán en todas partes —contestó Babe—. Incluso en el caso de que se burlen de ti, tu declaración de que alguien te ha tendido deliberadamente una trampa para que cargues con la culpa se hará eco entre los lectores. Si alguien te mata, eso se volverá en su contra. Mucha gente creerá que te han matado para que no hables.

—No quiero descubrir cuál cree la gente que es el motivo por el que me han asesinado —dijo Reuben—. Esta conversación empieza a preocuparme.

—Si creen que no va a resultarles beneficioso, no hay motivo para que te maten. Cuéntaselo todo al *Post*. Da todos los nombres que puedas. —Babe sonrió—. Me dedico a las relaciones públicas y voy a decirte qué les diría a Brad Pitt y Russell Crowe: no dejéis que cuenten la historia por vosotros, contadla vosotros antes.

—No son clientes tuyos —dijo Arty.

—No he dicho que lo sean —respondió Babe—. Rube no es tan guapo como ellos. Aunque tengo que decir que es casi igual de varonil.

Y por eso, a las once de esa misma noche, Reuben estaba en la sala de reuniones del *Washington Post*, rodeado por todo su equipo, mientras Cole y él se dejaban fotografiar e interrogar por los periodistas y editores que trabajaban en la historia del asesinato.

—No vamos a responder a ninguna pregunta —dijo Reuben—. Sólo voy a contarles exactamente lo sucedido, incluido el material clasificado cuya clasificación se ha ido al infierno. Pero me están tendiendo una encerrona y al menos quiero que mi historia esté ahí fuera para competir con las mentiras que se van a contar sobre mí.

No les gustó que él quisiera controlar la entrevista.

—Escuchen lo que tengo que decir y decidan si ha merecido la pena levantarse de la cama para oírlo.

El reportero encargado de la historia era Leighton Fuller, su principal cronista político, que también tenía su propia columna mensual desde la que masacraba cualquier idea que el presidente tuviera, aunque nunca había admitido que alguna llegara a la categoría de idea.

—No veo de qué va esto —dijo Leighton—. Es usted un héroe, intentó salvar al presidente. ¿Quién está intentando tenderle una encerrona?

—Muy bien, fingiré que voy a responder a su pregunta —dijo Reuben. Entonces, con Cole afirmando o complementándolo todo el rato, contó los acontecimientos del día, incluido cómo por su cuenta Reuben nunca habría visto el rastro de los submarinistas.

Y al final, Reuben explicó lo del manuscrito de su plan para asesinar al presidente.

—Si encuentran mis huellas en el ejemplar que utilizaron los terroristas sabrán algo importante.

—¿Qué sabremos? —preguntó Leighton.

—Nunca toqué el informe definitivo. La secretaria de la división lo envió por correo electrónico a la imprenta donde se imprimió y se encuadernó y ella lo entregó. No es que yo no quisiera tocarlo, es que no estaba en el país cuando lo terminé y se lo envié a DeeNee por e-mail. Si tiene mis huellas dactilares, entonces es un boceto. Uno de los que entregué en mano a gente para que lo comentaran.

—¿Qué gente?

—La secretaria de la división está haciendo la lista.

—¿Puedo tenerla?

—No. La entregaré al FBI. Pero quiero que sepan que existe por si allí la ignoran.

—¿Es usted consciente de lo paranoico que parece? —dijo Leighton.

—Sí, señor —respondió Reuben—. Y si nunca llegan a hacer nada de lo que preveo que harán, entonces tendré que estar de acuerdo con usted. Pero ¿quién de ustedes habría sido lo suficientemente paranoico para pensar que el presidente y el vicepresidente podrían ser asesinados con una diferencia de minutos, que el presidente podría ser borrado del mapa a través de una ventana del Ala Oeste?

—Eso tengo que reconocerlo —dijo Leighton—. Ustedes dos son los únicos que intentaron impedir este asesinato cuando todavía había tiempo para hacerlo. No me gustaba este presidente, pero no lo quería muerto. Era el *presidente*. Así que se ha ganado usted el derecho a ser escuchado cuando cuenta esta historia completamente demencial. ¿Lo entiende todo el mundo? —Leighton miró a su editor—. No quiero que la caguemos con el titular ni con los pies de foto pintando a este tipo como culpable. —Se volvió hacia Reuben y Cole—. A menos que encontremos pruebas que confirmen que colaboraron ustedes realmente con los terroristas.

—Naturalmente que encontrarán pruebas de que colaboramos —dijo Cole—. Las están colocando mientras hablamos.

—Pruebas que me satisfagan —dijo Leighton—. No creo que esté usted loco, mayor Malich, y ha demostrado que tiene cerebro y agallas. Tal como lo cuenta, todo es parte de un plan mayor. Y si tiene usted razón, ¿saben a qué me huele esto?

No lo sabían.

—Huele a guerra. Alguien quiere que el Ejército estadounidense esté humillado y desmoralizado antes de que la guerra empiece.

—¿Quién? —preguntó uno de los periodistas—. ¿Quién va a atreverse a atacarnos?

—Imagino que lo averiguaremos cuando acaben de crucificar al mayor Malich —dijo Leighton.

Uno de los editores tomó la palabra.

—Leighton, a mí me parece que estos tipos están tratando de utilizarnos para tergiversar los hechos.

—Todos tratan de utilizarnos para tergiversarlos —dijo Leighton despectivamente—. Y si nos gustan quienes lo intentan o simpatizamos con su causa, dejamos que lo hagan. No sé si me gustan estos tipos. Pero tampoco estoy seguro de que no me están diciendo la verdad. Así que mi artículo va a informar con neutralidad de lo que dicen. Luego veremos quién lo critica.

—O quién nos critica a nosotros —dijo el editor—. No sé si voy a poder permitir que nos utilicen así.

—Le agradezco la sinceridad —dijo Reuben, levantándose. Los otros soldados también se pusieron en pie—. En tal caso iremos al *Washington Times*, y esperaremos que la verdad se filtre de algún modo.

Varios de los periodistas se rieron nerviosos. Leighton hizo una mueca.

—Tiene usted razón: si se lo cuenta al *Times* no habrá una filtración, será un coladero.

—Gracias por haber vuelto a la oficina tan tarde —dijo Reuben—. Ahora tengo que despertar a los del *Times*.

El editor pareció molesto.

—Queremos la exclusiva. Eso es lo que nos han prometido.

—Queríamos que nos escucharan imparcialmente —respondió Reuben—. Usted ya planea tergiversar las cosas para perjudicarme.

Se encaminó hacia la puerta.

—¿No podemos sacudirlos un poco, ya que los tenemos a todos en la misma habitación? —preguntó Load en persa. El equipo de Reuben se echó a reír.

Cuando Reuben pasaba junto a Leighton camino de la puerta, éste le hizo un guiño.

—Un momento —dijo—. Le escucharemos imparcialmente.

Reuben se detuvo y estudió la cara de Leighton. No conocía a aquel hombre. ¿La popularidad de su columna le daba tanto poder en el periódico como para imponerse a su editor o, simplemente, confiaba en sus poderes de persuasión? O... estaba mintiendo para impedir que Reuben acudiera al *Times*.

Reuben hizo su deducción y apostó a ella su futuro. Cuando regresó con Cole y el resto del equipo a los coches, le dio a Mingo la clave de la puerta de su coche, que estaba en el aparcamiento del Reston Town Center.

—Las llaves están sobre la visera —dijo—. Necesito tu todoterreno, si no te importa.

—Le he hecho algunas modificaciones —respondió Mingo. Sólo tardó unos minutos en mostrarle a Reuben dónde estaban escondidas las armas y las municiones.

—Espero no necesitar esto —dijo Reuben—. Prefiero rendirme antes que disparar contra estadounidenses.

—Entonces, ¿no irá al *Times*? —preguntó Cole.

—Voy a apostar por Leighton. Aunque sabemos que a la larga irá en mi contra. Tendrán pruebas. Y tendrán a algún Jack Ruby esperándome.

—Por eso voy con usted —dijo Cole.

—Entonces pareceremos realmente unos conspiradores.

—Vamos a parecerlo de todas formas —respondió Cole. Echó un vistazo a los demás—. Demonios, lo somos. Estamos maquinando para salvarle la vida y limpiar su nombre.

—Espero que lo que estemos haciendo sea trabajar para averiguar quién mató al presidente e impedir que se perjudique todavía más a Estados Unidos —dijo Reuben.

—Oh, sí —dijo Cole mientras subía al asiento del acompañante del todoterreno de Mingo—. Eso también.

—Ayúdame a sacarlo de aquí —dijo Reuben.

—Ni hablar —respondió Mingo—. Es de Operaciones Especiales.

—Es un tipo duro —dijo Cat.

—Podría salir malparado —dijo Benny.

Reuben estaba enfadado.

—¿Por qué tirar de esta manera la carrera de los dos por la borda?

—El Pentágono te lo ha asignado —dijo Drew—. Lo lógico es que se quede contigo.

—Y lo necesitamos para que nos diga la verdad acerca de los riesgos que puedas correr —dijo Babe—. Porque sabemos que nunca nos pedirás que pateemos un par de culos por ti.

—Todo depende de a quién haya que pateárselo —dijo Reuben. Señaló a Cole—. Ahora mismo el que necesita una patada en el culo es él, y vosotros no se la dais.

—Sólo porque es muy fuerte —dijo Load—. Y cuando habla persa tiene un acento espantoso.

—Vamos, señor —dijo Cole—. Vayamos a ver a su familia.

Reuben sabía que debía aceptar el hecho de que sus amigos veían las cosas con más claridad que él. Tomó las llaves de Mingo y puso en marcha el todoterreno.

—Nunca te perdonaré que me hagas conducir un Ford —dijo Mingo.  
Reuben cerró la puerta y salió del aparcamiento.



## 8. Golpe de Estado

*Todo lo que la gente corriente quiere es que la dejen en paz. Todo lo que el soldado corriente quiere es cobrar su paga y que no lo maten. Por eso las grandes fuerzas de la historia pueden ser manipuladas por grupos sorprendentemente pequeños de gente decidida.*

Para Cole, lo malo de que Reuben Malich se hubiera marchado a Nueva Jersey era que él había tenido que quedarse al frente de la oficina. El primer par de días, antes de conocer a Rube, no había estado mal porque, a pesar de que no sabía nada, nadie lo llamaba tampoco para preguntárselo. Ahora seguía sin saber nada, pero el teléfono no paraba.

La mayoría de la gente quería hablar con el mayor Malich: viejos amigos que llamaban para felicitarlo por detener uno de los cohetes, al menos. Cole tomaba el mensaje con la promesa de entregarlo en cuanto viera a Rube.

Pero los periodistas que llamaban estaban encantados de hablar con Cole y lo bombardeaban a preguntas. El problema era que a Cole no se le ocurría nada que decir que no pudieran tergiversar y convertir en un ataque contra Rube y contra sí mismo. El artículo del *Post* había sido más o menos imparcial, aunque un soldado como Cole estaba tan acostumbrado a la manera en que los medios trataban a los militares que notaba cierto desdén en todo lo que escribían. De todas formas, Leighton Fuller había cumplido su palabra. Ni siquiera el titular era sensacionalista.

Sin embargo, le hacían a Cole preguntas estudiadas para que dijera cosas que pudieran ir en perjuicio de Reuben. Eran preguntas como: «¿Cómo es que estaba usted casualmente justo en el lugar desde donde pudo ver la operación subacuática en pleno desarrollo?» y «¿Cuáles fueron exactamente los signos que vio usted en la superficie del agua? ¿Por qué los buscaba?» y «¿No son usted y el mayor Malich tiradores expertos? ¿Por qué sólo pudieron alcanzar uno de los lanzacohetes?». A todas las preguntas, Cole daba siempre las mismas respuestas:

—Seguimos presentando informes. No estamos autorizados a comentarlo.

A lo cual ellos respondían siempre:

—¡Pero si el mayor Malich habló con el *Post*! Como niños pequeños, exigían que Rube y Cole fueran «justos» con la prensa y la televisión, aunque no tenían ninguna intención de ser justos con ellos ni con el Ejército al que representaban.

Pensaba esto y también que las preguntas eran legítimas. Y que las únicas respuestas que tenía eran especulaciones, en el mejor de los casos. ¿Por qué estaban en Hain's Point cuando los terroristas habían llegado buceando? Tal vez habían interceptado la conversación telefónica; tal vez habían estado vigilando al mayor Malich y lo conocían lo suficientemente bien para predecir que iría allí para tener su

encuentro privado. ¿Por qué tiradores de precisión como ellos sólo habían alcanzado a un lanzacohetes? Tal vez porque manejaban armas con las que no estaban familiarizados. Tal vez porque no habían dicho: «Usted ocúpese del de la izquierda, yo me encargo del de la derecha», así que ambos habían apuntado al mismo objetivo. Tal vez porque estaban distraídos respondiendo al fuego enemigo. ¿Por qué habían matado a todos los terroristas sin dejar ninguno para ser interrogado? Tal vez porque les estaban disparando y en el ardor de la batalla es difícil decir: «Vamos a herir nada más a éste.» Sobre todo cuando uno teme que intenten matar a civiles si los deja con vida.

Pero la respuesta sincera a todas aquellas preguntas tendría que haber sido: «No lo sé.» Lo único que sabía era que Reuben no estaba fingiendo. Le había enfurecido que los terroristas se apoderaran de su plan, se había esforzado denodadamente por detenerlos, la muerte del presidente lo había dejado devastado. Sin embargo, aquello era precisamente el tipo de cosa que la prensa nunca se tragaría. Sí, sí, está usted «seguro» de que Rube no sabía lo que estaba pasando. Ahora pasemos a los hechos.

El presidente fue asesinado siguiendo un plan ideado por el mayor Malich. El mayor Malich estaba en la escena precisamente cuando el plan se puso en marcha. Pero usted y él sólo alcanzaron a uno de los lanzacohetes, de modo que el otro todavía pudo disparar.

Ellos no estaban allí. No podían saberlo. Todo lo que sabían era un conjunto de «hechos» y lo visto en las imágenes en vídeo del tipo del coche, que no mostraban el frenesí de estar bajo el fuego, tan cargado de adrenalina que no tenías ni idea del paso del tiempo. ¿No comprendían que era un milagro que hubieran alcanzado al menos uno de los lanzacohetes? ¿No comprendían que era un milagro que hubieran podido llegar allí, con armas, tan rápidamente como lo habían hecho? Ni un solo segundo el mayor Malich había hecho nada que retrasara la operación para asegurarse de que los terroristas tuvieran tiempo. Y los terroristas habían disparado aquel cohete con menos de un segundo de ventaja. Nadie era capaz de planear eso.

Sobre todo porque el mayor Malich no podía saber que Cole fallaría y no alcanzaría el otro lanzacohetes. Era imposible haber planeado eso. Así que si Rube quería que el asesinato se cometiera había cometido un grave error llevando a Cole consigo.

A menos, naturalmente, que Cole hubiera formado también parte del plan de asesinato.

Sólo que Cole sabía que no formaba parte de ningún plan. Y sabía que si Rube realmente hubiera tenido algo que ver en el magnicidio habría metido la pata hasta el fondo permitiendo que Cole estuviera presente con un arma mientras se perpetraba. Era la clase de error que un líder como Rube nunca cometería, nunca.

Por eso Cole sabía que Rube era inocente.

Sin embargo, saberlo no implicaba que fuese capaz de transmitírselo a la prensa, sobre todo si alguien estaba alimentando la noticia con filtraciones pensadas para incriminar a Rube.

«Y a mí —pensó Cole—. Para incriminarnos a él y a mí.»

Luego estaban los que colgaban. *Ring ring*, respuesta, *clic*. Cole suponía que tenían que ver con el trabajo clandestino del mayor Malich. Phillips y sus amigos. O eso o se estaban asegurando de que Cole seguía en la oficina.

DeeNee no le era de ninguna ayuda. Dejaba que él respondiera a las llamadas mientras ella hacía recados por todo el edificio. Cole no tenía ninguna autoridad para pedirle explicaciones, pero puesto que Rube confiaba en ella tenía que suponer que estaba haciendo cosas para el mayor Malich.

Las llamadas de los amigos del Ejército. ¿Cuál de ellos podía ser el que había pasado el informe secreto que describía el peor panorama posible de Rube a los terroristas que habían demostrado que era, en efecto, el peor panorama posible?

¿O no lo era?

Por todo el Pentágono, los televisores tenían sintonizadas la CNN, Fox News, MSNBC, C-SPAN. Un montón de noticias sobre los detalles del funeral, declaraciones de condolencia de líderes mundiales que habían vilipendiado al presidente pero que lamentaban oficialmente su muerte, artículos de interés humano sobre la familia del presidente, la esposa y los hijos del vicepresidente y las familias de los otros fallecidos.

Pero por los resquicios se colaban las verdaderas noticias. El escaso impacto que el asesinato del presidente había tenido en la Bolsa: «¿Es un signo de que quien sea presidente ya no importa en los mercados o de que la presidencia de LaMonte Nielson tranquiliza de algún modo a Wall Street?» La identidad del grupo terrorista responsable: «Todos los asesinos identificados hasta ahora entraron legalmente en el país y no tenían ninguna relación conocida con terroristas ni grupos simpatizantes con el terrorismo.» Y, de vez en cuando: «Continúan surgiendo preguntas sobre por qué los dos oficiales del Pentágono, el mayor Reuben Malich y el capitán Bartholomew Coleman, estaban casualmente en el escenario de la tragedia. Según un artículo del *Washington Post* de esta mañana, el mayor Malich elaboró un plan hipotético para asesinar al presidente extrañamente parecido al que los terroristas emplearon...»

Mal asunto. Al público no le gustan las coincidencias. La gente inventa coincidencias sin que los medios tengan que alentarla. En Europa los medios de comunicación siempre le decían a la gente lo que debía pensar, y eso pensaba. En Estados Unidos, la prensa hacía preguntas con doble sentido y enfocaba las cosas de manera que destacara lo que quería que la gente pensara... aunque nunca lo dijera a las claras.

Eso era trabajo del Congreso. Y, en efecto, el líder de la minoría apareció ante las cámaras diciendo: «El hecho de que los cadáveres encontrados en la dársena fueran todos musulmanes de naciones árabes no significa que fuera exclusivamente un plan extranjero. En una Casa Blanca poblada por extremistas de derechas, tal vez alguien no consideraba al difunto presidente lo suficientemente radical.» Ya había una chiste sin gracia que saturaba el correo electrónico. Un dibujo de la ventana del Ala Oeste que había volado por los aires con dos policías mirándola. Uno decía: «Al menos sabemos que no ha sido el vicepresidente.» «¿Ah, no? —respondía el otro—. A lo mejor se han eliminado mutuamente.»

Lo que Cole no podía dejar de ver era que tal vez tuvieran razón. No en que Rube y él fueran cómplices, sino en quiénes eran los implicados. No había izquierdistas en la Casa Blanca que pudieran señalar dónde estaba en cada momento el presidente. Y dada la estructura militar, las probabilidades de que fuera algún conservador, de un tipo u otro, quien había pasado los planes de Reuben eran muchas.

Mientras tanto, Cole no podía llamar a nadie y decir lo que pensaba, ya que suponía fundamentalmente que su teléfono estaba intervenido. ¿Y a quién tenía que llamar? Las únicas personas en las que podía confiar, los amigos de Reuben, no eran amigos suyos. No todavía, al menos.

Llamó a su madre, que estaba orgullosa de él por haber hecho todo lo posible por impedir el asesinato. Era un auténtico héroe, debería recibir la Medalla de Honor. No tuvo valor para romperle el corazón y decirle que probablemente tendría que presentarse ante un par de comités del Congreso y que lo acusarían de haber participado en el crimen. Ya lo descubriría ella a su debido tiempo.

Así que la dejó hablar de lo valiente y guapo que era y lo orgulloso que estaba y trató de responder con la máxima naturalidad, sabiendo que la cinta de la conversación bien podía acabar siendo reproducida una y otra vez en las noticias en alguna fecha futura: «Escuchen cómo hablaba con su madre, sin decirle nada de las sospechas que ya levantaba en los medios. Si pudo mentirle a ella de esta forma, ¿cómo vamos a creer nada de lo que diga?» Luego un hombre apareció en el despacho. Un general de dos estrellas.

Cole se puso en pie de un salto y saludó, diciéndole a su madre: «Te llamo más tarde, mamá, tengo a un general en la oficina.»

—General Alton —se presentó su visitante—. Creo que no nos conocemos, capitán Cole.

—El mayor Malich está fuera, señor.

—Lo sé —dijo Alton—. Pero he venido a verle *a usted*.

Los generales no se presentan en tu oficina para escoltarte y llevarte ante un tribunal militar: eso lo hacen los PM. ¿Qué quería pues? ¿Escuchar la historia de su propia boca?

—Interesante artículo el publicado en el *Post*. Aparecía su foto, pero ni una sola palabra suya. ¿Todo es cosa de Malich?

—Fue Malich quien ideó los planes que los terroristas siguieron, señor —dijo Cole—. Estoy aquí desde hace apenas unos días.

—Y, sin embargo, van a poner su culo en el asador igual que el de Malich —dijo Alton. El general miró a Cole de arriba abajo como si estuviera contemplando el prototipo de una nueva arma—. ¿Come usted, capitán Cole?

—Sí, señor.

—¿Almuerza?

—Estaba pensando en eso, señor.

—¿Le espera alguien?

—No, señor.

—¿Tiene alguna cita ineludible esta tarde?

—No a menos que necesiten interrogarme de nuevo, señor.

—Venga conmigo, Coleman.

Media hora más tarde estaban en un restaurante tailandés en Oíd Town Alexandria, frente a Torpedo Factory. Durante el trayecto Alton le había sometido a un interrogatorio suave. ¿Dónde se educó? ¿Tiene familia? ¿Era militar su padre? Buena hoja de servicios... ¿cuál ha sido su mejor misión hasta ahora? Era lo que podía pasar por una charla intrascendente entre un general que superaba en rango a casi todo el mundo menos a Dios y un simple capitán que todavía no tenía ni idea de cuál era de momento su misión.

Sólo después de pedir la comida empezó Alton a hablar de un modo que dejó de parecer intrascendente.

—¿Cómo cree que va a venirse abajo todo esto, Coleman?

—¿Abajo, señor? —preguntó Cole. No se estaba haciendo el tonto, pero no estaba seguro de lo que preguntaba el general.

—La crucifixión del mayor Malich, capitán Coleman, y del Ejército estadounidense.

—Oh, eso —dijo Cole—. Bueno, diría que va según lo previsto, señor. Ahora mismo estamos en la fase de las insinuaciones. Como mucho mañana empezarán a salir a la superficie las primeras peticiones para que se nombre un comité de investigación del Congreso.

—Ya lo están pidiendo —dijo Alton.

—Me refiero a un comité que nos investigue al mayor Malich y a mí, señor. En concreto.

—Y que investigue al Ejército entero —dijo Alton—. Que usted y Malich estuvieran allí ayer va a crearle al Ejército un montón de problemas.

—Sí, señor.

—Si ustedes dos no hubieran sido unos héroes, si hubieran pasado de largo, sus caras no estarían en todas las noticias y no se sospecharía de todo.

—No me pareció una opción en aquel momento, señor —dijo Cole.

—Pues claro. No era una opción. Uno no se queda mirando sin hacer nada mientras atacan a tu país y matan a gente inocente. Bueno, gente más o menos inocente.

Cole no sabía adónde quería ir a parar.

—Para serle sincero, no me gustaba mucho nuestro presidente, Coleman. No me fiaba de él. Me parecía un payaso. Una marioneta del secretario de Defensa, que Dios lo tenga en su gloria. Un secretario de Defensa que pensaba que podía transformar la tradición castrense. Los dos pensaban que se podía librar la guerra como en Vietnam, con una mano atada a la espalda. ¡El cinturón bien puesto, echar puertas abajo, eso es lo que habría saneado las cosas en un tiempo récord! ¡No se puede someter a un ejército que no te considera capaz de derrotarlo! Y todas estas tonterías de ir y hacerse los simpáticos con los lugareños.

Cole no supo qué responder. Estaba claro que Alton pertenecía a la vieja escuela y era uno de los tipos que no comulgaban en absoluto con la nueva doctrina. Pero toda la carrera militar de Cole se había construido sobre las nuevas doctrinas: fuerzas pequeñas que tienen que conocer no sólo la zona, sino a sus habitantes, para que empiecen a ayudarte. Y Cole creía en ello: en la idea de que se podía derrocar al régimen enemigo sin ganarse la antipatía de la población. Conseguir que vieran a los soldados como libertadores y protectores, no como conquistadores y ocupantes. Pero a Alton le gustaba el viejo estilo. Y Cole no veía qué iba ganar discutiendo con él.

—Es útil conocer el idioma local —dijo.

—Lo único que hace falta es saber decir: «Levanta las manos o envío tu culo al infierno.» Cole intentó quitarle hierro al asunto.

—Puedo decirlo en cuatro lenguas de Oriente Medio, señor.

Alton cabeceó.

—El Ejército de nuevo cuño. Una completa chorrada. ¡Pero seguí la corriente! ¡El control civil del Ejército! ¡La Constitución! Creo en ella, que Dios me ayude pero creo. Si el secretario de Defensa quiere lisiar a nuestro Ejército y el presidente dice que adelante, pues entonces mi trabajo es realizar la emasculación. El capado.

—Hicimos algunas cosas para las que hacía falta tener pelotas —dijo Cole en voz baja.

—¡No estoy hablando de usted! ¡Ni de Malich! Hicieron aquello para lo que fueron entrenados y lo hicieron de manera brillante. Ustedes son auténticos. Alvin York, Audie Murphy. Los tipos que hacen lo que hay que hacer. El cinco por ciento que mata y vence.

Cole no podía decir lo que estaba pensando: «¿De qué va todo esto? ¿Me ha

traído a almorzar para tener público para una diatriba absurda sobre nuestro presidente muerto?»

—Ahora mismo trabajo en el Pentágono, señor —dijo Cole—. No llevo armas.

—Ese es el problema. No son los chicos que luchan en el campo de batalla, ni los que comen arena y duermen entre camellos y disparan sus armas y vuelan por los aires por las bombas en las carreteras. Somos nosotros los del Pentágono los que estamos aquí jodidos y ni siquiera lo sabemos. Disparando cartuchos de fogeo, eso es lo que estamos haciendo. Nos alistamos para defender la Constitución y ahora están acabando con ella y nos echan la culpa a nosotros. En concreto a usted y a Malich, pero es a todos nosotros a quienes van a crucificar, no lo dude.

—La Constitución funciona bastante bien, señor —dijo Cole—. El presidente Nielson juró su cargo antes de que se hubiera disipado el humo.

—Presidente —dijo Alton con desdén—. Si no tuviera váter no mearía en la garganta de ese hombre. Es un capullo y todo el mundo lo sabe. ¿Ese es nuestro comandante supremo?

—Es lo que dice la Constitución, señor.

—Sí, bueno, está bien, lo que digo es que es un mal tipo, lo que digo es que es débil, y eso es lo que ellos quieren.

—¿Quiénes, señor?

—La gente que les puso la trampa a Malich y a usted —respondió Alton—. La gente que se aseguró de que Malich estuviera en el escenario de la masacre... Casi la cagaron, ¿verdad?, porque Malich y usted estuvieron a punto de cargarse su plan. No sabían lo que puede hacer un soldado, ¿eh? ¡No sabían que interceptar móviles y cortar líneas de tierra no los detendría! ¡No sabían que nuestros muchachos saben improvisar!

—¿Quiénes son esa gente, señor? —preguntó Cole.

—La izquierda, Coleman, y usted lo sabe. Los del estado azul. ¡Los pijos gilipollas que se han hecho con este país tomando las facultades de derecho! ¡Han lavado el cerebro a todos los tribunales para que piensen que la Constitución *escrita* no es más que barro de modelar, que se le puede dar la forma que uno quiera! ¡Y lo que quieren es una nación donde el matrimonio entre maricones y lesbianas es sagrado y se puede matar a bebés hasta el momento en que nacen y a quién le importa una mierda si la gente vota a favor de eso o se aprueba una enmienda constitucional! Lo aprendieron con la EID (usted es demasiado joven para recordarlo, pero yo me acuerdo). No lograron que se aprobara la Enmienda de Igualdad de Derechos a través de las legislaturas estatales, así que aprendieron la lección. ¡No más enmiendas! Les hasta con convertir a los jueces en dictadores. ¡Con hacer que nos dirán que la Constitución dice lo *contrario* de lo que pone sobre el papel y que hace falta una enmienda constitucional para volver a enderezar las cosas!

Cole odiaba que la gente hablara así. Porque, claro, sentía lo mismo muchas veces, pero no le gustaba que lo dijeran de esa forma. Con amargura, abusivamente. Tal vez Cole odiara la manera en que los tribunales decidían cosas que se suponía que tenían que ser decididas por una aplastante mayoría de ciudadanos, pero quería que se discutiera el asunto y se corrigiera la situación razonablemente.

El problema de Alton era que tenía generalitis: la inflamación del ego que se produce cuando todo el mundo te saluda y te dice «sí, señor» todo el tiempo. Empiezas a pensar que es a ti a quien saludan, no a las estrellas. Empiezas a creer que eres listo.

Y tal vez Alton lo era.

—Veo su cara, Coleman —dijo Alton—. Sé lo que está pensando. No le gusta que hable a las claras. Se supone que no puedo decir «maricón». Se supone que tengo que llamarlos «fetos», no «bebés». Se supone que tengo que parecer razonable, no un extremista. Pero *ellos* no se aplican las mismas reglas, ¿verdad? Ellos pueden decir cualquier chorrada escandalosa, ofensiva e insultante que se les ocurra. Pueden etiquetar a todo el mundo que no se levante las faldas o abra la boca para ellos y llamarlo loco extremista. Pero si tú los calificas a ellos por lo que son, entonces eres un loco extremista. Es una trampa sin salida, ¿eh, Coleman? Si discutes con ellos un poco apasionadamente, entonces no merece la pena escucharte. ¡Pero si no discutes apasionadamente nadie te escucha! Así es como se salen con la suya. ¡Nadie les replica!

Coleman estuvo tentado de nombrarle a unos cuantos presentadores de programas de debate que replicaban bastante, pero decidió que prefería no mantener aquella conversación. Deseó profundamente haberle dicho a Alton que tenía una cita ineludible. Sin embargo, ya era demasiado tarde para «acordarse» de una.

—Mi diatriba tiene un fin, Coleman —dijo Alton—. Lo que digo es: ¿de qué manera va a utilizar este complot izquierdista la muerte del presidente? Porque sabe usted que éstos son los responsables. Por eso van a tomarse la molestia de implicarlo a usted y a algún anónimo conspirador derechista de la Casa Blanca. Quieren desacreditar a la gente que defenderá algo. Quieren hundir este país en el caos y echarle la culpa a la derecha, para impulsar sus propios planes. No sé por qué odiaban tanto a este presidente. Era su chico. Fíjese en lo que hizo: amnistía para los ilegales, medicina socializada, tratar con guantes de seda las naciones derrotadas en vez de *ocuparlas*... Este presidente hacía que FDR pareciera Barry Goldwater, de malditamente liberal que era. Pero no era lo bastante liberal para ellos. Porque están locos. Tienen que hacer que todo encaje en su utopía. ¡Van a hacernos vivir a todos en el infierno y, si no lo llamas cielo, entonces que rueda tu cabeza!

—Sigue habiendo mayoría conservadora en el Congreso, señor, y el presidente Nielson...



—Todos pasarán por el aro cuando los medios hayan acabado con ellos. ¡Sabe que lo harán! Porque no tienen coraje.

—Señor —dijo Cole—. No sé por qué me está diciendo esto.

—Le estoy diciendo esto porque no vamos a permitir que suceda. Mataron al presidente y al vicepresidente y al secretario de Defensa y a seis buenos soldados que cumplían con su deber por su país, y ahora van a echarle la culpa al Ejército y usarlo como excusa para tomar aún más de lo que ya tienen.

—¿Qué quiere decir con eso de que no van a permitir que suceda, señor? —dijo Cole.

—Quiero decir exactamente lo que estoy diciendo. Nos encontramos en un momento de emergencia nacional. Como lo fue la Guerra Civil. El presidente Lincoln lo expresó perfectamente: «La Constitución no es un pacto suicida.» A veces hay que suspender partes de la Constitución para salvar el conjunto. Los tribunales izquierdistas ya se han cargado la mitad. Para reunir esas partes, tenemos que tomar medidas. El nuevo presidente podrá seguir gobernando, pero con el ejército detrás, y sin los medios tergiversándolo todo y convirtiéndolo en una sarta de mentiras. Malich y usted no van a ir a juicio, Coleman. Ni ante un tribunal militar ni ante un tribunal civil, ni ante los medios.

—¿Está proponiendo un golpe de Estado? —preguntó Cole. No pudo evitar mirar alrededor para ver quién estaba escuchando.

—Estoy proponiendo salvar Estados Unidos y reinstaurar el sistema que nos hizo grandes. Estoy proponiendo salvar al país de las ruinas de la extrema izquierda. Estoy proponiendo recuperar un país donde no sea un crimen ser cristiano, donde los criminales vayan a la cárcel, donde el matrimonio sea cosa de un hombre y una mujer y donde no matemos a millones de bebés cada año. El país de Eisenhower. Y no me venga con chorradas de si «implica eso de nuevo la segregación» porque tenemos un Ejército con plena integración racial y no vamos a volver a esa mierda del racismo. Fue un buen cambio y vamos a mantenerlo. También vamos a dejar que las mujeres voten, por si iba a preguntarlo.

—No sé qué decir, señor —dijo Cole. Porque en aquel momento, finalmente, se dio cuenta. Aquel individuo iba en serio. Iba a intentar usar el Ejército para tomar el control del Gobierno, imponer la ley marcial, censurar los medios y anular cincuenta años de sentencias del Tribunal Supremo... las que no le gustaban, al menos.

Alton acababa de exponerle sus planes y, si Cole se negaba a participar, ¿sería su sentencia de muerte?

—Diga lo que tiene en mente, Coleman —dijo Alton—. No tiene nada que temer de mí, diga lo que diga. Sé que es usted un buen hombre, pero también sé que muchos buenos hombres estarán en desacuerdo con lo que estoy haciendo. Voy a restaurar la democracia, no a suprimirla. Cuando todo vuelva a ser como tiene que

ser, entonces pueden arrestarme y juzgarme y fusilarme, que no me importa. Estaré orgulloso de morir por mi país. Mientras no luche usted activamente contra mí (y quiero decir con armas, no con palabras), nadie va a tocarle. Así que hable francamente.

—Eso es traición —dijo Cole.

—Y tanto. La izquierda ha cometido una traición lenta. El país está siendo estrangulado por la traición. Pero sí, nosotros vamos a cometer traición también. Vamos usar la fuerza militar. Como en Turquía, cuyo ejército impide que los chalados conviertan el país en otro Irán. Vamos a intervenir para salvar el país, cueste lo que cueste.

—Es un error, señor. Necesitamos descubrir a los auténticos conspiradores y denunciarlos.

—¿Y llevarlos a juicio? ¿Como a O. J? ¿Para que los juzguen los que permitieron a los Clinton robar archivos del FBI y retener documentos del Congreso y cometer perjurio y aceptar sobornos sin que les pasara nada? ¿Así? Los tribunales estadounidenses son el meollo de la conspiración izquierdista. Sólo los ciudadanos corrientes son condenados en esos tribunales. Los estadounidenses como usted.

—No servirá de nada, señor —dijo Cole.

—Bueno, hay que intentarlo.

—Actuaré contra usted, señor.

—Haga lo que quiera —dijo Alton—. Pero, igual que ayer, llega demasiado tarde.

—¿En serio? —dijo Cole—. ¿No se le ha ocurrido que quienes me han interrogado podrían haberme colocado micrófonos?

—Pues claro que sí —respondió Alton—. Pero todos los que le han interrogado están conmigo en esto, Coleman. Sigue usted sin entenderlo. Lo que estoy haciendo, lo que *estamos* haciendo, es una operación militar.

—Imposible, señor. Es imposible que todo el Ejército le respalde.

—Lo hará. Quería que estuviera usted con nosotros porque usted y Malich quedarían bien ante las cámaras. Héroe de guerra. Los tipos que intentaron salvar al presidente y a quienes se acusa de su muerte. Pero podemos seguir sacando partido de su historia... Simplemente, no aparecerán en pantalla.

—Hablaré ante las cámaras contra usted —dijo Cole.

—¿Y qué? ¿Le dirá al mundo que conspiró para matar al presidente? Como la historia que nosotros contaremos será cierta, no sé qué dirá usted.

—Diré que no se salva la Constitución violándola.

—Diga lo que quiera. Nada de lo que diga será emitido. Nadie lo oirá. Nadie lo leerá.

Y por primera vez a Cole se le ocurrió que, por mucho que detestara los medios de comunicación, Malich y él habían podido hacer llegar su versión de la historia a

través de ellos. Leighton Fuller los había creído, o al menos había pensado que era posible que estuvieran diciendo la verdad, y los había recibido y sus editores le habían apoyado. Ningún comité del Pentágono había decidido qué podía publicarse y qué no. Cole sabía algo sobre la cultura militar, y no quería al Ejército controlando los medios de comunicación estadounidenses.

Ni siquiera quería al Ejército controlando al Ejército.

—Señor —dijo Cole—. Nuestro Ejército es de voluntarios. Todos somos ciudadanos de un país libre. Hicimos el juramento de apoyar la Constitución, no de acabar con ella, de obedecer a los cargos civiles electos, no de imponernos a ellos. A la mayoría de nosotros nos fastidian un montón de cosas que pasan en este país, pero nuestras armas están para apuntar a enemigos extranjeros, no a editores y periodistas estadounidenses. Si cree que el Ejército va a seguirlo a ciegas, está usted loco, señor.

—Bueno, ya sabe lo que dicen —respondió Alton—. «Los soldados quieren cobrar y seguir vivos. Los civiles quieren que los dejen en paz.» Pagaremos a los soldados y no les pediremos que mueran. Dejaremos en paz a los civiles.

—Excepto a los periodistas y a los jueces.

—Ésos no son civiles, hijo. Son los tiranos y los traidores. —Alton se levantó—. Hemos terminado. Le han lavado a usted el cerebro, pero no importa. No pasa nada. —Puso dos billetes de veinte dólares sobre la mesa y ambos caminaron hacia su coche—. En cuanto al Ejército, hemos conseguido apartar a la mayoría de oficiales de alto rango que se opondrían a nosotros. Todas las fuerzas estadounidenses están ya bajo nuestro control. Y nuestras declaraciones públicas no serán tan claras como yo he sido. Tenemos a nuestros expertos en los medios, Coleman. Sabemos cómo urdir esta trama.

Llegaron al coche y el conductor de Alton los llevó de vuelta al Pentágono.

—Es lo bueno que tiene que la izquierda haya capado a Estados Unidos. La mayoría de la gente se quedará sentada y dejará que las cosas pasen. No quedan tantos hombres de verdad en este país. Observe. Dentro de una semana, tendremos a todos los editores preguntándonos cuándo saltar y hasta qué altura. Este país está entrenado para vivir bajo una dictadura, porque ya lo hace. Lo único que haremos será sustituir a jueces políticamente correctos por soldados dedicados.

De vuelta al Pentágono, mientras Alton hablaba, lo único que Cole podía pensar era: «Puede fingir que no va a matarme, pero esto conducirá a un baño de sangre casi inmediatamente. Puede fingir que no le importa lo que yo haga, pero estoy en la lista de sus enemigos.» El chófer aparcó en la plaza reservada para el general Alton. Cole no abrió su puerta.

—Señor —dijo—. Todo esto les va de perlas. Estaban preparados. Así que lo que quiero saber es esto: ¿fueron ustedes? El Ejército, quiero decir... su grupo dentro del Ejército... ¿Fueron ustedes los que entregaron esos planes del mayor Malich a Al

Qaeda?

La actitud alegre y despreocupada de Alton desapareció de inmediato, sustituida por auténtica furia.

—Le juro por Dios que no —dijo—. Nos estábamos preparando, sí: para el día en que fuera elegido un presidente izquierdista decidido a destruir a los militares. No íbamos a tolerarlo. Pero para eso todavía faltaban muchos meses. Este presidente era un idiota pero mantuvo fuertes a los militares. No lo queríamos muerto.

—Le creo, señor —dijo Cole—. ¿Pero puede usted hablar por todos los demás de su... grupo?

—Puedo, hijo. Claro que puedo. No tuvimos nada que ver con esto. Nos pilló por sorpresa. Pero en el Pentágono trazamos planes de contingencia, Coleman. Cuando la mierda se esparce, alguien tiene que estar preparado para limpiarla.

—Tengo otra hipótesis para usted, señor.

—¿Cuál?

—Los tipos que realmente mataron al presidente... ¿No se le ha ocurrido que conocían la existencia de su grupo y sus planes de contingencia y que prepararon este número especialmente para que hicieran ustedes exactamente lo que están haciendo? Eso les habría dado una excusa para ir a la guerra y salvar al país de *ustedes*.

—Tal vez —dijo Alton—, pero ¿qué más da? Nosotros tenemos todas las armas.

## 9. Oferta de trabajo

*Que seas mucho más listo que tu oponente no es imposible. Si le consideras más sutil de lo que es realidad, puede darte una sorpresa táctica haciendo lo obvio.*

Bien podrían haberse quedado en casa, para la diferencia que supuso en las actividades de los niños. Mark era un chaval que recordaba a los amigos que había hecho en el barrio de la tía Margaret la última vez que habían estado en Nueva Jersey, así que ya estaba por ahí con ellos. Nick estaba acurrucado en un rincón del patio trasero, leyendo; leía al aire libre para que Cecily no le dijera que saliera a jugar. Lettie y Annie daban vueltas con ropa vieja que la tía Margaret les había dado para jugar; Cecily sólo se preocupaba si no las oía. Y John Paul era su sombra; al parecer había decidido que su madre era mejor que la tele porque no tenía que buscar los canales para entretenerse con ella.

Ni un solo periodista se había enterado de que estuvieran allí, así que el viaje había merecido la pena. Lo había hablado con Mark y él sabía que no tenía que decirle a nadie que era su padre quien había intentado salvar al presidente... y quien había ideado el plan usado por los terroristas. Los otros niños no trataban con nadie que no fuera de la casa. Con suerte, podrían llevar algo parecido a una vida normal unos cuantos días más.

Hasta que Reuben empezara a declarar. Porque el clamor general y las exigencias del Congreso habían empezado. Les encantaba ponerse delante de una cámara y hablar sobre cosas de las que no tenían ni idea.

—¿Por qué se ordenó a un soldado de Estados Unidos que pensara formas de matar al presidente? —exigió saber un senador que tendría que haberlo sabido perfectamente porque constaba en todos los planes de contingencia como parte de sus deberes en el Comité para las Fuerzas Armadas. ¿No sabía que la esencia de la defensa era anticiparse a los ataques del enemigo y estar preparado para enfrentarse a ellos? Pues claro que lo sabía. Pero la gente no.

Además, las convenciones de nominación estaban a la vuelta de la esquina. En el Partido Republicano la nominación estaba todavía en el aire: no había ningún candidato claro. LaMonte Nielson ni siquiera se presentaba, pero pronto habría un revuelo para nominarlo y tener la ventaja de la titularidad.

La candidatura demócrata casi estaba decidida, siempre y cuando no hubiera una toma de posición en bloque de los pocos delegados que todavía no habían tomado partido y a los que no gustaba esa candidatura.

El senador aspirante tenía un buen puñado de delegados que estaban de su parte. Tal vez pensaba que el resultado se decantaría a su favor en la convención si hacía suficiente ruido a costa de Reuben. ¿Qué le importaba a él si ensuciaba la reputación

de uno de los mejores oficiales del Ejército? Si le valía para conseguir un solo voto, merecía la pena.

—Vaya, hoy estamos de mal humor —dijo la tía Margaret, que escaneaba fotos de revistas de recetas en el ordenador de la cocina.

—Han matado al presidente, tía Margaret.

—Y están dando a entender que todo fue culpa de tu marido.

—No quiero hablar de eso.

—Bien. Entonces puedes escuchar. ¿Crees que no he visto las noticias? ¿Qué no he notado que han destacado el hecho de que Reuben es hijo de inmigrantes serbios? Siempre muestran un mapa de Serbia con Kosovo y Bosnia en mayúsculas, como si su familia tuviera algo que ver con los crímenes de guerra de Milosevic y sus secuaces. Como si Reuben fuera un musulmán bosnio que busca problemas. Todos han remarcado que habla persa. Tienen que decirlo. Toma notas en persa. Piensa en persa. Una vez, sólo una vez, han explicado que si aprendió persa fue porque su misión militar lo requería. Siguen recordando a la gente una vez y otra que habla con fluidez la lengua iraní. Tanto da que sea también el idioma de medio Afganistán. Pero tú sólo estás enfadada porque han matado al presidente.

—Tía Margaret, cuando era pequeña te consideraba la adulta más enrollada y más lista del mundo entero —dijo Cecily.

—Bueno, tenías razón.

—Pero ahora intento no pensar en ese tema.

—Lo sé. Por eso estoy intentando que saques la cabeza de debajo del ala.

—Sólo trato de no volverme loca. Puede que no te parezca prioritario porque nunca te has molestado en intentarlo.

Margaret soltó una carcajada.

—¡Oh, sí que estás fastidiada hoy!

—¿Cómo lo soportan las esposas de los políticos? Con todas las cosas terribles que dice la gente.

—Están dentro del juego. Además, los partidarios de sus maridos suelen hacerle lo mismo al oponente.

—Bueno, ¿qué puede hacer Reuben? Nada.

Margaret tardó un rato en responder.

—¿Nada? —dijo—. ¿Eso es lo que era el artículo del *Post*? ¿Nada?

—Para lo que va a servir.

—Salió muy bien. Su historia está ahí. Los medios de comunicación pueden hacer todas las insinuaciones que quieran, pero su historia está al alcance de la gente, que no tiene por qué creer lo que le dice la CNN.

—Así que tal vez sirva de algo.

—Así que él está haciendo algo —dijo Margaret—. Y tú estás... escondiéndote.

—Oh, por el amor de Dios. Si el tío...

—Tu tío Peter está muerto, querida. Y nunca le importó la política.

—Le importaba mucho.

—La política yugoslava, sí. La política estadounidense, no. El conteo de cadáveres era tan bajo en Estados Unidos que le costaba mantener el interés.

—Venga ya. Con Tito no había política.

—No había política *nacional*. La local era muy intensa. De todas formas, no estamos hablando de mi difunto esposo, el ateo serbio, Dios lo bendiga. Recuerda, no fuiste la primera de la familia que se casó con un serbio.

—Estábamos hablando de qué piensas que se supone que debo hacer en vez de estar aquí sentada criando una úlcera.

—Vaya forma tan fea de llamar al pequeño John Paul.

—Ya no trabajo para el Gobierno, tía M.

—¿Y toda la gente que conocías, ha muerto? ¿Han emigrado todos a Irlanda o a Marruecos?

—Nadie que yo conozca puede haber tenido nada que ver con esto.

—Pero alguno podría hacer algo para ayudarte a averiguar cosas con las que defender a tu marido. Por ejemplo, había un congresista para el que una vez trabajaste que acaba de ascender repentinamente en el escalafón.

—Y si lo llamo ahora mismo... suponiendo que pudiera hacerlo, creería que le estoy pidiendo trabajo.

—Pues dile que no, que sólo quieres ayuda, que sabes que tu marido no ha hecho nada malo.

—Él sabe que mi marido no ha hecho nada malo.

—¿Lo sabe? No recuerdo que estuvieras casada siquiera cuando trabajabas para él.

La tía Margaret tenía razón. De hecho, la idea de intentar que el congresista Nielson (no, el presidente Nielson) ayudara a proteger a Reuben ya se le había ocurrido, de una manera vaga, pero siempre la descartaba porque no quería ser la clase de persona que de pronto llama a alguien en el momento en que se convierte en presidente. Buscadores de empleo. Contrátame, hazme importante, colócame en la Casa Blanca.

Además, en la centralita de la Casa Blanca desviarían su llamada... a alguna parte.

LaMonte no vivía todavía en la Casa Blanca. Había declarado oficialmente que la primera dama podía tardar todo el tiempo que quisiera en mudarse. De hecho, se rumoreaba que había dicho: «Me gusta la casa donde vivo y puedo ir en coche al trabajo.» Pero todo el mundo sabía que era una idea ridícula: hubiese hecho recaer demasiada responsabilidad en el Servicio Secreto, ya demasiado humillado por haber fracasado en su misión de proteger al último presidente.

Así que ¿dónde estaba? ¿Qué había sido de su personal? Seguro que no iba a ninguna parte sin Sandy, la fiera que dirigía su oficina y al personal (sobre todo a los jóvenes ayudantes pardillos como lo había sido ella en otro tiempo) como si todos fueran prisioneros capturados tras un intento de fuga. Y Sandy tal vez incluso se acordara de ella.

¿Cómo se apellidaba Sandy? Siempre había sido sólo... Sandy.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Cecily.

—¿Una conferencia? ¿Con mi teléfono? ¿Qué pasa, a tu móvil se le ha acabado la batería?

—Tú eres la que quería que me implicara.

—Cierto, que te implicaras tú, no que me lo hagas pagar todo aparte de la cantidad de comida que tragan tus hijos.

—No tragan tanta comida, eres tú quien cocina en tanta cantidad.

—No quiero que mueran de hambre como si fueran modelos de pasarela.

Cecily sacó el móvil del bolso y marcó de memoria el número de la oficina de LaMonte. Después de todos aquellos años se acordaba.

Pero en el ínterin LaMonte había sido nombrado presidente de la Cámara de Representantes. Así que el número era de otra persona. Qué bien.

—Soy una tonta —dijo—. ¿Puede darme el número de teléfono del despacho del presidente de la Cámara de Representantes?

—Oh, puedo dárselo, encanto, pero no le va a servir de mucho —le respondió una mujer con acento sureño—. El presidente de la Cámara de Representantes ya no es el presidente de la Cámara de Representantes, cariño.

—Pero es que no quiero hablar con el presidente Nielson. Con quien quiero hablar es con Sandy Woodruff.

—Bueno, ella sigue con él, naturalmente.

—¿Y alguien de su antigua oficina puede darle un mensaje?

—Con señales de humo, tal vez, pero aquí tiene el número, lo he estado buscando mientras hablaba con usted, por si creía que no lo estaba haciendo.

—¿Desde cuándo hay que buscar el número del presidente de la Cámara de Representantes?

—Mi congresista es del otro partido, cariño. No llamamos mucho al presidente de la Cámara de Representantes.

—Pues deberían —dijo Cecily, imitando su acento—. Siempre ha sido un encanto de persona.

La mujer se rio de buena gana.

—Bueno, y usted también lo es. Buena suerte, a ver si atienden su llamada.

Cecily logró ponerse en contacto con la oficina del presidente de la Cámara de Representantes. La atendió una secretaria atribulada o tal vez una interina. Alguien



que no era considerado lo suficientemente importante para ir a la Casa Blanca.

—Sandy no puede ponerse en este momento —dijo la chica—. Pero con mucho gusto le daré su mensaje.

—Cecily Malich —dijo Cecily—. Pero cuando Sandy me conocía mi apellido era Grmek. Tendré que deletreárselo.

—Oh, no hace falta —respondió la muchacha. Decididamente, una interina.

—Eso significa que no lo está anotando, porque le aseguro que no podrá deletrearlo.

Un leve suspiro. Un ruido de papeles.

—Muy bien, aquí tengo un lápiz.

—Cessy. C-E-S-S-Y. Grmek. G-R-M-E-K. ¿Puede repetírmelo?

—¿No se ha saltado alguna letra? Lo que he escrito parece una mala mano de Scrabble.

—Diga *grrr* como un oso. Y el *mek* rima con *check*.

La chica lo repitió dos veces.

Obtuvo el efecto deseado. Escuchó la voz de Sandy al fondo.

—¿Cessy Grmek? Creía que estaba muerta o casada.

Un momento después Sandy se puso al teléfono.

—¿Para qué nos molestas, buscas enchufes?

—Vi a LaMonte por la tele —dijo Cessy—. Creo que lo está haciendo estupendamente.

—Por supuesto que sí. Le digo cada palabra que tiene que pronunciar.

—Escucha, Sandy, mi llamada es egoísta, pero no busco empleo.

—Lástima. El otro día mismo me dijo: «¿Qué pasó con aquella chica sin vocales? ¿Cómo puede funcionar esta oficina sin ella?»

—No dijo eso.

—Pero lo habría dicho si yo le hubiera recordado que lo dijera. Adelante con tu petición, querida. Recuerda que el presidente de Estados Unidos no es el Mago de Oz. Hay muchas posibilidades de que no consigas tu deseo.

—En efecto me casé, Sandy. Y mi marido es el mayor Reuben Malich.

Sandy tardó un segundo en darse cuenta de por qué le sonaba aquel nombre.

—¿Estás diciendo que estás casada con el héroe de la darsena?

—El héroe al que van echar la culpa del plan de asesinato.

—¿Sabes una cosa, Cessy? Creo que LaMonte querrá hablar contigo personalmente.

—No, no quiero molestarlo.

—Tu marido es todo un personaje, Cessy. No es que tú no lo seas, por supuesto. Pero es un héroe. No sólo lo fue ayer, sino que lo era antes. Es el tipo de militar sobre el que hacen películas.

—No quiero que la película sea *El caso Dreyfus*.

—No veo muchas películas últimamente.

—Es antigua. De José Ferrer.

—Te refieres a ¡*Yo acuso!*, sobre el famoso artículo de Zola «J'accuse». José Ferrer la dirigió además de interpretarla en 1958.

—Sandy, tu memoria me asombra.

—No es mi memoria, es el soberbio sistema de recuperación de datos. Y no creo que el presidente Nielson quiera que tu marido se pase años defendiéndose de una falsa acusación de traición. Dame un número donde localizarte.

Cecily se lo dio.

Cuando la conversación terminó, cerró el teléfono.

—Tal como pensaba —dijo la tía Margaret—. El presidente va a llamar.

—Ella opina que es posible. Pero yo creo que no lo hará.

—Entonces desconecta el teléfono.

—Vale, creo que es posible que llame.

—¿Vas a decirle que has cambiado de partido?

—No he cambiado de partido —dijo Cecily—. Fui demócrata todo el tiempo que estuve trabajando para él.

—Pero no demasiado demócrata.

—Moynihan trabajó para Nixon y era demócrata.

—Un demócrata con una buena mancha en la reputación.

—Hice un montón de cosas buenas con LaMonte. Hicimos cosas. Porque es un político práctico. Y yo sabía cómo hablar a los liberales ni parecer una republicana doctrinaria, así que pude hacer amigos muy miles en el otro lado del pasillo.

—Y luego renunciaste a todo para tener a estos bebés maravillosos dijo Margaret—. Incluido el que ahora mismo va desnudo de cintura para abajo.

—Espero que no estés hablando de J. P.

—¿Pequeñito? ¿La cara y las manos y el culo sucios?

—Va a ser ése.

Cecily se levantó de la silla y se puso a perseguirlo.

—¡No dejes que se siente en ninguna parte! —gritó tía Margaret tras ella.

—¡Demasiado tarde! —respondió Cecily.

Cuando hubieron bañado y vestido a J. P. y limpiado más o menos el pringue de azúcar de la alfombra donde había estado sentado, habían pasado cuarenta y cinco minutos. Sonó el móvil.

—¿No tienes un tono especial de llamada para el presidente? —preguntó la tía Margaret.

—Espere, por favor, se pone el presidente —dijo una voz.

Y entonces:

—Cessy, no sabía que fuera tu marido. He visto las imágenes media docena de veces y creo que él y el otro muchacho estuvieron espléndidos. Bartholomew Coleman, ¿no es así? Un capitán. Y tu marido es mayor, con un brillante historial de guerra. Ya están empezando a ensañarse con él, ¿no?

Así que Sandy lo puso al corriente.

—Le he llamado para decirle... Oh, esto es una tontería. Le estoy haciendo perder el tiempo, señor presidente... él es...

—LaMonte. Por favor. Todavía no tengo un busto en el Rushmore. Tengo a cuarenta delante en la cola.

—LaMonte, Reuben Malich es un verdadero patriota. A diferencia de mí, es republicano. Amaba al presidente. Esto lo está destrozando.

—Me lo imagino.

—No soy sólo una esposa leal. Quería asegurarme de que comprendiera que, digan lo que digan de él, sean cuales sean las pruebas que puedan presentar para incriminarlo, él no hizo nada. Cumplió una misión legítima. No filtró esos planes.

—Oh, de eso estoy bastante seguro —dijo LaMonte.

—Lo que estoy pidiendo es... Apóyelo, señor. Por favor.

—Déjame que te explique mi dilema —dijo LaMonte—. Voy a entrar en una Casa Blanca llena de gente elegida por el difunto presidente. Todos están acostumbrados a verme como un obstáculo para hacer las cosas porque nunca han comprendido que el presidente de la Cámara de Representantes no es el jefe de esa cámara como el presidente lo es de la Casa Blanca. Pero estas personas han formado parte de la Administración. Y una de ellas, al menos una de ellas, señaló dónde estaba el presidente de modo que alguien pudiera matarlo.

—Es para usted una cuestión de confianza. Pero mi marido...

—No saques conclusiones, Cessy. No es una cuestión de confianza. Se está desarrollando a mi alrededor una investigación de alcance mundial mientras intento acostumbrarme al cargo de presidente. Además, todo el mundo llora, lo cual es comprensible pero no ayuda mucho. Te necesito aquí. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

—Soy demócrata, ¿recuerda?

—Lo sé, y necesito a alguien que hable ese idioma, que para mí es extranjero.

—LaMonte, me siento halagada, me siento *honrada*, pero tengo una familia.

—Te pagaré un sueldo exorbitante. Subimos todos los sueldos de la Casa Blanca en la última sesión y te prometo que podrás permitirte vivir en Georgetown si quieres.

—LaMonte. Mis padres ya tienen casa en Georgetown, si necesitara una. No puede atraerme con dinero. No puede atraerme con nada. Pero, como decía, me siento *honrada*.

—¿El dinero no te seduce? ¿Y las súplicas? Puedo gemir y rogar si quieres.

Aprendí a hacerlo en las reuniones de los comités.

—No puede contratarme para trabajar en la Casa Blanca. Mi marido tendrá que testificar ante el comité del Congreso que investigue los asesinatos. Y no será agradable. Lo último que usted necesita es que digan: «El mayor Malich, cuya esposa es ayudante del presidente Nielson.» Existe una cosa que se llama mala prensa.

—Bueno, pero sólo para ti agitaré mi varita mágica y haré que todo desaparezca.

—Ojalá fuera posible.

—Ya lo verás. Vamos a tener una Administración muy armoniosa.

—No cuente con disfrutar de una larga luna de miel.

—Trabaja para mí, Cessy. Tu marido no nos perjudicará, nos ayudará. Es un héroe. Tú eres la esposa de un héroe. Además, Sandy me asegura que eres la única secretaria que le ha caído bien.

—Yo no le caía bien —dijo Cecily—. No hasta que me marché.

Se sentía absorbida hacia el vórtice. Realmente lo echaba de menos. Y pensar en una Casa Blanca en transición, sometida a una investigación interna, desesperadamente necesitada de gente capaz de concentrarse, de hacer las cosas... Sabía que ella podía hacerlo. Tenía la habilidad de llevarse bien con la gente. Sabía limar diferencias y hacerlas parecer pequeñas. Era buena con los detalles que hacían que en Washington funcionaran las cosas. Quería decir que sí.

Pero todavía más quería decir que no. Lo último que Reuben necesitaba en aquellos momentos era una esposa con una jornada de trabajo de dieciséis horas. Había sido decisión suya quedarse en casa con los niños y había tomado la decisión adecuada: para ella y Reuben, al menos. Con Reuben a menudo fuera de casa durante semanas y meses seguidos, los niños necesitaban a alguien que fuera un pilar de estabilidad en sus vidas.

—Tenemos cinco hijos, señor presidente. Sabe que no debería intentar apartarme de ellos.

—¿La cháchara patriótica no servirá?

—No, señor.

—Muy bien, te diré una cosa. La oferta seguirá en pie durante un mes. Cambia de opinión antes de agosto y estás dentro. Mientras tanto, no te preocupes por tu marido. El mayor Malich va a tener el pleno apoyo de la Casa Blanca y el Ejército. Te garantizo que no le sucederá nada malo.

Era todo lo que Cecily podía pedir. Y él tenía un montón de cosas que hacer. No había tiempo para seguir charlando. Le dio las gracias, se despidió y colgó.

—Ha tratado de contratarte —dijo la tía Margaret.

—Ya has oído mi respuesta.

—Es difícil rechazar algo así, ¿eh? En la Casa Blanca, cuando el presidente te conoce y confía en ti, consigues verdadero poder, ¿verdad?

—Sí, supongo —contestó Cecily—. Menos mal que tengo todo el poder que quiero amedrentando a mis hijos.

—Ha prometido ayudar a tu marido, pero todavía pareces preocupada.

—Estoy preocupada —dijo—. ¿Por qué estoy preocupada?

—Eres croata —dijo Margaret—. Por muy bien que vayan las cosas siempre pueden torcerse. Los croatas nunca olvidan eso.

—Sí, ¿cuál fue tu brindis el día de nuestra boda? «Cada día que termine sin que vosotros dos hayáis dejado de hablaros será un triunfo sobre la naturaleza humana.»—O algo por el estilo. Y tenía razón.

—Pasa algo raro. Es... No me gusta la forma en que me ha prometido que conseguirá que Reuben salga bien parado. Si alguien en el inundo sabe que el Congreso no puede ser controlado por la Casa Blanca es LaMonte Nielson.

—Tal vez piensa que todavía tiene mano en el Congreso.

—No, solía decir que el único presidente que llegó a controlar el Congreso fue Johnson, y porque era un... capullo de primera.

—Un completo imbécil —sentenció Margaret.

—Y tampoco puede controlar a la prensa. Van a intentar manchar la reputación de Reuben y bailar sobre su tumba.

—Acaban de nombrarlo presidente. Se siente rumboso.

—Nunca ha sido generoso. Pero no, estaba bromeando, siguiéndome la corriente.

—Y tú sigues preocupada.

—Estoy preocupada porque Reuben está en paradero desconocido. ¿Va a venir aquí? ¿Va a ir a esconderse a alguna otra parte? ¿Va a abandonar el país? ¿Está en algún tipo de misión? ¿Lo han arrestado? ¿Está...?

La puerta de entrada se abrió de golpe.

—¡Eh, ten cuidado con mi vieja casa! —exclamó la tía Margaret.

—¡Papi tiene un coche nuevo! —gritó Mark.

—Está aquí —suspiró Cecily.

—Id a ayudar a vuestro padre con el equipaje —les ordenó Margaret.

—¡No trae!

Cuando Cecily llegó a la puerta principal, con J. P. en brazos, la del garaje ya se estaba cerrando detrás de Reuben y el coche que traía. Así que Cecily rodeó la casa y le interceptó a la salida del garaje. Se besaron y Reuben tomó a J. P. y saludó a las niñas, que ya habían bajado corriendo las escaleras.

—¿Dónde está Nick? —preguntó.

—Leyendo sobre mujeres musculosas y hombres fascinantes —dijo Mark.

—En el patio de atrás —dijo Cecily.

Reuben dio a todo el mundo otro abrazo y se fue al patio en busca de su segundo hijo.

Se reunieron en la cocina y Reuben les contó, con todo detalle, su lucha con los terroristas. Lettie y Annie estaban fascinadas, pero su reacción era más bien decir: «Oh, qué asco. ¿Los viste muertos?» Mark quería saber más detalles, pero por respuesta Reuben le recordó que aquella historia no podía contarse fuera de la familia.

—Si le dices a alguien que tu padre es el mayor Reuben Malich, a cualquiera de tus amigos, muy pronto habrá periodistas ante la casa y no tendremos paz.

Mark se disgustó.

—Eso ya lo sé, papá —dijo.

Nick no comentó nada. Tan sólo observaba a su padre. Y escuchaba. Y lo asimilaba todo. Era el que preocupaba a Cecily. Nick construía su vida en torno a héroes imaginarios, aunque las novelas de fantasía se suponía que eran divertidas. Y luego miraba al padre que tenía: el auténtico, el guerrero musculoso, el héroe. ¿Cómo podía Nick medirse con esa fantasía?

Cecily pensaba que Nick se alistaría en el Ejército. Pensaría que tenía que hacerlo para ser un hombre. Sólo que su sitio no era el Ejército. Necesitaba tiempo para sí mismo. Necesitaba una vida sin sobresaltos. Necesitaba estar rodeado de amabilidad. Porque era frágil. El combate le haría daño. Acabaría con cicatrices de las que no sanan nunca.

Cicatrices como las que roían a su padre. No matas hombres sin dañar tu alma. Aunque te estés defendiendo y defiendas a tu gente. Aunque los malos sean verdaderamente perversos. Y si alguna vez llegas al punto en que no te importa realmente matar, entonces has perdido la decencia. Gracias a Dios, Reuben nunca había alcanzado ese punto, y nunca lo haría. Pero Nick... ¿podría soportar esas heridas en el alma?

—Así que estoy de vacaciones unos cuantos días —dijo Reuben—. Tal vez más.

—En dos palabras —dijo Mark—. ¡Atlantic City!

—Eres demasiado joven para mirar chicas, Mark —dijo Reuben.

—Ya dije eso una vez, papá. Es una broma.

—No importa. He visto tu expresión.

—Sí, bueno, ¿has visto cómo visten?

—Tienes sólo diez años. Eres demasiado joven para que eso te interese.

Y así continuaron. Dejaron de hablar de guerras. Pero los niños no se marcharon. El tiempo con papá era precioso. Y no les contaba a menudo lo que hacía en su trabajo de soldado. No necesitaban saberlo. Sólo hubiera servido para que pasaran miedo mientras estuviera fuera. Sin embargo, esta vez Cecily sabía que él tenía que contárselo, porque iban a oír la parte negativa y tenían que conocer los hechos tal como realmente se habían desarrollado.

Al cabo de un rato, las niñas arrastraron a su padre escaleras arriba para enseñarle

el proyecto en el que estaban trabajando juntas: Lettie siempre tenía un proyecto, y Annie acababa siendo la ayudante que nunca se salía con la suya en nada, así que acababan gritando y chillando y luego las dos volvían al mismo proyecto porque Annie prefería sentirse fatal y oprimida con Lettie que libre pero sola.

Mark se unió al grupo porque era Mark y tenía que estar con gente que hiciera algo. J. P. fue con ellos porque Reuben lo tenía en brazos. Lo cual dejó a Cecily sola sentada a la mesa de la cocina con Nick.

—¿En qué estás pensando? —dijo—. Si es en helados, creo que quedan dos de chocolate con los que J. P. no se ha pringado de pies a cabeza.

Nick ignoró el helado que le ofrecía, cosa que no resultó ninguna sorpresa. Solía ser indiferente a la comida.

—El rey ha muerto —dijo—. Larga vida al rey.

—¿Qué?

—Has preguntado en qué estaba pensando. Alguien ha matado al presidente y todo lo que la gente piensa es en qué les beneficia esto.

—Yo no pienso eso —dijo Cecily.

—No, porque papá y tú estáis pensando en cómo va a perjudicaros. Están diciendo cosas que hacen que parezca que papá participó en el asesinato en vez ser quien intentó impedirlo.

—Así se venden periódicos.

—A eso es a lo que me refiero —dijo Nick—. ¿Ves? El presidente ha muerto, ¿cómo podemos vender periódicos? El presidente ha muerto, ¿cómo puedo aprovecharme de eso?

—Y tú tienes nueve años, ¿no? —preguntó Cecily.

—Sé que piensas que leo demasiada ficción —dijo Nick—, pero de eso va todo. De poder. Alguien muere, alguien se va, alguien llega e intenta hacerse con el control. Y hay que esperar que los buenos sean lo bastante fuertes y lo bastante listos y lo bastante valientes para ganar.

—¿Lo son?

—En las novelas de fantasía. Pero en el mundo real los malos ganan siempre. Gengis Kan destruyó el mundo. Hitler acabó perdiendo, pero antes mató a millones de personas. Pasan cosas verdaderamente espantosas. La gente perversa se sale con la suya. ¿Crees que no lo sé?

«Nuestros hijos son demasiado listos para su propio bien», pensó Cecily.

—Nick, tienes toda la razón. Y ¿sabes qué hacemos nosotros? Hacemos una isla. Levantamos un castillo. Cavamos un foso alrededor y construimos muros fuertes de piedra.

—Supongo que no te refieres a la casa de la tía Margaret —dijo Nick.

—Sabes a qué me refiero —dijo Cecily—. Estoy hablando de la familia, y de la

fe. Aquí, en esta casa, no intentamos aprovecharnos. Nuestra familia no intenta beneficiarse de la muerte del rey. Nuestra familia siempre tiene suficiente para compartir, aunque no tengamos suficiente para comer. ¿Lo entiendes?

—Claro. Eso dicen en la iglesia. Porque papá tiene un arma y va y mata a los malos. No se esconde en un castillo detrás de un foso y ayuda a los pobres y los enfermos.

—Tu padre no va y mata a los malos. Va y hace lo que le ordenan, y el objetivo es persuadir a los malos de que no se saldrán con la suya matando gente, así que es mejor que se detengan.

—Mamá —dijo Nick—, lo que estás diciendo es que nuestro Ejército los persuade de que no maten siendo mejores que ellos matando.

Ella se desplomó en su silla.

—Es difícil reconciliar eso con el cristianismo, ¿verdad?

—No, no lo es —contestó Nick—. «El mayor amor del hombre no es otro que el que siente por sus amigos.»

—¿Me has estado escuchando?

—Leo.

—Acabo de rechazar una oferta del presidente. LaMonte Nielson. Solía trabajar para él. Debí hacer un buen trabajo, porque quiere que vaya a trabajar a la Casa Blanca.

—¿Vas a hacerlo?

—Oh, no. Y ¿sabes por qué?

—¿Por nosotros? —dijo Nick.

—Porque lo mejor que puedo hacer para que este mundo sea un lugar mejor es hacer un trabajo realmente brillante educándoos. Y no podré hacerlo si no estoy en casa.

—Si trabajaras en la Casa Blanca, podrías haber sido una de las personas que murieron.

—Pero no lo fui. Y no lo seré.

—Tienen que estar cabreados con papá.

—¿Quiénes?

—Los jefes de los terroristas. Mató a los suyos. Impidió que lanzaran uno de sus cohetes. Casi les impidió que mataran al presidente.

—Supongo que estarán un poco enfadados con él. Pero no esperaban que no devolviéramos los disparos.

—No van a venir aquí a matarnos, ¿verdad?

—No —dijo Cecily.

—En las películas, siempre van a por la familia del héroe.

—Lo hacen porque es una fórmula de Hollywood. Para que la película dé más



miedo y te quedas mirando dos horas enteras. En el mundo real, a esos terroristas no les importamos las personas corrientes como nosotros. Atacan objetivos grandes... como el World Trade Center y al presidente.

—Y el Pentágono.

—Y a los soldados en el campo de batalla. Siempre hemos sabido que ése es el trabajo de papá. Pero ¿nuestra casa? Como te he dicho, es un castillo.

Nick asintió. Luego se levantó y sacó un helado del congelador.

—¿Quieres uno?

—No me gusta el chocolate —respondió Cecily.

—¿Uno de nata?

—Tráeme uno, monstruo de la tentación.

Él le lanzó un helado de nata y se quedó con el de chocolate.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo sería frotarse esto por todo el cuerpo? —dijo mientras lo desenvolvía.

Cecily ató cabos.

—No le habrás dicho eso a J. P., ¿verdad?

—El helado le chorreaba por toda la mano y se estaba poniendo frenético.

—¿Estaba en el patio trasero?

—Sabe abrir las puertas, mamá. ¿No lo sabías?

—Así que le has dicho: «¿Te has preguntado alguna vez cómo sería frotarse esto por todo el cuerpo?»

—Le he dicho que estaba tan pringado de helado que bien podía quitarse la ropa y terminar el trabajo.

—¿Y no se te ha ocurrido vigilarlo para asegurarte de que no lo hiciera?

Nick la miró como si estuviera loca.

—¿Por qué tendría que haber hecho una cosa así? Ha sido divertido verlo frotarse el culo con el helado.

—Oh, ya —dijo Cecily con fastidio—. Lees novelas cómicas.

—¿De qué sirve tener un hermano menor si no puedes convencerlo para que haga estupideces?

—Nick, por favor, no vuelvas a hacerlo. J. P. no es tu juguete.

—Es *tu* juguete. Se supone que tienes que compartirlo, ¿no?

—Sabes que estoy muy enfadada contigo.

—Mucho no —dijo él, pasando a su antiguo juego.

—Mucho, mucho.

—No mucho, mucho, mucho.

—Mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, muy. Mucho —dijo ella.

—Lo has hecho a propósito.

—No puedo decir «mucho» tantas veces seguidas sin equivocarme.

—Venga ya, mamá, si hablas un idioma que no tiene vocales.

—El croata tiene vocales. Sólo que no las necesitamos en cada sílaba.

En aquel momento los otros bajaron corriendo las escaleras y la conversación privada se terminó.

Cecily no tuvo ocasión de estar a solas con Reuben hasta la noche, cuando salieron y se sentaron en el columpio del patio. Cecily le contó que había hablado con el presidente y declinado su oferta de trabajo. Reuben le contó que había hablado con Leighton Fuller del *Post*.

—Y Cole me ha telefoneado —dijo Reuben—. El general Alton está planeando un golpe de Estado. Se propone mantener a Nielson como fachada. Tal vez lo haga. Alton siempre ha sido un charlatán. Pero hay gente que ve el mundo de su misma manera. Tal vez tenga apoyo. Tal vez haya quien lo siga.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Mantener la cabeza gacha —dijo Reuben—. Hay cosas que un mayor del Ejército de Estados Unidos no tiene poder para hacer. Si dan el golpe, sin embargo, presentaré mi dimisión. Me alisté para servir a los Estados Unidos de América, no a un comité de generales que piensan que tienen el derecho a decidir cómo debería ir el país.

—No sucederá —dijo ella—. Eso no puede suceder. Es tan... tan latinoamericano. Tan *turco*. Aquí estas cosas no pasan.

—Hasta que pasan. Cole ha dicho otra cosa.

—¿Qué?

—Ha citado algo que el general Alton le citó a su vez. Lo que recuerda que Alton dijo es: «Los soldados quieren cobrar y seguir vivos. Los civiles quieren que los dejen en paz. Nosotros les pagaremos a los soldados y no les pediremos que mueran. Dejaremos a los civiles en paz.»

—Eso es muy cínico. ¿De verdad piensa que la gente renunciará tan fácilmente a la libertad?

—Eso es lo curioso. No es un viejo dicho. La primera vez que lo oí fue en Princeton. Lo dijo Averell Torrent.

—Oh, sí, me olvidaba que fue tu profesor.

—Es un hombre brillante, y un abogado del diablo. Creía que me la tenía jurada y luego va...

—Y te recluta.

—No estoy seguro de que me consiguiera los contactos con los que he estado trabajando. Nunca han mencionado su nombre.

—Pero lo has deducido.

—Dijo esas frases dos veces en clase... y estaban en uno de sus libros. Ya me conoces, eso bastó para que lo memorizara: «Todo lo que la gente corriente quiere es

que la dejen en paz. Todo lo que el soldado corriente quiere es cobrar su paga y que no lo maten. Por eso las grandes fuerzas de la historia pueden ser manipuladas por grupos sorprendentemente pequeños de gente decidida.»

—Eso no es exactamente lo que Alton le dijo a Cole. Si es que Cole lo recordaba bien.

—Cole tiene buena memoria.

—Como tú.

—Palabra por palabra —dijo Reuben—. Creo que Alton conoce a Torrent. O al menos ha leído sus libros.

—Pues claro que lo conoce —dijo Cecily—. Torrent pertenece a la ASN.

—Pertenece a la ASN hasta esta mañana.

—Pero lleva un par de años en la oficina de la ASN.

—Puede que te sorprenda, querida, pero el personal de la Agencia de Seguridad Nacional y los altos mandos del Pentágono no suelen salir juntos cada noche a charlar.

—Pero crees que Torrent y Alton lo hicieron.

—Creo que Alton oyó hablar a Torrent sobre cómo Estados Unidos no puede convertirse en un imperio durante su fase democrática. Sobre cómo hemos sobrepasado nuestras instituciones democráticas. Tienen que ser revisadas, drásticamente, pero todo el mundo ha invertido tanto en el viejo sistema que nadie es capaz de crear el consenso para cambiarlo. Un nudo gordiano. Es hora de cortarlo si Estados Unidos quiere alcanzar la grandeza alguna vez.

—¿No porque es su destino manifiesto sino gracias a una dictadura manifiesta?

—Siempre lo interpreté como que Torrent estaba advirtiéndonos sobre el péndulo de la historia. Sobre lo que nos espera si no somos cuidadosos. Pero es posible interpretarlo al revés: oír lo que dice y pensar, oh, buena idea, vamos a hacerlo.

—¿Entonces te parece que Alton ha estado planeando acabar con las instituciones democráticas de Estados Unidos desde hace tiempo y que esto es sólo un pretexto?

—No se planea un golpe de Estado de la noche a la mañana —dijo Reuben—. Esa es la cuestión. Cole le preguntó directamente si su grupo robó mis planes y se los entregó a los asesinos. Naturalmente, él dijo que no. Y Cole le cree. Opina que Alton no es tan buen actor como para fingirse tan escandalizado por la idea.

—¿Conoces a ese general Alton?

—Lo conozco de oídas. Nunca he servido a sus órdenes. Bueno, supongo que técnicamente sí, pero nunca he estado bajo su mando directo. Ya me entiendes.

—Entonces tienes que aceptar la palabra de Cole.

—Cole es un tipo listo.

—Pero sigues sin poder hacer nada.

—No —convino Reuben—. Pero estoy pensando una cosa: que Torrent es listo y

carismático. ¿Y si, al escribir sobre las grandes fuerzas de la historia, las ha cambiado accidentalmente? Como él mismo decía, pueden ser manipuladas por grupos sorprendentemente pequeños de gente decidida.

—Como el grupo golpista de Alton.

—Como quienquiera que entregase mis planes a los terroristas. No creo que fuera Alton. Pero eso sigue dejándonos con la duda de quién fue.

—Lo que necesitamos es al experto en ordenadores —dijo Cecily.

—¿A quién?

—En todas las novelas de misterio de hoy en día parece que el detective tiene algún amigo que hace milagros con el ordenador y descubre información que nadie más sabe encontrar. Necesitamos a ese tipo. 1, lámalo, dile lo que necesitas saber y, al cabo de un ratito, volverá con los datos exactos que te hacen falta.

—Lo dices de un modo que hace que parezca un mago de las novelas de Nick.

—Estaba pensando que se parecía más a Dios —dijo ella—. Rezas y obtienes respuestas.

—Sí —dijo Reuben—. Tienes razón. Necesitamos a ese tipo.

—Pero no lo tenemos, ¿verdad?

—Sólo me tienes a mí y sólo te tengo a ti.

—Y a Cole —dijo Cecily—. Y a DeeNee. Y a Load y a Mingo y a babe y a Arty y...

—Y ninguno puede hacer milagros.

—Pero yo conozco al presidente y ha prometido que habrá uno.

—Por eso fui tan listo al casarme contigo.

No había nada mejor. Pero Cecily sentía como si lo mejor del inundo fuera estar allí sentada en el columpio con Reuben. Cuando estaban separados, era perfectamente competente y estaba segura de sí misma, pero... siempre había algo en peligro. Las cosas podían salir mal. Cuando Reuben estaba con ella, simplemente, se sentía más segura. El no permitía que las cosas se descontrolaran sin remedio. Lo ponía todo en perspectiva para ella. Los problemas quedaban de algún modo fuera de las murallas del castillo, y dentro, mientras Reuben estuviera allí, ella estaba a salvo. Los niños estaban a salvo.

—Retírate ahora mismo —dijo Cecily—. Ven a casa para estar con nosotros siempre.

—¿Crees que tía Margaret nos dejará quedarnos a todos aquí?

—No veo por qué no. Somos una compañía excelente y, gracias a J. P, le van a lavar gratis la alfombra.

—No quiero escuchar esa historia —dijo Reuben.

—No quiero contártela —dijo Cecily—. Pero Nick está implicado.

—¿Se ha pasado al lado oscuro?

—J. P. hace todo lo que Nick sugiere.

—Me pregunto si por eso J. P. aprendió tan pronto a controlar los esfínteres.

Eso nunca se le había ocurrido a Cecily, pero era posible, ¿no? Nick decía algo y J. P. usaba el baño siempre desde entonces.

—Así que puede usar sus poderes para hacer el bien además de para hacer el mal.

—Todos podemos —dijo Reuben—. Descubrir la diferencia es lo que resulta tan difícil.

## 10. Justicia y equilibrio

*Si siempre te comportas de un modo racional, la razón se convierte en la correa con la que tu enemigo tira de ti. Sin embargo, si tomas a sabiendas decisiones irracionales, ¿no has traicionado tu propia habilidad? El campo de batalla no es lugar para fingir ser un estilo u otro de comandante, porque siempre puedes imitar a un comandante peor, pero nunca a uno mejor. Debes ser tú mismo, aunque tu enemigo llegue a conocer tus puntos débiles. Pretender tener tendencias y cualidades de las que careces es imposible.*

Como soldado, Cole se había obligado a aprender a esperar a que le dieran una orden. No era porque no confiara en que su comandante tomaría la decisión acertada. Era que no soportaba estar sin hacer nada.

De niño no podía estarse quieto, ni siquiera en la iglesia. No es que fuera hiperactivo: no estaba inquieto y podía concentrarse fácilmente en la tarea que tenía delante durante horas y horas. Pero no soportaba no estar haciendo algo. ¿Por qué no podía cortarse las uñas durante un sermón? Así mientras escuchaba el sermón hacía un trabajo que había que hacer.

Su madre escuchó su planteamiento y le respondió con su típico « interesante modo de verlo». Pero lo escuchó, como siempre hacía. Esa noche, durante la cena, su madre puso en la mesa un rollo de papel higiénico y, después de dar el primer bocado, cortó un trozo de papel, se levantó la parte trasera del vestido e hizo el gesto de limpiarse. Cole le gritó que parara, a lo cual ella replicó:

—Pero de esta manera puedo masticar la comida y cumplir con un trabajo que hay que hacer.

—¡No delante de mí! —dijo Cole.

Con su propia voz expresó las razones de ella.

Así que aprendió a esperar. Y en el Ejército, volvió a aprender. No hay nada como los ejercicios con fuego real para aprender a concentrarse. Aprendió a esperar muchas horas, durante días. Aprendió a ocultar incluso el hecho de que estaba esperando.

Eso era la guerra. En cuanto el general Alton lo llevó de vuelta al Pentágono supo que no podía quedarse de brazos cruzados.

Ni siquiera volvió a la oficina. Era demasiado probable que la promesa de Alton de que no iba a pasarle nada fuera una patraña. Era facilísimo detenerlo: los soldados no estaban protegidos como los civiles contra los arrestos fraudulentos. Podían decir que tenían que interrogarlo de nuevo y desaparecería para siempre. Cuando el Congreso lo llamara a declarar, el Ejército diría que estaba de servicio en alguna parte. Y luego su familia recibiría la noticia de que había muerto en acto de servicio. Se mostraría su cuerpo con las heridas convenientes.

¿Cómo podía considerar paranoico este tipo de pensamiento? Había un general preparando abiertamente un golpe militar. La inclinación de Cole y su deber como soldado y ciudadano le exigían que hiciera todo lo que estuviese en su mano para impedirlo.

Así que se puso al volante. ¿La CNN o Fox News? ¿Atlanta o Nueva York? Por un lado, la CNN estaría más que ansiosa por oír hablar de un golpe ultraderechista en ciernes. Por otro lado, el objetivo de Cole no era inflamar a la gente contra los conservadores, sino que lo escucharan los soldados que pudieran sentirse tentados de participar en el golpe de Alton. Y para esos soldados la CNN era casi tan enemiga del país que amaban como la NPR.<sup>[5]</sup> Estarían viendo la Fox.

Cuando llamó a Rube desde el coche para decirle lo de Alton, no fue capaz de contarle adónde iba ni qué pretendía hacer. Sabía que estaba mal, que era una estupidez. ¿Por qué había ocultado esa información?, se preguntaba. La respuesta era obvia: no hacía falta ser licenciado en psicología para saber que no le había dicho a Rube lo que se proponía porque suponía que le ordenaría que no lo hiciera, o que lo convencería para no hacerlo.

Pensó en todos los motivos por los que no debía hacerlo.

«No se lo creerán, así que no lo emitirán.

»Si se lo creen tampoco lo emitirán, porque la gente de Alton se me habrá adelantado.

»Si se lo creen y lo emiten, quedaré como un completo pirado. Sobre todo si niegan todo lo que yo diga y el golpe no se produce.

»Si se lo creen y lo emiten y el golpe se produce, en el mejor de los casos me quedaré sin trabajo. En el peor, acabaré muerto.

»Y no supondrá diferencia alguna para la historia lo haga o no. Es una campaña completamente inútil. Me estoy arriesgando para nada. Estoy tirando de la anilla de la granada para que me estalle en las manos. Darán el golpe o no, diga yo lo que diga.»

Sin embargo, continuó conduciendo por la I-95 hasta Delaware y luego cruzó el río hasta Nueva Jersey y su fea autovía de peaje que te arrastraba por un túnel hasta la ciudad de Nueva York como llevado por una descarga de cisterna.

Encontró un aparcamiento público, se hipotecó hasta las cejas para pagarlo, y luego fue andando hasta el 1211 de la Sexta Avenida (no, de la avenida de las Américas, como si el bonito nombre cambiara su localización) y se puso a merced de Fox News.

Los interrogadores del Ejército estaban entrenados para no revelar ninguna reacción a lo que pudiera decirles la persona a la que interrogaban. Los periodistas y productores que lo entrevistaron trataron de hacer lo mismo, pero no pudieron ocultar su escepticismo. Hasta que por fin alguien se dio cuenta de que era uno de los que salían en el vídeo de la dársena que habían estado pasando durante las últimas

veinticuatro horas.

Entonces se entusiasmaron con él. Pero no sabían qué hacer con su historia.

—No podemos confirmarlo —dijo por fin una productora—. Nadie corrobora su historia.

—No me sorprende —contestó Cole.

—La cuestión es que no podemos dar una noticia infundada.

Así que todo había sido para nada.

—Lo que podemos hacer, capitán Coleman, es entrevistarle en directo. Es noticia por lo que el mayor Malich y usted hicieron ayer, intentar salvar al presidente y estar a punto de conseguirlo. En esa entrevista, podrá contar la historia de su reunión con el general Alton. La noticia no será que vaya a haber un golpe, sino que usted *ha dicho* que va a haber un golpe. No tenemos que apoyar la verdad de lo que usted dice, sólo tenemos que apoyar el hecho de que usted lo haya dicho en antena.

—Muy bien. —Cole sabía que sus programas de entrevistas eran durante las horas de máxima audiencia. ¿Quién lo entrevistaría? ¿Greta van Susteren? ¿Hannity y Colmes?

—Bill O'Reilly lo quiere —dijo la productora—. Es el programa más visto de la televisión por cable, así que no está mal, ¿verdad?

—Bien.

—Capitán Coleman, no creo que esté usted mintiendo. Pero espero que esté equivocado.

—Yo también lo espero —dijo Cole—. Aunque si lo estoy, quedaré como un tonto, ¿no le parece?

—Ayer ganó un montón de puntos portándose como un héroe. Aunque hoy consiga unos cuantos puntos de loco, probablemente la cosa quedará equilibrada.

—¿Y voy a ser uno de esos tipos a los que O'Reilly machaca o de los que trata con simpatía?

—¿Cree usted que Bill nos dice lo que va a decir?

—Vamos —dijo Cole—. Habla siguiendo un guión, como todos los demás.

—La verdad es que sólo tiene guión para las directrices generales —dijo la productora—. Todo lo demás lo improvisa sobre la marcha. Bill aprecia a los militares. Le gustan los héroes. Al mismo tiempo, se mostrará bastante escéptico con la denuncia de que el Ejército esté preparando un golpe.

—Un grupito dentro del Ejército va a intentarlo —la corrigió Cole.

—Como decía, cíñase usted a su historia y diga la verdad. No creo que Bill vaya a machacarlo. Pero sí que va a darle un montón de oportunidades para que se perjudique usted solito. —La productora se inclinó hacia él—. Capitán Coleman, ésta es la ley fundamental de las entrevistas televisivas: quien se cabrea, pierde. No se cabree. No demuestre ni siquiera *ira*.



Cole le sonrió.

—Señora, uno no sobrevive en el Ejército de Estados Unidos si es incapaz de escuchar estupideces durante horas sin la menor reacción.

—Bien —dijo ella—. Porque vamos a intentar que el general Alton participe en el programa a través de una conexión con los estudios de Washington.

—Lo negaré todo.

—Eso es —dijo ella—. Y merece la oportunidad de hacerlo. Justicia y equilibrio, ¿recuerda?

Fue Mark quien les dijo que Cole iba a salir en el programa de O'Reilly de esa noche. Volvió de casa de un amigo y entró corriendo en el salón, donde Reuben estaba dando una cabezadita en el sofá.

—El otro tipo va a salir en la Fox esta noche.

Todavía un poco amodorrado, Reuben creyó que se había perdido algo.

—¿Quién?

—El otro tipo que iba contigo, el que disparó contigo a los terroristas. Va a aparecer en *El Factor O'Reilly*.<sup>[6]</sup>

Reuben se puso en guardia de inmediato.

—Muy bien. Gracias, Mark. ¿Te has enterado de eso en casa de algún amigo?

—Su padre estaba viendo Fox News cuando volvió del trabajo.

—Pero se supone que no puedes decir a la gente...

—Papá, se supone que no puedo decir a nadie que estás *aquí*. Ya saben que eres mi padre. Es demasiado tarde para negar eso.

Mantuvieron la tele encendida mientras cenaban (algo que normalmente iba contra las reglas), pero los anuncios del programa de O'Reilly fueron bastante anodinos. Esa noche Bill hablaría con uno de los héroes del combate en la darsena. A medida que se iba acercando el momento de la emisión del programa los anuncios empezaron a prometer «sorprendentes revelaciones» y, en la última andanada, «graves acusaciones» contra «oficiales de alto rango».

—Parece que han conseguido alguna confirmación —dijo Reuben.

—Parece que están dándole bombo a un programa de televisión —dijo Cessy.

Cuando llegó la entrevista con Coleman, Reuben sintió ganas de marcharse de la habitación. Le caía bien aquel soldado, confiaba en él, pero los militares daban notablemente mal en televisión. Mantenían la sangre fría, sí, pero no demostraban *nada*. Solían parecer de cartón. Incluso daba la impresión de que seguían un guión.

Cole, sin embargo, parecía de carne y hueso, con emociones humanas normales. Al principio O'Reilly le hizo hablar del combate en la darsena. Y Cole lo contó de manera clara pero humana: no parecía un relato memorizado. Divagó un poco. Y cuando habló de cómo no habían alcanzado el otro lanzacohetes a tiempo, se

atragantó y pareció muy sincero.

—La gente nos llama héroes pero no nos sentimos así —dijo Cole—. Sentimos que la misión fracasó.

—Pero no era su misión —dijo O'Reilly.

—Mi misión es defender los Estados Unidos de América y su Constitución, señor —respondió Cole—. Estaban siendo atacados y no había nadie más lo bastante cerca para cambiar los hechos. Rube y yo... el mayor Malich y yo no dejamos de pensar que si hubiéramos elegido un objetivo distinto... Si hubiéramos conducido un poco más rápido. Corrido más. Disparado antes. Un segundo, y tal vez hubiésemos podido impedirlo.

—En mi opinión es usted un héroe, capitán Coleman —dijo O'Reilly—. Los héroes no siempre tienen éxito. Son los que lo intentan.

Hubo una pausa para publicidad con la promesa de que seguirían con el capitán Cole después de los anuncios.

—Hasta ahora, bien —dijo Cecily.

—No ha ido a Fox News a hablar de la dársena —dijo Reuben.

Cuando el programa continuó, no apareció solamente Cole en pantalla. En un recuadro se veía al general Alton.

—Se une a nosotros desde nuestros estudios en Washington el general Chapel Alton. Gracias por estar con nosotros, general.

—Es un honor estar en el programa con el capitán Coleman, señor —dijo Alton.

—Oh, vamos, como si no supiera de qué va a hablar Cole —comentó Reuben.

—Es la televisión —le recordó Cessy—. La guerra por otros medios.

Cuando O'Reilly volvió a dirigirse a él, Cole contó brevemente su almuerzo con el general Alton. A Reuben le gustó la manera en que lo dijo, sin furia, aunque un poco de ira asomó a su voz.

Entonces le tocó el turno a Alton, y el tipo era un profesional. No demostró tampoco ninguna furia. De hecho, inmediatamente pidió disculpas.

—El capitán Coleman es un gran soldado. Lo invité a almorzar porque quería conocerlo mejor. Conocía su hoja de servicio, que es excelente. Le había visto en ese vídeo que ha visto todo el mundo.

—¿Dijo usted las cosas que el capitán Coleman nos ha contado que dijo? —le preguntó O'Reilly.

—Le advertí acerca de lo que iban a hacerle los medios. Ya hemos visto algunas cosas en varios programas de noticias. Cosas que andan diciendo ciertos miembros del Congreso. ¿Por qué estaban allí esos dos soldados, armados, en un parque de la ciudad? Y, naturalmente, el mayor Malich ya ha violado el protocolo y ha hablado al *Post* sobre un plan de contingencia similar diseñado por él, de modo que eso también se está divulgando. Le advertí del torbellino al que iba a enfrentarse.

—¿No dijo nada sobre un golpe? ¿Sobre impedir que los medios de comunicación arrojaran dudas sobre el capitán Coleman y el mayor Malich?

—En mi esfuerzo por expresar mi solidaridad con su situación, señor, estoy seguro de que debo de haber dicho cosas que el capitán Coleman ha malinterpretado. Lamento haberle dado una falsa impresión sobre cuánto apoyo iba a tener. Creemos en el control civil de los militares en este país, y punto. Di por hecho que entendería que nuestro apoyo a él no pasaría ese límite.

O'Reilly se volvió hacia Cole.

—¿Bien, capitán Coleman? ¿Qué dice a eso?

—No te enfades... —susurró Cessy.

—Primero —dijo Cole—, tengo que puntualizar algo: el mayor Malich y yo no íbamos armados. Cuando advertimos lo que estaba ocurriendo, *obtuvimos* armas en la estación forestal del parque.

—No te andes por las ramas, no te andes por las ramas —murmuró Reuben.

—No, está bien —dijo Cessy—. Eso le da credibilidad.

—Me alegro de oír que el general Alton desautoriza ahora los planes que me ha descrito en el almuerzo. Le insté a que lo hiciera en ese momento. Pero puedo asegurarle, señor O'Reilly, que no hubo pie a error. El general Alton fue bastante concreto. Consideró el asesinato del presidente, el vicepresidente y el secretario de Defensa como un pretexto para un ataque izquierdista a la Constitución. Sus planes iban encaminados a impedir eso, dijo. Pero eran bastante específicos.

Mientras Cole hablaba, Alton cometió el error de poner los ojos en blanco.

—Tiene malos modales, general —dijo Cessy—. La gente desconfiará de usted, creerá que miente.

Hubo un poco más de toma y daca, con Alton un poco furioso: no mucho, pero lo suficiente para quedar mal.

—Este tipo habla ante comités del Congreso —dijo Cessy—. Me sorprende que permita que esto le afecte.

—Es porque está mintiendo —dijo Reuben.

—Oh, vamos. Como si no mintieran en el Congreso.

—Manipulan al Congreso, que no es lo mismo.

—Bueno, esto también es una manipulación, ¿no? «Estoy seguro de que me ha malinterpretado», dice, cuando lo que piensa es: «Lo dije, capullo, pero se suponía que no ibas a contarlo.» Cole volvía a hablar. O'Reilly acababa de decir su famosa frase: «Le cedo la última palabra», aunque solía decir algo al final, así que no era la última después de todo.

—Me dirijo a todos los soldados que ven su programa, señor O'Reilly. Recordad, ante todo sois ciudadanos. Ciudadanos de un país donde los militares no toman las decisiones, las toman los cargos electos. Si violamos esa regla, no volverán a confiar

en nosotros. El país puede que esté fastidiado, pero si recibís una orden para apuntar con vuestras armas a estadounidenses que están haciendo su trabajo, no obedezcáis esa orden. Apuntad al tipo que la dé.

Durante un momento, O'Reilly se quedó sin habla. Tal vez incluso sin respiración.

—Ruego a Dios que nadie necesite jamás seguir tal consejo en este país, capitán Coleman.

—Yo también —dijo Cole.

Y se despidieron para pasar más anuncios.

—¿Crees que Cole tendrá ahora su propio programa de televisión? —preguntó Reuben—. ¿Como Ollie North?

—Ha estado magnífico. Me ha dado escalofríos.

—Sí, pero mis escalofríos eran por otro motivo. —Reuben pulsó la tecla para rebobinar el DVR—. Mira a Alton mientras Cole hace su última intervención.

Esperó mientras Cessy lo miraba, pero ella no captó nada raro. Así que volvió a pasárselo.

—Mira. Está disfrutando. ¿Ves?

—No, es una sonrisa de desdén. Se está burlando.

—Así es, al principio. Pero ahora... ¿ves cómo cambia?

—Estaba cansado de mantener la misma expresión.

—Estaba feliz por algo —dijo Reuben—. Acaba de perder en esta entrevista. Cole se ha llevado el gato al agua. No es que todo el mundo crea a Cole, pero lo creen lo suficiente y desconfían de Alton lo suficiente para querer saber más al respecto... y Alton está feliz.

—Porque cree que ha ganado.

—Probablemente tengas razón —dijo Reuben—. Pero como bien has dicho, declara impertérrito ante el Congreso pero hoy pone los ojos en blanco, hace muecas. Y luego, cuando todo se termina y ha salido escaldado, se muestra *satisfecho*.

—¿Y qué puede significar eso?

—No lo sé. Pero creo que nos la han dado.

—¿Con queso?

—Del todo.

—¿Por qué querría nadie que se anunciara que están planeando un golpe contra el Gobierno de Estados Unidos?

—No tiene sentido —dijo Reuben—. Pero sea como sea... Es como cuando estás cara a cara con un tipo que puede o no tener una pistola bajo la ropa o una bomba atada al cuerpo y lo miras a los ojos. Tienes que poder leer en él. Alton da una mala lectura. Eso es todo.

Cessy reflexionó en silencio un rato. Reuben había aprendido hacía tiempo que si llenaba esos silencios con conversación, ella salía de la habitación para poder pensar

y entonces él no estaba a su lado para oír lo que hubiera pensado.

—Es como lo que ha dicho LaMonte sobre cómo podía acabar con esto. No me ha parecido propio de él. Hay algo raro.

—Tal vez... —dijo Reuben—. Tal vez no sea un golpe, sino una toma.

—Lo siento, tu jerga militar de alto nivel acaba de derrotarme.

—En un golpe de Estado arrestan al presidente y lo sustituyen. Una toma de poder implica que es el presidente quien dirige el golpe y se sirve del Ejército para arrestar a todo aquel que considera una amenaza.

—No —dijo Cessy—. No, no y no.

—¿No es posible?

—No lo es en el caso de LaMonte Nielson. De verdad, Reuben. Conozco a ese hombre.

—Lo conocías. Hace tiempo.

—Es sólido. Es un político muy hábil e implacable, pero no se salta las normas. Ama la Constitución. Nunca haría algo así.

—A menos que piense que es Abraham Lincoln y el país necesita que se salte un poco las normas.

—¿Apenas lleva un día en el cargo de presidente y ya está planeando una dictadura militar?

A Reuben se le ocurrió otra idea.

—Odio decir lo que estoy pensando.

—Sé lo que estás pensando y puedes considerar que ya he gritado que no, no y no. El no tuvo nada que ver con el asesinato.

—Bueno, alguien tiene que haber tenido algo que ver.

—Él no.

—Alguien quería que LaMonte Nielson fuera presidente.

—O tal vez alguien quería ver muertos al presidente y el vicepresidente y no le importaba quién era el siguiente en la lista.

—LaMonte fue nombrado presidente de la Cámara de Representantes hace sólo tres meses, ¿no?

—Ha habido muchos cambios en ese puesto.

—¿Cuánto tiempo piensas que hace que viene gestándose este asesinato? —dijo Reuben—. Han tenido que entrenar a esos tipos. No vacilaron en ningún momento. Habrán tenido que practicar cómo izar las cajas herméticas y abrirlas y montarlo todo. Sabían al dedillo dónde colocar esos lanzacohetes, exactamente en qué ángulo apuntar. Lo hicieron como máquinas. ¿Cuántos meses crees que llevaban practicando?

—No lo sé —respondió Cessy—. ¿Cuánto hace que terminaste de idear tu plan?

Reuben lo pensó y no pudo acordarse. Abrió su PDA y ella frunció el ceño.

—Oh, vamos, no puedes ser tan paranoico.

—El presidente ha muerto porque utilizaron mi plan —dijo él—. No soy un paranoico.

—Muy bien, miraré la fecha exacta en que cesaron al anterior presidente de la Cámara de Representantes.

Reuben la siguió al ordenador.

—El cuatro de marzo es la fecha en que presenté un borrador del plan de la dársena.

—El diez de marzo —dijo Cessy—. Ese día quedó vacante el puesto. A LaMonte le confirmaron su nombramiento el trece de marzo.

—Así que no lo nombraron presidente de la cámara hasta que tuvieron listo el plan para asesinar al presidente del Gobierno.

—No —dijo Cessy—. No.

—¿Cómo lo sabes?

Ella lo retó con la mirada.

—Igual que sé que tú no has tenido nada que ver con el asesinato, a pesar de que el plan que siguieron era tuyo, a pesar de que siempre estás fuera en viajes misteriosos y asistes a reuniones a altas horas de la noche y nunca puedes decir lo que estás haciendo. ¿Quieres que confíe en mi instinto o no, Reuben?

Lo pilló por sorpresa. No se le había ocurrido que para ella pudiera resultar difícil estar segura de su inocencia. El sabía que no había tenido nada que ver con el asesinato (no deliberadamente, al menos), pero si pensaba en cómo debían parecerle a ella todas sus actividades, decía mucho en su favor que le creyera. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

«¿Lo creería yo, si no supiera lo que sé?»

Acercó la mano a su mejilla.

—Confía en él —dijo—. Y yo confiaré en tu instinto sobre LaMonte Nielson, presidente de Idaho. —Forzó algo parecido a una sonrisa—. Es casi como en *Caballero sin espada*. El chico de la granja hace bien las cosas.

—No —dijo Cessy—. LaMonte es hombre del partido. No es ningún Jimmy Stewart. Pero no engaña. Y no mata. Y le caía bien el presidente. Le caía bien antes de que fuera elegido. LaMonte es sólido.

—Y sin embargo has sido tú, no yo, quien ha relacionado la actitud de Alton y lo que te ha dicho Nielson por teléfono.

—Todavía no me has dado las gracias por rechazar el trabajo más estupendo que me ofrecerán jamás.

—Creía que ya tenías el trabajo más estupendo.

Ella hizo una mueca.

—¿Quieres decir que cocinar y fregar los platos y hacer los recados no es

estupendo?

—Es el trabajo más importante del mundo. Por eso rechacé el trabajo más estupendo para seguir haciendo éste.

El móvil de Reuben sonó. Uno de los nuevos.

—Cole —le dijo a Cessy. Y al teléfono volvió a repetir—: Cole.

—Por favor, dime que no he metido la pata hasta el fondo.

—No, lo has hecho estupendamente —respondió Reuben—. Has mantenido la calma. Has hablado con la suficiente pasión para que se notara que te importaba. Los tipos que podían estar dudando si unirse o no al golpe creo que habrán quedado convencidos de no hacerlo. Tal vez muchos de ellos.

—O tal vez he dado pie a un motín. Tal vez muera alguien.

—La gente hace lo que hace —dijo Reuben—. Lo que tú has hecho ha sido recordarles su honor.

—Sí —suspiró Cole—. No he sabido con seguridad que iban a contar con el general Alton hasta un momento antes de empezar.

—Bueno, si te hubieras molestado en llamarme, podría haberte dicho que naturalmente le ofrecerían una oportunidad para defenderse. Las cabezas parlantes son malas en la tele, cara a cara es buena televisión.

—Claro, pero no creía que fuera a aparecer en pantalla. ¡Si le hubieras visto ayer! Es como si fuera otro. Qué mentiroso.

—Sí —dijo Reuben—. ¿Pero cuándo mentía?

Un largo silencio.

—¿Crees que me han tendido una trampa?

—¿Por qué iban a tendérmela sólo a mí?

—Ahora que lo pienso... Era muy exagerado, como si se hubiera estudiado el manual del fanático ultraderechista. Incluso llegó a decir «maricones».

—¿Y «tortilleras»?

—No. Supongo que se puso un límite. ¿Me engañó? ¿De verdad lo crees? ¿Por qué?

—No lo sé. No sé si te engañó y, si lo hizo, no sé por qué. El asesinato del presidente fue algo terrible, pero no está causando tanta confusión como para que el ejército tenga una excusa para hacerse con el poder. Si hay un golpe será más bien una toma de poder. De hecho, si hay un golpe podemos contar con que quien lo dé es quien entregó mis planes a los terroristas. Es quien les dijo exactamente dónde estaba el presidente.

—Así que es un plan ultraderechista —dijo Cole—. Como lo de Oklahoma City.

—Sí, bueno, la izquierda tenía el Unabomber, aunque nadie parece recordar que su lógica se parece a la de Al Gore cuando predica sobre el medio ambiente: una completa locura pero cargada de lógica políticamente correcta.

—Hay locos en ambos bandos.

—El loco para un hombre es el profeta de otro.

—Lo que significa que el que para uno es Hitler es Churchill para otro.

—Excepto que a Churchill nunca se le ocurrieron los campos de exterminio.

—Sabes a qué me refiero. Hay tipos buenos y tipos malos, pero antes de que tengan la oportunidad de demostrar lo que hacen con el poder cuesta distinguirlos.

—Cole, ¿dónde vas a quedarte esta noche?

—No lo había pensado.

—A menos que seas de familia rica, no puedes permitirte alojarte en Manhattan con la paga de capitán.

—Demonios, ni siquiera puedo permitirme aparcar el coche.

—Ven a West Windsor. Le paso el teléfono a Cessy para que te indique cómo llegar desde la ciudad: lleva viniendo aquí toda la vida, conoce mejor la ruta.

Cessy se puso al teléfono.

—Es muy perezoso —le dijo a Cole.

Mientras ella le daba las indicaciones, Reuben regresó al salón. Había detenido la imagen en el rostro de Alton. Dijo:

—¿Cuál es tu juego, general Alton? ¿Tan tonto eres? ¿O los tontos somos nosotros?



## 11. La Zona Cero

*El gran logro para la evolución humana, el que hizo posible la civilización, fue el descubrimiento de que dos machos dominantes podían establecer intensos lazos de hermandad en vez de seguir el instinto de luchar hasta que uno de los dos muriera o huyera. Es la historia de Gilgamesh y Enkidu: un hombre se arroja al infierno por su amigo. Así el ADN masculino es engañado para que se sacrifique en beneficio de un ADN ajeno; la historia triunfa sobre el Instinto; la civitas monógama triunfa sobre la tribu patriarcal. En vez de que el macho dominante transmita sus genes superiores una y otra vez, hay una proporción mucho mayor de machos que se reproducen, aunque algunos mueran en la guerra. Todo porque los machos humanos aprendieron a engañarse a sí mismos para amarse hasta el punto de la locura suicida.*

Cuando Cole llegó a casa de la tía Margaret, gracias a Cessy, que lo guiaba por el móvil como un panel de instrumentos para aterrizar con niebla, eran más de las nueve y en todos los canales de noticias abundaban los rumores acerca de un golpe o los rumores de que los rumores acerca de un golpe eran un artimaña para justificar una toma derechista... o, dependiendo de la emisora, izquierdista.

—Creo que ha conseguido quitar protagonismo a los funerales del presidente y el vicepresidente —le dijo la tía Margaret a Cole—. Y el secretario de Defensa bien podía no haberse molestado en morir, por la atención que le están prestando.

Cole comía la ensalada de pasta que había sobrado: la tía Margaret era especialista en servir ensaladas como plato principal, sustituyendo la mozzarella fresca por el tipo de carne que diera nombre a la ensalada. Cole comía como si acabara de descubrir la comida. Tardó un momento en tragar y responder.

—Estoy seguro de que si tuviera que volver a hacerlo, se saltaría esa reunión en la Casa Blanca.

Mark y Nick estaban todavía despiertos, sentados en la entrada, cerca del salón, donde probablemente esperaban no llamar la atención de los adultos de la cocina, porque si reparaban en ellos sin duda los enviarían a la cama. Pero Mark no pudo evitar reírse por la manera en que Cole dijo aquello después de tragar y con el tenedor lleno de ensalada todavía en el aire.

Cessy se volvió hacia ellos.

—A la cama.

—Yo no me he reído —dijo Nick.

—No os envío a la cama por reiros.

—Os envía a la cama porque sois jóvenes —dijo Cole—. Ser joven es una sentencia de dieciocho años de cárcel por un crimen que cometieron vuestros padres.

Pero os descuentan tiempo por buena conducta.

A Nick esto sí que le hizo reír. Mark sólo lo miró como si fuera raro. Pero obedecieron y se marcharon.

—Gracias por subvertir nuestra disciplina —le dijo Reuben a Cole.

—De todas formas, seguro que van a escuchar desde la puerta de su habitación.

—Son niños obedientes —dijo Cessy.

—Están pasando cosas importantes y terribles en el mundo —dijo Cole—. Si fuera usted una niña, ¿de verdad sería tan obediente que no se escabulliría para escuchar lo que sea que intentan hacer los adultos que no sepa?

—No —dijo Cessy—. Pero no soy una niña, soy su madre y no quiero que lo sepan.

—¿No cree que los asustará más no saber qué está pasando?

—La gente que no tiene hijos siempre sabe criarlos mejor que sus padres —dijo la tía Margaret—. Hablo por experiencia. Nunca he tenido hijos.

—No es asunto mío —comentó Cole—. Una ensalada magnífica.

Reuben miró a Cessy.

—Confiamos en que Mark no le diga a sus amigos que estoy aquí y ése es el único secreto que tendrá consecuencias desagradables si lo cuenta.

—No quiero que se asusten —dijo Cessy.

—Yo tampoco —contestó Reuben—. Así que dejemos que vuelvan.

—Tú no eres el que se despierta con sus pesadillas.

—¿Eso es un no?

—Es un voto. Tú tienes el otro.

—¿Es un permiso?

—Un permiso a regañadientes, lleno de posibles «te-lo-dije».

—A mí me basta. —Entonces, sin alzar la voz lo más mínimo, dijo—: Muy bien, chicos, podéis volver.

El ruido de pies a la carrera empezó al instante.

Cole sonrió, con motas de albahaca en dientes y labios. Cessy le tendió una servilleta.

—Cuando estoy en casa, mis padres todavía me hacen salir de la habitación cuando quieren discutir sobre algo —dijo Cole.

—¿Es el bebé de la familia?

—Sí. Todavía me llaman Barty.

Antes de que Reuben pudiera llamarlo de aquel modo, Cole alzó una mano.

—Son las únicas personas *vivas* que me llaman así.

Con los niños otra vez en la entrada y tía Margaret triturando frambuesas frescas para convertirlas en la suave crema helada casera que tenía en el congelador, se pusieron a trabajar.

Les pareció lo más natural que Cessy llevara las riendas porque era la que tenía más experiencia burocrática en Washington. Reuben y Cole se las habían visto con la burocracia durante sus años en el Ejército, pero en el Pentágono, donde la gente hacía lo que le decían, más o menos.

Cessy representó gráficamente en un papel a los terroristas, a la persona desconocida que les había pasado los planes de Reuben, al desconocido miembro del personal de la Casa Blanca que les había dicho que el presidente estaría en aquella sala, a la persona o personas desconocidas que habían interferido los teléfonos móviles y cortado las líneas de tierra en Hain's Point y que habían disparado contra Reuben y Cole desde los árboles.

También representó al general Alton y su plan golpista, que dibujó como una línea de puntos porque podía existir o no, y si existía podía estar relacionado con el asesinato o no estarlo.

Al presidente Nielson, que podía o no estar relacionado de algún modo con Alton y su conspiración tal vez inexistente también lo tuvo en cuenta.

Y, naturalmente, a Reuben, Cole y al *jeesh* de Reuben.

—¿Quién se beneficia? —preguntó Cessy.

—Define «beneficio» —dijo Reuben—. Quiero decir que suele pensarse en el dinero o el poder o el sexo o la venganza. Mucha gente odiaba al presidente. Los medios de comunicación no lo dicen, pero internet está lleno de blogs e imágenes de gente que celebra abiertamente el asesinato: con fuegos artificiales y pancartas y marchas haciendo sonar los cláxones.

—Sí, pero esos idiotas no tenían acceso a la Casa Blanca.

—Pero podría haber gente que siente lo mismo que ellos y que sí lo tenía.

—¿Y que estuviera trabajando en una Casa Blanca republicana?

—Un contable. Un empleado. No tiene necesariamente que ser alguien afín con la política del presidente. No se le hace pasar ninguna prueba ideológica al personal de seguridad de la Casa Blanca. Ni al del Servicio Secreto, ya puestos.

—Era a Clinton a quien odiaban los tipos del Servicio Secreto —dijo Cole.

—*Algunos* tipos del Servicio Secreto —lo corrigió Reuben.

—No estás sugiriendo esto en serio, ¿verdad? —preguntó Cessy.

—Sólo digo que hay demasiados que piensan que un presidente muerto es, en este caso, buena cosa. Es posible que haya quien piensa que acaba de salvar Estados Unidos del fin de la libertad. Quiero decir que... piensa en la retórica de Washington de estos últimos años. Odio, odio, odio: el presidente más peligroso que hemos tenido jamás; la Constitución se desmorona; todos nuestros sagrados derechos y valores tirados a la basura.

—O restablecidos —dijo Cole.

—Exactamente —continuó Reuben—. Creo que tenemos que valorar los hechos

en el contexto del prelude de una guerra civil. Hay dos bandos que ven el mundo de manera tan radicalmente opuesta que creen de verdad que todo el que no esté de acuerdo con ellos es perverso o estúpido, o ambas cosas. En ese contexto, hay gente dispuesta a matar o a ayudar a quienes quieren matar. Puedo imaginarme a alguien diciéndose a sí mismo (o a sí misma, porque tenemos que mantener la mente abierta en este caso), diciéndose que sí, que va a ayudar a los terroristas, por *esta vez* las víctimas no serán trabajadores inocentes y bomberos y policías en las torres gemelas, esta vez la víctima será el causante de todos los problemas, será la fuente del mal en persona.

—Lo que estás diciendo es que no podemos saber el motivo —dijo Cessy.

—Hay demasiados motivos, demasiadas razones por las que alguien querría ayudar a matar al presidente.

—Entonces ¿cómo los encontraremos? —preguntó Cessy—. La conspiración es real.

Cole levantó una mano de la mesa. Sólo un poquito, porque se sentía como un entrometido interrumpiendo a esos dos. Al fin y al cabo, los había conocido el día antes. Aunque las últimas treinta y seis horas habían sido muy densas.

—Um —dijo Cole—, ¿por qué nos dedicamos a este trabajo? Quiero decir, ¿no se encarga ya el FBI de eso?

—¿Estás seguro de que en el FBI no hay elementos que forman parte de la conspiración? —preguntó Cessy—. ¿De que no tiene nada que ocultar?

—Bueno, sólo digo que no es esto lo que sabemos hacer. Hay cientos de personas, *miles* de personas entrenadas para hacerlo.

—Nosotros tenemos un motivo añadido —dijo Reuben—. Toda esa gente está recibiendo montones de pruebas que me inculpan. Y después de tu aparición en la tele, esta noche, apuesto a que hay un montón de pruebas que te inculpan a ti también.

—Si el general Alton iba en serio —dijo Cessy.

—Así que si lo dejamos en manos de esos investigadores, que están sometidos a una enorme presión para encontrar respuestas inmediatamente —dijo Reuben—, entonces la respuesta que van a encontrar soy yo. Tal vez somos *nosotros*.

—Y no olvides —dijo la tía Margaret alegremente— que tu esposa fue en su momento una miembro muy apreciada del equipo del *nuevo* presidente.

—Tiene razón —dijo Cessy—. La gente que busca conspiraciones se agarra a cualquier coincidencia y la usa.

—Sí —dijo Cole—, ¿pero no es eso exactamente lo que nosotros estamos haciendo?

—Claro —respondió Reuben—, con la diferencia de que nosotros no nos consideramos posibles sospechosos.

—Así que nuestras deducciones serán mejores que las tuyas —dijo Cessy.

—Entonces ¿por qué dejáis que os interrumpan? —dijo Cole—. Continúad. Continúad.

Cessy le dio una palmadita en la mano.

—Era una buena pregunta.

Se volvió hacia Reuben, que estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesa.

—Si no podemos usar los motivos para reducir la lista de sospechosos, ¿entonces qué usamos?

—Los medios. La oportunidad. Las relaciones.

—Un montón de gente en la Casa Blanca podría haber sabido dónde estaba el presidente.

—Pero habrían tenido que estar a solas, donde nadie pudiera oírlos, al menos unos minutos, durante el rato que pasó entre que se tomó la decisión de celebrar la reunión en esa sala concreta y el momento en que la alcanzaron los cohetes.

—¿La decisión? —preguntó Cole—. ¿Dieron justo entonces la orden? ¿Y si la hicieron coincidir con tu presencia en Hain's Point? ¿Tuvo eso algo que ver con la decisión?

—Las salas de reuniones se cambian sin previo aviso —dijo Cessy—. Creo que es la política típica del Servicio Secreto. Desde que intentaron matar al primer presidente Bush en Kuwait allá por... cuando fuera.

—Pero se esperaba que la reunión fuera larga, ¿no? —dijo Cole—. No llevas a gente como ésa a una reunión y la das por terminada a los quince minutos. Reservas tiempo suficiente para ella.

—Así que los terroristas podrían haber recibido la señal de su contacto en la Casa Blanca cuando la reunión empezó —dijo Cessy.

—¿Qué distancia había entre el punto donde entraron en el agua con las bombonas de oxígeno y la dársena? —preguntó Reuben.

—No sabemos en qué punto se sumergieron.

—No pudo ser en el canal. Está justo delante de Fort McNair y la base naval Anacostia y la base Bolling de las Fuerzas Aéreas, por el amor de Dios —dijo Reuben.

—Entonces necesitamos averiguar la capacidad de esas bombonas y cuánto aire les quedaba —dijo Cessy—, para calcular cuánto tiempo pasó desde que entraron en el agua hasta que llegaron a la dársena.

—Y así obtendremos el marco temporal en que el contacto de la Casa Blanca tuvo que estar a solas para hacer su llamada.

De nuevo, Cole volvió a levantar un poquito la mano.

—No pretendo molestar.

—Lo que significa: «No quiero que os enfadéis conmigo por molestar» —dijo la

tía Margaret. Pero su sonrisa era de ánimo. Parecía que había hecho suya la tarea de animar a Cole a participar sin pedir disculpas por ello.

—Alguien ya ha calculado eso y nosotros no tenemos los recursos para hacerlo solos —dijo Cole—. ¿A quién tenemos dentro de la Casa Blanca?

—Ayer no teníamos a nadie —respondió Cessy—. Hoy tenemos... oh, no mucho... sólo al *presidente*.

Mark se echó a reír. Reuben estuvo a punto de mandarlo callar, pero vio que Nick ya le había tapado la boca con una mano y Mark se lo permitía, lo que quería decir que Mark estaba de acuerdo con Nick en que debería haber estado callado, y de todas formas era Reuben quien había insistido en que los niños se quedaran a escuchar.

—Más concretamente —dijo Cessy—, tenemos a Sandy Woodruff.

—Cuyo papel es una completa incógnita. Lo que quiere decir que el personal de la Casa Blanca va a levantar una barricada para cortar el paso.

—O que le va a hacer la pelota escandalosamente porque ella tiene toda la confianza del presidente y puede ayudarlos a quedarse donde están —dijo Cessy.

—Oh. Es verdad. Ahí las cosas no funcionan como en el Pentágono.

—Y luego está la otra pregunta: quién tuvo oportunidad para conseguir tus planes.

—Todo depende de averiguar qué versión se filtró, cosa en la que está trabajando DeeNee. Cuando lo averigüe, sabrá quién la tuvo en sus manos y podrá empezar a averiguar dónde estuvo antes de que desapareciera —dijo Reuben.

Cessy le sonrió muy, muy dulcemente.

—A menos que fuera DeeNee quien entregó el plan.

—Imposible.

—No a ellos directamente. Sino a la persona que lo entregó a la persona que lo entregó.

—No conoces a DeeNee —dijo Reuben.

—¿Como tú no conoces a LaMonte? —preguntó Cessy, todavía sonriendo.

—Exactamente igual —respondió Reuben. No sonreía—. Tenemos que confiar en alguien o más vale que nos marchemos del país y tratemos de escondernos en alguna parte.

Entonces recordó que los niños estaban escuchando.

—Estaba exagerando —les dijo—. No vamos a marcharnos del país.

—Si lo hacemos —contestó Mark—, yo quiero ir a Disney World.

—Yo quiero ir a Xanth —dijo Nick.

—Xanth es imaginario —repuso Cessy—. Y Disney World está en Estados Unidos.

—Yo tampoco lo sabía —le dijo Cole a Mark.

—Silencio, niños —ordenó Reuben—. La próxima vez no seré tan indulgente.

Se volvió hacia la mesa. Cole se cubría la boca con la mano. Vaya momento para hacerse amigo de los niños. Pero claro, tal vez eso era exactamente lo que hacía falta: un poco de humor que los tranquilizara. Un aliado adulto. Tal vez Cole estuviese siendo una buena ayuda.

—¿Puede intercalar un comentario la cocinera? —preguntó la tía Margaret mientras servía los platos de crema helada de frambuesa. Había dos de más. Chasqueó los dedos a los chicos y éstos se sentaron a la mesa.

—Puedes, ya que todo el mundo va a tener la boca llena —dijo Cessy.

—La mía ya lo está —farfulló Cole con la cuchara entre los dientes.

Mark empezó a sujetar la cuchara con los dientes también. Nick metió la suya en el helado de Mark. Una vez más, Mark aceptó pacíficamente una acción que normalmente hubiera sido motivo de pelea.

—Lo que yo digo es que no podréis averiguar nada hasta que tengáis noticias de Sandy y DeeNee, quienesquiera que sean, y ellas no podrán averiguar nada hasta mañana —dijo la tía Margaret—. Reuben sólo ha echado una cabezada desde la noche anterior al asesinato, y Cole acaba de dar un discurso ante veinte millones de espectadores.

—Eso quisiera O'Reilly —dijo Cessy.

—Id a la cama —les recomendó la tía Margaret—. Id a dormir. Yo os arroparé. Las cosas seguirán igual de sombrías y desesperadas por la mañana. ¿Está bueno el helado? Mi secreto está en la grasa hidrogenada. Se la compro a granel a los especialistas en liposucción.

—Delicioso —dijo Nick.

—¡Genial! —dijo Mark.

A las cinco de la mañana, cuando todavía estaba oscuro, Reuben se despertó y no pudo volver a conciliar el sueño. En silencio, para no despertar a Cessy, se levantó y buscó la ropa que ella le había metido en la maleta. No había mucho donde elegir. De uniforme o de paisano. Era domingo. Lo suyo hubiese sido ponerse un traje para ir a misa con Cessy y los niños. Pero si hacía eso habría todavía más revuelo. Podía cambiarse más tarde. Se puso el uniforme.

En la cocina, descubrió que Cole había hecho la misma elección.

—Veo que has decidido ir de uniforme hoy.

—Es una decisión que tomé hace años —dijo Cole—. Me has pillado. Estaba buscando a ver si había sobrado helado.

—Nunca sobra helado en casa de tía Margaret —dijo Reuben—. ¿No puedes dormir?

—Me he despertado creyendo que había oído algo. Me imaginaba un equipo de ninjas rodeando la casa y subiendo por las paredes hasta el tejado como en *Tigre y*

*dragón.*

—¿Había alguno?

—He hecho un recorrido por la casa. No hay sistema de alarma... lo he comprobado *antes* de abrir la puerta.

—¿Alguna pisada de ninja en las paredes?

—Nada. Pero había un periódico envuelto en plástico en el camino de acceso. Y allí estaba yo, en calzoncillos, con el periódico en la mano, preguntándome si la puerta se habría cerrado automáticamente detrás de mí.

—¿Se había cerrado?

—Sí, pero ha sido increíblemente fácil de forzar.

—Me da miedo preguntarlo, pero ¿con qué?

—Todavía estaba un poco abierta —dijo Cole—. Bromeaba.

—No hay mucho que hacer en West Windsor, Nueva Jersey, a las cinco y cuarto de la mañana de un domingo.

—¿Sabes lo que quiero?

—¿Para Navidad?

—Para este momento. Quiero subirme a un coche y conducir hasta la ciudad y contemplar la Zona Cero. Es domingo, son las cinco de la mañana, no habrá tráfico. Podemos ir y volver antes de misa, ¿no?

—Seguramente —dijo Reuben—. Pero creo que no verás lo que quieres ver. Ya no es un montón de escombros ni una excavación. Están construyendo algo sorprendente, ¿verdad?

—No sé hasta dónde habrán llegado. Pero aunque ahora sea un Starbucks, quiero pisar ese suelo. O al menos mirarlo. Imaginar las torres. Recordarlas. Los medios nos han prohibido recordar la caída de las torres: no nos permiten ver las imágenes. Es como si su lema fuera «olvidaos de El Álamo». Estoy cansado de obedecer su decisión de que nos volvamos ciegos.

—Voy a por las llaves del todoterreno de Mingo.

—¿No vamos en mi coche deportivo? —preguntó Cole—. Oh, espera... el vehículo de Mingo está modificado.

—No tiene nada que ver contigo ni conmigo —dijo Reuben—. Por lo que sabemos, hay una orden de búsqueda de nuestros vehículos.

—¿No tiene nada que ver con que lleve un arsenal?

—Si no hubiéramos tenido que buscar armas en Hain's Point, el presidente estaría vivo todavía. Así que tal vez sí, tal vez quiero tener armas a mano. Pero si alguien intenta detenernos, no voy a luchar. No me entrenaron como soldado para que matara estadounidenses.

El túnel Holland los llevó a la ciudad hasta no muy lejos del lugar donde antes se



hallaba el World Trade Center. El tráfico era más denso de lo que Cole esperaba y la ciudad estaba ya llena de vida.

—¿Cómo duerme la gente aquí? —preguntó Cole.

—Con aire acondicionado —dijo Rube—. Les permite cerrar las ventanas y crea ruido blanco que impide oír el de la calle. Además, están acostumbrados.

—Entonces, ¿has vivido en la gran ciudad?

—No en ésta, pero he pasado mucho tiempo aquí y en otras grandes ciudades también.

—¿En el transcurso de tu vida real o de esa misión secreta de la Casa Blanca?

—Que ahora dudo que tuviera algo que ver con la Casa Blanca.

Creo que han jugado conmigo desde el principio. No sé por qué les llamé la atención, pero creo que me localizaron hace años.

—Y probablemente habían puesto un GPS en tu coche, ¿eh? Para no tener que esperar a averiguar si ibas a Hain's Point.

—Soy más paranoico todavía —dijo Rube—. ¿Crees que no registraba mi coche regularmente? Estaba haciendo cosas raras. Sistemas de armamento. Entrega de componentes. Llevando a cabo transacciones financieras en lugares remotos.

—¿Blanqueando dinero?

—No lo veía de esa forma, pero probablemente sí.

—Pero no vas a darme ningún detalle.

—Todavía existe la posibilidad de que estuviera trabajando para los buenos, y es material tan clasificado que no puede clasificarse.

—Confiaron en ti.

—Para que quedara como un idiota ante el mundo —dijo Rube—. Pero es bonito que confíen en uno.

Había sitio para aparcar en la calle. Rube aparcó en paralelo.

—Aprendiste en la NASCAR.<sup>[7]</sup> —Los conductores de la NASCAR siempre aparcan en doble fila. Para escapar rápido.

Cerró el coche usando el mando a distancia. Pero Cole advirtió que Rube comprobaba los seguros visualmente.

—Supongo que habrá aparcamiento más cerca, o tal vez no, y estamos tan en forma que caminar no nos hará daño.

—Llevamos los zapatos que nos ha suministrado el Gobierno —dijo Cole—. Así que estamos gastando dinero de los contribuyentes.

—¿Te pagan los zapatos? —preguntó Rube.

—Al precio del Departamento de Defensa. Así que el zapato izquierdo vale doscientos pavos y el derecho, que hay que comprar aparte, vale quinientos.

Cole apreció el hecho de que Rube se riera. Cole sabía que no era buen momento para hacer chistes tontos, pero tampoco podían amargarse todo el rato con el

asesinato y las preocupaciones: tenían que mantener la mente despejada. Concentrarse era importante, pero también distanciarse. Tal vez si reían un poco, verían las cosas con mayor claridad.

A lo mejor Cole estaba tan nervioso que no podía evitar hacerse el gracioso aunque estuviese completamente fuera de lugar. *Sobre todo* en aquel momento.

No llegaron a la Zona Cero. Todavía caminaban por Barclay cuando oyeron una explosión. Luego una sirena. Luego disparos de armas de pequeño calibre. Disparos sueltos. Luego, armas automáticas. No la clase de disparos que genera un delito corriente. Los policías no llevan armas automáticas. Y aquello no parecía una minucia. Cole sabía que era algo demasiado gordo para un par de veteranos de Operaciones Especiales fuera de servicio y armados sólo con bolis y llaves.

—Quiero volver al coche de Mingo ahora mismo —dijo Rube.

Se dieron media vuelta. Echaron a correr al mismo tiempo.

Y entonces oyeron un altavoz tras ellos.

—No somos vuestros enemigos. Somos compatriotas estadounidenses que queremos proteger vuestra ciudad del Gobierno anticonstitucional de Washington. Permaneced apartados de las calles y no sufriréis ningún daño.

Se volvieron para ver qué tipo de vehículo emitía el anuncio grabado. Para ver qué tipo de acción evasiva tenían que emprender.

No era un vehículo. O tal vez lo era: era posible que hubiese un humano dentro. Pero era una especie de robot, de unos cuatro metros, como una pelota sobre dos patas. No pareció advertirlos hasta que empezaron a moverse. En cuanto lo hicieron se lanzó hacia ellos a grandes zancadas, aunque todavía estaba a cien metros de distancia.

Cole se detuvo. Lo mismo hizo Rube.

—¿Detectores de movimiento? —preguntó Rube.

—O hay un tipo dentro que acaba de divisarnos en su pantalla.

—O ambas cosas.

El altavoz volvió a sonar.

—Entren en casa. Las calles no son seguras.

—Así que el mensaje puede variar —dijo Rube.

—No quiero entrar en ninguna parte —dijo Cole—. Quiero un arma bien grande y probar qué hace falta para destruir esta maravillosa máquina que está aquí para protegerme del Gobierno anticonstitucional de Washington.

—El trasto ese parece torpe y lento. Veamos si podemos correr más que él.

No hizo falta discutirlo. Se dieron la vuelta y corrieron.

—Deténganse y no resultarán heridos. Deténganse y no resultarán heridos.

No se detuvieron.

—Deténganse ahora o se les disparará.

Cole miró por encima del hombro. La máquina acababa de acelerar.

—Es más rápida que nosotros.

—Es más rápida de lo que éramos hasta ahora —dijo Rube, y casi dobló su velocidad.

Así que el mayor se había mantenido en forma durante sus días de burócrata. Cole tuvo dificultades para alcanzarlo.

Empezaron los disparos. La advertencia se repitió.

—Hasta ahora, disparos de fogueo —dijo Cole.

—No eran disparos de fogueo —lo corrigió Rube—. Era una grabación de disparos.

—¿Sabes a qué me recuerda esto?

—A *El imperio contraataca* —dijo Rube.

—Estaba pensando en *La guerra de los mundos*.

—Sí, pero eso eran gráficos de ordenador de mierda. ¿Por qué creerán que dos patas son mejores que unas ruedas de tanque?

—Si todavía estamos hablando, es que no estamos corriendo lo suficientemente rápido.

Volvieron a acelerar mientras las balas empezaban a hacer blanco a su alrededor. La esquina de la calle Greenwich estaba a su derecha, a un par de metros de distancia.

—Ahora no es una grabación —dijo Cole.

—¿Intentamos ir hacia la calle Murray o nos quedamos con Park Place?

—¿Ahora quieres jugar al Monopoly?

La máquina dobló la esquina tras ellos antes de lo que esperaban. Disparó inmediatamente.

—Parece ser que el mensaje de advertencia se ha acabado —dijo Cole.

Se escondieron entre los coches aparcados y continuaron avanzando agachados por la acera.

Tras ellos, un coche explotó. La onda expansiva los derribó al suelo.

Cole se incorporó de inmediato. Rube fue un poco más lento, porque había ido a dar contra una boca de riego.

—¿Estás bien?

—Es la chica más fea que he besado jamás —respondió Rube. Estaba lo bastante bien para seguir corriendo.

Llegaron a la esquina de Park Place justo cuando el tanque con patas pasaba a la acera para poder disparar sin tener que sortear los coches. Las balas arrancaron el cemento de la acera y Cole sintió los pinchazos de trocitos de hormigón en la nuca. Pasaría por un infierno para quitárselos él solo, pero detestaba pagar para que se lo hicieran en una sala de urgencias. «En momentos como éste —pensó—, es cuando resulta ventajoso tener una esposa. Cecily quitará todos los trocitos de hormigón de la

cabeza de Rube. Las cosas que se te pasan por la mente cuando el miedo a morir se apodera de ti.»Ya casi habían llegado a la esquina de Broadway cuando la máquina dobló la esquina y volvió a disparar.

—¿Qué clase... de amenaza... somos? —jadeó Cole.

—Muchos civiles... actuarían así —dijo Rube, también jadeando—. Dispara a todo... lo que corra... una mala orden... daños... colaterales.

—Tal vez... corremos... demasiado rápido —sugirió Cole.

—Tal vez sea por... nuestros uniformes.

Cole había olvidado que iban de uniforme.

Vio un portal y se escabulló hacia su interior.

Rube se reunió con él, pero no le gustó.

—Nos cazarán... aquí —dijo—. Cuando venga... por la calle.

—Si es sólo una máquina —dijo Cole—, no nos verá... y puede que busque otro blanco.

—Sería un programa... realmente estúpido.

—Tal vez los... que los construyeron son estúpidos.

Oyeron el sonido de los pasos sobre el asfalto, acercándose, resonando en los edificios de la calle.

—Vale, no son tan estúpidos —dijo Cole—. Lo siento.

—Está en la acera.

La puerta que tenían detrás se abrió. Una mujer china aterrorizada se los quedó mirando.

Rube no vaciló. Empujó la puerta para abrirla más, agarró a la mujer y la llevó hacia el interior mientras ella gritaba en chino. Cole los siguió y cerró la puerta tras ellos. Estaban dentro de un estrecho restaurante chino.

—¿Tiene puerta trasera este sitio? —preguntó Rube.

La mujer continuó gritando en chino. Un viejo aterrado salió de detrás de una cortina con una escopeta de cañones recortados. Rube, que todavía sujetaba a la mujer, la arrastró al suelo mientras Cole también se echaba de bruces. La escopeta disparó, arrasando el lugar donde ellos (y la china) habían estado un segundo antes.

—Este tipo está loco —dijo Rube.

—Y acaba de llamar al tanque andante.

Cole se levantó y echó a correr entre las mesas. El chino intentó apuntar con la escopeta. Justo antes de que disparara, Cole saltó y el disparo le pasó entre las piernas. Entonces Cole se abalanzó contra el tipo y se apoderó del arma. Rube corría ya tras él, arrastrando a la mujer.

Una explosión voló la puerta. Arrastraron a la pareja china al interior del restaurante.

—¿Cuánta munición llevará esa cosa? —preguntó Rube.

—No quiero averiguarlo ahora. Quiero averiguarlo más tarde, en un bonito laboratorio.

—¿Hay puerta trasera? —le preguntó Rube al chino, que no gritaba como la mujer.

Pero el hombre señaló la caja fuerte y dijo:

—¡No hay dinero! ¡No hay dinero!

Cole le gritó a la mujer en cantonés. Había acertado. Era de China, o al menos de Hong Kong, no de Taiwán.

—¿Puerta trasera?

Ella señaló.

—¡Viene cañón grande! —gritó él en lo que tenía que ser un cantonés terrible. Sólo llevaba dos meses en el curso de lengua cuando lo habían asignado para trabajar con Rube—. ¡Suban al piso de arriba! ¡Quédense quietos! ¡No hablen! ¡Silencio!

Con eso tenía que bastar. Debían salir de allí. Y le pareció verlos con el rabillo del ojo corriendo escaleras arriba hacia el primer piso.

El artilugio mecánico del exterior disparaba una lluvia de balas a través de las ventanas. Atravesaron la pared de la cocina como si fuera de papel. Probablemente lo era. Cole y Rube ya estaban en la puerta trasera, cerrada con una barra de seguridad y con un gran cartel: SONARÁ LA ALARMA.

—Vaya, vamos a despertar a los vecinos —dijo Rube. La empujó.

La puerta se abrió. Sonó la alarma. Se tiraron al suelo mientras las balas continuaban picoteando contra la puerta y los ladrillos de la pared trasera de la cocina.

Cuando la puerta se cerró tras ellos los disparos continuaron, pero al menos podían oírse a sí mismos pensar.

No estaban en un callejón. En Nueva York no son partidarios de los callejones. Por eso la gente tiene que dejar la basura en la calle. Parece una extraña clase de escaparate: «Eh, venid a mirar qué tiramos en esta tienda. ¿No es atractiva nuestra basura? ¿No usamos un tipo increíblemente barato de bolsa de plástico?»

—No hay salida —dijo Rube.

—Todavía —respondió Cole. Ya estaba intentando abrir las puertas. Rube intentó abrir las del otro lado. Se encontraron en el centro del lado opuesto del patio interior. Todas estaban cerradas con llave.

—Qué gente tan paranoica —dijo Cole. Se acercó a la ventana más baja. Tenía barrotes, naturalmente, pero había ladrillos sueltos en el patio, que habrían sobrado de alguna reforma. Cole empezó a golpear los barrotes con un ladrillo. No eran tan fuertes. Probablemente podría sacarlos de la pared. Rube había encontrado un taco de madera y empujaba por el otro lado.

Una andanada disparada por una escopeta atravesó la ventana. Por suerte, no dio a

Cole ni a Reuben.

—¡Creía que en esta ciudad era ilegal la tenencia de armas! —gritó Cole.

—Supongo que por aquí ha pasado un vendedor de escopetas recortadas cojonudo.

Cole gritó hacia la ventana.

—Están atacando la ciudad. ¡Somos del Ejército de Estados Unidos! ¡Mire nuestros uniformes!

La cara de una mujer apareció en la ventana destrozada. Los dos se apartaron de la pared, mostraron sus identificaciones y dejaron que ella mirara sus uniformes.

—¿Quién ataca? —Tenía un poco de acento extranjero, tal vez español, pero su inglés era claro.

No había tiempo para dar explicaciones.

—¡Marcianos! —gritó Cole.

La puerta se abrió tan rápido que rebotó contra la pared y estuvo a punto de volver a cerrarse. Cole y Rube la cruzaron.

—Tenemos que llegar a la calle Murray —dijo Rube—. Tenemos que recoger nuestras armas.

Ella corrió delante de ambos, rezando en español.

—Quédese en casa —dijo Cole.

—No salga —dijo Reuben en español—. ¡No salga a la calle! ¡No salga a la calle!

La mujer asintió mientras manejaba las llaves y, finalmente, conseguía abrir la puerta delantera.

Cole empezó a buscar el todoterreno de Mingo. Sólo cuando Rube pulsó el botón del mando a distancia se dio cuenta de que tenía el vehículo justo delante.

—Lo planeé así cuando elegí el sitio para aparcar —dijo Rube.

—¿Es un milagro divino y tú quieres llevarte el mérito?

A estas alturas ya estaban dentro del todoterreno con las puertas cerradas.

—¿Quieres intentar atacarlo con el coche? —dijo Rube.

—¿Has visto lo que ha hecho con ese coche aparcado de ahí atrás? ¡Quiero ver el arsenal de Mingo!

—No tendrá ningún lanzagranadas, lástima.

—Me contento con un bazuca de la Segunda Guerra Mundial.

Rube sacó un rifle M-16A2.

—¿Lo quieres? Oh, hay un M-4.

—¿Cómo demonios ha conseguido Mingo un M-4 para uso privado?

—¿Lo quieres o no?

—Claro —respondió Cole, empuñando el arma que conocía mejor, el M-4.

—Tal vez me quede con la Minimi.

—No me has dicho que había una ametralladora cuando me has dado a escoger.

—Demasiado tarde, no hay vuelta atrás. Aquí hay una M-9 para ti y una M-9 para mí.

Cole tomó la pistola que el otro le ofrecía y empezaron a repartir la munición.

—¿Cuándo aprendiste chino?

—Estaban empezando a entrenarme para la *próxima* guerra posible.

—Se equivocaron. *Esta* es la próxima guerra posible.

—Y ahora me lo dices. ¿Cuándo aprendiste español? ¿Operaciones Especiales está planeando una guerra con Colombia?

—Era español de instituto. Y un poco de la universidad. Mira. Un M-240. Olvida la Minimi. Quiero las balas más pesadas.

—¿Contra tanques?

—Apuesto a que los mecas no están blindados como un tanque. Serían demasiado pesados para que esas patas los sostuvieran.

—Son grandes y nuevos y tal vez la gente que los construyó ha encontrado un nuevo modo de repeler las balas.

—Aquí tienes un cinturón de granadas —dijo Rube—, y otro para mí. Quédate la Minimi si tanto la quieres. Pero no cargues con demasiadas armas.

—Sí, señor —respondió Cole—. Mira quién habla, señor. La tuya pesa cinco kilos más que la mía.

—¿Dónde está nuestro amigo?

—Por el sonido, sigue disparando contra el restaurante chino.

—O contra algo. Irá a por nosotros de nuevo dentro de un momento.

—¿Cuál es nuestro objetivo, señor? —preguntó Cole.

Rube se echó a reír.

—Buena pregunta, capitán. No, no buscaremos un enfrentamiento. Nuestro objetivo es salir pitando de Nueva York antes de que cierren los túneles.

—A menos que esos tipos sean completamente idiotas, habrán cerrado y vaciado los túneles lo primero.

—También los puentes. Y los túneles están más cerca.

—Pero hay litros y litros de agua sobre ellos.

—Y la misma agua muy, muy, muy por debajo de los puentes. Y la mayoría de los puentes llevan a Long Island.

—En 24, Jack encontraría un helicóptero y sabría pilotarlo.

—En *Smallville*, Clark daría un salto gigantesco y pasaría por encima del río Hudson. —Rube metió un cargador en la pistola—. ¿Preparado?

—¿Al túnel Holland, señor?

—Y nos pararemos a ayudar a las fuerzas de defensa locales cada vez que veamos que podemos ser de ayuda —dijo Rube—. Imagino que se defenderán casi todos los policías, y estas cosas van a masacrarlos. Nueva York no está preparada para

defenderse contra esto.

—¿Crees de verdad que son americanos quienes están atacando la ciudad?

—Sí —adujo Rube—. Porque no se me ocurre que ningún país extranjero sea tan tonto como para intentar atacar así a Estados Unidos.

—Entonces las armas de Mingo... vamos a usarlas para disparar contra estadounidenses.

—Ellos disparan contra uniformados —dijo Rube—. Eso significa que están intentando acabar con la autoridad legítima. Y nosotros hemos jurado defenderla.

—Además, ellos han disparado primero.

—Cuando sabes que no puedes ganar, salva a tus tropas. Lo que haremos será sacar de esta ciudad a tantos combatientes como sea posible para que puedan luchar en otra parte.

—Creo que podremos hacerlo a tiempo para ir a la iglesia, ¿eh? —dijo Cole.

Cada uno abrió su puerta.

—¿Preparado?

—A Mingo va a fastidiarle que dejemos este arsenal atrás —dijo Cole.

—Mingo se alegrará de que hayamos cogido lo que necesitábamos. Si *esto* es lo que necesitamos.

—Vamos a averiguarlo.

Abrieron las puertas y corrieron hacia los edificios del otro lado de la calle. Aunque no había ningún meca a la vista, corrieron agachados a lo largo de la acera.

A Cole le sorprendió comprobar que estaba más excitado que asustado. Sabía qué hacer. Lo había hecho otras veces. Era mucho mejor que el mundo de la política. Aunque los errores en un combate callejero mataban más rápido, al menos uno sabía al final del día si seguía vivo.



## 12. El túnel Holland

*Hay guerras fáciles y guerras difíciles. Es fácil conquistar un país cuyo pueblo odia más a su propio Gobierno que a los invasores. Es difícil librar una guerra cuando tus soldados saben que en casa su familia está de parte del otro bando.*

Lo lógico era esquivar a los mecas siempre que fuera posible. Pero el sonido de disparos y explosiones atrajo a Reuben. Lo llevaba en la sangre. No es que no temiera el peligro, todo lo contrario. Cuando sabía que lo había, tenía que acercarse a él para sopesarlo, para ver cuán grave era la amenaza. Y más todavía: tenía que eliminarlo si podía. Sabía de lo que era capaz si había que combatir. Sabía lo que podían hacer otros. El y Cole podrían hacer los dos juntos más que muchos hombres con entrenamiento policial.

Y estaban los cadáveres cosidos a balazos, con el cuerpo medio fuera de los coches patrulla, todos de uniforme. La mayoría eran policías de Nueva York, pero uno era un simple portero de un edificio de apartamentos tendido en la calle. Al parecer no había obedecido la orden de detenerse.

—No hay ni un civil —dijo Cole.

—Aparte del portero.

—Va de uniforme. Nadie que vaya de paisano.

—Es verano —dijo Reuben—. Podríamos hacer esto en ropa interior.

—Están intentando no matar a civiles —dijo Cole—. Siguen las mismas reglas que nosotros. Son en efecto estadounidenses.

—Usan unas armas que no forman parte del arsenal estadounidense. Ni del arsenal de nadie.

—¿Crees que las ha desarrollado Irán? ¿Corea del Norte?

No hacía falta responder. Los dos sabían que si Irán y Corea del Norte tenían bombas nucleares eran copias de artilugios ya existentes. Aquellas cosas eran un trabajo original.

—¿Rusia? —preguntó Reuben—. ¿China?

—Es posible, pero ilógico. ¿Qué esperarían conseguir?

—Pero ¿quién puede permitirse haber desarrollado esto? —preguntó Reuben—. ¿Cuántos hay? ¿Están atacando otras ciudades? Y, una vez más, ¿cómo ocupas Nueva York? ¿Cómo defiendes esta isla contra los marines cuando se produzca el contraataque?

—Lo más que podemos esperar por ahora es averiguar qué son esas cosas y cómo funcionan.

—Hay que derribar una —dijo Reuben, de acuerdo con Cole.

—Abrirla y sacar al tipo de dentro.

—O los chips informáticos.

—O las ardillas entrenadas.

—Eso significa que tenemos que ir hacia el ruido —dijo Reuben.

—¿No estábamos preparados ya?

Doblaron una esquina y se encontraron no con un meca, sino con tres coches patrulla, unas dos docenas de policías y un par de hombres de paisano que estaban claramente al mando. Uno de ellos vio a Reuben y Cole y al principio les hizo señas para que abandonaran la calle. Luego, cuando Reuben y Cole corrieron hacia ellos, el oficial de policía vio que eran soldados, no civiles.

—¡Gracias a Dios! —gritó con satisfacción el policía—. El Ejército está aquí.

—Lo siento —respondió Reuben—. Sólo somos nosotros dos. Mayor Malich. Capitán Cole.

—Sargento Willis —dijo el tipo de paisano, presentándose.

—Tenemos que derribar a uno de esos mecas para poder abrirlo y ver cómo funciona —dijo Reuben—. A menos que ya lo sepan.

—Nuestras balas ni siquiera rebotan en ellos —confirmó Willis—. Es como si se las tragan y nos las escupieran.

—No pueden tener un suministro infinito de munición ahí dentro —dijo Cole.

—Estábamos pensando en lanzar los coches patrulla contra ellos y hacerlos caer.

—¿Uno a uno? —preguntó Reuben—. ¿Todos desde la misma dirección?

Willis pareció un poco confuso.

—Supongo que eso nos convierte en los polis tontos de las películas que no saben lo que hacen.

—No están ustedes entrenados para la guerra —dijo Reuben—. Dejen aquí un coche patrulla, pero con las puertas abiertas, para que parezca abandonado. En cuanto el meca pase, que el conductor salga de su escondite y vaya detrás de esa cosa. Mientras tanto, otros dos coches se lanzarán sobre él desde las calles transversales. Tal vez no pueda disparar a los tres a la vez.

—Y tal vez sí.

—Mientras tanto, Cole y yo iremos corriendo y trataremos de encaramarnos a él. No desperdicien balas tratando de dispararle. Tan sólo manténgalo ocupado. Y si tienen un modo de que no haya conductores en los coches, por mí bien. Pero con o sin conductores dentro, tienen que ir directos contra esa cosa.

Un policía que estaba apostado en la esquina gritó:

—¡Ahí viene!

—¿Están conmigo o no? —preguntó Reuben.

—Es mejor que mi plan —dijo Willis.

Reuben y Cole subieron a coches distintos y dieron la vuelta a la manzana para colocarse para la emboscada... si un puñado de niños de tercero que se abalanzan

contra un hombre adulto puede considerarse una emboscada. El policía que conducía el coche en el que iba Reuben estaba más que asustado.

—Ese anuncio que emiten... dice que son estadounidenses, ¿es cierto?

—De nacimiento, tal vez —respondió Reuben—. Ahora son criminales. Traidores. Están disparando a policías. Intentan acabar con la autoridad.

—Sí, bueno, no tengo ninguna arma eficaz contra esas cosas.

—Tal vez el coche consiga pararlas.

—Y tal vez me vuelen el culo.

—Podrían volárselo también en una redada antidrogas —dijo Reuben—. Pero no tiene sentido que ustedes mueran luchando contra un enemigo al que no pueden derrotar.

—Un par de nosotros estamos pensando que deberíamos rendirnos.

—¿Ve algún modo de que esa cosa pueda tomar prisioneros? —preguntó Reuben. El hombre no dijo nada.

—Lo que yo creo es que esas cosas están aquí para matar policías —dijo Reuben—. Cuando los policías estén muertos, entonces serán las dueñas de la ciudad. Así que cuando derribemos a ese cabrón al suelo y saquemos fotos y le saquemos las piezas que podamos llevar, vengan ustedes con nosotros y salgan de Nueva York. Vivan para luchar otro día.

—Tengo familia aquí —dijo el policía—. En Brooklyn, al menos.

—Cuando el Ejército o los marines vuelvan para recuperar la ciudad, necesitarán gente que conozca cada calle y cada edificio. Los necesitamos a ustedes en Jersey, no muertos aquí en las aceras.

El policía asintió. Reuben sabía que en tener un propósito podía haber una diferencia de la noche al día.

El meca había pasado de largo el coche patrulla supuestamente abandonado, porque cuando ya iba por la mitad de la calle el vehículo se detuvo en el cruce, tras él. Reuben acababa de llegar a la esquina, y vio que el mecanismo se volvía para disparar.

Así que salió a la calle tirando al mismo tiempo de la anilla de una granada, que arrojó lo más cerca que pudo entre los pies del meca. El plan era que el meca se volviera y le mirara.

Funcionó demasiado bien. La cosa no sólo se volvió, empezó a correr a grandes zancadas hacia él, disparando. Reuben corrió hacia los coches aparcados, aunque sabía que no le proporcionarían ningún refugio, y se tiró al suelo. Mientras tanto, oyó que el coche patrulla aceleraba detrás del meca. También oyó los coches ocultos en la calle lateral acelerando sus motores.

El meca vio la trampa de inmediato, pero ni siquiera intentó esquivarla. Simplemente, saltó por encima de la capota de uno de los vehículos. Los conductores

frenaron y apenas chocaron. Pero desde detrás, el meca empezó a disparar contra los tres coches. Los conductores abrieron las puertas de inmediato, pero antes de que hubieran tenido tiempo de salir Reuben corrió hacia la cosa. Veía a Cole acercándose por el otro lado.

Si el meca los vio no dio ninguna señal de ello. Lo cual podía significar que el operador sabía que no había nada que pudieran hacer dos tipos desde el exterior.

Reuben no necesitó decirle nada a Cole cuando se encaramaron los dos, uno a cada una pata. No había puntos vulnerables en la unión de las patas al cuerpo de la cosa. Qué inconveniente que no hubieran previsto un buen sitio donde colocar una granada que pudiera hacerlo pedazos.

Fue Cole quien tuvo la idea. Se agarró con fuerza a la pata mecánica y balanceó las piernas para apoyar los pies contra la pata a la que Reuben se había subido. Reuben comprendió de inmediato lo que pretendía, e hizo lo mismo, de modo que sus pies empujaron la pata mecánica a la que se sujetaba Cole.

En cuando el meca fue a dar un paso, Reuben y Cole separaron las patas cuanto pudieron. De esa forma cada pata caería de modo impredecible. Todo dependía de lo bien que respondiera al desequilibrio el software que controlaba el proceso de caminar.

Respondió muy bien, pero no lo suficiente. El meca se tambaleó y vaciló, y aunque Reuben necesitó recurrir a todas sus fuerzas para agarrarse, vieron que merecía la pena continuar. En el siguiente paso empujaron de nuevo, y la máquina volvió a tambalearse.

Y entonces otro coche (un vehículo civil esta vez) avanzó recto hacia ellos desde una calle lateral. El meca trató de girar hacia él, pero de nuevo Cole y Reuben empujaron para separarle las patas y falló el blanco.

Como el meca estaba de cara al coche, más o menos, éste le golpeó ambas patas justo cuando Reuben y Cole se balanceaban. Se soltaron a tiempo, cayeron a la calzada y rodaron sobre sí mismos.

El meca cayó al suelo. Pero estaba preparado para eso y empezó a ayudarse con una fina proyección parecida a un brazo que surgió del centro del cuerpo para ponerse de rodillas. No fue lo suficientemente rápido, sin embargo. Ya tenía un policía encima, que extendió un brazo para ayudar a Reuben a auparse.

La escotilla de la parte trasera tenía que ser el punto de entrada, bien para un operario vivo o para los mecanismos de la maquinaria interna. Un teclado de combinación permitía abrirla siguiendo. Pero Reuben colocó un parche adhesivo en el teclado y luego una granada en el parche y tiró de la anilla.

—¡Salte! —le gritó al policía.

Los dos saltaron.

Otro coche golpeó las patas del meca justo cuando la granada estallaba. De nuevo

cayó y, aquella vez, la portezuela de entrada ya no tenía teclado sino un agujero del que salía un manojo de cables rotos.

Dentro del agujero Reuben localizó rápidamente un botón de emergencia. No pudo llegar con el dedo hasta el fondo, pero una bala atravesó el agujero y alcanzó el botón igualmente.

Ya podrían abrir el panel de entrada, aunque siguió sin ser fácil.

Un policía estaba justo encima cuando la explosión lo destrozó.

El interior del meca no era más que una masa de metal.

—¿Estaba tripulado? —preguntó Cole.

Reuben no estaba seguro.

—No hay restos humanos dentro. Pero bien podrían haberse quemado. Evaporado. Es lo bastante grande para que quepa un hombre, pero tal vez usan el espacio para la munición. Eso es lo que ha estallado.

Willis se acercó a la base de la cosa.

—¿Han descubierto algo?

—Algo —respondió Reuben—. Por mucho que descubramos, sargento Willis, quiero sacar a sus muchachos de esta ciudad inmediatamente.

—Nuestro deber está aquí.

—Su deber es guiar a nuestros chicos o a los marines cuando vengán a recuperar esta ciudad —dijo Reuben—. Y ahora mismo eso significa que su trabajo es permanecer vivos y salir de esta isla.

Willis podría haber tardado un buen rato en tomar la decisión, pero cuatro mecas aparecieron por los extremos de las cuatro calles.

—Mierda —dijo—. Saben que nos hemos cargado a su compañero.

—¡Por aquí! —gritó Cole. Ya había cumplido con su deber, que era buscar rutas de escape.

En este caso, eso significaba bajar corriendo por las escaleras de metro de la esquina.

—¡Cúbranme! —gritó un policía, y un par de ellos empezaron a disparar al meca que se acercaba a las escaleras del metro.

—¡No se puede cubrir a nadie! —chilló Reuben—. ¡Nuestras balas no les hacen nada! ¡Corran y bajen aquí!

Sólo un hombre fue alcanzado camino del metro, de tanta consideración que Reuben tuvo que arrastrar al policía que intentaba volver para recuperarlo.

—¿Funcionan las líneas? —le preguntó Reuben a Willis.

—Todas detenidas. Y todos los puntos de entrada a la ciudad cerrados desde el otro lado.

—Y el tercer raíl... ¿tendrá energía o no?

—No lo sé —dijo Willis.

—Entonces, será mejor no tocarlo —dijo Reuben—. Queremos llegar al túnel Holland. ¿Por dónde hay que ir?

—El metro no llega hasta allí.

—Pero ¿vamos por aquí o por allí para llegar a la próxima estación? O la siguiente. ¿Hay algún modo de llegar a la superficie que no sea por la boca de una estación?

—No al que yo tenga acceso —dijo Willis—. Por aquí.

Bajaron hasta las vías y echaron a correr. Las luces de emergencia apenas iluminaban lo suficiente para ver dónde ponían los pies.

Reuben sacó su teléfono. No había barras indicativas.

—¿No tengo cobertura porque estoy bajo tierra o porque están interceptando las señales?

—Hay cobertura en el metro —dijo Willis—. Así que están interceptándolas.

—Lástima —comentó Reuben—. Iba a llamar pidiendo apoyo aéreo.

—No puedo creer que ese apoyo no haya llegado todavía.

—Es posible que las Fuerzas Aéreas no sepan nada todavía. ¿Qué hora es, las seis y media de la mañana? Si nadie en Nueva York puede llamar, ¿se ha informado siquiera de la situación?

—¡Una cosa así no se puede mantener en secreto! —dijo Willis.

—No eternamente. Pero durante una hora, tal vez sí.

Llegaron a otra estación.

—No —dijo Reuben—. Estarán esperando en ésta. Pueden moverse por arriba al menos tan rápido como nosotros por aquí abajo. Continuemos.

Siguieron hasta la siguiente. Y la siguiente. Ya estaban más allá del túnel Holland. Tendrían que retroceder.

Subieron las escaleras hasta la superficie e inmediatamente corrieron hacia una calle lateral para no ser vistos desde las avenidas. Tuvieron suerte. No había mecas apostados para observarlos.

—Si tuvieran quinientas cosas de éstas podrían cubrir toda la ciudad —le dijo Reuben a Cole—. No tienen tantas. Ni de lejos.

—No me sorprende —respondió Cole—. ¿Cuánto crees que puede costar fabricar una? ¿Dos millones? ¿Seis?

—¿Te refieres al coste real o a lo que le cuesta al Pentágono?

—Al coste de Microsoft.

—No son un producto Microsoft —dijo Reuben.

—Los han desarrollado en secreto.

—Sí, pero no se cuelgan.

Willis conocía el objetivo y conocía las calles. Nunca había sido soldado, pero era comandante, y bueno. Sus hombres lo seguían sin discusión. Lo mismo hicieron

Reuben y Cole. Sigues al tipo que sabe lo que hace.

Cuando llegaron a un puñado de barreras de hormigón, cerca de la entrada del túnel, el mando de Willis pasó a Reuben y Cole.

No había ningún meca protegiendo el acceso al túnel, pero sí media docena de hombres con uniformes parecidos a trajes espaciales. El casco les cubría la cabeza entera, incluida la cara.

—Apuesto a que esos cascos son transparentes desde dentro —dijo Cole.

—Con un dispositivo estabilizador y localización automática de blancos y fuentes de calor —dijo Reuben.

—Y Tetris —dijo Cole.

—Vamos a matar a esos tipos —ordenó Reuben. No podían tomar prisioneros. Necesitaban sigilo—. Excepto al último, para interrogarlo.

—Seguro que llevan blindaje corporal.

—Que seguro que sus armas pueden atravesar.

—Ellos sólo tienen que atravesar el nuestro.

—No son superhombres. La armadura es pesada y da calor. Si es realmente segura, sin aberturas, se freirán en un caluroso día de junio como va a ser éste. — Reuben señaló a uno—. Tuyo. Trata de no hacer mucho ruido.

—Probablemente se comunican entre sí continuamente.

—Pues entonces... ni un suspiro.

Era una cuestión de sigilo. Y el sigilo implicaba paciencia además de silencio. No hacer ningún movimiento súbito que pudiera captar con el rabillo del ojo un soldado enemigo que los tuviera ligeramente en su campo de visión.

Trató de imaginar quiénes podían estar dentro de aquellos trajes. ¿Novatos que nunca habían combatido? ¿Veteranos de Oriente Medio, hartos del Gobierno y ansiosos por servirse de su entrenamiento para derrocarlo? ¿Iba a enfrentarse a un colado por la X-Box de Seattle o a una máquina de matar de Fort Bragg?

A algo intermedio. Tenía muy buenos reflejos: en el momento en que sintió las manos de Reuben sobre él empezó a moverse. Pero no lo había visto llegar. Una máquina de matar no habría estado nunca tanto tiempo sin repasar el campo de visión.

Porque cuando Reuben le puso las manos encima ya era demasiado tarde para él. Se volvió hacia la derecha, así que Reuben le giró la cabeza bruscamente hacia la izquierda y cayó como un saco.

Pero dentro de aquel casco a lo mejor había soltado alguna exclamación. O tal vez no. Porque los otros no manifestaron ninguna alarma. Cole también abatió a su blanco en silencio.

No hubo tanta suerte con el siguiente. Reuben no sabía si su hombre o el de Cole habían dado la voz de alarma o si era pura casualidad, pero nadie más se quedó quieto

para que le rompieran el cuello. Tampoco disparaban. Reuben seguía necesitando un arma silenciosa. El bolígrafo Uniball que llevaba siempre. Derribó a su hombre y lo apuñaló en la garganta, bajo el casco. Fue difícil llegar a la arteria. Los dos guardias restantes ya disparaban. Sin duda, habrían pedido refuerzos.

Reuben gritó a Willis y a los policías.

—¡Disparad a manos llenas!

Obedecieron la orden y empezaron a disparar. El blindaje de los malos era bueno, pero no perfecto. Reuben no estaba seguro de que alguna de las balas disparadas por los policías hubiese dado a los dos guardias restantes. Lo que sabía era que él había eliminado a uno con su M—240 y que Cole estaba disparando la Minimi, así que probablemente había alcanzado al otro.

Antes de que el fuego cesara, Reuben arrancó el casco y el chaleco blindado a un soldado enemigo muerto.

—¡Adelante! —le gritó a Willis—. ¡Si los nuestros están al otro lado, identifíquense y, por el amor de Dios, díganles que vamos para allá!

—¿Y si no están?

—Entonces escóndanse si pueden y espérennos a nosotros.

Cole también estaba despojando de su equipo al otro soldado.

—¡Cole! —gritó Reuben—. ¡Córtale un pulgar! ¡Queremos saber quiénes son estos tipos, no sólo lo que llevan puesto!

Fue un trabajo desagradable. Pero tenían que saber a quién se enfrentaban. ¿Eran criminales? ¿Eran civiles corrientes? El FBI necesitaba algo para hacer una identificación.

Reuben sabía que ya no tenían más tiempo para hacerse con el equipo cuando oyeron el retumbar de los mecas que se acercaban.

Los policías ya se habían perdido de vista túnel abajo.

—Me pregunto si nos perseguirán por el túnel —dijo Cole.

—Tengo un casco y un chaleco —dijo Reuben—. Suelta los que has cogido. Quédate con los pantalones y el arma.

Cada uno soltó lo que conservaba el otro y los dos echaron a correr, mucho menos cargados.

Los policías no estaban tan en forma como los miembros de Operaciones Especiales. Los alcanzaron antes de que hubiesen llegado al centro del túnel.

—¡No nos dejen atrás! —gritó uno de los hombres.

—Cierra el pico —dijo Willis.

—No los dejamos atrás —gritó Reuben—. Preparamos la retaguardia.

No había coches en el túnel. Reuben y Cole se agazaparon en los huecos de la pared del túnel, uno detrás del otro, en el lado opuesto. Cuando los policías llegaron jadeando y los dejaron atrás, Reuben les dio instrucciones.



—¡Establezcan una cadena para avisarnos cuando lleguen al final, para que sepamos cuándo retroceder!

Willis hizo un gesto afirmativo con el pulgar y siguió corriendo. Por la cuesta ya, cada vez más y más empinada.

—Hay un montón de agua sobre nuestras cabezas —se quejó Cole.

—Calla y sigue achicando —respondió Reuben.

Cuando los policías hubieron tenido tiempo suficiente para subir, Reuben dejó su posición y retrocedió hasta otra más alejada que la de Cole. Se estaba volviendo cuando oyeron las pisadas. Montones de ellas. Los mecas estaban en el túnel.

—¿Y si comprobamos si nuestras balas sirven contra esos mecas? —preguntó Cole.

—Ven aquí. ¡Tenemos que continuar!

Emplazar una retaguardia sólo tenía sentido si podían frenar al enemigo. Si todos eran mecas, entonces Reuben y Cole morirían para nada. Los mecas eran rápidos, pero durante unos segundos la curvatura del túnel los protegería.

Cuando llegaron al final del túnel, fueron recibidos por miembros de la Guardia Nacional, que obviamente los estaban esperando. «Gracias, Willis.»

—¿El comandante? —preguntó Reuben.

Veinte pasos más allá, un joven capitán saludó a Reuben.

—¿Sabe lo que está haciendo? —preguntó Reuben.

—Dos servicios en Irak —respondió el capitán—. He estado en combate.

—¿Tienen artillería?

—Los tanques vienen de camino.

—No hagan nada hasta que lleguen, a menos que tengan AT-4 o SMAWS.

—AT-4, señor. Pero nunca los hemos usado en combate —dijo el capitán—. No me enfrenté a muchos tanques cuando estuve en Irak, y los equipos son de novatos.

—Ahora es cuando se debe notar el entrenamiento —dijo Reuben. Señaló a izquierda y derecha—. Tienen cosas blindadas ambulantes, mecánicas. Puede que estén tripuladas, puede que no. El fuego de las armas pequeñas no las afecta. Pero las Minimis y los M-240 pueden atravesar el blindaje corporal de los soldados. —Le mostró las piezas—. No se expongan. Los mecas disparan contra los uniformes.

—Ahí vienen —dijo el capitán, llevándolo a cubierto.

No veían nada pero el sonido era ensordecedor. ¿Cuántos mecas había allí abajo?

Mientras los mecas se acercaban a la desembocadura del túnel, Reuben comprobó con qué contaban. Había dos AT-4, uno a cada lado del camino. La Guardia Nacional se había apostado también. Tal vez aquellos hombres nunca hubieran entrado en combate, pero estaban entrenados y su jefe sabía lo que estaba haciendo.

Mientras tanto, Cole obligaba a Willis y sus hombres a apartarse completamente del camino. Ya eran inútiles, un activo que tendría que ser usado más tarde y que

había que proteger. Cole obviamente comprendía que, aunque murieran todos allí, en la boca del túnel, los policías de Nueva York tenían que sobrevivir y contar lo que habían visto. Incluso le había entregado a Willis las prendas blindadas.

Reuben tenía que entregar las suyas.

—¿Puedo disponer de un hombre? —le preguntó Reuben al capitán—. Estas piezas de equipo tienen que ser entregadas a alguien que las pueda estudiar y averiguar quién demonios las fabricó y qué podemos hacer contra ellas. —Entregó inmediatamente las piezas a un joven cabo—. Espere —le pidió Reuben. Se sacó del bolsillo el pulgar ensangrentado y se lo dio al muchacho—. No vomite, lléveselo al FBI para que localicen la huella. Piense que es un casquillo que necesitan en balística.

El cabo tragó saliva una vez, se guardó el pulgar y se marchó corriendo con las piezas blindadas.

Los mecas salían ya del túnel. Todavía no estaban a plena luz pero se les veía perfectamente.

—Cuando quiera —le dijo Reuben al capitán.

—¿Algún punto vulnerable?

—No son fáciles de matar. Disparen al cuerpo. Si tienen suerte, estallarán de lo lindo. Están llenos de munición.

Tuvieron suerte.

Los dos primeros cohetes los alcanzaron. Los dos mecas volaron por los aires.

«Tengo que decirle a Mingo lo que tiene que añadir a su arsenal», pensó Reuben.

Los hombres de la Guardia Nacional vitoreaban. Pero el capitán les gritó:

—¡Seguid disparando, panda de capullos, podría haber cientos!

Ya habían aparecido cuatro más.

—¿Cuántos MT-4 tienen? —preguntó Reuben.

—Somos la Guardia Nacional destinada en Jersey —dijo el capitán—, ¿usted qué cree?

—¿Eso significa menos de diez?

—Eso significa dos más.

—Entonces dispárenlos como si fueran cien.

El capitán ordenó de nuevo que dispararan. Dos impactos más. Dos objetivos alcanzados. Aunque uno de los mecas no estalló completamente, cayó y no trató de incorporarse. Los otros dieron media vuelta y corrieron túnel abajo.

Esta vez el capitán no hizo callar a sus hombres.

Un par de guardias empezaron a correr hacia los mecas caídos.

—¡No se acerquen a ellos! —gritó Reuben—. ¡Podrían estar minados! ¡Volarán en pedazos!

Los guardias se detuvieron. Una vez más, demostraban su buena disciplina.

Reuben y Cole se aproximaron al que no había estallado. Realizaron la misma operación de antes con el panel trasero, pero no soltaron la tapa después de volar el teclado y disparar al botón.

La tapa se soltó sola.

Un hombre asomó la cabeza. Vio la situación (Cole y Reuben apuntándole con sus armas) y volvió al interior.

—¡Salga y ríndase! —le exigió Reuben.

La respuesta fue un solo disparo dentro del meca.

—¡Mierda! —dijo Cole.

Reuben corrió hacia la escotilla. El hombre se había metido una pistola en la boca y había abierto fuego. Pero el estropicio era menor de lo que Reuben esperaba.

—Creo que ha fallado —dijo—. Ayúdame a sacarlo.

Fue difícil, pero al final cada uno logró agarrarlo por un brazo y sacarlo por la escotilla. Se había disparado en la boca pero había apuntado mal. La bala, al parecer, le había atravesado el velo del paladar y había salido por el ojo izquierdo. Tenía un surco en la frente y el cráneo abierto. Se le veían los sesos. Pero, aunque estaba indudablemente inconsciente, con el ojo izquierdo, el paladar y un pómulo destrozado, el tipo no estaba muerto.

Lo arrastraron hacia los guardias.

—¿Un médico? —preguntó Reuben.

—La ambulancia viene de camino —respondió el capitán—. La pedí cuando nos apostamos ante el túnel.

—Bien hecho —dijo Reuben—. Mayor Reuben Malich —se presentó—. El hombre que me acompaña es...

—Demonios, sé quiénes son ustedes, tengo tele. Me llamo Charlie O'Brien. Es un honor conocerlos.

Sucedieron dos cosas mientras esperaban a que llegaran los tanques. La primera: un par de reactores se acercaron a Manhattan desde el sur, volando bajo. Los guardias empezaron a vitorear, pero cuando los aviones se aproximaban a la Estatua de la Libertad los pilotos perdieron el control de los aparatos, que se desviaron. Uno golpeó la superficie del agua, boca abajo; el otro chocó contra la túnica de la estatua y luego cayó a plomo al mar.

—Díganles que no envíen más aviones —le dijo Reuben al capitán.

—¿Cómo han hecho eso? No he visto ninguna explosión ni nada.

—Con un rayo mortal o con la gripe aviar —dijo Reuben, impaciente. Pero el capitán quería una respuesta clara—. Mi deducción es que ha sido un pulso electromagnético altamente enfocado. Los F—16 están protegidos, pero si puedes superar la barrera y estropear los componentes electrónicos, no pueden volar. Coja esa maldita radio y dígales que no manden más aviones.

La segunda cosa que ocurrió fue que el capitán Charlie O'Brien oyó algo por la radio y se volvió hacia Reuben.

—Se supone que debo arrestarlos.

Reuben lo miró fijamente.

—Eso es política, Charlie. Me ha visto salir del túnel. Nos ha visto a Cole y a mí traer a un puñado de policías de Nueva York. Hemos abatido juntos a cuatro mecas y me ha visto abrir la escotilla y sacar a ese pobre hijo de puta. Le daré un informe y usted podrá pasar esa información. Pero quien me quiere bajo arresto forma parte del mismo grupo que mató al presidente y al vicepresidente.

—¿Quiénes? —preguntó Charlie—. ¿Quiénes están haciendo esto?

—Son estadounidenses —contestó Reuben—. Y cualquiera podría estar de su parte, trabajando dentro el Gobierno contra la Constitución.

—Entonces, ¿no son terroristas?

—Decididamente no —dijo Cole, que se había reunido con ellos—. Son todo lo contrario. Estaban matando a la gente de uniforme, pero dejaban en paz a los civiles siempre que era posible. Les advertían que no salieran a la calle. Estos tipos pretenden ocupar y gobernar Nueva York, no aterrorizarla y escapar.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Reuben.

—Demonios, no —respondió Charlie—. Pero han dicho que enviaban helicópteros a recogerlos. Así que cojan mi coche: es un Ford Escort que está allá atrás. Pulse el mando a distancia y mire los faros de cuál parpadean.

Le tendió a Reuben las llaves.

—Va a meterse en un lío gordo por esto —dijo Reuben—. No puedo llevarme su coche.

—Cójalo y ya me encargaré yo de todo —respondió Charlie—. Estábamos aquí con la infantería antes de que esos policías empezaran a salir por el túnel. Sé de qué bando están ustedes.

—Ni siquiera sé todavía cuáles son los bandos —dijo Reuben—. Podría ser una milicia derechista que ha elegido Nueva York para castigar a la capital de los de izquierdas. O podría ser una milicia izquierdista que ha elegido Nueva York porque cree que ya se ha ganado el corazón y la mente de sus ciudadanos.

—Quienesquiera que sean —dijo Cole—, tienen un diseñador de armas chulísimo y están dispuestos a volarse los sesos antes de ser capturados.

—Cojan mi coche y váyanse. Diré que recibí el mensaje cuando ya se habían marchado.

## 13. Contraseñas

*¿Cuánta responsabilidad tienes por el mal uso que otros hacen de tus ideas? Casi tanta como la responsabilidad que tienes si dejas de expresarlas, cuando podrían haber supuesto una diferencia para el mundo.*

Reuben se mantuvo apartado de las autopistas de peaje mientras regresaban a casa de tía Margaret. Era demasiado fácil detener el tráfico para hacer una comprobación de identidad. Además, estarían transportando tropas hacia el norte. En la autopista habría atascos kilométricos.

—Probablemente no esté bien que nos llevemos el coche de Charlie O'Brien hasta West Windsor —dijo Cole—. Pero no nos imagino tampoco volviendo en autobús.

—Estamos en guerra —contestó Reuben—. Le enviaremos las llaves por correo y le diremos dónde puede recoger su coche.

—Sigo atónito. ¿Cómo han podido desarrollar armas así sin que ningún servicio de inteligencia lo supiera?

—Es más fácil de lo que piensas —dijo Reuben—. Inteligencia de Defensa intenta detectar desarrollo y fabricación de armas principalmente en el extranjero. Si tienen a alguien en el FBI al tanto de la información que no debe pasar a sus superiores, podrían desarrollarse en cualquier lugar perdido de este mismo país.

—Han tenido que transportar esos mecas a Nueva York.

—En camiones con el logo de la ABF<sup>[8]</sup>

—Hay inspecciones.

—Todo es cuestión de dinero y de seguidores fieles. La mayoría de quienes están en el ajo creen en la causa. No hablan. Y a los que no son fieles seguidores les pagan un montón de dinero y, en cualquier caso, no saben de la misa la mitad.

Cole buscó en la radio una emisora que estuviera dando las noticias.

Todas lo hacían. Pero los datos eran aún escasos. Había habido un incidente en Nueva York, dos aviones caídos, informes de disparos, todas las líneas de comunicación terrestres y los móviles desconectados. Rumores de la llegada de alienígenas, de convoyes militares que se dirigían al norte a través de Nueva Jersey, de buques de guerra navegando hacia Nueva York, de los marines preparándose para desembarcar, de tropas de la Guardia Nacional enviadas a Nueva Jersey, Nueva York y Connecticut.

Y, oh, sí, los preparativos para los funerales de aquellos que habían muerto el viernes 13.

—Magnífico. Así es como van a referirse al asesinato de esos buenos hombres —dijo Reuben—. El viernes 13. Como si su muerte fuera simplemente un golpe de

mala suerte.

—Esto es lo que estuviste haciendo, ¿verdad? —preguntó Cole—. Trabajando en la venta y el desarrollo de armas. Sabes cómo se ocultan los sistemas de armas y cómo se encuentran.

—Creo que he sido el cabeza de turco desde el principio. He estado encargándome de envíos y contratos. Localizaba algunos, llevaba otros. Pujaba, compraba, vendía, pasaba dinero a terceros para que lo pasaran a cuartos. Me dijeron que estaba combatiendo el terrorismo, ayudando a la infiltración en organizaciones. Pero creo que es posible que haya enviado ese material a las zonas elegidas.

—¿Han hecho esto usando dinero del Gobierno?

—No sé de quién era el dinero que utilizaba. Era un intermediario. El chico de los recados. Tenía que ser listo porque a veces las misiones eran peligrosas, implicaban tratar con individuos que preferían quedarse con lo que les entregabas y con el dinero, lo que significaba que querían matarme. Enviarme a mí era una garantía para que las cosas no se pusieran feas.

—¿Cómo lo impedías?

—Reconocía los problemas sobre la marcha. Si la cosa pintaba mal, abortaba la misión. Phillips bromeaba diciendo que para eso me pagaban una buena pasta: para saber cuándo tenía que echarme atrás en un trato.

—¿Una buena pasta?

—Era un chiste. Yo cobraba mi salario, nada más.

—Apuesto a que eras un buen chico y no llevabas ningún registro.

—No era tan bueno. Tengo archivos codificados en mi PDA.

—¿Cuál era tu contraseña?

Reuben no podía creer que se lo preguntara, pero luego se dio cuenta de que Cole tenía razón.

—Supongo que ahora tenemos un nuevo sistema de clasificación. —Alto secreto. Sólo para sus ojos. Sólo para Coleman.

—Podrías haber muerto hoy —dijo Cole—. Podrían arrestarte o matarte en cualquier momento. Tienes que librarte de esa PDA y alguien más debe saber la contraseña. Si crees que contiene pruebas.

—Ni siquiera le he dicho a Cessy mis contraseñas —dijo Reuben—. Para protegerla.

—No saberlas sólo la protege contra un enemigo racional. Un enemigo irracional no creerá que no las sabe hasta que esté muerta.

—Creo que estos tipos intentan jugar según una versión de las reglas estadounidenses.

—Las balas que nos dispararon en ese restaurante chino no sabían quién había detrás de las paredes.

—A lo mejor tienen un software que reconocía nuestras caras. Tal vez para eliminarnos merecía la pena algún daño colateral.

—La contraseña —dijo Cole.

—Y tal vez tú hayas sido mi sombra estos últimos días para conseguir la contraseña, antes de matarme —dijo Reuben—. A lo mejor trabajas para esos payasos. A lo mejor han consentido que mataras a unos cuantos de los suyos para ganarte mi confianza. Consigues mi contraseña, te quedas con mi PDA y me matas. No te conozco, Cole.

—No, no me conoces. Pero durante un minuto, allí, confiaste en mí.

—Lo hice.

—¿Cómo va la cosa hasta ahora?

—Pedí tenerte a mis órdenes —dijo Reuben—. Pero claro, elegí de una lista. Ellos me proporcionaron la lista.

—No sabemos quiénes son *ellos*. Pero quédate con la PDA de momento. No voy a forzar las cosas. Es una tontería, pero entiendo que seas un paranoico.

—Gracias —dijo Reuben—. Sigo confiando en ti, Cole. Te llevo a casa con mi familia.

—Lo sé.

—Hasta ahora no sabían dónde estábamos, pero lo descubrirán. ¿Adónde podría ir yo estando en la zona de Jersey de la ciudad de Nueva York? Por poco que investiguen darán con casa de tía Margaret. Tal vez incluso la localicen antes de que nosotros lleguemos.

—Entonces separémonos antes de estar demasiado cerca —dijo Cole—. Para que no nos capturen a ambos.

—Mi PDA está en casa, si la tuviera encima te lo entregaría ahora mismo.

—Pero no me darías la contraseña.

—No, la contraseña no. Eres mi seguro.

—¿Quién está intentando arrestarnos? ¿Los tipos que acaban de invadir Nueva York, los que trabajan desde dentro del Gobierno para subvertirlo? ¿O son los buenos, que creen que no puede ser coincidencia que aparezcamos cada vez que hay una crisis?

—Todas esas pruebas que han ido dejando... —dijo Reuben—. No pueden ignorarlas.

—¿Es sólo coincidencia que sigamos apareciendo?

—Sólo ha ocurrido dos veces. La primera nos vigilaban. No fue ninguna coincidencia sino parte de su esfuerzo por achacarme a mí la culpa. A un militar estadounidense. Pero hoy... no, es imposible que supieran que íbamos a hacer un viaje a la Zona Cero a las cinco de la mañana. Desde luego, no van a coordinar esta invasión para que encaje con nuestros caprichos. Dos días después de los asesinatos

sigue siendo el momento de máximo caos. ¿Quién está al mando? Nadie ha restablecido la cadena de mando. ¿Qué querrá este presidente? ¿Hasta qué punto sopesará los problemas antes de actuar? El momento ideal no tiene nada que ver con nosotros.

—No me importa quién haya hecho esto —contestó Cole—. Estaban matando policías. Mataban a los uniformados. Puede que crean que están defendiendo la Constitución, pero no están defendiendo nada. Tratan de imponer su voluntad sobre gente reacia.

—Pero Cole —dijo Reuben—. ¿No lo entiendes? Cuando estás en posesión de la Verdad, todo el que se opone a ti es un ignorante o es malvado. Gobiernas sobre los ignorantes y matas o encierras a los malvados. Luego puedes hacer que el mundo funcione según tu perfecta Verdad.

—A la izquierda y a la derecha. Es lo mismo.

—La Guerra Civil inglesa —dijo Reuben—. En un bando, el derecho divino de los reyes, el patriotismo, el statu quo, los fríos caballeros de pelo largo. En el otro bando, los puritanos, guardianes de la palabra de Dios, perfeccionistas de pelo corto, siempre con una Biblia en la mano. A la mayoría de la gente no le importaban ni unos ni otros.

—Los puritanos tenían a Cromwell.

—Y por eso ganaron, temporalmente. Pero en cuanto tuvieron el poder pusieron en práctica su programa. Se acabó la Navidad, se acabaron los deportes, nada de descanso los domingos, una vida de trabajo incesante y oración. Nada de juegos, ni de teatro. Nada de luchas de osos. Ninguna herejía era tolerada, ni siquiera las pequeñas faltas a la religión. Diez años de ese régimen y la gente estuvo dispuesta a volver a los reyes... aunque simpatizaran con el catolicismo.

—Entonces estás diciendo que la gente se hartará de los excesos de cualquier grupo de perfeccionistas, sean quienes sean, y que acaban de tomar Manhattan.

—Con el tiempo. Pero eso no significa que vayan a deshacerse tan fácilmente de los puritanos. Cromwell murió sin un sucesor claro. Castro no se muere ni a tiros. Hitler y Stalin fueron demasiado implacables para ser derrotados. Pol Pot mató a todo el mundo. Cada vez que los fanáticos toman el poder es un enigma cuándo podrá uno deshacerse de ellos, al menos sin que haya antes una lucha larga y sangrienta o décadas de opresión, durante generaciones.

—Así que estás diciendo que no eres demasiado optimista acerca del futuro.

No había nada que decir a eso. Condujeron en silencio un rato por carreteras secundarias para evitar las sirenas y Cole estudiaba el mapa que Charlie O'Brien llevaba en el coche.

Reuben sabía que Cole tenía razón respecto a la contraseña de la PDA. La información que contenía su agenda electrónica podía ser la clave para descubrir



dónde se habían creado las armas. Por ejemplo estaban aquellos envíos destinados al puerto de Nueva York, aparentemente para ser consignados a ultramar. Pero ¿y si habían llegado al puerto y se habían quedado allí a la espera de que llegara la orden de tomar la ciudad? El problema era que Reuben no estaba seguro de cuál era el punto de origen del cargamento. Sí, *en apariencia* procedía del puerto de Seattle. Pero ¿significaba eso que había llegado allí de ultramar o de algún otro lugar de la Costa Oeste o tal vez el papeleo se había hecho en Washington pero se había enviado desde México? No tenía ni idea.

A pesar de todo, aquella relación con Seattle era un principio. En el caso de que realmente él hubiese ayudado a enviar al este aquella partida.

Esos hijos de puta, maquinando para tomar Nueva York y usando dinero del Gobierno para pagar la invasión y agentes gubernamentales para el papeleo y los pagos.

¿Podía estar limpio Phillips? Allí estaba, en la Casa Blanca. ¿Tenía que ser quien había avisado a los terroristas!

«No, no —se dijo Reuben—. No saques conclusiones precipitadas. Si son listos (y hasta ahora han sido más listos que yo) nunca tendrían al mismo tipo trabajando en los envíos de armas y sirviendo como encargado para avisar desde dentro a los terroristas. Usarían a dos personas diferentes.»

Dos personas en la Casa Blanca traicionando lo que supuestamente era la presidencia más fanáticamente conservadora de la historia según la izquierda... o a un Gobierno endémicamente corrupto y ansioso de poder no importaba quién lo ostentara según la derecha.

¿Y quién había dentro del Pentágono? Era hora de llamar a DeeNee y averiguar si ya sabía algo.

No estaría en la oficina, naturalmente. O tal vez sí: un domingo, con un ataque sobre Nueva York, habrían llamado a todo el mundo. En todo caso tenía su móvil. Respondió a la segunda llamada.

—Espero no interrumpir nada —dijo Reuben.

—Le he dicho al predicador que haga una pausa en la oración mientras estoy al teléfono —dijo DeeNee.

—No será verdad, ¿no?

—¿Dónde estás?

—En Washington no. Si no lo sabes...

—Lo sé —dijo ella.

—¿Qué sabemos?

—Bueno, sabemos que se supone que estás arrestado cerca del túnel Holland —contestó ella—, y aquí tengo a un tipo diciéndome que no diga esto.

Al parecer le quitaron el teléfono de las manos mientras decía estas últimas

palabras. Se puso un hombre.

—¿Es consciente de lo culpable que parece?

Reuben reconoció la voz de uno de sus superiores.

—Estaba en Nueva York visitando la Zona Cero —dijo Reuben—. Uno de esos monstruos con patas empezó a dispararme. Algunos policías y yo logramos abatir al mamón y miramos en su interior. Luego saqué a una docena de polis de la ciudad y ayudé a asegurar el extremo de Jersey del túnel Holland. Allí saqué a un soldado medio vivo de uno de los mecas para interrogarlo más tarde. También tomé el blindaje corporal y los componentes electrónicos de uno de sus soldados. ¿Y ustedes quieren arrestarme *a mí* por algo que saben perfectamente bien que he intentado *impedir*?

Hubo un breve silencio.

—Demonios, Malich, no quiero arrestarlo, pero ésas son las órdenes que han llegado.

—¿De dónde? —dijo Reuben—. ¿No se le ocurre que la misma gente que entregó mis planes a los terroristas podría ser la que ha ordenado mi arresto?

—Mayor Malich, sabe usted tan bien como yo que es posible ser un héroe y un traidor. Benedict Arnold lo fue.

—No en un solo día —respondió Reuben. Cortó la comunicación.

—Probablemente has hablado demasiado —dijo Cole.

—Ya saben que estoy en Jersey.

—Yo tiraré ese teléfono.

—¿Y perder todos los números que guardo en la memoria?—Reuben lo arrojó por la ventana—. Esto me está costando caro. Ojalá tuviera el presupuesto que han tenido ellos para construir los mecas.

—Creía que eran monstruos con patas.

—Una cosa es la marca y lo otro el genérico. Como Coca-Cola y refresco de cola.

—O heroína y caballo. Me he dado cuenta de que has ido de llanero solitario. Yo esto, yo lo otro.

—Intentaba no implicarte.

—Sí, como si los polis fueran a olvidar que había dos tipos del Ejército ayudándolos.

—No soporto compartir el mérito —dijo Reuben—. Chínchate.

Reuben continuó hacia casa de tía Margaret aproximándose desde el norte y aparcó el coche a dos calles de distancia.

—¿Llevas tus armas encima? —le preguntó a Cole.

—No voy a hacer ni un pis sin mis armas, señor.

—Pues ten cuidado, no te equivoques al tirar de la anilla.

—Lo recordaré, señor. —Cole bajó del coche.

Reuben continuó hacia la casa.

No había nadie delante, ninguna furgoneta de noticias, ningún coche de policía, ningún vehículo militar, ningún coche negro sin identificación con tipos vestidos con chaqueta y corbata.

Así que tal vez los que iban a por él no eran perfectos.

O a lo mejor no era para ellos un objetivo prioritario en comparación con, por ejemplo, conquistar Nueva York.

Cuando entró en la casa, Cessy lo recibió con un abrazo. Había llorado.

—¿Dónde has estado?

—Creo que no vamos a poder ir a misa esta mañana —respondió él.

—Has estado allí, ¿verdad? Tú y Coleman, tuvisteis que ir a la ciudad, ¿no?

—No sabíamos que era día de invasión —dijo Reuben—. Pero hemos salido vivos. Ahora tenemos que salir de aquí. Saben que estamos en Jersey y no tienen que ser unos genios para que se les ocurra repasar los nombres de nuestros familiares conocidos.

—¿Quién te persigue?

—No lo sé. Hay contra mí una orden de arresto del Pentágono. Pero no sé si los responsables son los buenos, engañados por las pruebas falsas contra mí, o los malos, que quieren una excusa para ponerme las manos encima y cerrarme la boca de una vez por todas. ¿Dónde están los niños?

—Los mandé a sus habitaciones. Mark y Nick están entreteniendo a las niñas y a J. P.

Tía Margaret entró, agitando unas llaves.

—Coged mi PT Cruiser.

—No cabremos todos —dijo Reuben.

—No vais a llevaros a los niños —contestó Margaret—. No seas loco. Hay gente disparando, ahí fuera. Tengo una casita bonita en una pequeña ciudad muy mona. Pero vosotros dos sois muy listos. Tenéis que separaros de los niños para mantenerlos a salvo.

—En tu PT Cruiser.

—Yo me quedo con tu precioso todoterreno. ¿Dónde está el que te prestaron para venir aquí?

—En la ciudad —dijo Reuben—. No quiero dejar a los niños.

—Ni yo tampoco —dijo Cessy.

Sonó el móvil de ella.

—Supongo que no eres tú —comentó.

Dijo «diga» y luego escuchó. Luego dijo «de acuerdo» unas cinco veces y colgó.

—Era un vendedor impresionante si acabas de comprar una alfombra nueva —dijo Reuben.

—Era Sandy. LaMonte quiere que nos reunamos con él.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

—Y el capitán Coleman. ¿Dónde está? Se encuentra bien, ¿verdad?

—Ha venido caminando las dos últimas manzanas con todo el equipo de batalla.

Por si la casa estaba rodeada.

Sonó el timbre de la puerta. La tía Margaret abrió.

—Tiene sangre en el uniforme, joven.

—De un pulgar cortado —respondió Cole. Alzó su Minimi—. En un vecindario como éste, me siento como un niño pequeño jugando a los soldados. ¿Puedo pasar?

Al PT Cruiser no le gustaba ir a más de ochenta. A noventa empezaba a vibrar.

Pero, de todas formas, a Cessy no le gustaba conducir a más de ochenta. Y conducía ella. Cole iba sentado detrás del asiento trasero con la bandeja sobre la cabeza. Parecían dos ciudadanos que iban o venían de la iglesia. A menos que alguien mirara con atención y viera las armas en el suelo, delante del asiento trasero, y al tipo de atrás con la ametralladora.

La tía Margaret iba a llevar a los niños a casa de unos buenos amigos de Hamilton.

—Buenos croatas —dijo—. No dirán ni pío. Y yo me quedaré con los niños todo el tiempo.

Iba a conducir el coche de Charlie O'Brien hasta Lawrence, donde sus amigos la recogerían. Le enviaría a Charlie las llaves por correo y le diría dónde encontrar el coche.

—Me siento como una espía.

—Deberías sentirte como una refugiada —respondió Cessy.

Pero de todas formas se le partía el corazón por tener que dejar a los niños. Y aunque Mark estaba tan activo como siempre y Nick tan callado, se los veía asustados. En las noticias decían cosas terribles y sus propios padres estaban en el meollo e iban a esconderse. A las niñas, naturalmente, les irritaba que papá y mamá las dejaran, pero no sabían nada del mundo. Estarían bien, estaba segura. Bien bien bien.

—Creía haber rechazado ese empleo en la Casa Blanca —dijo Cessy.

—Bueno, técnicamente lo hiciste, ya que el presidente no está en la Casa Blanca...

A Cessy le hubiera gustado oír a LaMonte decirles que no iba a ir a Camp David ni a ninguna de las localizaciones conocidas.

—Puesto que no sabemos en quién confiar —les habría dicho—, no podemos contar con que estaremos seguros en ninguna parte.

Y algún consejero político habría dicho:

—Parecerá que se está usted escondiendo. Causará confusión y quedará en mal lugar.

—Ahora no me presento a ningún cargo —habría argumentado LaMonte—. Y el país no necesita otro presidente muerto.

«Pero... ¿por qué ir a Gettysburg?»

—¿Por qué a Gettysburg? —preguntó en voz alta.

—Es un lugar conveniente —dijo Reuben—. No traslada allí a todo el gobierno, sólo van él y suficientes ayudantes para mantener las comunicaciones. Hay mucho sitio donde aparcar. Es un lugar apartado donde resulta relativamente fácil mantener una seguridad razonable.

—Y lleno de sitios por donde esquivar los controles —dijo el capitán Coleman desde atrás.

—Simbólicamente, es el lugar donde la última guerra civil que hubo en este país llegó a su punto de inflexión. Y está cerca de Washington. Puede volver cuando quiera.

—También hay un montón de moteles para que se aloje su personal —dijo el capitán Coleman.

—Y como la oficina de información a los visitantes está cerrada casi siempre, no será un estorbo para las operaciones —dijo Reuben.

Cessy se lo explicó al capitán Coleman:

—Sigue todavía irritado porque llegamos pasadas las seis un día de verano y ya habían cerrado. Quedaban tres horas de luz. Eso fue hace dos años, recuerda.

—Es que no comprendo por qué el Gobierno actúa sin tener en cuenta lo que la gente quiere y necesita.

—La gente quiere muchas cosas —dijo Cessy—. Algunos quieren que los centros para visitantes abran hasta tarde. Otros quieren pagar menos impuestos.

—Otros más quieren tomar una ciudad aquí, una ciudad allá.

—Oh, mirad —dijo Cessy—. La tía Margaret tiene radio. Podremos escuchar las noticias.

Reuben la puso y sintonizó directamente Fox News. Escucharon un rato. No mencionaron ningún ataque en otras ciudades aparte de Nueva York. Había muchas especulaciones sobre el rayo mortal que había abatido los F—16. Especulaciones sobre qué ciudad sería la siguiente. Especulaciones sobre las bajas de Nueva York. Expertos hablando sobre cuánto podría aguantar Nueva York sin camiones que suministraran alimentos y combustible a la población. Otros expertos hablando de cuántos negocios cerrarían porque sus empleados no podrían llegar a la ciudad al día siguiente.

Especulaciones sobre algunas potencias extranjeras que podrían aprovecharse de la situación. Especulaciones sobre potencias extranjeras que pudieran estar detrás de

todo aquello. ¿Era una acción terrorista? ¿Qué haría Estados Unidos si mantenían la ocupación de Manhattan? ¿Qué iban a hacer los diplomáticos de las Naciones Unidas?

Sin embargo, al cabo de un rato empezaron a llegar algunas respuestas, en una interminable sucesión de boletines informativos. Procedían de las Naciones Unidas, donde habían permitido que un grupo de diplomáticos de Alemania, Francia y Canadá fueran en helicóptero al aeropuerto Kennedy para dar una rueda de prensa. El embajador canadiense se encargó de decirlo casi todo, la mayor parte leyendo los documentos que le habían proporcionado los invasores.

—«La fuerza militar que ha tomado Manhattan afirma que ningún civil ha resultado herido.»

—Qué mentira —dijo Cole—. Vimos con nuestros propios ojos a un portero muerto.

—«Se hacen llamar la Restauración Progresista. Declaran que los progresistas obtuvieron el apoyo popular y la mayoría electoral a la presidencia en 2000 y que sólo un flagrante robo por parte de la derecha radical impidió al presidente electo jurar el cargo.»—Por favor, dime que no van a devolvernos a Al Gore —dijo Reuben.

—Callaos, por favor, chicos —ordenó Cessy.

—«Desde que usurparon el cargo, han pisoteado el Acta de Derechos, han implicado a Estados Unidos en guerras extranjeras ilegales e inmorales, han destruido el medio ambiente, oprimido a minorías de todo tipo, impuesto su idea del cristianismo en todo el país, reducido la investigación científica, acumulado un enorme déficit y domeñado... Estoy seguro de que quieren decir desdeñado...»

—Ahora les corrige la gramática —dijo Reuben.

—«... desdeñado la opinión mundial y la ley internacional, y han llevado al mundo al borde del desastre.»

—No han mencionado el sionismo —dijo Coleman—. ¿En qué estarán pensando?

—«Ahora la derecha radical, que domina el Ejército estadounidense, ha planeado y cometido el asesinato del presidente y el vicepresidente como primer paso para imponer una dictadura sobre Estados Unidos. Sólo esta emergencia nacional ha impulsado a los progresistas a emprender una acción en defensa de la libertad contra este plan totalitario cristiano y sionista.»

—Se lo guardaban para el final —dijo Reuben.

—«Los progresistas han liberado la ciudad de Nueva York, dicen, como primer paso para restaurar el gobierno constitucional de Estados Unidos.»

—Todo lo que tienen es Manhattan —dijo Cole.

—«No les interesa declarar la guerra al Gobierno ilegal, pero están preparados para defender Nueva York contra cualquier intento por parte de éste de imponer su hegemonía sobre la ciudad. Animan a la ONU a permanecer en Nueva York y

afirman que será protegida y que todos los derechos diplomáticos serán respetados. Han solicitado a la ciudad de Nueva York que reconozca a la Restauración Progresista como Gobierno-en-el-exilio de los Estados Unidos de América e invitan a todas las demás ciudades y estados de la nación a reconocer al Gobierno progresista y a ningún otro como Gobierno legítimo de Estados Unidos.»

El anuncio oficial se acabó. Reuben apagó la radio cuando empezaban las preguntas de la prensa.

—Así que ha sido la izquierda —dijo.

—Pero podría haber sido la derecha —respondió Cessy.

—Y podría convertirse fácilmente en una guerra entre los chalados de un lado y los chalados de otro —dijo Reuben—. Lo vimos en Yugoslavia. La gente se llevaba bien: serbios y croatas, cristianos y musulmanes. Pero cuando los chalados empezaron a disparar, había que devolver los disparos o morir. No querer luchar no te protegía. Había que escoger bando.

—Aquí no ha habido ningún bando, hoy —dijo Coleman—. Sólo uniforme o sin uniforme.

—Toda la filosofía izquierdista se basa en rechazar la autoridad —dijo Reuben amargamente—. Y sustituirla por una lista aún más rígida de ideas prohibidas. La única diferencia es que la policía del pensamiento de los progresistas no lleva uniforme.

—Basta —dijo Cessy—. Como decía, podría haber sido la derecha, y entonces la policía del pensamiento llevaría Biblia.

—No empecemos.

—Has empezado tú. Te casaste con una liberal, Reuben.

—Pero no con una loca.

—La mayoría de nosotros no estamos locos. Igual que la mayoría de los conservadores son como tú, gente razonable. Nos adviertes de que esto podría desembocar en una guerra, como en Yugoslavia, y luego empiezas a condenar a los otros como si sus ideas no importaran.

—No lo he hecho, ¿no? —dijo Reuben—. Es que estoy muy enfadado. Han matado al presidente.

—¿De verdad? ¿Todos los progresistas estadounidenses, todos los liberales se unieron y planearon matar al presidente?

—Pero se *alegran*.

—No. Te equivocas. Los enfermos, sí. Los tristes, los miserables, los idiotas, claro. Pero la mayoría están aturdidos, no lo hicieron y no querían que se hiciera. Tampoco pidieron que nadie invadiera Nueva York.

—Pero no lo dejarán correr, ¿verdad?

—Es posible. O puede que se unan entusiasmados a esta Restauración

Progresista. Cuentan con ello, ¿no? Con que la gente corra a agitar su estandarte. Y si nosotros empezamos a hablar y a pensar como tú estabas hablando y pensando hace un segundo, Reuben, entonces acabaremos impulsándolos hacia ese estandarte. ¡Así que basta!

Reuben miró por la ventanilla.

—Reuben —dijo Cessy—. Creo que el gran logro estadounidense en nuestra guerra contra el terror fue que la libramos sin odiar a todos los árabes ni a todos los musulmanes, ni siquiera a todos los iraníes, aunque lo estén financiando. No perdimos la cabeza. Libramos una guerra sin odio.

—A excepción de los estadounidenses que nos odiaron a nosotros por librarla.

—¿Los odias, Reuben? ¿Lo suficiente para matarlos?

El negó con la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Tienes toda la razón. Pero están destruyendo mi país. Están matando a tipos como yo porque nos ofrecimos voluntarios para defenderlo. No puedes esperar que no pierda la calma.

—Cuando todo se termine —dijo Cessy—, quiero que regreses a casa como Reuben Malich.

—Yo también —respondió Reuben—. Lo haré.

Y entonces se volvió de nuevo hacia la ventanilla y Cessy advirtió que estaba llorando, con la frente apoyada en la mano derecha, las lágrimas cayéndole hasta el regazo.

—Hoy he matado a un hombre con las manos desnudas —dijo—. Y a otro con un cuchillo. Y a otro con una andanada de balas. Le corté el pulgar a uno.

Cessy no tenía nada que decir a eso. Sabía que eran las cosas que tenían que hacer los soldados. De no haberlas hecho, lo habrían encontrado y lo habrían matado. Había sacado con vida de la ciudad a otros hombres. Ayudado a detener a los mecas en el extremo de Jersey del túnel Holland. Y así era como se hacían los trabajos como aquél: ejerciendo la fuerza. Hasta la muerte.

Pero ella no podía decirle: «Tranquilo, está bien.» No estaba bien. Era terrible. Había que hacerlo y, como Coleman y él eran los que sabían hacerlo, lo habían hecho ellos.

Conduciendo con la mano izquierda, pasó la derecha por el codo del brazo izquierdo de Reuben. Deslizó la mano por el interior de su brazo, acercándolo hasta que lo tuvo de la mano. Se la apretó. El le devolvió el apretón. Pero siguió llorando.

En el asiento de atrás, Coleman tuvo el sentido común suficiente para estarse callado.

En la radio, la rueda de prensa y los comentarios continuaban y continuaban, casi demasiado bajo para oírlos. Un constante ruido de fondo de comentaristas poniendo en común su ignorancia pero acercándose, poco a poco, a la conclusión de que una



segunda revolución americana había comenzado, si lo veías de una forma, o de que había empezado una segunda guerra civil, si lo veías de otra.

—¿Qué dijo ese profesor tuyo? —preguntó Cessy en voz baja.

—¿Qué?

—En Princeton. Ese profesor. ¿Cómo se llamaba? Torrance. No, eso es una ciudad de California.

—Torrent.

—Sobre la caída de Roma. Sobre cómo las guerras civiles en la República llevaron a la fundación del Imperio.

—Oh, sí, apuesto a que Torrent está feliz —dijo Reuben—. Ya tiene todo el caos que quería.

—¿No es a él a quien nombraron consejero de Seguridad Nacional?

—Sí. Ya era uno de los principales consejeros del CSN. El consejero del consejero. Ahora que Sarkissian es secretario de Estado, han ascendido a Torrent.

—Si el Congreso lo aprueba.

—Oh, eso es algo que el presidente Nielson tiene asegurado: un Congreso que lo aprobará todo. Es una emergencia nacional y todo eso.

—Tal vez no —dijo Coleman desde atrás.

—Entonces... ¿Torrent estará contento? —preguntó Cessy.

—No, por supuesto que no. Sólo quería decir... Él dijo que antes de que Estados Unidos pudiera ser verdaderamente grande, teníamos que... pasar por una crisis que acabara con la república y trajera... No, no puede tener que ver con esto.

—¿Por qué no?

—No defendía tal idea —dijo Reuben—. Él solo... Pero la forma en que hablaba... Alguien podía sacar la conclusión equivocada. Alguien con un poco de megalomanía podría haber decidido intentar aplicar la teoría de Torrent. Cumplir su profecía.

—Entonces, ¿podría ser un grupo de sus antiguos estudiantes?

—Bastaría con que hubiera un antiguo estudiante en el grupo. O sólo alguien que hubiera ido a una de sus conferencias. Las daba por todas partes. No sé si esto del Imperio romano aparece en alguno de sus libros. ¿No sería una situación extraña? El consejero de Seguridad Nacional de un presidente que se enfrenta a una guerra civil porque alguien sigue su propia teoría.

—Más o menos tanto como que asesine al presidente alguien que siguió tu plan —dijo Coleman desde atrás.

—Sí. Lo mismo es.

Silencio durante un rato. Entonces Reuben dijo:

—Zaratustra.

—¿Qué? —preguntó Cessy.

—Se lo estoy diciendo a Cole. La contraseña. De mis archivos. «Zaratustra.» Y cuando el software te diga que es un error, teclea «Marduk». —Lo deletreó.

—¿Eres tan paranoico que pusiste dos contraseñas? —le preguntó Cessy.

—Espero no tener que usarlas nunca —dijo Coleman.

—Tengo que confiar en alguien. Y si muero, no quiero que esos datos se pierdan. Cessy sacudió la cabeza.

—Dioses antiguos de Irán e Irak.

—Zaratustra era un profeta, no un dios.

—Ofrecían niños en sacrificio a Marduk, ¿no? —dijo Cessy.

—Te refieres a Moloch.

—Dioses de la guerra, de todas formas.

—Pero no *mi* Dios —dijo Reuben—. Yo no tomo su nombre en vano.

«Espero que podamos perdonar a nuestros enemigos —pensó Cessy—. Espero que Dios nos perdone por atrevernos a creer que sabemos cuándo está bien matar. Pero si hombres como mi marido no estuvieran dispuestos a hacerlo en defensa de la civilización, entonces el mundo estaría condenado a ser gobernado por aquellos que estuvieran dispuestos a matar para conseguir su propio poder.

»Le explicaré todo eso a Dios el día del juicio. Sé que me está esperando para aclarar el asunto.

»Si envía a estos buenos soldados al infierno por matar a los enemigos de su país, entonces yo iré con ellos.»

## 14. Gettysburg

*No sabes quién es una persona hasta que ves cómo actúa cuando se le da un poder inesperado. No ha ensayado el papel. Así que lo que ves es lo que es.*

Cole estaba seguro de que no había habido tantos soldados en Gettysburg y sus inmediaciones desde julio de 1863. E iban ataviados con uniforme de combate: aquello era un campamento armado. Encontraron los primeros puestos de control militar en los cruces de York Springs, y cuatro veces más antes de llegar a la ciudad. La primera vez tuvieron que discutir un poco antes de que les permitieran conservar sus armas.

De pie ante el coche, Cole trató de controlar su temperamento con el joven PM que insistía en desarmarlo.

—Esta mañana he disparado estas armas contra enemigos de Estados Unidos que nos atacaron en nuestro suelo natal. Maté al menos a un soldado enemigo con ellas. ¿Qué ha hecho su arma hoy, soldado?

Pero fue la llamada de Cecily Malich a su antigua jefa, Sandy Woodruff, lo que permitió que pasaran los otros puntos de control sin más retrasos, y armados.

El presidente estaba instalado en la Universidad de Gettysburg, convertida en la sede temporal de la rama ejecutiva del Gobierno de Estados Unidos. Alojaron a Cole y los Malich en un motel que habría sido una sorpresa maravillosa en una aldea en las montañas de Irán, pero donde la familia de Cole hubiese rechazado quedarse en cualquier viaje por el país.

Tenía tan pocas habitaciones que al final Cole tuvo que plantarse ante el obsequioso joven que las asignaba y explicarle que no era hijo de los Malich. Sólo entonces cedió y les ofreció habitaciones separadas.

—Buena forma de hacerte notar —le dijo Reuben antes de desaparecer en su habitación.

Cole sólo tuvo unos minutos para deshacer la maleta y usar el cuarto de baño antes de que llamaran a su puerta. Habían enviado a PMs para escoltarlos (esta vez desarmados, naturalmente) al despacho del presidente.

A Cole le decepcionó un poco que, cuando por fin iba a conocer al presidente de Estados Unidos, fuera al sustituto, no al auténtico. LaMonte Nielson era un poco más bajo que Cole y parecía bastante simpático e inteligente mientras los saludaba. Pero también parecía un poco sorprendido de verlos. Un poco demasiado agradecido de que hubieran respondido a su llamada. ¡Eres el presidente, tío! ¡Pues claro que hemos venido! Pero Cole se guardó su opinión para sí. Ya se había exasperado demasiado aquel día. Sobre todo teniendo en cuenta que sólo estaba en esa habitación por cortesía. Era con Rube y Cecily con quienes quería hablar el presidente. Cole estaba

allí sólo para que le estrecharan la mano y le dieran las gracias de manera oficial por sus heroicas acciones bla bla bla.

Sólo que de bla bla bla nada. Nielson les pidió que se sentaran, se apoyó en el borde del escritorio y dijo:

—En el Ayuntamiento de Nueva York ha habido hoy una asamblea extraordinaria: han votado por abrumadora mayoría reconocer la Restauración Progresista como Gobierno legítimo de los Estados Unidos de América.

—¿Bajo coacción?

—Los testigos de la ONU dicen que no hubo ninguna amenaza por parte de la Restauración Progresista.

—A excepción de sus tropas repartidas por todo Manhattan —murmuró Reuben.

—Esto es sólo el principio. San Francisco, Santa Mónica, San Rafael... no puedo recordar todos los santos de California que han aprobado resoluciones reconociendo a la Restauración Progresista.

—Pero eso no tiene valor legal —dijo Cecily.

—Estoy seguro de que el Tribunal Supremo estaría de acuerdo contigo. El fiscal general desde luego lo está. Pero ¿y qué? Los legisladores estatales progresistas de California, Oregón, Washington, Vermont, Massachusetts, Hawai y Rhode Island han declarado todos su intención de exigir un referéndum en esos estados. Hay quienes piden un plebiscito en Minnesota, Wisconsin, New Hampshire, Connecticut, el estado de Nueva York, Maryland y Delaware. Que el pueblo decida, dicen.

—Fracasarán —dijo Cecily.

—Probablemente —contestó el presidente Nielson—. Probablemente el primer intento fracasará. Oh, y no hace falta decir que en todo el Sur y el Medio Oeste y las montañas Rocosas hay líderes políticos exigiendo la inmediata supresión forzosa de toda fuerza política que se pase a los progresistas. Legisladores rurales y de suburbios de muchos de los estados en cuestión han sido... digamos elocuentes en su oposición a cualquier cambio de camisa. Pero ya ven mi situación.

—¿Es leal el Ejército? —preguntó Cecily.

—Piensa en lo que estás preguntando. ¿Leal? Por supuesto. ¿Está dispuesto a disparar contra estadounidenses que no disparen primero? Interesante pregunta. ¿No sería mejor si pudiéramos evitar la lucha?

—Ya ha habido derramamiento de sangre —dijo Reuben—. Y ellos han sido los primeros en matar.

—Fort Sumter —dijo Nielson—. Y si yo fuera Lincoln, pediría 75.000 voluntarios. Pero no tenemos una línea Mason-Dixon tan clara. Eso del estado azul y el estado rojo es engañoso. Si se miran los resultados de las últimas elecciones sobre los mapas de los condados, se ve que la oposición es de zonas urbanas contra zonas suburbanas y rurales. Incluso en los estados del Sur hay zonas metropolitanas más

azules que rojas.

—Pero eso se debe al voto negro —dijo Reuben.

—Oh, bien —contestó el presidente Nielson—. Convirtámoslo en una guerra racial además de psicológica. Pero la cuestión es que el Ayuntamiento de la Ciudad de Nueva York ha legalizado esta invasión a posteriori y ahora declara que las Fuerzas Armadas de la Restauración Progresista son la policía y las fuerzas de defensa de toda la ciudad, no sólo de Manhattan. En esas circunstancias, si atacamos u ocupamos cualquier parte de la ciudad de Nueva York, ¿estaremos liberándola o invadiéndola? Cuando disparemos sobre sus Fuerzas Armadas, ¿estaremos matando traidores o abatiendo policías de Nueva York?

—Sé quiénes son los policías de Nueva York —dijo Reuben—. Mataron a tantos como pudieron.

—Es cuestión de percepción. Han orquestado esto a la perfección. Tengo que reconocerlo, aunque me den ganas de llorar por mi país. Proporcionaron armas, planes e información a los terroristas para decapitar a la nación. Nuestros mayores líderes fueron eliminados de un plumazo. Luego un golpe ultraderechista para imponer la ley marcial y suspender la Constitución durante el periodo de emergencia. —Nielson suspiró y se miró los zapatos.

—Un golpe falso —dijo Cole.

—Oh, sí —respondió Nielson—. El general Alton vino a mi despacho y me dijo que él y un gran número de oficiales estaban preparados para cumplir mi orden de imponer la ley marcial. No lo llamó golpe. Me lo dejaba a mí. Pero fui tan ingenuo y tan... ¿cuál es la palabra? Sí, tan estúpido, que ni siquiera capté la amenaza velada: la ley marcial se declararía de todas formas, conmigo o sin mí. Yo era nuevo en esto. Estaba asustado, mal aconsejado. —Nielson rodeó el escritorio y se sentó en la silla presidencial—. Si no hubiera sido por su alocución, capitán Coleman, habría declarado la ley marcial ayer a las nueve de la noche. Los redactores del presidente... oh, supongo que ahora son los míos, ¿no?, estaban preparando un discurso adecuado. Yo estaba a punto de leer el borrador definitivo cuando llegó Sandy y me dijo que encendiera la tele y escuchara en el programa de O'Reilly a uno de los soldados que había intentado impedir los asesinatos.

»Les recordó usted a los soldados su deber. Me recordó a mí el mío. Finalmente vi lo que estaba haciendo Alton. A Dios pongo por testigo, nunca fue mi intención suspender la Constitución. Creía que pendía de un hilo y que podría salvarla. —Se rio amargamente—. No se salva algo cortando el hilo del que pende.

—No hizo usted el anuncio —dijo Cecily—. Eso es lo que importa.

—Es más que eso —respondió Nielson—. Recordé cómo hablaba Alton. Cuando pensé en ello, era una locura, un planteamiento paranoico de los ideales conservadores. Tendría que haberme resultado obvio. Era como una parodia, la

versión de la izquierda de lo que es la derecha. Pero verán, yo era un congresista de Idaho. La gente que financia mis campañas habla así. Son los más chalados los que más dan, a veces: la ideología abre la cartera. Llevaba tanto tiempo escuchando sus delirios que no me pareció irracional. Estaba acostumbrado a la locura.

»Bueno, igual pasa con la izquierda —continuó—. Los chalados de ambos bandos han controlado la retórica durante tanto tiempo que la izquierda piensa de verdad que tiene razón cuando llama "mentiras" a simples errores y "conspiraciones" a decisiones tomadas abiertamente. Si uno les preguntara a los concejales de Nueva York si se segregarán de Estados Unidos y harán que la ira del Ejército estadounidense se desate sobre su ciudad responderían que no. Responderían qué demonios, no.

—Está usted hablando de Nueva York —dijo Reuben—. Dirían...

—Sé qué palabras emplearían —dijo Nielson, sonriendo tenso—. Pero yo no las uso. Mire, estos progresistas lo están haciendo a la perfección. Están marcando el tempo. Indudablemente ya tenían gente en el Ayuntamiento dispuesta a impulsar las cosas. No es una coincidencia que haya legisladores y consejeros en todos los estados azules pidiendo que su ciudad o su estado se suba al carro. Creo que ya han contado los votos mientras nosotros dormíamos. Creo que mañana por la mañana nos encontraremos con que Washington u Oregón, tal vez incluso California, dejan de reconocerme oficialmente como presidente de Estados Unidos. Si yo hubiera declarado anoche la ley marcial, estoy seguro de que todos lo hubiesen hecho. Porque yo sería la herramienta de la facción loca de la extrema derecha.

—¿Está diciéndome que se propone no hacer nada? —preguntó Reuben.

—Pienso actuar con cuidado —respondió Nielson—. El Ayuntamiento de Nueva York ha declarado que sus fronteras son pacíficas... y que están abiertas. Todo el que trabaje en la ciudad está invitado a ir a trabajar mañana y, aparte de algunos trabajos de reconstrucción y problemas de tráfico por los daños causados por... —Tomó un papel de la mesa y leyó—: «Causados por la resistencia ilegal de fuerzas reaccionarias.» Aparte de eso, debería ser un día laborable como cualquier otro. Pero cualquier intento de restringir el acceso a la ciudad disparará una respuesta contundente. «Nos defenderemos.» Reuben sacudió la cabeza.

—No puede permitirlo. Si deja que la gente vaya a trabajar, si deja pasar camiones con comida y combustible...

—Si no lo hago, entonces dejaré que estadounidenses completamente inocentes mueran de hambre en mi conspiración fascista para imponer un gobierno teocrático antiecológico... No se me da muy bien su retórica, pero ya sabe a qué me refiero. Recuerde la propaganda que Saddam hizo a costa del embargo, incluso después de que dejáramos entrar ayuda humanitaria en Irak.

—¿Va a dejar que las relaciones públicas determinen el curso de esta guerra? —

preguntó Reuben.

—Habla como un soldado —dijo Nielson, sin acritud—. Pero como señalan mis consejeros (y ahora son mis consejeros), ya es una guerra de relaciones públicas. Se trata de ganarse el corazón y la mente de la gente. Si entramos a tiros, puede que ganemos... y puede que no, porque esos reactores que derribaron ayer han hecho que los generales de las Fuerzas Aéreas se meen en los pantalones... Pero ¿qué tenemos? Un enorme porcentaje de la población se considerará oprimida y conquistada. Demostraremos que los progresistas tenían razón y adivine quién ganará las elecciones este otoño.

—¿Cree que el pueblo votará por la misma gente que ha intentado fracturar este país?

—Pero es que no lo están fracturando —dijo Nielson, sonriendo con sarcasmo—. Simplemente están restaurando el Gobierno defensor de los principios que el pueblo votó en 2000, principios que han sido suprimidos durante todos estos años de conspiración ultraderechista y maligna. Esto no es la Guerra Civil. No es la lucha una región contra otra. No hay fronteras. ¿Qué clase de guerra podemos librar si no tenemos zonas seguras? ¿Cómo podemos distinguir, examinando la población local, quién está a favor y quién está en contra de nosotros? ¿Quién es un partidario y quién un saboteador? Y luego piensen en los daños colaterales. Y consideren además cómo están tratando el tema la mayor parte de los medios. Oh, chasquean la lengua por cómo esa mala gente ha tomado Nueva York, pero sus relatos están cargados de admiración por su valor... y por la alta tecnología, y por la «postura pacífica» que adoptan ahora. Naturalmente, todo el mundo pide que se negocie. He recibido tantos mensajes de gobiernos europeos suplicándome que negocie que podría empapelar estas paredes con ellos.

—Ahora sabemos cómo se sienten los israelíes —dijo Cole.

—Excepto que nosotros tendríamos que construir cien muros para separar lo rojo de lo azul —dijo Reuben.

—Por no mencionar —añadió Cole— que habría que decidir qué soldados provienen de ciudades rebeldes.

—Ahora lo entienden —dijo Nielson.

—Entonces, ¿para qué nos ha traído aquí? —preguntó Cecily—. Seguro que no para pedir más consejos.

—Lo que yo necesito —dijo Nielson—, lo que el país necesita, son pruebas. Pruebas de esta conspiración. Y creo que usted las tiene. Mayor Malich, creo que le tendieron una trampa. Pero tengo entendido que puede identificar a quien filtró sus planes de asesinato si tiene la copia que el FBI encontró en el apartamento de los terroristas.

—Creo que puedo, sí, señor.

El presidente Nielson levantó una carpeta de la mesa.

—Esta es una copia del que encontramos. El original tenía sus huellas por todas partes.

—¿Y las de alguien más?

—Las de su secretaria. Pero ninguna más. Es uno de los motivos por los que el FBI recela. ¿Llevaban guantes los terroristas cuando manejaron el papel?

—Debería tener también las huellas de quien lo filtró, y de todos los que lo tocaron antes —dijo Reuben.

—Por eso llegamos a la conclusión de que cuando llegó a manos del filtrador —dijo Nielson—, éste no quiso arriesgarse a estropear o cubrir las huellas de usted. Así que se puso guantes para copiarlo y guardó en una bolsa los originales para que no se les añadieran más huellas.

—Ojalá pudiera decírselo sólo con mirarlo —dijo Reuben—. Pero es DeeNee quien sabe qué versión es cada cual y dónde se envió primero.

—Le ruego que la llame.

—La última vez que lo hice la estaba supervisando muy de cerca la gente que pensaba que era urgente que me arrestaran.

—¿Que lo arrestaran? ¿Quién ha dado esa orden? Les dije específicamente que no le arrestaran.

Todos sabían lo que aquello significaba.

—Es un momento extraño para ser presidente —dijo Nielson—. Nadie sabe quién está con quién. La cosa se dilucidará tarde o temprano, pero ahora mismo necesito pruebas de quién conspiró desde el Pentágono para asesinar al presidente y poner los cimientos para esta tontería de la Restauración Progresista.

Cecily se rio bruscamente.

—Esto se pone cada vez peor. Porque si empezamos a descartar a gente sólo porque sospechamos que simpatiza con los progresistas, sus oponentes en el Congreso y la prensa airearán que está usted haciendo pasar un examen ideológico a los empleados del Gobierno.

—Por eso necesitamos pruebas. Aunque tenga usted que ir al Pentágono para conseguirlas, mayor Malich.

—¿Puedo formar un equipo de mi propia elección? —preguntó Reuben—. También necesitaré una autorización suya dándome plena autoridad sobre todo aquel cuya obediencia requiera para cumplir mi misión. Porque tengo que poder decirle a cualquier general que se plante en mi camino que se vaya al infierno.

—También asignaré a dos agentes del Servicio Secreto para que le acompañen —dijo Nielson—. El Servicio Secreto siempre se ha enorgullecido de proteger incluso a gente a la que desprecia.

—¿Tiene alguna idea de a quién tenían dentro de la Casa Blanca?



—Una del personal no se ha presentado a trabajar —contestó Nielson— Creemos que está ocultándose. Pero sus compañeros dicen que estaba amargada porque su hijo fue herido en Irak hace tres años. Perdió una mano. Le echaba la culpa al presidente. Sospecho que si la encontramos será muerta. Tal vez no supiera que estaba propiciando un asesinato. O tal vez sí. La gente que puede hacernos daño es aquella en quien más confiamos.

—¿Por qué me necesitaba a mí —preguntó Cecily.

—¿Quieres decir aparte de por el hecho de que me hace falta alguien que hable el lenguaje de la izquierda y me ayude a traducir mis declaraciones a una retórica neutral?

—Ya rechacé ese trabajo.

—Esperaba que pudieras ayudarme con el trabajo burocrático —dijo Nielson—. Inmediatamente después de su detención, Steven Phillips, ayudante del CSN, nos entregó sus datos sobre el comercio de armas ilegales que se estaba haciendo a espaldas de la Casa Blanca. Como parte de ese trabajo lo realizó tu marido, me pareció que podrías estar interesada en averiguar quién enviaba qué a quién. Sobre todo puesto que Phillips nos dijo claramente que no sabía nada del asunto y que todo era cosa de Reuben Malich.

—¿Entonces Phillips formaba parte de la conspiración? —preguntó Cole.

—No, es sólo una comadreja burocrática —dijo Reuben.

—Lo cierto es que el veredicto al respecto está todavía en el aire —comentó Nielson—. Que es una comadreja... está más que demostrado.

Todos se rieron. Sólo en parte porque él era el presidente.

—Hay gente mejor que yo para llevar a cabo esta investigación —dijo Cecily—. Tengo niños de los que cuidar.

—No te pido una decisión para toda tu carrera, Cecily —dijo Nielson—. Ni que hagas una elección para toda la vida. La lista de gente en la que confío y que además está capacitada no es muy larga. —Se echó hacia delante—. Por tu país, Cecily Grmek.

—Malich —le corrigió ella.

—Se lo estoy pidiendo a la idealista que solía pensar que podría convertirme en liberal si encontraba los datos adecuados para entregármelos.

—Los chicos no están tan lejos —dijo Reuben—. Cuando las cosas se calmen un poco, tal vez podamos traerlos.

—Además —dijo el presidente Nielson—, el mayor Malich me informará a mí directamente. Sobre esta y todas sus futuras misiones. Si estás aquí, lo verás mucho más.

Cecily asintió, pero Cole vio que todavía estaba indecisa. «Todos hacemos sacrificios en tiempo de guerra», se dijo en silencio. Pero él no estaba casado; no era

padre. Para él resultaba más fácil. Su madre lo echaría de menos si moría. Su padre ya había muerto. Sus hermanos... tenían su vida, no los destrozaría si moría. Pero para Cecily y Reuben no era igual. Sin su presencia, sus hijos se quedaban temporalmente huérfanos. Eso nunca es fácil para los niños.

La vida no había sido fácil para Cole tras la muerte de su padre. Y estaban avisados con antelación. Cáncer. Meses de quimio. Luego la noticia de que no había servido, de que todo era cuestión de tiempo. Pudieron despedirse. Pudieron ver cómo la enfermedad consumía su cuerpo y lo roía por dentro hasta que estuvo preparado para marcharse y la muerte supuso un alivio. Fue bastante duro para Cole, sabiendo que su padre le amaba, oírle decir, varias veces: «Estoy orgulloso de ti, Barty, sigue haciéndome sentir orgulloso.» «Papá no pudo evitar morir. Reuben cumple órdenes. Pero Cecily siente que tiene elección. Por tanto... si abandona a sus hijos durante un tiempo, ¿la hace eso peor o más noble? Me alegro de ser dueño de mi vida —pensó Cole, como hacía a menudo—. Es mejor mi vida que la de nadie que conozco.»

—En cuanto a usted, capitán Coleman —dijo el presidente.

—Oh, yo voy con Reuben —respondió Cole, sin tener en cuenta con quién estaba hablando.

—¿Ah, sí? —preguntó Nielson.

—Estoy en su equipo —dijo Cole—. Soy su mano derecha. Le guste a él o no. Me asignaron.

—Estaba pensando en reasignarlo. Necesitamos un portavoz militar con su...

—Señor presidente, no querrá poner una máquina de luchar como yo delante de las cámaras, ¿verdad? Tiene que volver a ver Acorralado y pensar que articulo mis frases peor que Stallone.

—Rambo no podría haber dicho la frase que acabas de decir —dijo Cecily.

—Ha estado usted de acuerdo en que el mayor Malich formara su propio escuadrón.

Cole miró a Reuben en busca de apoyo, casi esperando que dijera: «Obedece a tu comandante en jefe.»—Tiene razón, señor presidente. Lo necesito más que usted.

—Entonces es suyo. Esta reunión ha terminado.

Cuando salían del despacho del presidente, había varias personas esperando para entrar. Sentado en un banco de madera, sin aspecto de estar ansioso, había un hombre delgado de tal vez unos treinta y cinco años que parecía como si jugara un poco al tenis y nadara otro poco, pero sobre todo con cara de leer libros con aquellas gafas de monturas al aire y de escribir brillantes ensayos con aquellos finos y elegantes dedos. El chico de anuncio que quería ser cada profesor y que cada político deseaba poner en sus carteles. Cole nunca lo había visto, pero no pudo apartar los ojos de él.

El profesor con aspecto de tenista se puso en pie y le tendió la mano a Reuben.

—Soldadito —dijo.

—Profesor Torrent —dijo Rube—. Ahora soy el mayor Malich.

Así que ése era Averell Torrent, la joven estrella de la oficina del CSN que acababa de ser nombrado asesor nacional después del cese de su jefe. El Torrent cuyos ensayos históricos habían creado tanta polémica hacía un par de años. Como por entonces era catedrático en Princeton, Cole había supuesto que escribía historia para liberales, es decir, complicadas explicaciones de por qué todo lo que la Administración republicana hacía estaba mal, con referencias al calentamiento global y la necesidad de negociar en cualquier circunstancia. Por tanto, no lo había leído. Pero Reuben lo conocía y, aunque le había molestado un poco aquel «soldadito» del saludo, lo trataba con más respeto que él al presidente Nielson.

—Así que el presidente le ha enrolado —dijo Torrent.

—Nos ha enrolado a los dos —respondió Reuben, incluyendo a Cecily. Luego señaló también a Cole—. A los tres.

Torrent miró a Cole con cierta curiosidad.

—Un sermón muy convincente en la Fox anoche —dijo.

—Gracias —respondió Cole. Pero pensó: «¿Le ha parecido un sermón?»— Tenemos un armamento muy interesante. Se está fabricando a partir de prototipos para combatir a esos mecas —dijo Torrent—. Sé que es usted un soldado experimentado, pero le van a encantar esas nuevas armas, mayor Malich.

—¿Tienen algo capaz de derribar un tanque bípedo? —preguntó Rube.

—Tenemos una espuma que se seca en dos segundos y no se deshace. Básicamente los pega al suelo como si fuera pegamento. —Torrent sonrió—. Algunos genios en desarrollo armamentístico deben de estar encantados de poder usar este material tan moderno.

—Si es que alguno de ellos no ha tenido la ocurrencia de crear las armas de los progresistas —dijo Rube.

—Tenemos también imanes —continuó Torrent—. Se colocan como minas, y todo lo que sea grande y metálico y esté a menos de seis metros es atraído hacia ellos y no puede soltarse. Y granadas que producen una onda expansiva sin llamarada. Si acierta a esos mecas con una se espachurran. Una maravilla.

—Me alegro de que nuestros soldados tengan algo —dijo Rube—. ¿Han descubierto qué abatió a esos F-16?

—Un pulso electromagnético hiperpotente.

—Eso requeriría tanta energía que la ciudad sufriría un apagón —dijo Rube.

—Piensan que puede ser láser, para conseguir más potencia por kilovatio. Sea lo que sea, ese pulso electromagnético anula los componentes electrónicos que mantienen a esos aviones en el aire.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, volver a utilizar los aviones de hélice?

Torrent hizo una pausa.

—No es mala idea. Los reactores se quedan atrás para ofrecer cobertura y los pequeños biplanos avanzan, con las ametralladoras disparando. Como para abatir a King Kong.

—Parece que se lo está pasando en grande, profesor —dijo Rube.

—La guerra potencia la inventiva humana hasta su punto más brillante, porque si no ganas tu guerra tu civilización desaparece.

—No está bien citarse a uno mismo —dijo Rube, sonriendo.

—¿Ya había dicho eso?

—No se preocupe. Citar a Averell Torrent hace que todo el mundo parezca más listo.

Torrent le dio una palmada en el hombro y se marcharon pasillo abajo mientras el profesor entraba en el despacho presidencial.

—Así que conoces a Torrent —dijo Cole.

—Me dio tres asignaturas en la universidad.

—¿No es demasiado deslumbrante para ser tan listo y demasiado listo para ser tan deslumbrante? —preguntó Cecily.

—Tiene más ego que una estrella de cine —dijo Rube—, pero al contrario que la mayoría de mis antiguos profesores, tiene cerebro para apoyarlo. Nunca ha servido en el Ejército pero tiene su propia versión de la historia que funciona mejor que la mayoría, y tiene un don para la estrategia. El presidente Nielson no se equivoca al pedirle consejo.

—Pero te irrita —dijo Cole.

—Su trabajo es irritarme. No sé qué le hice para que la tomara conmigo, pero me lo hizo pasar crudo durante tres seminarios y me hizo pasar un calvario en los orales.

—¿Por qué te ha irritado ahora? —preguntó Cole—. Aparte de por llamarte «soldadito».

—Es un caso grave de Winstonchurchillitis. Churchill era el genio de la política mundial, así que Torrent tiene que serlo también. Churchill se volvía loco con cada pieza de tecnología militar que inventaban, así que Torrent tiene que pretender que es un técnico.

—¿No lo es?

—No más que Churchill. No sé por qué finge entusiasmo. Tal vez porque un antiguo asesor del CSN no suele saber tanto de armas de tecnología punta.

Rube se detuvo y agarró a Cessy por los hombros.

—Cessy, el material que hay en mi PDA te facilitará el trabajo. En cuanto vuelva, te lo daré.

—Dámelo ahora para que pueda empezar ya.

—Está en persa —dijo Rube.

—¿Los nombres y las direcciones también?

—No significan nada sin una explicación. Volveré mañana al mediodía. Voy al Pentágono, sacaré a DeeNee y mis archivos, y regresaremos a casa.

—Entonces invierte un minuto en copiarlo todo en otro ordenador —insistió Cecily.

Rube vaciló.

—Cessy —dijo en voz baja—. No sé cómo me hará quedar ese material. En cuanto haya una copia, estará fuera de mis manos. Alguien puede robarlo. Alguien puede filtrarlo.

—Entonces déjame la PDA. La cuidaré mejor que tú. No habrá riesgo de que se te caiga del bolsillo o se rompa cuando otro ejército de mecas entre en Arlington.

—Hay información en ella que puedo necesitar mientras esté en el Distrito de Columbia.

—No vas a separarte de ella por ningún motivo, ¿verdad?

—¿Cómo crees que la he mantenido a salvo durante los dos últimos años? —dijo él con una sonrisa triste—. Cole y yo nos vamos, Cessy. Cuando hables con los niños, recuérdales que tienen un padre y que los quiero.

—Nosotros te queremos también, soldadito.

Cole vio que Reuben se marchaba sonriendo.

—¿Así que ella sí te puede llamar soldadito?

—No estoy enamorado de Torrent —respondió Rube.

## 15. Las cataratas

*La historia es una tortilla. Los huevos ya están rotos.*

Camino de Leesburg por la US 15 con dos agentes del Servicio Secreto en el asiento trasero, Cole y Rube debatieron acerca de dónde debían alojarse. Ni la casa de Rube ni el apartamento de Cole parecían opciones viables, puesto que había gente que consideraba bastante importante borrarlos del mapa.

Los tipos del Servicio Secreto votaron vehementemente a favor de una sola habitación de hotel.

—Montaremos guardia en el pasillo, por turnos, toda la noche.

—Qué poco sutil —dijo Rube.

—Si pretendiéramos ser sutiles —dijo el agente—, ¿nos vestiríamos así y observaríamos abiertamente la multitud?

—Así que lo de «secreto»...

—Una reminiscencia del pasado. Preferimos asustar a los asesinos aficionados y complicar la vida a los profesionales que pudieran intentarlo.

—¿De verdad recibiría un balazo voluntariamente? —preguntó Cole.

—Por el presidente —dijo el agente—. Si los atacaran a ustedes reduciría al que les disparara para que lo juzgaran y luego llamaría una ambulancia.

—No se puede pedir más.

Al final, Rube y Cole compartieron una habitación de hotel y los agentes la contigua. Cole hubiese preferido el Ritz-Carlton, pero se alojaron en el Tyson's Corner Marriot. Era bastante caro.

En cuanto estuvieron instalados, a salvo en la habitación, y los agentes hubieron terminado de buscar micros y otros aparatos de vigilancia, Rube llamó a DeeNee a su casa por el móvil. Cole sólo pudo oír la parte de Rube de la conversación, pero estaba bastante claro de qué iba. Rube preguntó a DeeNee si todavía tenía acceso a todos los archivos y si no habían cambiado ninguna cerradura de la oficina. Luego le pidió a la mujer que fuera al trabajo a las cinco para que hubiera menos posibilidades de que los molestaran.

—No quiero confrontaciones.

Ella se resistía, pero al final accedió.

Luego Rube llamó a los otros miembros de su equipo y fijaron un encuentro a las siete y media en el mismo Borders donde se habían visto la vez anterior.

—Pero llega temprano —dijo a cada uno de ellos—. Porque si algo va mal en el Pentágono, podemos cambiar de hora y de lugar de encuentro.

Todos se ofrecieron voluntarios para acompañarlos al Pentágono, pero él los rechazó.

—Si algo sale mal, si nos arrestan a mí y a Cole, no quiero que os pillen. No quiero que conozcan vuestra cara. Además, tenemos protección del Servicio Secreto.

Cada uno de ellos comentó que también la tenía el presidente el viernes 13. Cada vez Rube esbozó la misma sonrisa.

Ambos se ducharon antes de acostarse para no entretenerse por la mañana. Cuando terminaron, los agentes llegaron con los uniformes que Rube y Cole llevarían y varias mudas de ropa. Al parecer habían enviado a algún empleado de la oficina a su casa a hacerles la maleta.

Así que cuando llegaron al Pentágono los dos iban pulcramente vestidos con el uniforme adecuado. Cole hubiese preferido llevar ropa de faena y chaleco antibalas, pero la intención aquella mañana era llamar relativamente poco la atención.

Hubo una discusión con los guardias sobre las pistolas que llevaban los agentes del Servicio Secreto. Los del Servicio Secreto ganaron, en parte por la carta del presidente que llevaba Rube. Las órdenes del presidente se imponían a la política de la casa. Los guardias comentaron que Rube y Cole no eran el presidente. Los agentes del Servicio Secreto dijeron que cerraran el pico y los dejaran pasar.

Cole notó que Rube no los llevaba por la misma ruta que él siempre seguía por el edificio. Había unas diecinueve formas distintas de llegar del punto A al punto B en el Pentágono, ninguna conveniente. Cole memorizó ésa como alternativa.

Cuando llegaron a la oficina, DeeNee ya estaba allí, con los archivos guardados en cajas. «¿A qué hora ha llegado?», se preguntó Cole. Le alegró ver que ella tenía con Rube la misma actitud fría y sarcástica que con él. No era porque fuera el nuevo: ella le hablaba así a todo el mundo.

—Sabes que todo lo que hay aquí dentro se ha fotocopiado ya unas tres veces. Si sacaron algo, no lo sé. Y no voy a ayudarte a llevarlo a tu coche.

—No esperaba que lo hicieras —dijo Rube mientras recogía una de las dos cajas.

Cole miró al agente del Servicio Secreto que tenía más cerca y le indicó que cargara con la otra caja de archivos. El agente lo miró con frialdad. Al parecer, proteger a alguien no permitía cargar cajas. Cole avanzó para recoger la otra.

—Entonces, ¿cumples una misión para LaMonte Nielson? —preguntó DeeNee.

—Vamos a demostrar que esos progresistas planearon y llevaron a cabo lo del viernes 13 —dijo Rube.

DeeNee se inclinó y abrió un cajón del escritorio.

—Bueno, puedo decirte ahora mismo quién copió los planes de asesinato y guardó el de tus huellas para usarlo como prueba contra ti.

Había una pistola del calibre 22 en el cajón. La sacó. ¿Por qué les estaba mostrando un arma? ¿Consideraba que había alguna amenaza inminente?

—Lo hice yo —dijo DeeNee. Dio un paso hacia Rube y le apuntó directamente al ojo izquierdo y disparó con el cañón a no más de cinco centímetros de distancia.

Primero Rube soltó la caja con los archivos. Luego la siguió al suelo. No emitió ni un sonido. Murió en el mismo instante en que la bala entró en su cráneo. No salió. Su cerebro dejó de funcionar.

Cole advirtió que los agentes del Servicio Secreto habían empezado a reaccionar en el momento en que vieron la pistola en el cajón. Sólo fueron una décima de segundo demasiado lentos. Los dos dispararon simultáneamente y sus balas enviaron a DeeNee al otro lado de la habitación.

Inmediatamente se abrieron dos puertas y en la oficina entraron hombres armados. Uno de los agentes empujó a Cole hacia atrás y al suelo mientras disparaba a los intrusos.

Pero Cole no iba a marcharse sin dos cosas: la PDA y las llaves del coche. Así que se lanzó sobre el cadáver de Rube y le sacó ambas cosas de los bolsillos. Mientras lo hacía, en medio del estruendo de los disparos, oyó a uno de los malos decir:

—La PDA.

Los agentes eran buenos en lo que hacían. Ninguno de los dos resultó alcanzado mientras salían de la habitación por la puerta todavía abierta. Cole no tomó la ruta que acababan de seguir: su ruta normal los sacaría antes del pasillo. Porque los malos no se molestarían en perseguirlo. Cole les importaba un pimiento. Querían la PDA.

Mientras él y los agentes bajaban corriendo las escaleras, uno dijo:

—Tendrán a alguien en el aparcamiento vigilando su coche.

—¿Cómo lo sabe?

—Porquero lo haría —dijo el agente.

Nadie disparaba: las detonaciones ya habían alertado a los guardias de seguridad y éstos habrían pedido apoyo al instante. Pronto los perseguidores serían perseguidos.

A menos que los guardias de seguridad estuvieran en el ajo.

No lo estaban. Pero tampoco sirvieron de ayuda. Vieron las armas que empuñaban los agentes del Servicio Secreto y empuñaron las suyas.

—Somos del Servicio Secreto, asignados para proteger al capitán Cole. Nos persiguen unos asesinos. Ya han abatido a uno de nuestros hombres.

Pero mientras daban estas explicaciones, los malos llegaron al pasillo y volvieron a disparar. Alcanzaron a uno de los guardias y a uno de los agentes. El otro agente y los otros guardias devolvieron el fuego.

—Salga de aquí mientras los entretenemos —le susurró a Cole, entre disparos, el agente vivo.

Tenía razón. No había ningún motivo para enzarzarse en un tiroteo estilo OK Corral cuando Cole podía escapar. Corrió hacia la puerta en busca del coche.

Si había alguien vigilando el vehículo no le disparó. Tal vez esperaban a que saliera Rube.



Mientras ponía el motor en marcha y salía de la plaza de aparcamiento, Cole vio el teléfono de Rube en el salpicadero. Todos los números a los que había llamado la noche anterior estarían en la memoria. Gracias al cielo que Rube lo había dejado allí. Gracias al cielo que Cole no se había acordado del teléfono en la oficina ni perdido el tiempo tratando de encontrarlo además de las llaves y la PDA.

Mientras conducía (a ritmo normal, porque no había nadie persiguiéndolo, que él viera), trató de encontrarle sentido a todo aquello. DeeNee. ¿La habían sobornado? ¿Chantajeado? No. Su mano ni siquiera temblaba cuando había apuntado el arma. Y sabía dónde disparar para que una bala del calibre 22 fuera letal sin error. Había sido entrenada.

Era una empleada civil. No había elegido la vida militar como hacían los soldados. Tal vez sus malos modos con los militares se debían a que odiaba el Ejército. Tal vez había aceptado aquel trabajo porque necesitaba el dinero o tal vez era una fanática que había estado maquinando desde el principio para perjudicar seriamente al malvado Ejército de Estados Unidos.

Confianza. ¿Quién más podría haber apuntado un arma contra Reuben Malich sin desencadenar una respuesta instantánea? Si él no hubiera tenido las manos ocupadas con la caja que ella le había dado, si no hubiera dado por supuesto que DeeNee no pretendía hacerle ningún daño... ella nunca habría podido efectuar aquel disparo.

«¡Oh, Dios! ¡Rube está muerto!» La conmoción lo dejó sin aliento.

Entonces oyó el chirrido de neumáticos tras él. Una vez más se dejó llevar por la adrenalina y aparcó sus sentimientos. Primero, la supervivencia. Segundo, la misión. «La pena, la semana que viene, el mes que viene, pero no ahora.» Una furgoneta y un coche deportivo: un perseguidor de peso y otro veloz. No iba a escapar fácilmente, no en un PT Cruiser.

Su única esperanza por el momento era mezclarse con el tráfico para que les resultara más difícil alcanzarlo.

El tráfico de un lunes por la mañana. Pero todavía era temprano. Apenas las cinco y media. No había suficientes coches.

Así que empezó a dar vueltas, tantas que acabó en el puente que conducía al Distrito de Columbia.

Pero no quería ir allí. La única ayuda que obtendría sería la del jeesh de Rube. Planeaban reunirse en Tyson's Corner.

No podía dar la vuelta. Aquellos individuos no vacilarían en embestirlo si lo veían acercarse en sentido contrario. Además, Cessy se había quejado el día antes de lo mal que giraba el PT Cruiser. Si lo intentaba, podía estamparse contra el muro de hormigón del puente.

No quería tomar por la avenida de la Constitución. Optó por la salida de Rock Creek.

Todos los coches iban en dirección contraria, hacia la ciudad. No había tráfico en el parque a esa hora: nadie iba al zoo tan temprano.

Pero cuando entró en el parque se encontró con gente haciendo footing por todas partes. Muchos se mantenían apartados del tráfico pero otros muchos se consideraban con tanto derecho a ocupar el carril de circulación como él.

«Qué listo soy —pensó Cole—. Conduzco un PT Cruiser cuesta arriba para eludir una persecución.» No tardó en tenerlos pisándole los talones. No disparaban todavía. Pero cuando el coche deportivo frenó para dejar pasar la furgoneta, Cole comprendió enseguida su plan. Unos cuantos golpes de esa furgoneta y el PT Cruiser acabaría en el río, en el acantilado o empotrado en un árbol.

Se hizo con el teléfono móvil y pulsó ENVIAR. No ocurrió nada. Estaba apagado. Así que se esforzó por buscar la tecla de encendido y, como no la encontró, las pulsó todas, de una en una, manteniéndolas apretadas hasta que por fin la pantalla se iluminó. Entonces pulsó otra vez ENVIAR.

Mientras hacía todo esto sorteaba los coches que venían de frente (había bastantes, pues era una ruta habitual para entrar en la ciudad) y a los corredores. No podía seguir la serpenteante carretera, sostener el móvil y pulsar el claxon al mismo tiempo.

¿Dónde estaban los polis cuando querías que te arrestaran?

No. No quería meter en aquello a los polis. Habían corrido demasiados riesgos el día anterior tratando de salvar la vida de unos cuantos policías para querer que murieran otros.

Rube estaba muerto.

«No pienses en eso.» Se llevó el móvil al oído, lo sujetó con el hombro y condujo mientras tocaba el claxon. La furgoneta se situó detrás. Trató de esquivarla y casi se llevó por delante a un corredor. Esperó que el tipo estuviera todavía en pie maldiciéndolo en vez de tirado boca arriba en el asfalto.

Fue Drew, el profesor de la Universidad Americana, quien respondió.

—Rube ha muerto —dijo Cole—. DeeNee le ha disparado, en su oficina. Estoy solo, en su coche. Tengo su PDA. Conozco la contraseña. Estoy en Rock Canyon. Me persiguen dos vehículos que intentan embestirme y no sé adónde demonios voy.

—Conozco ese parque —dijo Drew—. Sigue por Beach Road cañón arriba hasta Wise Road, que describe una curva muy cerrada a la izquierda. Toma esa curva. Te lleva a Oregon Avenue. Síguela hasta Western Avenue. Allí habrá tráfico. Quieres tráfico, ¿verdad?

—Quiero ir con mi mamá —dijo Cole. No era un chiste, aunque pretendía serlo—. Rube ha muerto. Lo siento. Ha sido algo completamente imprevisto. Teníamos en las manos las cajas con los archivos.

—Calla. Te llamaré dentro de un minuto. Voy a llamar a los demás. Intentaremos

ayudarte.

Cole se guardó el teléfono a tiempo de dar un brusco volantazo. Había armas en el coche. No se le había ocurrido dejar ninguna a mano cuando había subido al vehículo. Tanteó tras él, tratando de encontrar algo.

Lo golpearon por detrás. Estuvo a punto de atropellar a una corredora que le gritó mientras él daba un golpe de volante y unos cuantos bandazos. Un coche que venía de frente se salió de la calzada. «Lo siento, lo siento, lo siento. No es culpa mía.» Controló el coche. También encontró una pistola. Era algo. Se sintió mejor.

Abrió todas las ventanillas del coche. No había razón para que tuvieran que lloverle encima añicos de cristal si tenía que disparar.

Había un cruce más adelante, con semáforo. Tocó el claxon para advertir a la gente de que iba a pasar. Vio que la furgoneta de detrás frenaba, confiando en que tuviera un accidente.

Cole frenó bruscamente y salió de la carretera, hacia la derecha. El coche se detuvo y el airbag le habría inmovilizado de no haber abierto ya la puerta y haberse echado hacia la izquierda. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió rodando del coche.

La furgoneta iba todavía demasiado rápida para detenerse, a pesar del chirrido de los neumáticos y los bandazos que iba dando. Bien. No le interesaba la furgoneta. Quería el coche deportivo.

Estaba frenando mejor. Cole no quería romper el parabrisas. Pero la ventanilla del acompañante ya estaba abierta. Por ella asomaba el cañón de un rifle. Qué idiotéz usar un rifle para disparar a través de la ventanilla de un coche. A lo mejor aquellos tipos eran unos aficionados, después de todo.

Cole esperó, los pies firmes, las dos manos en la pistola. Disparó una vez y destrozó la mano del hombre que empuñaba el rifle.

La puerta del conductor se abría ya. Bien. En el momento en que la cabeza del conductor asomó por encima de la capota, Cole se la voló.

Luego rodeó corriendo el PT Cruiser, abrió la puerta de atrás, sacó el M-240 de Rube y abrió fuego contra la furgoneta, calculando que las balas atravesarían fácilmente los costados de metal y los asientos.

Se llevó el chaleco Mollie porque tenía la munición para el M-240 y la pistola. Corrió hacia el coche deportivo. El hombre al que había herido en la mano casi había salido del todo del coche empuñando una pistola. ¡Tenía una pistola desde el principio, el muy idiota! Sin embargo la izquierda no era su mano buena y no tenía práctica con ella. Cole le disparó en la cara para que la bala no dañara el coche. Arrojó el chaleco Mollie y el M-240 por la ventanilla y luego dio la vuelta hasta el lado del conductor. Vio entonces que la puerta izquierda de la furgoneta estaba abierta y que había un cadáver tirado en el asfalto.

Se volvió mientras se acercaba a la puerta del coche deportivo y vio dos jeeps que subían por el cañón a toda velocidad. Así que habían pedido refuerzos.

El deportivo seguía en marcha. Rodeó la furgoneta justo cuando el semáforo cambiaba y los civiles intentaban entrar en el carril que él ocupaba. Empuñó la pistola con la mano izquierda y mostró el arma por la ventanilla. Dejaron de tocarle el claxon. Pasó el semáforo sin chocar con nadie.

Tenía más potencia para subir la colina. Los jeeps no estaban hechos para eso.

Pero indudablemente llamarían a alguien para que lo interceptara. ¿Cuántos militares había implicados en aquella conspiración?

No. No, esos jeeps eran de soldados corrientes. Chicos leales que habían recibido una llamada a través de los canales militares. Si duda les habían descrito a Cole como un asesino peligroso que acababa de matar a un oficial, a una empleada civil y disparado o asesinado a varios agentes en un tiroteo en el Pentágono. No había forma (no le darían ninguna oportunidad) de que Cole se identificara y les mostrara la carta del presidente. Además, no tenía aquella carta. Estaba en el bolsillo de Rube. Probablemente no tardarían en usarla como prueba para meter en un brete al presidente Nielson.

Sonó el móvil. Era Drew.

—Estoy en Oregón —dijo Cole inmediatamente.

—Deja atrás la Western y sigue recto por Wyndee y otra vez a la izquierda. Volverás a Beach, pero no es de una sola dirección. Gira a la izquierda en la autopista Este-Oeste.

—Ya no voy en el PT Cruiser —dijo Cole—. Ahora llevo un Corvette C6, negro. Tengo un M-240 y una pistola.

—Bien. Temía que no supieras imitar a Rambo.

—La cosa es que ahora puedo ir más rápido.

—Entonces, en la bifurcación de la Este-Oeste toma a la derecha y gira por Connecticut. Es la primera calle grande. En el semáforo siguiente desemboca en el cinturón que conduce hacia Virginia. Si ves el templo mormón, es que te has equivocado de camino.

—No creo que deba intentar llegar a ese Borders.

—No, no. No puedes quedarte mucho tiempo en el cinturón. Pronto habrá atascos monumentales y ahora que puedes ir a mucha velocidad querrás carreteras solitarias. Pero ¿todavía quieres reunirte con nosotros o llegar a Gettysburg?

—No creo que pueda llegar a Gettysburg sin ayuda. Han lanzado la caballería contra mí.

—Algunas carreteras son de una sola dirección por la mañana —dijo Drew—. La mejor ruta... Toma la salida de MacArthur. Ve hacia el oeste. Rodea Great Falls Park hasta River Road.

—¿Tan bien conoces esas carreteras?

—Estoy mirando Google Maps en mi portátil, ¿qué te creías? Pero he conducido por esas carreteras. Sigue un buen trecho por la Ciento noventa hasta que tengas que girar a la derecha en Edwards Ferry, y luego sigue hasta la Ciento siete. Para entonces ya tendrás a Babe contigo: vive por esa zona. Te guiaré el resto del camino. Nos veremos en el lado de Maryland del puente Leesburg.

—Si crees que he memorizado todo eso...

—Llámame tantas veces como sea necesario. Pero ahora voy a colgar para volver al coche. Se acabó el portátil. Lo siento.

Cole estaba entrando en la rampa de la Cuatrocientos noventa y cinco cuando lo retuvo el tráfico que esperaba para incorporarse. Tenía los jeeps detrás a un par de coches de distancia. Pero esos individuos no iban a quedarse en su carril, ni en los vehículos.

Cole dudó entre bajarse y apoderarse del coche de alguien o esperar a que los dioses del tráfico lo ayudaran. Se imaginó atascado con un M-240 a un lado de la carretera, incapaz de disparar sin alcanzar a civiles, eligiendo entre la rendición o echar a correr hacia el parque donde los tiradores podrían abatirlo a placer.

Los dioses del tráfico respondieron. El coche de delante se movió. Un par de agresivos conductores de Maryland se abrieron paso y el atasco se alivió. Cole miró por el retrovisor y vio que del primer jeep bajaban dos hombres y que el segundo no se detenía a recogerlos. Parecían cabreados. Es lo que pasa cuando abandonas tu transporte sin conocer las intenciones ni la capacidad del enemigo.

Sólo que él era el enemigo y ellos eran el Ejército de Estados Unidos.

Se movía con el tráfico, metiendo el Corvette en huecos tan estrechos que los otros conductores no se contentaban sólo con pitar sino que parecían querer embestirlo. Pero no volvió a sacar la pistola. No había motivo para causar más pánico. Parecería un gilipollas en un coche deportivo, que era exactamente lo que la gente esperaba. Un día normal al volante en Maryland.

Tuvo tiempo de hacer otra llamada. La que menos deseaba hacer. Pero tenía que hacerla, no sólo porque Cecily tenía derecho a saber lo ocurrido sino porque necesitaba que Nielson le ayudara y pusiera fin a aquella persecución si podía.

Sabía el número de su móvil (lo había memorizado, naturalmente), y ella respondió al primer timbrado.

—Cecily —dijo Cole—. Ésta es la peor llamada que recibirás en tu vida, pero necesito ayuda desesperadamente. Así que acércate a alguien que pueda continuar al aparato si tú no puedes.

—Ha muerto —dijo Cecily.

—DeeNee le disparó y está muerto. No hay ninguna esperanza de que sobreviviera.

—DeeNee...

—Trabaja para ellos. Entregó los planes a los terroristas. Cecily, ¿sigues conmigo? Me está persiguiendo el Ejército. Necesito que el presidente detenga la persecución. ¿Puedes conseguirlo?

—Sí —dijo—. Detener la persecución.

—Estoy en un Corvette C6 negro robado. Los dos jeeps que me persiguen tienen que dejar de hacerlo. Que no se autorice ninguna otra persecución. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Lo siento, Cecily. Sabes que habría recibido esa bala por él si hubiera podido.

—¿Tienes la PDA? —preguntó ella.

—Sí.

—Entonces vuelve aquí con vida.

—Sí, señora.

—Estoy en la puerta del despacho del presidente. Permanece a la escucha si puedes.

Cole oyó que alguien hablaba. Luego Nielson se puso al teléfono.

—¿Cole?

—Sí, señor. El mayor Malich ha muerto. La secretaria preparó una trampa y ella misma apretó el gatillo. Después de salir del Pentágono he matado a la primera oleada de perseguidores... que eran sin duda rebeldes. Pero los que ahora van detrás de mí son soldados regulares. Indudablemente les han mentado sobre quién soy y lo que ha sucedido en el Pentágono.

—Me encargaré de ello, hijo —dijo Nielson—. Para eso están los presidentes.

La comunicación se cortó. Cole apagó su teléfono.

Tuvo que reconocer la habilidad de los conductores de los jeeps. Fueron capaces de no perderlo de vista entre el tráfico. Una vez que llegara a una zona de carretera despejada, podría pisar a fondo el acelerador y dejarlos atrás.

Cole no tenía ni idea de cuánto tardaría Nielson en cancelar la persecución. Sería una estupidez que lo mataran (o que mataran a otra persona) durante los minutos en que esperaba a que se filtrara la noticia. La batalla de Nueva Orleans de nuevo.

El carril contrario de MacArthur estaba atestado, pero no había nadie en el suyo. El problema era que si tenía que adelantar no podría, con todos aquellos coches a la izquierda. Y, naturalmente, acabó detrás de un camión de granja y vio cómo los jeeps se le acercaban.

Pero no lo embistieron. Permanecieron tras él, pero no aceleraron. A lo mejor estaban hablando por radio justo en aquel momento.

Llamó Drew.

—¿Dónde estás?

—En MacArthur. Acabo de dejar atrás la bifurcación de Clara Barton, pero estoy

atascado detrás de un camión. Creo que el presidente Nielson está dando la orden de que me dejen en paz.

—No cuelgues y dime si se van. Entonces podremos cambiar nuestra ruta. No hay motivo para ir a Leesburg si no te persiguen.

Los jeeps no estaban pegados a él, pero tampoco habían renunciado a seguirlo.

—Se supone que tenía que decirles que no me siguieran, pero...

El segundo jeep saltó por los aires.

—Alguien está disparando contra los jeeps —gritó Cole al teléfono.

El que tenía justo detrás viró bruscamente en una maniobra evasiva. ¿Qué lo perseguía?

Cole vio un hueco en el tráfico que venía de frente. No suficiente para que adelantara nadie en su sano juicio, pero quien estuviera disparando contra los jeeps probablemente sólo quería apartarlos del camino para poder alcanzar a Cole. Dio un volantazo y adelantó el camión mientras el segundo jeep estallaba en llamas y volaba por los aires.

El conductor del camión vio lo que sucedía y aunque no comprendiera la razón de las explosiones, comprendió que lo adelantaba un loco. Se echó de golpe a la derecha. Mientras, el coche que venía de frente pisó el freno y también se apartó. Cole pasó por los pelos. Luego aceleró.

Al principio los otros conductores lo maldijeron. Luego vieron lo que perseguía a Cole. Una docena de aerodeslizadores monoplaça, como motocicletas impulsadas por cohetes, al menos dos de ellos con armas antitanque montadas en el chasis. No tenían que adelantarlo. Ni siquiera un Corvette C6 podía superar la velocidad de un cohete.

Por fortuna, la carretera empezaba a tener curvas y había coches que intentaban incorporarse al tráfico. Cole tuvo que conducir tratando de no chocar con nadie por una carretera que no había sido diseñada precisamente para ir a ciento cincuenta kilómetros por hora. Al menos no había corredores. Oh, un momento. Sí que los había.

Al parecer los jardines de la izquierda formaban parte del parque de Great Falls.

—Drew —dijo Cole al teléfono—. Los jeeps ya no están. Los han pulverizado. Tienen aerodeslizadores con lo que parecen armas antitanque. MacArthur tiene bastantes curvas y aún no han podido dispararme, pero tengo que saber qué...

—Mira —dijo Drew—, la cosa pinta mal. MacArthur se acaba en el parque. Tienes que girar a la derecha para poder continuar. Y a partir del parque la calle es recta como una flecha.

—Estos tipos puede que sean unos hijos de puta, pero siguen siendo estadounidenses y no creo que quieran herir a civiles. Tal vez les...

—Chorradas —dijo Drew—. Matarán a quien sea y te echarán a ti la culpa. Y es lo que pretenden, porque será culpa tuya por escapar.

—Entonces, ¿qué hago?

—Babe va hacia ti. Yo estoy con Cat, que le está llamando para decirle que se dé prisa.

—Sólo si va armado para combatir contra armas antitanque. Estoy llegando al desvío. Si puedo tomarlo sin frenar tanto como para que me vuelen en pedazos...

Logró tomar la curva. E inmediatamente lo lamentó. Hacia él, llenando la carretera de lado a lado, había seis de los aparatos mecánicos bípedos contra los que habían combatido el día antes en Nueva York.

—Tengo mecas delante —dijo Cole. Se guardó el móvil en el bolsillo y efectuó un giro de ciento ochenta grados demasiado rápido.

En las películas, siempre son muy chulos. En la vida real, los coches suelen volcar y acaban dando vueltas de campana. El Corvette se comportó como si estuviera decidido a hacerlo. Pero el motor estadounidense fue lo bastante bueno para que Cole no acabara destripado en el asfalto.

Iba otra vez hacia los aerodeslizadores, que acababan de salir de la curva de MacArthur. Cole fue dando bandazos deliberadamente para que nadie pudiera apuntarle bien. En cambio, los otros despegaron. Les daba igual. Los aerodeslizadores no necesitaban una superficie pavimentada. Sólo frenaron lo justo para dar la vuelta y seguirlo.

Cuando llegó al desvío de MacArthur podría haber girado a la izquierda, pero de haberlo hecho pronto se hubiese topado con el tráfico de frente y no sólo hubiese muerto él, sino que probablemente hubiesen muerto varios civiles.

Además, estaba empezando a esbozar otro plan. Un plan estúpido y peligroso. Pero eso parecía ser lo que estaba necesitando.

Aquello era el parque de Great Falls. Recordaba haberlo visto desde el lado de Virginia. Desde los miradores de aquel lado, se veía uno de los del lado de Maryland. Cogió el teléfono mientras aceleraba con determinación hacia el parque.

—Drew, vuelvo por MacArthur hacia el parque.

—¡Es un callejón sin salida!

—Voy a cruzar el río por el parque.

—¡No se puede cruzar el río!

—Lo averiguaremos, ¿no?

—La gente se ahoga en ese río. No sólo unos cuantos sino cualquiera que intenta saltar desde las rocas.

—Pero a mí me entrenaron.

—Me importa una mierda que seas un maldito SEAL —dijo Drew.

—Seré hombre muerto si me quedo en este coche y en estas carreteras —dijo Drew—. Así que ésa es mi mejor opción.

—Entonces tus opciones son una porquería, tío.



—Me enfrentaré al río si vosotros podéis cubrirme.

—Maldita sea. Nos costará cinco dólares por coche entrar en el parque.

—Cierra el pico —dijo Cole. Cortó la comunicación y se concentró en conducir.

Ante él estaba la cabina de entrada al parque. Había un coche junto a ella, cuyo conductor charlaba con el guardia forestal. Cole se acercó a toda velocidad. El forestal lo vio venir y salió corriendo, gritándole que se detuviera. Cole no lo hizo. Rodeó la cabina por el otro lado. No necesitó mirar por el espejo retrovisor para saber que el forestal ya estaba al teléfono pidiendo los refuerzos que pudieran pedir los forestales, fueran cuales fuesen. Eso estaba bien. Porque dentro de un momento usaría esa misma conexión telefónica para decirle a quien fuera que había mecas y aerodeslizadores persiguiéndolo a toda mecha.

Durante un enloquecido momento pensó en aquellos dos soldados que se habían quedado en la rampa de acceso a la avenida de Connecticut. Bajarse de aquel jeep había sido el acto más afortunado de su vida.

Cole no se molestó en aparcar bien. Agarró el chaleco Mollie y el M—240 porque, aunque era inútil contra los mecas, le serviría contra cualquiera que se bajara de un aerodeslizador.

Se adentró en el bosque, al principio siguiendo el sendero, aunque no tardó en abandonarlo. No quería que lo atrapasen en el mirador.

En efecto, los malos trataron de seguir con sus aerodeslizadores por el sendero hasta el mirador. Sólo cuando vieron que Cole no estaba allí se detuvieron, posaron los vehículos en el suelo y se apearon. Los mecas probablemente todavía subían por la carretera. Así que allí estaban Cole, su M-240 y, si había contado bien, ocho tipos. A menos que hubiera otros dos que se habían quedado atrás y se acercaban a pie.

Porque inicialmente había contado diez. Debía tener en cuenta la posibilidad de que hubiera tipos malos detrás.

El problema era que una ametralladora resulta más útil contra una masa de hombres. No es un arma apropiada para abatir enemigos uno a uno. Y si se acercaba lo suficiente para usar una pistola, lo vencerían por simple superioridad numérica.

Pero mientras se apeaban de sus aerodeslizadores todavía estaban lo bastante juntos. Cole preparó el arma y abrió fuego. Ráfagas cortas, para racionar la munición, porque no tenía mucha.

Estaba seguro de que había abatido a cuatro y tal vez herido a otro. Pero a partir de aquel momento, el M-240 era inútil. Tenía que llegar al río, donde el fuego de cobertura del jeesh de Reuben sería su única protección mientras lo cruzara.

Llegar al borde del acantilado no le fue difícil. Bajar por su cara tampoco. Había intentado localizar el punto más estrecho para cruzar las veloces aguas de la catarata. Desde arriba, no parecía demasiado difícil. Desde abajo parecía imposible. Porque los peñascos no formaban dos convenientes superficies planas. Eran lisos e irregulares y

aunque posiblemente podría saltar con facilidad, no tendría nada a lo que agarrarse al otro lado. Era muy probable, casi seguro, que se hundiría en el agua y sería arrastrado por los rápidos, y que los pedazos de su cuerpo acabarían saliendo a flote en las aguas tranquilas, corriente abajo.

Oyó el golpeteo y el gemido del fuego abierto desde el lado de Virginia. Los chicos habían llegado, incluso pagando cinco pavos por coche.

Pero eso no garantizaba que alguien en el lado de Maryland no pudiera alcanzarle con un disparo mientras no estuviera a cubierto, en las rocas.

Una rápida oración. Y luego, una rápida súplica a Rube: «No sé si dan tan rápido el título de ángel, pero si puedes, cuida de mí. Tengo tu PDA y Cecily la necesita.» No había más que correr y saltar. Así que corrió. Y saltó.

Y aunque resbaló un poco, continuó con decisión y no tuvo más que dar otro salto y luego otro que fue casi un paso y se halló en la gran isla central.

Era peligroso. Pero los chicos estaban haciendo un buen trabajo conteniendo el fuego de los francotiradores.

Y, de repente, dejaron de disparar.

Porque ya no lo defendían de francotiradores. Los mecas estaban salvando tranquilamente las brechas que Cole había tenido que pasar dando saltos. Y el fuego desde Virginia era inútil contra ellos. Lo sabían. Y como los malos también lo sabían, ya no se exponían. «Que los mecas lo hagan», estaban pensando seguramente.

El móvil de Cole sonó.

Se atrincheró en una depresión en la roca, tratando de no ofrecer ningún blanco a los mecas que se acercaban. Por fortuna, los mecas no estaban diseñados para caminar sobre un terreno tan accidentado. Uno incluso resbaló. Les estaba costando trabajo avanzar. Pero tarde o temprano llegarían a su escondite, que ya no sería tal escondite, y sería hombre muerto.

—¿Diga? —respondió.

—¿Hay algún modo de derribar a esos mamones? —preguntó Drew.

—Un AT-4 o dos hombres separándoles las patas mientras dos coches los embisten.

—Nadie está dispuesto a quedarse sin coche —dijo Drew—. Pero espera, llegan refuerzos.

—¿De quién? El Ejército no sabe que estoy de su parte.

—Piensa, Cole. Nuestro bando no tiene esos mecas. Cada vez que los vemos, está bien matarlos.

Pasaron unos minutos y los Apaches aparecieron río arriba. No tenían ninguna arma de pulso electromagnético aquella vez: ¿de dónde habrían sacado la energía? Los mecas ni siquiera intentaron escapar. Les había resultado tan difícil llegar hasta allí que ya no había vuelta atrás. Apuntaron contra los helicópteros pero antes de que

estuvieran a su alcance, los misiles que les dispararon desde el cielo a modo de saludo pusieron fin a la conversación.

Cole se incorporó y agitó las manos. Sabía que era imposible que aterrizaran allí. Era más seguro para ellos marcharse antes de que los tipos de los aerodeslizadores, si quedaba alguno, probaran algunos de sus cohetes antitanque para ver si podían derribar un helicóptero.

Así que Cole estaba solo en su intento de llegar al punto más cercano del lado de Virginia.

Arty y Mingo habían bajado hasta ese punto. ¿Creían acaso que iban a poder agarrarlo?

No. Le lanzaron una cuerda.

La agarró. Se la ató alrededor del cuerpo, bajo los brazos. Mingo se la pasó por la espalda, se sentó y se preparó. Si Cole caía al agua, podrían izarlo, preferiblemente antes de que se destrozara contra las rocas.

Cole saltó.

Cayó al otro lado.

Arty lo agarró por la muñeca y Cole ni siquiera se mojó.

Arty y Mingo le ayudaron a llegar al mirador.

—Buen trabajo —les dijo.

—También tú —respondió Arty.

Drew esperaba arriba. Hizo el gesto de apagar su móvil. Cole alzó el suyo y puso también fin a la llamada.

—¿Lo sabe Cecily? —preguntó Load.

Cole asintió. Se acercó tambaleándose a la barandilla y se quedó allí, apoyado, temblando por la adrenalina, y se echó a llorar. Decidió que no era por la situación por la que acababa de pasar, ni por el miedo, ni porque hubiese matado a un puñado de hombres en Rock Creek Canyon y allá, en el lado de Maryland del parque.

—Sólo hacía tres días que lo conocía —dijo.

—Causa impresión —dijo Load en voz baja. Uno a uno le dieron una palmada en el hombro. Y esos amables contactos fueron suficientes para reanimarlo. Para calmarlo. Regresó con ellos por el sendero, rodearon el puesto forestal, sin prestar atención a los civiles ni a los guardas forestales que Benny, armado hasta los dientes, tenía bajo custodia.

—Gracias por su cooperación —dijo Benny—. Me alegra decirles que la operación ha sido un éxito. Pueden volver a lo suyo.

Dicho esto se unió a los demás camino de los coches.

## 16. Buscando al enemigo

*También sirven los que sólo están sentados y escriben a máquina.*

Fue gracias a la PDA de Reuben que Cecily superó el primer mes de viudez. Registrar los envíos y las transacciones financieras, seguir las pistas, buscar pautas, localizar entidades corporativas, pasar nombres y pistas a agentes del FBI y la DIA: era una enorme telaraña en la que las notas de Reuben, como gotas de rocío, revelaban dónde tenían que estar los filamentos por lo demás invisibles.

La tarea urgía y se trataba de las notas de Reuben. De las palabras de Reuben. Era su pista lo que ella seguía. Todos aquellos días en que él había viajado en misiones que no podía contarle, todos aquellos viajes al extranjero y por todo el país, todas aquellas noches en que ella notaba que estaba preocupado y, sin embargo, sabía que no podía hablar del tema. Se lo estaba diciendo todo.

Mientras tanto, la tía Margaret había llevado a los niños a Gettysburg y se había quedado con ellos.

—Soy una vieja viuda —dijo—. Sé lo duro que es. Necesitas a los niños cerca y también necesitas perderte completamente en algo que no sea tu familia. Así que aquí estoy y aquí me quedaré mientras tú salvas el mundo.

No era el mundo lo que Cecily estaba salvando. Tal vez fuese Estados Unidos. Tal vez fuese a ella misma.

Pero una cosa era segura. No iba a salvar la reputación de Reuben. Era imposible que él no se hubiera dado cuenta de que sucedía algo raro. Demasiadas cosas de las que hacía las hacía dentro de las fronteras estadounidenses. La mayoría de los envíos iban de una ciudad portuaria a otra, así que podía mantenerse hasta cierto punto la pretensión de que aquellos cargamentos de armas estaban destinados a ultramar. Pero ¿quién hubiese traído armas de China o de Rusia a Estados Unidos para enviarlas a grupos de guerrilleros proestadounidenses de Irán o Sudán o Turkmenistán? Reuben tendría que haberse preguntado al menos si algunas de aquellas armas, o todas, iban a ser usadas en casa.

Y por eso había escrito las notas en la PDA y por eso era tan reacio a entregársela a nadie. Porque sabía que algo peligroso se estaba cocinando y que él estaba colaborando... Sin embargo, creía que lo estaba haciendo por un presidente al que admiraba y en quien confiaba, y por eso había actuado como un buen soldado y hecho lo que se le había ordenado. No obstante, si las cosas iban mal, quería tener una pista de papel (bueno, una pista digital) que alguien pudiera usar para destapar la trama. Reuben nunca había necesitado archivos como aquéllos. Había entrenado su memoria como un jesuita. Así que estaba dejando pruebas deliberadamente.

Sabía que sólo estaba dudando de la integridad de la gente a la que servía. Si se

equivocaba, entonces estaba sirviendo a traidores y no podría decir que nunca se le había ocurrido tal cosa. Todo lo que pudo hacer fue asegurarse de que la confesión completa estuviera en la PDA. La prueba para desentrañar lo que les había ayudado a hacer.

«Si por lo menos hubiera hablado conmigo», pensaba ella una y otra vez.

Y casi siempre se respondía: «¿Qué sabía yo? ¿En qué podría haberle aconsejado? Por supuesto, cautela, sí: soy la mujer que abandonó su carrera política para criar a una familia. Elijo la seguridad. Eso es lo que hago. Pero también amaba a Reuben. Todavía lo amo. Y sabía lo triste que se hubiera sentido al apartarse de algo que podía estar al servicio de una causa y de un presidente en los que creía.» Muy poca gente parecía creer en ese presidente y, sin embargo, Reuben estaba seguro de que seguía el rumbo correcto. ¿Qué le hubiese podido aconsejar ella por tanto? ¿Que renunciara? ¿Que lo denunciara?

Y... ¿podría haber renunciado? Ya no cabía duda: había estado trabajando para y con asesinos y traidores. ¿Le habría dejado marchar, si ella se lo hubiera aconsejado? No. Había demasiado peligro de que los denunciara: lo hubiesen asesinado. Y Cecily se hubiera pasado el último año consolando a sus hijos sobre el aparente suicidio de su padre. O su accidente de tráfico. O cualquier método usado para eliminarlo.

Las cosas habían sucedido como habían sucedido. Reuben había aceptado la mano que le había tocado en la partida y apostado a ella. Apostado su vida.

«No importa lo que los demás puedan pensar de las decisiones que tomé, yo conozco su corazón. Sé que él estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por la causa de la libertad, en apoyo de aquellos que creía que luchaban también por ella. Veía la historia a largo plazo. Le preocupaba el mundo que heredarían sus nietos. Despreciaba a aquellos que sólo pensaban en sí mismos, en su ventaja inmediata. Da igual lo que yo le hubiera aconsejado porque él habría hecho lo que hizo. No podría haberlo cambiado.» No lo hubiera intentado.

Así que derramó lágrimas sobre su trabajo, pero siguió trabajando.

El jeesh de Reuben iba y venía de la Casa Blanca de Gettysburg, como la llamaban los medios de comunicación. Ya conocía a todos por su nombre de guerra: Cole, no Coleman; Load, no Lloyd. Mingo, Benny, Cat, Babe, Arty, Drew. Hombres muy jóvenes cuando se habían hecho soldados convertidos en veteranos curtidos.

LaMonte conocía si alguien valía en cuanto lo veía. Tenía a ocho soldados extraordinariamente buenos cuya lealtad ya había sido puesta a prueba. Se los mandó a su consejero de Seguridad Nacional y Averell Torrent los usó para misiones que requerían destreza y rapidez. Tomar esto. Destruir aquello. Salían en grupos de dos o de tres, a veces de uniforme, a veces de paisano, a veces armados hasta los dientes en helicópteros de combate, a veces en vuelos domésticos sin ninguna arma.

Buscaban a los agentes de la Restauración Progresista y los seguían hasta donde

guardaban sus armas o sus fondos. Las armas eran para eliminar oponentes de la Restauración Progresista en estados clave, como las usadas en el intento de matar a Cole, o para defender estados o ciudades que se habían pasado al bando rebelde. Los fondos iban a ser usados para sobornar a legisladores, gobernadores, alcaldes y concejales que necesitaban un poco de ayuda para tomar sus decisiones.

Algunas de sus pequeñas victorias fueron mantenidas en secreto; otras, sin embargo, las anunció Averell Torrent ante las cámaras. Cessy no tardó en darse cuenta de que la publicidad que se daba a sus acciones dependía de si morían rebeldes desarmados. Derribaban un meca o hacían volar un aerodeslizador y Torrent aparecía en las noticias, diciendo con calma y seguridad al pueblo estadounidense que había habido un intento de asesinar a un oficial leal, pero que la violenta Revolución Progresista y sus aterradoras armas habían sido detenidas en seco.

Pero si los muertos no eran hombres con chaleco blindado o de los que iban en las nuevas máquinas, entonces el acontecimiento no tenía ninguna repercusión. Era cuestión de hacer cumplir la ley local. Si alguien advertía que las víctimas habían sido simpatizantes de la causa de los rebeldes, su muerte se atribuía a vigilantes derechistas locales.

El resultado fue que la Administración de LaMonte conservó su imagen de ser infinitamente paciente y de sólo emprender acciones para proteger vidas estadounidenses de los ataques de los rebeldes. Y la gente se acostumbró a ver a Averell Torrent como la voz calmada y tranquilizadora de la moderación, que actuaba remiso cuando se veía forzado a ello por los enemigos de la paz y la libertad, pero que pedía simplemente a los estadounidenses que confiaran en la democracia y no se dejara arrastrar por la violencia de la Restauración Progresista.

Mientras tanto, los miembros del jeesh de Reuben se pasaban a verla cada vez que estaban en Gettysburg. Todos consideraban parte de su trabajo ayudarla a descifrar el persa que Reuben había empleado para redactar sus notas. Ella se aprendía las palabras y frases que se repetían, pero muchas no salían en el diccionario, o al menos no con el significado que él les daba. Gran parte del persa de Reuben era en realidad una jerga privada que sus camaradas y él habían desarrollado: argot inglés, a veces traducido al persa y a veces al árabe, el español y cualquier otro idioma que conocieran.

Todo estuvo traducido en una semana, más o menos. Luego la ayudaron a estudiar los mapas. Cessy había marcado con hilos las rutas de todos los envíos y, a medida que aprendía lo que el FBI y la DIA podían averiguar por ella sobre esos envíos, empezó a construirse una imagen más amplia.

Se reunió con otras personas en Gettysburg que intentaban comprender el movimiento de Restauración Progresista; los rebeldes, como los llamaban. ¿Cuánto dinero costaría todo aquello? ¿Quién tenía tanto dinero y podía gastarlo sin ser

detectado? ¿La fuente era extranjera o nacional? Había que tener en cuenta la posibilidad de que los chinos estuvieran detrás de todo. O Al Qaeda. Incluso Rusia. El chiste en Gettysburg era que en realidad quienes estaban detrás de todo eran los franceses. Habían estado gobernando en secreto el mundo desde la época de Napoleón, siguiendo un plan maestro extraordinariamente sibilino que, al final, los llevaría a conquistar el mundo.

Bromas aparte, a Cecily y los que estaban de acuerdo con ella les quedó claro que una conspiración como ésta tenía que estar muy férreamente controlada o habría sido detectada mucho antes. Incluso los fanáticos de una causa pueden ser descuidados, pero nadie lo había sido. Nada se había filtrado. ¿Cómo era posible?

Cecily imaginaba que la organización estaba formada por apenas un puñado de personas que contrataban o animaban a otras a que hicieran lo que necesitaban pero sin ponerlas al corriente de su objetivo.

Pero algunas cosas habían requerido indudablemente la participación de mucha gente. De algún modo tenían que haber reclutado a los soldados que gobernaban aquellas máquinas, por ejemplo. Poco a poco fue emergiendo el patrón de actuación: debían haber reclutado hombres pertenecientes a grupos de veteranos que se habían vuelto contra la guerra, el Ejército o el presidente. La versión izquierdista de la manera en que se reclutaban las milicias derechistas, suponía Cecily. Encuentra grupos de descontentos. Luego encuentra en esos grupos a quienes están lo bastante furiosos y entrénalos para matar por la causa.

Los cadáveres de los que habían muerto en las cataratas y el túnel Holland establecieron el perfil, y los investigadores ya estaban rastreando a otros que se habían perdido de vista en el último año o así.

Otro lugar donde habían tenido que dejar meterse en el ajo a gente de fuera era en la industria del desarrollo armamentístico. Eso no es un trabajo de aficionados. Habían tenido que reclutar a expertos: a expertos estadounidenses, puesto que no había nada en los diseños de estilo europeo ni japonés.

Así que el FBI confeccionó una lista de investigadores disgustados o molestos a los que se hubiera perdido la pista a lo largo de los años y que pudieran estar trabajando para los rebeldes. También había que tener en cuenta a unos cuantos antiguos diseñadores de aviones y coches, ingenieros informáticos y programadores audaces con tendencias políticas de izquierdas y cuya ira había parecido, a muchos de sus colaboradores, desproporcionada. Encontraron a algunos llevando una vida perfectamente normal. A otros no los encontraron y pasaron a engrosar la lista.

Las armas seguían siendo intimidatorias, pero ya no los asombraban. Con varios mecas de la batalla del túnel Holland en su poder para estudiarlos, los expertos del Departamento de Defensa no habían encontrado nada que no se pudiera construir con la teoría de diseño ya existente. Un grupo de ingenieros excelentes y creativos habían

construido esas armas, pero no eran necesariamente unos genios. Su trabajo podía ser copiado y contrarrestado.

A excepción del arma de pulso electromagnético. La gente del Departamento de Defensa todavía no había podido reproducir la tecnología que mantenía el pulso dirigido coherente a tanta distancia. Era un serio problema que los rebeldes tuvieran un sistema de defensa aéreo que impedía que los aviones militares sobrevolaran Nueva York por debajo del nivel de los satélites. El Departamento de Defensa estaba trabajando en sistemas que desconectarán momentáneamente todos los sistemas electrónicos mientras el PEM estuviera activo. Pero los aviones que dependían de sistemas electrónicos para volar resultaban tan dañados por la desconexión como por el mismo PEM.

En Estados Unidos estaban acostumbrados a tener supremacía aérea. En territorio leal aún la tenían. Pero ese territorio se estaba reduciendo poco a poco.

Porque a falta de una respuesta militar contundente, los estadounidenses que consideraban la Restauración Progresista como algo heroico empezaban a creer que tal vez podrían salirse con la suya. A algunos los preocupaba que los líderes de la Restauración Progresista no se hubieran presentado, pero el Ayuntamiento de Nueva York insistía en que lideraba el movimiento para «restaurar el Gobierno constitucional» y en que la Restauración Progresista obedecía sus órdenes. Eso ponía aparentemente a gente elegida democráticamente a la cabeza del movimiento, y para muchos que simpatizaban con sus puntos de vista era suficiente.

Durante el primer mes, las legislaturas de los estados de Washington y Vermont aprobaron resoluciones para unirse a la Restauración Progresista. En Washington, el gobernador vetó la resolución y movilizó a la Guardia Nacional para asegurarse de que no aparecieran mecas ni aerodeslizadores por allí. El problema era que también pidió al presidente Nielson que impidiera que las fuerzas de estadounidenses emprendieran «ninguna acción militar de provocación». En la práctica, el estado se había declarado territorio neutral.

Mientras tanto, unas cuantas ciudades habían aprobado o habían estado a punto de aprobar resoluciones reconociendo la Restauración Progresista. Y había movimientos bien orquestados en otros estados presionando para que sus legislaturas se subieran al carro.

No pocos liberales, ya fuesen moderados o radicales, condenaban también la rebelión. «Esta no es forma de hacerlo», decían. «Nadie debería haber muerto», decían. Si la Restauración Progresista tenía alguna relación con los asesinatos del viernes 13, deberían juzgarse y castigarse sus crímenes.

Al mismo tiempo, muchas voces que condenaban la rebelión también argumentaban decididamente en contra de emprender acciones militares. A Cecily no le sorprendió oírlos pedir negociaciones. Tras haber vivido durante años con un



soldado e historiador, sabía que las negociaciones sólo servían cuando tenías algo que ofrecer o cuando el otro bando pensaba que tenía algo que temer de tu parte. Costaba ver qué se conseguiría negociando con los rebeldes, aparte de darles tiempo para obtener más respaldo en el resto del país.

Cecily oía mentalmente la voz de Reuben reprendiendo a toda aquella gente. «Si el Estado tolera que tomen el Gobierno federal por la fuerza, nunca volveremos a tener paz», decía.

El problema era que no estaba allí para discutir con ella, para que Cecily pudiera decirle que si esa rebelión era reprimida mediante una acción militar contra una ciudad estadounidense eso no tendría perdón. Él escucharía. Se daría cuenta de que ella tenía razón, o al menos de que sus puntos de vista tenían que ser tenidos en cuenta.

Mientras tanto, Cecily trabajaba en su investigación. La clave estaba en descubrir desde dónde controlaban todos aquellos envíos, de dónde fluía el dinero. Cuando tuviera toda la información, podría compararla con la información obtenida con las otras investigaciones y tal vez descubrir algo.

Se alegraba de tener su trabajo y no el de LaMonte. Porque la división del país respecto a cómo responder a la guerra se reflejaba en el Congreso. La disciplina de partido no se respetaba en ninguno de los dos lados de la cámara. Había demócratas exigiendo una acción militar contra los rebeldes y republicanos pidiendo una política de espera y el mantenimiento de conversaciones. Cada bando veía sólo las peores consecuencias que podría acarrear el punto de vista del contrario.

Lo cual era una estupenda fórmula para la indecisión y la obstrucción en el Congreso. Nadie se había declarado a favor de los rebeldes; nadie había dimitido; ni siquiera los congresistas de la ciudad de Nueva York. Todos pedían a la Restauración Progresista que saliera de Nueva York.

Pero eso no significaba que no hubiera un número importante de congresistas actuando para frenar cualquier tipo de acción militar, en parte para detener la aprobación de los nombramientos del presidente Nielson.

Y no había ninguna posibilidad de conseguir un nuevo secretario de Defensa, no importaba quién fuera. Los republicanos amenazaban con nombrar a uno de sus miembros más ultraderechistas como presidente de la Cámara de Representantes para sustituir a LaMonte Nielson, convirtiéndolo así en el siguiente en la cola para la presidencia. Pero renunciaron a la idea cuando los expertos de las facultades de derecho vociferaron que, aunque fuese técnicamente legal, implicaba de hecho soslayar el requerimiento constitucional de que el siguiente en la línea para la presidencia fuera aprobado por ambas cámaras del Congreso. «Es lo que cabía esperar —dijo uno de ellos—, dado el desprecio por la Constitución de los republicanos desde el año 2000.» Cuando eso se hizo público, la maniobra fue

políticamente imposible y la cámara continuó con un presidente en funciones.

Las reacciones internacionales fueron predecibles pero enloquecedoras. Los enemigos jurados de Estados Unidos reconocieron rápidamente la Restauración Progresista, declararon que sus embajadores ante las Naciones Unidas lo eran también en Estados Unidos y degradaron a sus respectivos embajadores en Washington al grado de cónsules. Pero eso era de esperar y casi no merecía la pena preocuparse.

Era la reacción de espera-a-ver de los supuestos aliados de la OTAN y otros lo que enfureció a LaMonte y Sarkissian. Como dijo Sarkissian en una reunión:

—¿De verdad quieren nuestros aliados que una rebelión armada controlada por personas desconocidas ponga sus fanáticas manitas sobre el botón nuclear?

Lo peor era que el consejo del presidente Nielson estaba también dividido. Sarkissian y Porter estaban a favor de la acción militar. Torrent argumentaba que esperasen. Y de momento, al menos, Nielson seguía a Torrent.

«Tienen ustedes razón —había dicho LaMonte a Sarkissian y Porter, más de una vez—. Nuestra inacción está prácticamente invitando a más estados a intentar unirse a los rebeldes. Pero sus resoluciones no tienen ninguna fuerza legal. Aprobar una resolución no les da poder militar. Cuando decidamos emprender acciones, emprenderemos acciones.»

«Cuanto más esperemos, más grande será la porción del país que tendrá que ser tratada como territorio enemigo ocupado cuando termine la guerra», decían ellos.

Pero Lamonte respondía siempre: «Es una lucha para ganar corazones y mentes. Ellos quieren que nosotros usemos el poder militar. Eso demostraría que tienen más razón que nosotros. Así que nos limitaremos a acciones militares muy pequeñas mientras averiguamos quiénes son realmente esos tipos. Cuando descubramos quién está subvencionando todo esto y quién da las órdenes, entonces podremos tratarlo como lo que es: un asunto policial. Arrestaremos a los culpables, nos apoderaremos de sus bienes militares y financieros y recibiremos de vuelta en el Gobierno constitucional a todo el mundo, con los brazos abiertos, sin revanchas. Eso sólo sucederá si no hay ninguna invasión, ningún derramamiento de sangre.»

Cecily asistió a algunas de aquellas reuniones, aunque sin voz, como observadora y suministradora de datos por si alguien necesitaba que respondiera a alguna pregunta. Sabía que LaMonte no había ideado aquel plan. Su férrea decisión de investigar antes de invadir era cosa de Torrent.

Pero era lo acertado. Había un motivo por el que Reuben había respetado tanto a aquel hombre. Era brillante. Era completamente imparcial. Siempre razonaba a partir de principios prácticos: esto podría funcionar, esto seguro que no. Y cuando hubo enviado al grupo de Reuben a misiones que tenían éxito invariablemente, su prestigio en la Administración y en el Congreso creció exponencialmente. Sabía hablar en el

idioma de los liberales a los liberales y a los conservadores en el de los conservadores y, sin embargo, sus palabras a un grupo nunca ofendían al otro. Era el vivo ejemplo de lo que significaba ser moderado, si todavía hubiera existido eso en la política estadounidense.

También era Torrent quien recibía la información de todos los investigadores. Así que no fue ninguna sorpresa que precisamente él dedujera algunas respuestas claras.

Sin embargo, no eran lo bastante claras para anunciar nada todavía. Porque las pruebas que tenía no eran de las que hubiesen abrumado a los medios y la oposición en el Congreso.

—No podemos presentarlo como un caso legal entre corporaciones —les explicó a Cecily y al jeesh—. No tenemos que convencer a un juez sino a la gente que está más que dispuesta a no creer lo que decimos.

—¿Quién es el responsable entonces? —preguntó Cecily.

—Sabemos desde el principio quién es más probable que esté detrás de todo esto —dijo Torrent—. Aldo Vero.

—Es un payaso —comentó Babe—. Su nombre auténtico es Aldo Vera.

—Es un hombre de paja —dijo Drew—. El acosador favorito de los conservadores.

—Por eso me he esforzado tanto en encontrar a alguien más —dijo Torrent—. Pero Vero ha estado usando su inmensa fortuna para subvencionar movimientos de extrema izquierda durante años. Su jurado propósito ha sido siempre hacer caer al difunto presidente. Controla cada centavo que invierte en financiar organizaciones fachada para asegurarse de que se emplea con efectividad. Les exige que recauden fondos equiparables a los recursos que él invierte. Es un tipo listo, está completamente decidido y el hecho de que haya anunciado su objetivo no significa que no pueda ser quien lo está consiguiendo. —Torrent procedió a enumerar los grupos empresariales de los que Vero se había desembarazado en los dos últimos años—. Obtuvo dinero de sobra con los beneficios ordinarios para subvencionar el diseño de esas armas. Pero nuestros expertos en armamento dicen que para pasar del prototipo a la producción las inversiones sustanciales tendrían que haber empezado hace unos dos años. Y fue entonces exactamente cuando empezó a vender esas compañías.

—No puede superar al Departamento de Defensa —dijo Cat—. Nadie tiene tanto dinero.

—Es mejor administrador de su dinero que el Departamento de Defensa —respondió Torrent—. No tiene que mantener bases militares ni pagar los salarios de miles de soldados en Corea y Alemania. No tiene que complacer a los congresistas. Y no tiene que igualar nuestra fuerza militar: sólo tiene que disponer de una fuerza lo suficientemente convincente para causarnos problemas.

Torrent les entregó copias del informe sobre el coste probable de la fabricación de los mecas y los aerodeslizadores.

—Hemos hecho los cálculos. Suponiendo que pague a sus soldados el mismo sueldo que cobran los soldados estadounidenses; suponiendo que sólo uno de cada cinco mecas está tripulado mientras que los demás los controla a distancia un operario informático; cotejando eso con el dinero que sabemos que obtuvo de la venta de sus bienes, nuestra valoración es una fuerza posible de 250 mecas, un millar de aerodeslizadores y unos mil soldados adicionales que dirigen los pulsos electromagnéticos y se encargan de las patrullas rutinarias.

—No se olvide de que podría tener dinero de sobra que no fuera suyo propio —dijo Cat—. Está todo el dinero de Hollywood.

—Todo ese capital tendría que ir a parar a organizaciones la inversión en las cuales fuese un gasto deducible para Hacienda. El único dinero estadounidense que puede gastar sin dar explicaciones es el suyo —dijo Torrent.

—Pero podría tener una fuente de dinero iraní —sugirió Benny.

—Posiblemente. O ruso, o chino. Pero no lo creo. Si Vero aceptase aunque fuera un centavo de dinero extranjero, y se supiera, entonces perdería mucho apoyo. Su causa no puede parecer patrocinada por extranjeros, punto.

—Muy bien —dijo Cecily—. Digamos que es Vero, y que tiene las fuerzas que usted estima. ¿Y ahora qué?

—Las fotos tomadas por satélite de las fuerzas desplegadas en Nueva York revelan que hay menos de cincuenta mecas y sólo unos doscientos aerodeslizadores.

—Una quinta parte de su estimación —dijo Drew.

—Exactamente —contestó Torrent—. ¿Dónde está el resto?

—Los tiene almacenados por todo el país. Mirad lo rápido que aparecieron los mecas y los aerodeslizadores cuando estaban persiguiendo a Cole.

—Seis mecas y una docena de aerodeslizadores —dijo Torrent—. Cerca de la capital de la nación, en un momento en que eran necesarios para impedir que la PDA del mayor Malich llegara a nuestras manos. Pero no creo que estén almacenados por todas partes, y saben ustedes por qué.

—Los secretos son difíciles de guardar —dijo Drew.

—No dividas tus fuerzas —dijo Cole.

—Ambas cosas —respondió Torrent—. Vero no puede permitirse tener montones de escondites, porque estas cosas son difíciles de ocultar. Sobre todo cuesta ocultar a los soldados, camuflar guarniciones enteras, sobre todo si las estás entrenando para ponerlas en plena forma. Y no quiere fuerzas diminutas esparcidas por donde tal vez nunca vaya a necesitarlas. Necesita tener a la mayoría en un escondite realmente magnífico. Un lugar desde donde pueda dispersarlas según le haga falta.

—¿Dónde? —dijo Cole.

—No lo sé —respondió Torrent.

Todos mostraron su decepción.

—Pero tampoco sabe con seguridad que Aldo Vero sea el responsable —dijo Cecily—. ¿Dónde cree que está?

—Por eso le he pedido que trajera un mapa —dijo Torrent—. Igual que Vero es el responsable más probable, el lugar lo es también.

Cecily desplegó el mapa y lo sujetó en el extremo de la mesa.

—Llevo semanas buscándolo y para mí no es obvio.

—Primero, veamos qué necesita —dijo Torrent—. Terreno accidentado. Un lugar donde esconder con facilidad cosas grandes. Eso significa bosque o montañas. O ambas cosas. Iowa no vale.

Los soldados asintieron.

—Luego necesita que esté cerca de donde le hace falta. No planea conquistar todo Estados Unidos, va a intentar ocupar y proteger territorios que simpatizan con su causa.

—Los estados azules —dijo Drew.

—No —replicó Torrent—. Porque ustedes saben que lo de «estados azules» y «estados rojos» es mentira. La mayoría de los estados azules son azules porque el voto ciudadano supera al voto rural. Pero esconder esas cosas dentro de una ciudad es imposible, ¿verdad?

De nuevo ellos estuvieron de acuerdo con su razonamiento.

—Entonces necesita aislamiento. Territorio despoblado. Pocos vecinos. Eso descarta prácticamente todo el Este y el Medio Oeste, ¿no? La tierra está demasiado habitada, demasiado observada constantemente. Incluso en la parte más salvaje de las montañas del estado de Nueva York (al margen de lo republicanas que son esas zonas) hay miles de vuelos y demasiado tráfico en las carreteras.

—Así que se va al Oeste —dijo Cole.

—A California no. Una vez más, está demasiado poblada y hay demasiados conservadores en ella. Sólo hay dos estados con amplios espacios abiertos, de dominio político progresista y donde los conservadores están tan acorralados que prácticamente se han dado por vencidos.

—Ecotopía —dijo Mingo.

—Washington y Oregón, así es —dijo Torrent—. Ahora miren el mapa de la señora Malich.

Hasta ese momento, Cecily lo había visto todo como una telaraña de envíos que respunteaban el país. Pero si uno miraba sólo Oregón y Washington, Oregón estaba prácticamente libre de puntos de entrega.

—Tiene que ser en Washington —dijo—. ¿Pero dónde? Es un estado grande.

—Necesita estar cerca de una autopista importante —respondió Torrent—. Pero

tiene que ser en territorio muy irregular.

—La mayor parte del territorio montañoso está en la parte oeste, en las cascadas —dijo Cecily—. Que es también la parte más progresista del estado.

—Encaja con su fórmula —dijo Torrent—. Suponiendo que tengamos razón.

—¿Pero no ha buscado ya en las fotos por satélite?

—Por supuesto. Y no hay nada. Pero no hay nada en ninguna parte del mundo. Los equipos del Departamento de Defensa han buscado por el mundo entero un sitio donde estas cosas se pudieran construir y almacenar.

—Así que piensa que están bajo tierra —dijo Drew.

—Creemos que una de esas montañas está probablemente repleta de cuevas. Aldo Vero es lo suficientemente listo para aprender de los túneles de Al Qaeda. Sólo que lo hará a mayor escala y con alta tecnología.

—¿Y la tierra? —dijo Mingo—. He trabajado en la construcción, tío. He cavado túneles. Sacas una paletada de tierra y aparece en los satélites, créame.

—No, si tampoco está en la superficie.

—No se puede cavar un agujero y esconder la tierra en el agujero que cavas —dijo Mingo—. Entonces ya no hay agujero.

—Lo había pensado —dijo Torrent.

—No me extraña —comentó Cecily.

—Cavas el agujero y escondes la tierra bajo el agua.

—¿Así que está en la costa? —preguntó Arty.

—Alguien lo hubiese visto si estuvieran cargando tierra en botes y arrojándola en alta mar. Pero en Washington hay un montón de lagos, tanto naturales como artificiales. Esto es lo que pienso: Vero subvencionó a grupos de activistas ecologistas para conseguir que dejaran de oponerse a construir una presa en alguna parte. Y coló. Una presa en un cañón va a formar un embalse muy profundo. ¿Y si Vero es el dueño de una montaña situada junto al embalse y, mientras el nivel sube, su gente arroja al agua los escombros de los túneles que construye? Desde los satélites, parecerá que el nivel del agua sube más y más. Nadie navega por esas aguas porque el embalse todavía se está llenando. Nadie ve nada.

—¿Tan listo es Vero? —preguntó Cole.

—Tal vez no. Tal vez todo sucedió en Rusia o China. Tal vez ni siquiera sea Vero. Pero yo creo que sí que es Vero y que es así de listo. Prácticamente controla todo el movimiento progresista. No puede ser nadie más porque nadie hace nada en la izquierda sin que él meta baza. Como Hitler hizo con Mein Kampf, lo anunció desde el principio y nadie cree que va en serio, nadie cree que se pueda hacer. Pero miren lo que han conseguido esos rebeldes. Tienen Nueva York, no sólo nuestra ciudad más grande y probablemente la más progresista, sino la sede de la mayoría de las cadenas de televisión, incluida la Fox... que, por cierto, es lo bastante listo como para no

censurar todavía. Y teniendo Nueva York tiene a las Naciones Unidas. Y se ha llevado a cabo esa invasión de un modo que el Ayuntamiento la apoyó a posteriori. Esta gente ya es la fuerza policial legalmente constituida de Nueva York, de modo que técnicamente ni siquiera están ocupando la ciudad, son parte de ella. ¿Creen que un comité de progresistas realmente sinceros provocó esto?

—No sé, nosotros somos un comité —dijo Cole—. Somos bastante listos.

—Y estamos a treinta pasos del despacho del presidente —respondió Torrent—. La gente lista no forma comités ni envía cartas. Gravita hacia el poder de modo que sus ideas puedan ser llevadas a la práctica.

—Cerebro y dinero —dijo Drew.

Torrent sonrió.

—Un hombre con cerebro y dinero y ambición implacable, todo al servicio de una causa, de modo que se siente completamente autorizado a matar a cualquiera que se interponga en su camino, desde presidentes a porteros. ¿No les parece cosa del mismo cerebro que ha jugado con todos nosotros como hizo el viernes 13 y con las operaciones clandestinas del mayor Malich y... con todo?

No tuvo que mencionar el intento del general Alton de implicar a Nielson para que declarara la ley marcial. Le bastó con mirar a Cole.

—Sí que me lo parece —dijo éste—. Al menos es una posibilidad. Supongo que ya habrá identificado todas las presas de reciente construcción y los nuevos embalses de Washington.

—Sólo hay dos candidatos —respondió Torrent—. Uno al lado del otro, forman parte del mismo proyecto de suministro de agua y energía. Los embalses Chinnereth y Genesseret.

—¿No son los nombres griego y hebreo del mar de Galilea? —dijo Cat.

Todos lo miraron como si nunca lo hubieran visto hasta aquel momento.

—¿Qué pasa, que un negro no puede estudiar hebreo? —dijo Cat—. En el Ejército aprendí árabe, el hebreo es el idioma más parecido. Y soy ministro seglar.

—Los embalses recibieron su nombre de una pequeña colonia religiosa que estaba en el vallecito que queda justo debajo de las presas —dijo Torrent—. Hoy en día nadie vive allí. Toda la tierra adyacente es un bosque nacional, cedido a un puñado de compañías madereras. No tengo ni idea de cuál de los dos lagos fue utilizado para tirar la tierra. Tal vez los dos. Lo principal es que no tuvieron ningún problema para conseguir los permisos. Hubo dos denuncias de grupos ecologistas, pero fueron retiradas.

—Si es ahí donde está realmente la guarnición rebelde, ¿qué podemos hacer contra doscientos mecas y ochocientos aerodeslizadores?

—Recuerden que mis suposiciones sobre lo que tiene podrían estar equivocadas. Tal vez tenga el doble de equipo y la mitad de gente. Cada persona que hayan

entrenado es una posible fuente de filtración. Tal vez Vero nunca haya tenido más de un par de cientos de soldados. Ahora puede que estén esforzándose para entrenar a voluntarios de Nueva York. Podrían tener cientos de mecas alineados contra las paredes sin nadie para manejarlos.

—O tal vez tengan armas que no hemos visto todavía —dijo Mingo.

—O un ejército de miles de hombres armados con armas estándar, además de las tropas que manejan las nuevas máquinas —dijo Babe.

—No quiero que lleven ustedes a cabo un ataque frontal —dijo Torrent—. Necesitamos una operación quirúrgica. Necesitamos pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas? —preguntó Cecily—. La mitad de la población mundial no cree que llegáramos a la Luna en el 69. ¿Por qué iban a creer en un puñado de fotos de mecas alineados en una cueva cuando en Hollywood pueden crear imágenes de hileras de robots o multitudes de soldados?

—Pero su vídeo será poco nítido y tendrá mal aspecto —dijo Torrent—. Así la gente lo creerá. Además, lo que realmente queremos es a Aldo Vero y a sus cabecillas, dispuestos a confesarlo todo.

—¿Por qué iban a hablar? —preguntó Cole.

—¿Bromea? Vero es un charlatán. Tener que mantener esto en secreto lo estará matando. Pero sabe que si lo capturan se acabó su campaña particular. Sin duda tiene visiones de la Restauración Progresista Mundial continuando sin él. Pero esta pequeña guerra suya, iniciada el viernes 13, se acabó. En ese punto, ¿qué hay que esconder? Querrá fanfarronear porque es un fanfarrón. No sólo ama su movimiento, ama que sea suyo. Estará ansioso por firmar un acuerdo editorial con Knopf y, créanme, él mismo habrá escrito cada palabra. Vero es Unabomber...<sup>[9]</sup> con dinero.

—Hace usted que parezca muy fácil —dijo Cecily—. Pero mi marido ni siquiera pudo salir del Pentágono con vida. ¿Cómo van a entrar estos hombres en una zona inexplorada y traer de vuelta a un prisionero vivo con cientos de soldados disparándoles?

—Esa no será la situación —respondió Torrent—. Si tengo razón, cuando tengamos, bien a Vero vivo o su cadáver, allí mismo, en su fortaleza, los otros se detendrán porque ya no tendrá sentido.

—Son creyentes. Son fanáticos. Seguirán disparando.

—Algunos es posible —dijo Torrent—. Pero en el momento en que tengan ustedes en su poder a Vero y, espero, a sus cabecillas, entonces llamen al Ejército. Habrá que aguantar hasta que terminen de limpiar la resistencia y asegurar al resto de los prisioneros.

—¿Y si no encontramos las instalaciones? —dijo Cole.

—Ésa es la cuestión. Estamos especulando. Y desde luego no tengo ni idea de en qué punto de la zona que rodea la represa está ese lugar, si es que existe. Ni dónde, en



su interior, encontraremos a Aldo Vero.

—¿Por qué cree que estará allí?

—Porque en esto no va a dejar que nadie más que él esté al mando. Lo microdirige y estará en el centro mismo del poder. Confíen en mí: si ese lugar existe, y es suyo, entonces estará allí.

Entonces Cecily lo comprendió.

—Usted lo conoce, ¿verdad? Lo conoce personalmente. Lo conoce bien.

Torrent pareció sorprendido.

—Naturalmente. Creía que todos lo sabían. Ha estado en varios de mis seminarios. Me odia, pero aprende de mí.

—¿Por qué le odia? —dijo Cecily—. No es usted más republicano que yo.

—Usted ejemplifica la respuesta —contestó Torrent con una sonrisa—. Usted no es republicana y, sin embargo, está aquí. Cuando empecé a trabajar como asesor del CSN, Vero me acusó de prostituirme y dejamos de hablarnos. Lástima, porque lo entendió todo al revés. Las prostitutas dan sexo a cambio de dinero. Yo daba consejo gratis. ¿Una oportunidad para jugar con la historia? ¿Una oportunidad para marcar la diferencia?

Cecily nunca había visto a Torrent siendo tan sincero sobre sí mismo. Y eso la fascinó.

—Santo cielo, doctor Torrent. Cree usted que es Hari Seldon.

—¿Quién? —preguntó Drew.

Load y Babe bufaron como si Drew hubiera revelado que era un completo idiota.

—El de la trilogía de la Fundación, de Asimov —dijo Load.

—Un tipo que se cree capaz de dar forma a mil años de historia de la humanidad —dijo Babe.

—Oh. —Drew hizo un gesto de rechazo—. Ciencia ficción. Todos esos futuros llenos de hombrecitos verdes pero ningún negro.

—Eso es cosa de Hollywood —contestó Babe—. Consideran que las estrellas negras no dan bien en películas de ciencia ficción. Los libros son...

—Por favor, muchachos —dijo Cecily—. ¿Os estáis preparando para una misión increíblemente peligrosa y os ponéis a discutir de películas?

—Tú has sacado el tema —dijo Load.

—Hari Seldon —murmuró Babe.

Pero cuando hubo terminado la reunión, Cecily no dejaba de preguntarse hasta qué punto tenía razón o estaba equivocada. En realidad, no era mala cosa ser un Hari Seldon. Un hombre que manipulaba la historia para salvar a la especie humana de muchos siglos de miseria y caos. ¿No había vuelto Reuben de las clases de Torrent lleno de ideas acerca de lo que la pax romana significó para el mundo y lo triste que fue el caos posterior? Y de eso trataba también la trilogía de la Fundación de Asimov.

La Historia de la decadencia y caída del Imperio romano,<sup>[10]</sup>

Y allí estaba Torrent, con la oportunidad de jugar en el cajón de arena de la historia. Para dar forma a los acontecimientos.

Bien, era buena cosa, ¿no? Buena cosa que no estuviera en el otro bando. Si Aldo Vero era realmente el cerebro del bando opuesto, estaba haciendo que los de Al Qaeda parecieran un puñado de polis de las películas mudas, tanto por su astucia como por su falta de escrúpulos. Estados Unidos necesitaba a alguien como Torrent para equilibrar la situación.

Pero seguía siendo una especulación. Tal vez siempre todo se reducía a una especulación.

## 17. Cruzando fronteras

*Los ejércitos han invertido mucho tiempo y esfuerzo entrenando a sus soldados para que no piensen en el enemigo como en seres humanos. Es mucho más fácil matarlos si los consideras animales peligrosos. El problema es que la guerra no se hace para matar. Se hace para que el enemigo deje de resistirse a tu voluntad. Es como entrenar a un perro para que no muerda. Si lo castigas tienes un perro apaleado. Matarlo es una solución permanente, pero te quedas sin perro. Si llegas a comprender por qué muerde y eliminas las condiciones que lo impulsan a morder, a veces eso también resuelve el problema. El perro no está muerto. Ni siquiera es tu enemigo.*

Reunido en un aula de la Universidad de Gettysburg, el grupo de Rube sólo sabía dos cosas: iban a ir al embalse Chinnereth y tenían que hacerlo sin que nadie supiera que habían entrado en el estado de Washington en misión militar.

Si los detectaban, sería interpretado como una provocación. El Gobierno había apostado a la Guardia Nacional en todos los puntos de entrada, aviones que sobrevolaban el resto de la frontera y barcos que patrullaban por el río Columbia.

Como dijo Drew:

—Me duele tener que mirar un mapa de parte de Estados Unidos para calcular cómo pasar material militar estadounidense por una frontera sin ser detectados. Esto está mal. ¡No importa quién sea presidente, deberíamos poder decirles que aparten a los niños de la Guardia Nacional, que somos el Ejército estadounidense en suelo estadounidense!

Los otros estuvieron de acuerdo.

Pero había que hacer el trabajo, inmediatamente.

—No podemos entrar desde Canadá —dijo—, y creo que deberíamos evitar Oregón. Si nos localizan allí, será tan malo como si lo hacen en el propio estado de Washington... su legislatura está debatiendo una resolución ahora mismo.

—Así que tendrá que ser por Idaho o por el Pacífico —dijo Mingo.

—Por Idaho —propuso Arty—. No sé nada de barcos.

—Si quieres barcos, envía a los marines —dijo Benny.

La mayoría estaba mirando mapas de carreteras normales y corrientes de la frontera Idaho-Washington. Load repasaba un puñado de mapas geológicos. Drew tenía Google Maps y Google Earth en su portátil.

—Tenemos que entrar por una carretera —dijo Cole—, porque una vez dentro de Washington, tendremos que llevar nuestro material en camiones corrientes, no en vehículos militares todoterreno capaces de ir campo a través.

—Podríamos entrarlo en todoterrenos y luego trasladarlo a camiones.

—¿Y esconderlo todo debajo de qué, de patatas? —dijo Babe—. Viniendo de Idaho como haremos...

—No está mal —respondió Cole—. Averigüemos cómo envían las patatas de Idaho a Washington. Pero mirad el mapa. La ruta más directa es la autopista Doce. Nos lleva de Idaho directamente al condado de Lewis. La carretera comarcal Veinte conduce directamente al embalse Genesseret. La carretera Veintiuno lleva al lago oriental, el Chinnereth.

—No podemos ir por esas carreteras —dijo Drew—. Probablemente son las que ellos usan.

—No —dijo Cole—. Entramos por la carretera comarcal Cuarenta y ocho y luego subimos un kilómetro. Basta con que un par de nosotros vaya en el camión. Todos los demás entrarán en calidad de ornitólogos o fotógrafos, en coches de alquiler, en días distintos, aparcarán en lugares diferentes. Nos encontraremos aquí y luego cruzaremos hasta las montañas.

—¿Vamos a escalar eso? —preguntó Drew.

—No exageremos —dijo Cole—. La montaña no es tan alta.

—Lo suficiente.

—Los del camión —dijo Benny—. Si la pifian y no llegan, ¿entonces qué?

—Entonces los demás lleváis binoculares y cámaras —respondió Cole—. Tomad las fotos que podáis, enviadlas por correo electrónico y al menos sabremos más de lo que sabíamos.

—Dos camiones —dijo Drew—. Dos veces la posibilidad de entrar.

—Dos veces la posibilidad de ser capturados —dijo Mingo.

—O podemos entrar o no podemos —dijo Cole—. No queremos que uno de los camiones entre por la segunda mejor ruta.

—Y apuesto a que tú irás en el camión —dijo Arty.

—Llevamos trabajando juntos algún tiempo ya —contestó Cole—. No me importa quién entre en camión. No hay nadie en quien no confíe para el trabajo.

—Pero quieres ir tú.

—¿Tú no?

—Ni hablar —respondió Arty—. Los camiones son grandes blancos. Los camiones pasan por encima de las minas. Los camiones vuelan en pedazos.

—No han minado las carreteras —dijo Babe, disgustado.

—No en la frontera —repuso Arty—. Pero ¿y los rebeldes? En las carreteras comarcales que están usando...

—Empieza a matar guardabosques en jeep y alguien se dará cuenta —dijo Cole—. No hay minas.

—¿Qué material vamos a llevar, por cierto? —preguntó Cat.

—Ésa es otra cuestión —dijeron Cole y Drew al mismo tiempo. Se echaron a reír—. Ahora estamos discutiendo el problema de cruzar la frontera —dijo Drew.

—Idaho y Washington tienen una frontera extensa —dijo Mingo.

—La autopista Doce cruza la frontera en Clarkston, Washington —apuntó Arty—. Entre Lewiston, Idaho y Clarkston, Washington. Lewis y Clark. Me siento como si estuviera de nuevo en el colegio. Representamos una obra de teatro sobre Lewis y Clark. <sup>[11]</sup>

—¿Y tú de quién harás, de Sacajawea? <sup>[12]</sup> —preguntó Cat.

—Y nos dirigimos al condado de Lewis —dijo Arty—. Es como un recorrido por la historia estadounidense.

—Hay una carretera al norte del río, en Clarkston, así que no vamos a cruzar la ciudad —dijo Mingo—. Por si hay disparos.

—No habrá disparos —les aseguró Cole—. Vamos a entrar en Washington, no en Irán. Si nos paran, nos paran, pero no dispararemos.

—¿Y si intentan arrestarnos?

—Entonces nos arrestarán. Que se les caiga el pelo por arrestar a soldados estadounidenses. Sería peor si nosotros matáramos a ciudadanos norteamericanos. Sean o no de la Guardia Nacional.

—¿Ésas son las reglas de combate? —dijo Mingo.

—Rotundamente sí —respondió Cole—. Usaremos nuestras armas únicamente en el embalse Chinnereth, y sólo si sabemos que disparamos contra los rebeldes y no podemos evitar hacerlo.

—Demonios, el camión es tuyo entonces —dijo Mingo—. Vaya mierda de reglas de combate. No voy a pudrirme en ninguna cárcel.

—Será una cárcel estadounidense —dijo Benny—. Con televisión por cable.

—Muy bien —preguntó Cole—, ¿quién está dispuesto a ir en el camión, siguiendo esas reglas de combate?

Todos miraron firmemente hacia delante.

—No queremos matar a nadie —dijo Drew—, pero no queremos que ellos puedan disparar y nosotros no.

—No quiero hacerlo solo —dijo Cole.

—No es más que un remolque —repuso Mingo.

—No hace falta que arresten a dos de nosotros —dijo Arty.

—Yo iré contigo —se ofreció Drew—. Pero es territorio del hombre blanco. ¿El este de Washington? Como si fuera Dakota del Norte. Con una cara negra contigo en el camión van a mirar el doble lo que sea que transportes. Buscarán drogas.

—Venga ya —dijo Cole. ¿En qué siglo estaban?

—Nunca has sido negro en Estados Unidos —dijo Cat—. Créeme. Drew y yo viajamos por separado o somos una banda. Llegamos al aeropuerto de Seattle y tenemos que esforzarnos para no parecer traficantes de drogas.

—¿Qué os parece esto? —dijo Load—. El camión viene de Genesee, Idaho, por la utopista Cow Creek<sup>[13]</sup>

—No es exactamente una autopista —dijo Arty —Eso es lo que queremos, ¿no? —preguntó Benny.

—Si no hay nadie en ella, sí —dijo Mingo—. Pero si ponen a alguien, será al típico Barney Fife.<sup>[14]</sup>

—Según el mapa, parece que no lleva a ninguna parte —dijo Cole.

—No, vas por Schlee hasta la carretera de Steptoe y sigues al sur hasta la del río Wawawai.

—¿Qué nombre es ése? —dijo Arty—. ¿Wawawa wawawai?

—¿Dónde es eso, en el Gran Cañón? —dijo Cole—. No hay nada que cruce ese río durante kilómetros.

—Así es —respondió Load—. Hay que retroceder casi hasta Clarkston antes de poder cruzar el río. Pero no estamos haciendo planes para ahorrar gasolina, sino para no ser descubiertos.

—¿Qué llama más la atención, un camión que va por las carreteras principales o un camión que va por carreteras secundarias? —preguntó Cole—. No hay que olvidar que estarán vigilando también desde el aire.

—Tal vez los del camión puedan ir a echar un vistazo —dijo Mingo—. Tantear la situación.

—No habrá una segunda oportunidad —dijo Drew—. La primera vez que lo intentemos será la única. ¿Cómo vamos a echar un vistazo?

—¿Yendo antes en coche? —dijo Arty.

—Eliges un buen lugar para cruzar, pero ¿y si cuando vuelves con el camión el guardia te reconoce? —dijo Drew—. Una sola oportunidad.

—Entonces, quien conduce decide —dijo Arty—. No podemos decidirlo aquí mirando un mapa.

—De acuerdo —respondió Drew—. Cole, cuando estés a punto de cruzar, llámame por el móvil. Si no tengo noticias tuyas en dos horas, entonces echamos mano a las armas que podamos comprar en Washington y seguimos sin ti.

—De acuerdo —contestó Cole—. Lo haré.

—Claro que lo harás —dijo Drew—. Sigues en servicio activo, así que estás

acostumbrado a tragarte la mierda de todo el mundo.

—Es la misión que quiero.

—¿Por qué? —preguntó Arty.

—Cuando Rube y yo salimos del túnel Holland, la Guardia Nacional nos salvó el cuello. Hicieron su trabajo y más. Quiero estar allí para asegurarme de que no herimos a ninguno de sus hombres.

Art puso los ojos en blanco. Cat tosió.

—Un idealista —dijo Drew.

—Un pacifista —dijo Mingo—. ¿Te alistaste en los Cuerpos de Paz y acabaste en Operaciones Especiales por error?

—Sólo se están burlando de ti —dijo Load—. Ninguno de nosotros quiere herir a soldados estadounidenses. Todos estamos de acuerdo contigo. Pero es tu trabajo porque tú eres el más dispuesto a hacerlo. Confiamos en que nos traigas el material.

—Naturalmente, tendrás que cambiar de aspecto —dijo Mingo—. Apareciste en la CNN, así que la gente te reconocerá.

—Salí en el programa de O'Reilly.

—Entonces todavía habrá más que te reconozcan.

—¿Te crece muy rápido la barba? —preguntó Drew.

—¿Y si te tiñes el pelo? —sugirió Arty.

—¿Gafas?

—¿Dientes postizos?

—Os estáis pasando —dijo Cole—. Me dejaré la barba, me oscureceré el pelo. Fue hace un mes. Nadie se acordará ya.

Se dedicaron al asunto más serio de elegir sus armas. Torrent había abierto todo el arsenal para ellos, incluso los prototipos para contrarrestar mecas y aerodeslizadores.

—Tíos, sé que es como una tienda de caramelos —dijo Arty—. Pero tenemos que llevar estas cosas a través del bosque y subirlas a una montaña que parece, joder, tener doce kilómetros de altura.

—Exagerado —le recordó Drew.

—Setenta y cinco kilos a la espalda estimulan la exageración.

—¿Quieres comprar buenas mochilas en Washington? —dijo Drew—. Será más fácil que pasarlas por los aeropuertos.

—¿Podemos quedárnoslas después? —preguntó Benny.

—Si la pagas de tu bolsillo —respondió Mingo.

—Claro que vamos a pagarlas de nuestro bolsillo —dijo Benny—. ¿Crees que van a aceptar una orden de compra del Departamento de Defensa?

Cole cabeceó.

—Llenarán nuestras cuentas con un montón de dinero. Es el Gobierno estadounidense. Posiblemente la única entidad más rica que Aldo Vero.

Así que a Cole le tocó hacerse cargo del remolque. Llevaba todo lo que necesitaban para pasar una semana en el bosque, incluyendo raciones de comida, uniformes, mochilas, armas y munición. Cubriéndolo, un puñado de muebles usados y cajas llenas de menaje de cocina. Parecía que en alguna parte habían vaciado un Goodwill. Si alguien miraba sólo la parte trasera del remolque, bien. Si sacaban unas cuantas cajas y miraban su contenido, bien. Si descargaban las tres primeras capas, bien. Pero si se hacía un registro a fondo, Cole estaba perdido.

Trató de imaginar el camión por las solitarias carreteras secundarias y no le gustó el panorama. Oh, tenía sus historias preparadas: si tomaba por la ruta norte, entonces se trasladaba desde Genesse a Pasco, pero tenía que recoger cosas por el camino en casa de su suegra, en Colton. Si entraba en Washington por Clarkston, entonces seguía siendo ese viaje de Genesse a Pasco, pero podía saltarse lo de la suegra. Incluso tenía el nombre de la suegra: una mujer que sabían que no estaría en casa, con una hija de la edad adecuada para estar casada con Cole. Por si acaso se topaba con un guardia de la localidad.

A pesar de todo, cuando cruzara la frontera cerca de Uniontown, ¿por qué demonios seguir la ruta de Schlee y Steptoe y Wawawai? Respuesta obvia: quería evitar volver a cruzar la frontera. Tal vez se lo tragaran. Pero estaba a un montón de kilómetros de distancia. «Si yo fuera un patrullero y escuchara esa historia, descargaría todo el maldito camión.»

Fue un trayecto solitario. Unas cuantas llamadas de móvil, pero no demasiadas, para verificar que Drew estuviera en Washington y que si había más guardias no parecieran particularmente atentos ni hostiles. La rutina habitual. Sólo que... todo el mundo en el aeropuerto seguía las noticias. En la liga de béisbol los Mariners todavía aspiraban a ganar, más o menos, pero incluso en los bares había más gente viendo la CNN que la ESPN o el partido que estuvieran retransmitiendo.

—Les preocupa, tío —dijo Drew—. Pero con mirarlos no me basta para saber quién quiere que la revolución triunfe y quién quiere que fracase.

—Probablemente la mayoría sólo quiere que todo se acabe.

—A decir verdad, no veo a mucha gente inspirada por el presidente Nielson.

—¿La inspira el Ayuntamiento de Nueva York?

—El alcalde se está comportando como si fuera el nuevo presidente de Estados Unidos —dijo Drew—. La gente se ríe.

—Bueno, eso es buena señal. Pero ya hemos hablado suficiente. Móviles. Alguien podría estar escuchando.

—En el distrito de Columbia me preocupaba —dijo Drew—. No sabía quién estaba haciendo qué y todo el mundo tenía la tecnología al alcance de la mano. ¿Pero aquí? ¿Qué hacen? ¿Escuchan todas las llamadas telefónicas?

—Habla cuando llegue.



Bien, ya estaba en la carretera de Down River, Lewiston. Había escogido un lugar amplio donde aparcar y fingió que necesitaba echar una cabezada. Luego caminó como si quisiera estirar las piernas. Llegó a un sitio desde donde veía el cruce. No estaba mal. Dos tipos de la Guardia Nacional detenían a todo el mundo, pero sólo miraban en el interior de los coches y dejaban pasar a la gente.

Naturalmente, podía ser gente a la que conocían. Pero ésa era la carretera que se convertía en la de Wawawai en la frontera. Había un par de camiones en la cola también. Y éstos los miraron con más atención. Tuvieron que abrir la parte trasera. Cualquier lugar lo suficientemente grande para albergar... bueno, para albergar el tipo de material que transportaba Cole.

De todas formas, nadie descargaba nada.

«Debería ir al norte.» Eso era lo que le habían dicho Drew y Load. Pero antes de marcharse, Mingo se había limitado a decir «Barney Fife» y a sonreír.

«No soy el Ejército estadounidense invadiendo Irán. No soy un terrorista con un camión cargado de explosivos para volar una ciudad o un edificio. Soy un ciudadano americano que va a cruzar un extraño puesto de seguridad donde antes no lo había. ¿De qué he de tener miedo?» Estaba demasiado lejos para ver la cara de los guardias. Si sacaba los binoculares parecería sospechoso. Cruzar por la autopista Doce en plena ciudad no era una buena opción. Montones de gente armada, montones de tráfico, seis coches a la vez, imposible cruzar por allí. Y allí donde estaba no era demasiado tarde todavía para dar media vuelta e ir hacia el norte: si alguien reparaba en él, podía decir que había parado a descansar para decidir si pasarse por casa de su suegra o no.

Suspiró. Se desperezó. Volvió al camión.

Un día muy caluroso. Eso era lo bueno de ir vestido de paisano. Podía llevar pantalones cortos, camiseta y sandalias.

Subió al camión. Se había portado bien cruzando las Rocosas, recorriendo casi cuatro mil kilómetros. Buen camión. Sólo faltaban cuatrocientos kilómetros más.

Llamó a Drew. Tan cerca de la frontera, podían oírle. Así que la llamada fue circunspecta.

—¿Está mamá ahí? —preguntó Cole.

—Durmiendo.

—Pues dile que voy para allá.

Giró la llave. Arrancó de nuevo. El aire acondicionado empezó a funcionar, pero lo apagó y bajó las ventanillas.

Sólo tenía un coche delante. Los dos guardias miraban por las ventanillas. Le dieron paso.

Cole se detuvo ante la señal de stop portátil.

—¿Hay que hacer esto para llegar a Washington, ahora?

—¿Qué pasa? —dijo el guardia—. ¿El aire acondicionado está estropeado?

—Intento ahorrar gasolina. Mudarse ya es bastante caro.

—¿Adónde?

—Voy a Pasco.

—¿A qué dirección?

Cole empezó a charlar. Estuvo tentado de hacer algunas bromas pero se abstuvo. Aquel tipo parecía serio. Era joven, pero definitivamente de la escuela de Barney Fife. Autoritario, como un policía novato. No había tenido que tomar la ruta norte para encontrarse con uno, después de todo.

—¿Y de dónde viene?

—De Genesee.

Le dio la dirección, pero el otro no le estaba escuchando.

—Abra la parte trasera, por favor.

Bueno, era lo rutinario, lo había visto desde la cima de la colina. Bajó y caminó hacia la parte trasera. Mientras tanto, otro coche se detuvo.

El guardia lo señaló.

—Encárgate tú de ése, Jeff.

Así que se quedaron solos Cole y el que estaba al mando. No tenía sentido desear que fuera al revés. No podrían haber metido todo lo que necesitaban cargar en un camión. Ni siquiera en ocho.

—Le he visto en la colina —dijo el guardia.

«Mierda», pensó Cole.

—¿Sí? —respondió.

—¿Decidía si quería o no pasar por aquí?

—Eché una cabezada unos minutos. Luego di un paseo para estirar las piernas.

Cole se permitió parecer un poco a la defensiva, porque calculaba que un ciudadano corriente normalmente lo haría. Pero no le gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

—¿Ya está cansado de conducir, viniendo sólo de Genesee?

—Me he levantado cansado esta mañana —dijo Cole—. Cargué el camión ayer y tengo agujetas.

—No me parece el tipo de individuo que tiene agujetas sólo por cargar un camión —dijo el guardia—. De hecho, parece usted en perfecta forma física.

—Antes hacía pesas —dijo Cole con una sonrisa. Pero el corazón se le encogió. Lo único que no habían tenido en cuenta era que, incluso vestido de civil, parecía militar. Y en pantalones cortos y camiseta, su completa falta de grasa corporal era demasiado evidente.

El guardia se apoyó contra la parte trasera abierta del camión.

—¿Qué voy a encontrar cuando usted y yo descarguemos este camión?

—Muebles espantosos —dijo Cole—. Adornos espantosos en cajas nuevas. La

historia de mi vida.

El guardia siguió mirándolo.

—¿Por qué me está haciendo esto, hombre? —dijo Cole—. Serví en Irak. ¿Tengo que soportar que ahora los uniformes me acosen?

—¿Le estoy acosando? —preguntó el guardia.

Cole se sentó en el guardabarros del camión.

—Haga lo que tenga que hacer.

Otro coche se detuvo tras ellos. Así que Jeff volvería a estar ocupado durante un minuto.

El guardia bajó la rampa de la caja del camión y subió a ella. Empezó a desatar las cuerdas que sujetaban la carga.

Y Cole recordó a Charlie O'Brien, el guardia de la boca del túnel Holland. Aquello había sido mucho más fácil, de soldado a soldado. Ambos respetaban lo que estaba haciendo el otro.

—¿Sabe? —dijo Cole—. Washington no está en guerra con el resto de Estados Unidos.

—Lo sé —respondió el guardia. El extremo de una cuerda cayó sobre los hombros de Cole—. Lo siento.

—El viernes 13 asesinaron al presidente y al vicepresidente y al secretario de Defensa de todos los estados. No importa cuál fuera su tendencia política.

—Eso lo sé —dijo el guardia.

—Entonces... ¿Y si quienes orquestaron todo eso, los asesinatos, dieron la información a los terroristas y luego invadieron Nueva York? ¿Y si el Ejército estadounidense tuviera información fidedigna de que esos tipos están en el estado de Washington? ¿Qué cree que harían?

El guardia dejó lo que estaba haciendo.

—Creo que iría a por ellos.

—Pero el estado de Washington dice que no permite el paso a ningún militar. Lo que significa que si los malos están ya en el estado, la única gente que se queda fuera son los buenos. Suponiendo que usted piense que los asesinos son los malos.

—Y el Ejército estadounidense no quiere lanzar una gran ofensiva para invadir Washington —dijo el guardia—. Quiere algo discreto. ¿Operaciones Especiales?

—Algo así —dijo Cole.

El guardia se quedó quieto un momento.

—Sin embargo, sería muy distinto si esos tipos empezaran a disparar a gente como yo.

—Estarían locos si lo hicieran, ¿verdad? Quiero decir que usted forma parte del Ejército de Estados Unidos, ¿no? ¿Qué es esto, una guerra civil?

—Espero por Dios que no —dijo el guardia—. Nos harían papilla.

—Nadie va a disparar contra la Guardia Nacional de Washington, apuesto mi vida.

—Sí, pero ¿puedo yo apostar la mía?

La pregunta quedó allí flotando.

—Amigo, piénselo —dijo Cole—. Si Operaciones Especiales enviara a un hombre y lo quisiera a usted muerto, ¿cree que no estaría muerto ya?

La mano del guardia se dirigió al arma que llevaba al costado. Pero continuó el movimiento para alcanzar el extremo de la cuerda. Cole la agarró y se la tendió.

El guardia empezó a atar de nuevo el nudo.

—Gracias —dijo Cole.

—Todas esas chorradas que me ha contado son bastante convincentes —dijo el guardia—. Pero lo he visto escrutando desde allá arriba. Sabía lo que estaba buscando.

—Y se ha asegurado de estar solo para inspeccionar mi camión.

—Tenía que saber cómo estaban las cosas —dijo el guardia—. Pero salió un tipo en las noticias hace un mes. Dijo: «Si alguien te dice que apuntes con tu arma a un tío que está haciendo su trabajo, entonces apunta tú al tipo que te dio la orden.» Cole notó que se ruborizaba. Maldición. ¿Lo había reconocido el guardia? ¿Un mes después? ¿Con barba de días y el pelo más oscuro y vestido de paisano? ¿O era simplemente que las palabras que Cole había pronunciado en el programa de O'Reilly habían impresionado a aquel hombre, que no lo había reconocido ni mucho ni poco?

—Me alegro de que viera usted ese programa —dijo Cole.

El nudo quedó atado.

—¿Le falta mucho camino? Apuesto a que no va al centro de Pasco.

—Un poco más allá —contestó Cole.

Metieron juntos la rampa bajo el camión. Luego el guardia le tendió la mano.

—Le agradezco su cooperación, señor.

—Gracias —dijo Cole—. Ha sido un placer conocerle.

Cole regresó a la cabina mientras el guardia volvía junto a Jeff, que acababa de mandar parar un tercer coche.

—¿No vas a hacerlo descargar? —preguntó Jeff.

—He visto claramente hasta el fondo de la caja —respondió el guardia—. No hay ningún motivo para estropearle el día a ese hombre.

Cole arrancó y cerró la puerta. Saludó con la mano al guardia, que devolvió el gesto de saludo y dijo:

—Vaya con Dios.

## 18. Nombramiento

*El problema de las elecciones es que todo aquel que desee tanto un cargo como para presentarse a él probablemente no debería tenerlo. Y todo aquel que no quiera un cargo lo suficiente para presentarse a él probablemente no debería tenerlo tampoco. El encargo de formar Gobierno debería recibirse como un niño recibe un regalo de Navidad, con sorpresa y deleite. En cambio normalmente se recibe como un certificado, como una decepción: nunca parece haber merecido la pena el esfuerzo por conseguirlo.*

Fue una rueda de prensa convocada por sorpresa, con sólo una hora de antelación, y ningún miembro del personal de la presidencia sabía a qué se debía. Ni siquiera se lo había dicho a Sandy o, si lo había hecho, su encogimiento de hombros ligeramente irritado cuando Cecily le dirigió una mirada interrogativa había sido una mentira muy convincente.

Mientras el presidente Nielson se acercaba al estrado, Cecily recordó con tristeza que algo en lo que LaMonte siempre había sido bueno era guardando un secreto. Creía en eso de que cuando le cuentas algo a alguien, a cualquiera, deja de ser un secreto. Trató de imaginar qué estaba pasando fijándose en quién compartía con él el estrado del auditorio, pero como estaban en él todos los miembros del Gabinete que se encontraban en Gettysburg en aquel momento, y además los líderes de las mayorías en el Congreso y el Senado, era evidente que se trataba de un asunto importante. Ellos, al menos, debían saber qué estaba pasando.

Oh. Allí estaba Donald Porter. Debían de haber llegado a un acuerdo para permitir que fuera confirmado en su cargo.

—Gracias por venir habiéndolos avisado con tan poca antelación —dijo el presidente Nielson—. Ayer, mi buen amigo Donald Porter vino a verme y tuvimos una larga conversación. Al cabo de una hora tuve claro que no podría persuadirlo de cambiar su decisión de retirar su nombre de la nominación a la vicepresidencia de Estados Unidos.

LaMonte continuó hablando sobre los años de servicio de Porter, pero Cecily

captaba una manipulación positiva en cuanto la veía. Estaba claro que el impasse en el Congreso por la confirmación de Porter se había convertido en una seria barrera para hacer nada, por no mencionar que era un riesgo para el país, ya que Estados Unidos estaba sin vicepresidente y sin presidente de la Cámara de Representantes, lo cual convertía al senador Stevens, a sus ochenta y cuatro años, en el siguiente en la lista de sucesión. A nadie le gustaba esa situación, y menos que a nadie al propio Stevens, que tenía aún menos interés en asumir la presidencia que LaMonte Nielson en su momento.

Así que habían llegado a un acuerdo que implicaba que Porter tenía que dejarlo. Y tenía que dejarlo todo, porque su sucesor Sarkissian ya había sido confirmado y, puesto que ningún candidato a la Secretaría de Defensa podía pasarse al Congreso, no había ningún puesto en el Gobierno para Porter en esos momentos y, en caso de haberlo habido, habría sido muy poco probable que se lo dieran. Así que de pronto sentía un deseo irresistible de retirarse de la vida pública, posiblemente para dedicarse a escribir e impartir clases.

Sin embargo, la verdadera cuestión era a quién nombraría el presidente Nielson como nuevo candidato a la vicepresidencia. Debía haberlo discutido con los líderes de ambos partidos, y éstos debían haberse mostrado de acuerdo, porque en caso contrario no hubiesen compartido el estrado. ¿Era alguien que estaba allá arriba, o esperaba en un lateral? Costaba creer que alguno de los miembros del Gabinete fuera aceptable. ¿Se trataba de uno de los líderes de las mayorías?

—Como ustedes saben, este cargo me fue impuesto por la Constitución y la acción de los enemigos de esta nación. No lo busqué. Toda mi vida pública he sido un hombre de partido, dispuesto a llegar a acuerdos con miembros del partido de la oposición, pero siempre consciente de en qué bando estaba.

»Lo que Estados Unidos necesita ahora es no tomar partido. No un vicepresidente republicano ni demócrata, sino uno que simbolice y represente la unidad nacional: lo mejor de este país, sin divisiones, sin rencores y con el pleno apoyo de ambos partidos en el Congreso.

»Eso implica, naturalmente, ir más allá del sistema bipartidista, más allá de las filas de quienes han querido ocupar un cargo público. A lo largo de los tres últimos años, primero como asesor habitual del consejero de Seguridad Nacional y luego como su ayudante a tiempo completo y, finalmente, durante el último mes, como consejero él mismo, Averell Torrent ha logrado unos brillantes antecedentes en el servicio público en un momento de crisis nacional.

»Nunca le he preguntado si es republicano o demócrata. Nunca me ha hecho falta. Sirve lealmente a la Constitución y al pueblo estadounidense. Confío en su sabio consejo. No es para quitar mérito a las otras personas que han ocupado el cargo de vicepresidente de Estados Unidos que digo que estoy firmemente convencido de que

nunca ha habido un hombre tan sabio, tan inteligente, con tanta amplitud de miras y tan profundos conocimientos.

»En algunos aspectos, la vicepresidencia es un cargo vacío de contenido. Pero durante el mandato de los últimos presidentes se ha confiado cada vez más en que el vicepresidente supervise aspectos cada vez más importantes del Gobierno. Con la plena y, me atrevo a decir, entusiasta aprobación de los líderes de ambos partidos en ambas cámaras del Congreso les aseguro que continuaré con esa práctica y la llevaré más allá. En cuanto sea confirmado en el cargo, Averell Torrent participará en todas las decisiones que yo tome como presidente (de hecho ya lo hace) y tendrá además mucha autoridad propia, bajo mi dirección, por supuesto. De hecho, ya la tiene.

Dicho esto, el presidente Nielson llamó a Torrent al estrado para que hiciera un breve discurso de aceptación. Apenas dijo nada, grave de aspecto y con una expresión de benigno asombro, como alguien a quien han dado un regalo muy lujoso que en realidad no necesita y que no sabe dónde poner.

Entonces los líderes de los partidos en el Congreso empezaron a hacer preguntas. Torrent no perdió la calma: sus respuestas fueron breves y casi invariablemente invitaba a quien preguntaba a dirigirse al presidente o a los congresistas.

Pero a Cecily le pareció una actuación preparada. No actuaba para la sala, sino para las cámaras. Su voz era tranquila y firme, su rostro sereno, su expresión simpática pero llena de dignidad.

«Ya se está presentando para presidente —pensó Cecily—. Está dando a los votantes la imagen que quieren ver. No podría estar mejor situado. Los dos partidos en el Congreso lo han elegido por consenso. Ha sido nombrado para unir a todas las facciones del país. Es joven, pero no demasiado. Es atractivo, inteligente, pero no empollón ni distante. Mira cómo se ríe del chiste de LaMonte. Su risa es natural, sincera, sonrío con todos los rasgos de la cara. Le brillan los ojos. Pero no es tan guapo como para no parecer de verdad. No es tan brillante como para no parecer abordable. Nunca se ha presentado a ningún cargo pero sabe cómo crear una imagen y la está creando.» ¿Era posible que fuera a presentarse a la presidencia? Por supuesto que sí. Se acercaba agosto, pero las convenciones de los partidos se habían pospuesto a raíz de los sucesos del viernes 13. La convención demócrata sería la primera en celebrarse, a mediados de agosto; la convención republicana se celebraría justo antes del primero de septiembre. Los demócratas tenían a su candidata probable, que estaba a punto de anunciar a su elegido para la vicepresidencia en el momento de los asesinatos; se había contenido porque era difícil saber, hasta que las cosas se tranquilizaran, cómo percibiría la gente a unos candidatos que identificaba con el movimiento progresista del Partido Demócrata. Tal vez necesitara a un compañero candidato mucho más moderado de lo que le hubiese convenido elegir en otras circunstancias.

La nominación republicana no se había cerrado todavía. Y había una posibilidad real de que fuera a ir a parar a Averell Torrent. Todos en la sala lo sabían. El presidente Nielson prácticamente lo había dicho: «Lo que el país necesita ahora es a alguien que una a la gente.» Un moderado. Si esa cualidad era tan deseable en el vicepresidente, iba a ser diez veces más importante para el presidente que sería elegido en noviembre.

Nadie sabía cuál sería la consecuencia política del viernes 13 y la toma de Nueva York por parte de la Restauración Progresista. Hasta ese momento, el presidente Nielson había parecido confuso e impotente, porque, hasta ese momento, no había tenido ninguna opción viable ni había podido ejercer el poder sin consecuencias potencialmente devastadoras. De un golpe, la nominación de Torrent y su aprobación por ambos partidos en el Congreso hacía que Nielson pareciera mucho más efectivo y rebatía de lleno la acusación de la Restauración Progresista de que la Administración republicana estaba formada por un puñado de fanáticos que se cargaban la Constitución.

En resumen, si Torrent era el nuevo rostro del Partido Republicano, ¿estarían tan ansiosas las legislaturas estatales de seguir el impulso de unirse a la Restauración Progresista?

Naturalmente, todo dependía de cómo aguantara Torrent el escrutinio al que los medios lo someterían. Su vida sería investigada y diseccionada. Era muy conveniente que estuviera casado con una mujer tímida pero encantadora y tuviera dos atractivos hijos y una preciosa hija, todos adolescentes: la familia daría una espléndida imagen de estabilidad. Aunque Torrent había recorrido el país dando conferencias e impartiendo seminarios, nunca había habido ni el más mínimo escándalo a causa de pecadillos sexuales. Había heredado un poco de dinero de su familia pero vivía de manera bastante austera y, aunque sus honorarios como orador y docente eran respetables, no eran exorbitantes. No podía considerársele rico para los baremos modernos. Hubieran hecho falta cincuenta Torrents para igualar a Oprah, según las estimaciones generales de Cecily.

A Cecily le gustaba LaMonte y le era muy leal. Así que también se sintió un poco triste. Ese nombramiento dejaba absolutamente claro que LaMonte no tenía ningún deseo de presentarse como presidente en las próximas elecciones. Pasaría a la historia como un presidente de transición. Y Cecily sabía que eso era exactamente lo que esperaba: querría ser recordado como un hombre que cumplió su mandato fielmente y se retiró en cuanto terminó su trabajo.

Con toda probabilidad, regresaría a la Cámara. Las nuevas leyes de sucesión presidencial no requerían necesariamente que renunciara a su escaño, y Cecily trató de recordar si lo había hecho o no. Creía que no. En aquellos momentos de crisis, nadie exigía todavía elecciones parciales en Idaho. O tal vez él ya hubiese hecho



saber discretamente que su nombre aparecería en las papeletas en noviembre... una vez más como candidato al Congreso. Nadie iba a atreverse a presentarse como candidato opositor ni a tratar de sustituirlo.

Así que todo el mundo contento, en realidad. El país estaba mejor. LaMonte posiblemente había cambiado el impulso y la dirección del estado de ánimo nacional.

Ahora todo lo que hacía falta era que el grupo de Rube encontrara la pistola humeante: el lugar donde se habían fabricado todas aquellas armas de la Restauración Progresista, donde habían sido entrenados sus soldados. Y tal vez, sólo tal vez, pruebas de que los rebeldes estaban preparados para aprovecharse del viernes 13 porque ellos lo habían planeado. Ésa era la acusación de la ultraderecha, que casi todos los demás descartaban por absurda. Cecily sabía que, como los traidores obviamente habían tenido un contacto en la Casa Blanca y el Pentágono, lo fácil era suponer que la traición procedía de la derecha, no de la izquierda, el campo opuesto de la Restauración Progresista.

Pero ella sabía que no era así. Los detalles escabrosos del asesinato de Reuben a manos de su secretaria habían pasado por las tradicionales tonterías de los medios: acusaciones de que su secretaria probablemente lo había asesinado porque estaban liados, o porque él se había retirado de la conspiración en el último momento y tratado de salvar al presidente. Cecily hizo cuanto pudo por ignorar esas cosas, porque no quería que la desquiciaran y no podía hacer nada por impedir las.

Sabía que el FBI había descubierto que, aunque DeeNee nunca había hecho nada ilegal ni cuestionable siquiera (o de otro modo nunca hubiese podido trabajar en el Pentágono), sus amigos de la universidad la recordaban como una ferviente radical de izquierdas, incluso para la media de los departamentos de inglés de la universidad estadounidense. El FBI no encontró relación alguna con ningún movimiento concreto (DeeNee no era militante de nada), pero era imposible pretender que la conspiración de la que había formado parte fuera cosa de la derecha. Pero como el informe del asesinato de Reuben estaba unido a los asesinatos del viernes 13, no se había hecho público nada. Cecily sólo lo sabía porque LaMonte se lo había dicho.

—No voy a hacerlo público y espero que respetes esa decisión —había dicho LaMonte—. Si se filtra la noticia de que ella era una universitaria izquierdista, se interpretará como un intento por parte de mi Administración de echarle la culpa del viernes 13 a la izquierda, o sea, a los demócratas. Sólo serviría para causar más divisiones. Cuando tengamos todas las respuestas, entonces lo publicaremos y al diablo con las consecuencias. Pero hasta entonces, Cecily, deja que farfullen en televisión y no permitas que esas tonterías te molesten. La verdad saldrá a la luz a su debido tiempo, y tu marido será reconocido como el héroe y patriota y mártir que fue.

Pero LaMonte probablemente no sería presidente cuando estuviera listo el informe definitivo. Sería otra persona. Si era la candidata demócrata, Cecily tenía

poca fe en que permitiera que un informe que implicaba a alguien de la izquierda viera jamás la luz del día. Tal vez fuese Torrent. Pero ¿permitiría él que el informe de la discordia fuera publicado cuando intentaba unir todas las facciones?

Sin embargo, Torrent era lo bastante atrevido como para usar al grupo de Reuben como fuerza de combate para atacar a los rebeldes en algunas de sus guaridas. Tal vez fuera lo bastante sabio para considerar la verdad demostrable el mejor camino hacia la reconciliación.

Cecily depositó sus esperanzas en Cole y los amigos de Reuben. Si Torrent tenía razón y aquellas represas de Washington eran la fortaleza de los rebeldes, tal vez encontrarán allí las pruebas de quién era responsable del viernes 13... y del asesinato de Reuben. Reuben sería completamente exonerado. Sus hijos crecerían sin que su padre estuviera manchado por la acusación de traición, y se sentirían orgullosos de él.

La rueda de prensa terminó. Pero los pensamientos de Cecily le habían hecho recorrer un camino emocional del que normalmente permanecía apartada. Sólo podía pensar en Reuben.

Sandy fue a verla cuando los periodistas se marcharon corriendo a enviar sus crónicas o se colocaron delante de la «Casa Blanca de Gettysburg» para transmitir su noticia. Vio que Cecily trataba de contener las lágrimas y dijo:

—Querida, sé que no te ha conmovido el nombramiento de Torrent.

—No, no —respondió Cecily—. Es por Reuben, eso es todo.

—Apenas te has concedido una oportunidad para llorarlo.

—El trabajo es la cura. Estaba pensando en nuestros hijos y en cómo vería el mundo a su padre cuando crecieran.

—El mundo lo honrará, o el mundo puede irse a hacer gárgaras —dijo Sandy—. Mientras tanto, date un respiro. Hoy nadie va a trabajar en serio, todo serán rumores y especulaciones. Es el día de los sabihondos sensacionalistas, pertenezcan o no al personal presidencial. Vete a casa y vuelve mañana.

Era un buen consejo. Pero cuando Sandy decía vete a casa quería decir una cosa y, para Cecily, significaba otra.

Difícilmente podía ir a la casita donde tía Margaret cuidaba a los niños: lo último que necesitaban era ver a su madre devastada emocionalmente.

Así que subió al coche y salió de la zona segura y condujo por la autopista Quince hasta Leesburg, y luego siguió por la carretera Siete a través de los familiares paisajes del condado de Loudoun. Había estado tan enfrascada en la guerra que libraban que casi había olvidado que la mayor parte de Estados Unidos no sabía que estuvieran librando una. La gente podía ser plenamente consciente y estar preocupada por el hecho de que la ciudad de Nueva York y el estado de Vermont no estuvieran bajo la autoridad activa del Gobierno, de que el estado de Washington fuera como mucho neutral, de que otros estados pudieran unirse a la rebelión (o la «restauración») y, sin

duda, no eran indiferentes al respecto. Pero iban a trabajar y cumplían sus obligaciones, compraban en los centros comerciales, comían en los restaurantes, veían los programas sensacionalistas de verano o iban a ver las películas taquilleras de la temporada. Cecily se preguntó brevemente si los hechos recientes habrían aumentado la audiencia de una de las series favoritas de Reuben y suya, 24, o si la habrían hundido. ¿Se parecía el argumento demasiado a la dolorosa realidad para que la gente lo disfrutara? ¿O sus planteamientos, a veces tan retorcidos, habían quedado demostrados por hechos aún menos probables que las conspiraciones de la serie?

Cuando 24 volviera a antena, la gente se habría calmado por lo del viernes 13. El programa seguiría siendo un éxito. Seguiría habiendo hordas dispuestas a humillarse por tener una oportunidad de salir en televisión, en American Idol. La liga de fútbol seguiría siendo más importante para un montón de estadounidenses que las elecciones presidenciales. Una de las grandes cosas de la democracia era que también eras libre de ignorar al Gobierno si querías.

La casa estaba cerrada. Intacta. Cecily lo había dispuesto para que le enviaran la correspondencia a su oficina de Gettysburg y había pagado todas las facturas: el aire acondicionado funcionaba y todavía había agua corriente.

No, intacta no, después de todo. Había entrado en el dormitorio alguien que... No, Cecily sabía por qué motivo el armario y varios cajones estaban abiertos. Cole le había dicho que los agentes del Servicio Secreto habían enviado a alguien a su casa y al apartamento del propio Cole para recoger uniformes, ropa interior y útiles de aseo para él y Reuben la última noche de vida de su esposo. Los agentes del Servicio Secreto que habían estado dispuestos a morir para proteger a su marido y que casi lo habían hecho: ambos habían resultado gravemente heridos en la lucha, pero habían salido ya del hospital y era de suponer que habían vuelto al trabajo, sin duda en los despachos hasta que su recuperación fuera completa. Ella los había visitado en el hospital y les había dado las gracias por intentar salvar a su marido, y por salvar a Cole, pero seguían avergonzados de que DeeNee los hubiera sorprendido de aquella manera con su 22.

Cecily retiró la colcha de la cama, se quitó los zapatos y se metió entre las sábanas. Había oído que a veces el olor de un ser querido se queda en las sábanas, en la ropa, pero o bien el tiempo había borrado cualquier olor o simplemente era demasiado familiar para que ella lo detectara. Lloró un rato por eso. Pero también hubiese llorado si los olores hubieran permanecido allí. «Ya era hora de que llorase», se dijo mientras sollozaba.

Y dejó de llorar, al menos por el momento. Se levantó y bajó a la planta baja y entró en la cocina y se puso a vaciar el frigorífico de comida pasada. Allí no había escasez de olores. Sacó las bolsas de basura de la casa y las echó en los grandes cubos de plástico de detrás del garaje. Esperaba que los cubos estuvieran también

lentos de basura apestosa, pero algún vecino debía de haberlos llevado a la acera el día de recogida y se los había devuelto. Cecily dudó en echar las bolsas al cubo porque no tenía ninguna intención de estar allí el día de recogida de la basura, pero a lo mejor el vecino lo comprobaría. O tal vez no. Mejor dejar la basura allí que apestando en la cocina.

¿No estaban las bicis de los niños en el jardín? No, les había hecho guardarlas en el garaje antes de marcharse. ¿No? Lo comprobó y allí estaban, así que seguramente lo había hecho: los vecinos no tenían las llaves para entrar y guardar las cosas. No era esa clase de barrio. Cecily era una de las pocas madres que estaba en casa durante el día.

«Quiero volver a estar en casa con mis niños», pensó. Y luego lo susurró:

—Quiero volver a estar en casa.

Pero no de momento. No hasta que hubiera terminado el trabajo que estaba haciendo. Quedaban pruebas que recoger. Más piezas que encajar en el mosaico.

Lo cual la hizo pensar en la «oficina»: una habitación que había en la mitad terminada del sótano donde llevaba las cuentas y guardaba todos los libros y trabajos de Reuben de la universidad. No había nada clasificado ni secreto, nada que no estuviera impreso o en el ordenador familiar. El portátil de la oficina era más de Cecily que de él. Allí era donde controlaba las finanzas familiares y pagaba las facturas online.

Entró en la habitación y encendió la luz. Alguien había estado allí también. El portátil había desaparecido.

Bueno, eso no era ninguna sorpresa. No habrían perseguido tan implacablemente a Cole en busca de la PDA sin buscar también otros sitios donde Reuben pudiera haber guardado sus datos. Pero tenía que alabar a los ladrones por su limpieza. Si habían registrado el resto de los papeles o la casa entera, habían vuelto a ponerlo todo en su sitio de manera tan ordenada que ni se notaba.

Y tal vez había sido el Servicio Secreto el que se había llevado el ordenador. Tal vez lo tenían y se lo devolverían para que pudiera volver a poner al día sus cuentas.

Abrió el cajón del archivador que contenía los papeles de Reuben. No había muchos de los últimos años: todo lo que hacía era tan confidencial que no había ninguna posibilidad de que guardara las cosas en casa. Pero sus trabajos de estudiante estaban todos allí. Los ensayos que había escrito para las clases. Su tesis, naturalmente. Y todos los apuntes de todas sus clases, escritos en persa y perfectamente clasificados.

Sus apuntes siempre le habían parecido hermosos e imponentes. Como el persa se escribe en alfabeto árabe, estaban redactados de derecha a izquierda, con palabras que parecían indistinguibles: cada letra fluía hasta la siguiente y muchas diferencias importantes dependían completamente de los puntos y los signos diacríticos que

rodeaban las letras. A alguien que no conociera el alfabeto le parecía más arte que lenguaje. Pero Cecily había aprendido el alfabeto árabe y reconocía muchas palabras en persa nada más verlas.

Suficientes, de hecho, para identificar qué clase de documentos contenía cada clasificador. En el encabezamiento llevaban el nombre de la asignatura y el del profesor, normalmente en caracteres romanos, aunque a veces no. Cecily notó enseguida que los escritos en persa eran palabras traducibles. Sin duda Reuben se divertía pensando en los profesores llamándolos por la traducción al persa de sus apellidos.

«Torrent» era traducible. ¿Cuál era la asignatura de Torrent? No tenía forma de saberlo: la palabra «torrente» no aparecía mucho en los archivos de la PDA de Reuben. Ella no hablaba persa. Lo dominaba más bien como un estudiante graduado domina una lengua extranjera: sabía exactamente lo que le hacía falta para leer un conjunto concreto de documentos y ni una pizca más.

Pero quería saber qué había escrito Reuben sobre la clase de Torrent. Y cuando los muchachos volvieran de Chinnereth y Genesseret, podrían ayudarla a traducirlo.

Si volvían.

No podía pensar así. Eran soldados, igual que lo había sido Reuben. Eran cuidadosos, estaban perfectamente entrenados y eran duros de pelar. Sólo podrían matarlos a traición, como habían hecho con Reuben.

Traición. «Una extraña palabra —pensó—. ¿Qué es un traidor? ¿Cómo se traiciona? Qué extraña palabra. ¿Hay una escuela de traición?» Se rio de su propio chiste y entonces advirtió que, sin Reuben, no tenía a nadie a quien contárselo. El se hubiera echado a reír y probablemente habría continuado con la broma, buscando una rima entre traición y tradición e inventando una palabra nueva. «Nuestros chicos tienen unos maestros perfectamente "traicionales" este año en el colegio. Llevarán esa enseña "traicional" a clase.» Se habría convertido en un chiste familiar. «¿Qué ha habido de "traicional" hoy en el colegio?» «Ninguno de mis maestros sería condenado por "traicional", papá. Por falta de pruebas.» Y así años.

Pero ya no.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Sacó todos los clasificadores que no tenían el nombre del profesor escrito en caracteres romanos y se los llevó al coche. Averiguaría qué le enseñaba Torrent a Reuben. Y, conociendo a Reuben, habría escrito también sus opiniones sobre su profesor.

Sólo cuando cruzaba de regreso el puente de Leesburg se le hizo evidente la relación entre traición y Torrent.

Al principio lo descartó. Luego siguió dándole vueltas.

¿No había sido a causa de Torrent que Reuben había sido reclutado para trabajar con Phillips en sus proyectos clandestinos? Torrent ya estaba bien relacionado en

Washington, incluso entonces. Recordó a Reuben hablando de cómo los tipos que lo habían reclutado eran probablemente aquellos a los que Torrent había aludido. Pero recordó con claridad que Reuben había dicho «probablemente». Nadie se había presentado abiertamente como enviado suyo. Reuben se lo había comentado porque Torrent le había dicho que aquellos hombres mencionarían su nombre. Incluso había dicho que pretendía que Torrent le confirmara si los tipos eran aquellos de los que le había hablado.

«¿Lo hizo? ¿O decidió no molestar al gran hombre? ¿O lo intentó, pero Torrent no se molestó en contestar?» Aunque el punto de contacto entre Reuben y Phillips hubiera sido Torrent, eso no implicaba que Torrent tuviera nada que ver con sus actividades. Alguien podría haber dicho «estamos buscando a un hombre en quien confiar para que haga esto y aquello» y Torrent, simplemente, haber recomendado a Reuben.

«Traición», pensó. No dejaba de pensar en traición. No dejaba de pensar en DeeNee. Había trabajado con Reuben años, conocía sus secretos, lo había ayudado a mantener en secreto su trabajo clandestino. ¿Hasta dónde alcanzaba la conspiración?

La información de la PDA formaba parte de los datos que Torrent había usado para deducir dónde tenía que estar la guarnición secreta de Aldo Vero. Pero ¿y si no había sido mera deducción? ¿Y si Torrent formaba parte de todo aquello?

¿Cómo podía ser? Había estado enviando al grupo a misiones que implicaban eliminar aerodeslizadores y derribar mecas y tratar de encontrar armas de PEM. Trabajaba contra los rebeldes.

¿O era parte del plan de Torrent dejar claro que estaba decididamente de parte de la Constitución para poder llegar exactamente donde estaba? Era el futuro vicepresidente y tenía muchas posibilidades de ser nominado para presidente.

No, no. Habría sido demasiado retorcido. Torrent les había expuesto el razonamiento que lo había llevado a aquellos embalses de Washington.

Se lo enseñó. Lo demostró. Dejó la pista clara. Conocía su ubicación desde el principio, pero no podía dársela hasta que hubieran recopilado suficiente información para poder exponer un camino racional hacia una conclusión.

No había ninguna prueba de ello. Probablemente no era cierto. Probablemente.

Pero si lo era, ¿en qué misión se habían embarcado Cole y Load y Benny y Mingo y todos los demás? ¿Qué estaban haciendo realmente? ¿Era una caza absurda? Si Torrent era sincero y realmente había deducido el emplazamiento tal como decía, entonces era bastante probable que fuera un error y no encontraran nada.

Si era cierto, y Aldo Vero (o alguien) tenía un arsenal y una guarnición subterránea en aquellas montañas, entonces, ¿había enviado al grupo a una trampa? ¿Los había utilizado para sus propósitos y ya no los necesitaba? ¿Estaba planeando que los mataran y hacer público el incidente para desacreditar al presidente Nielson y

empujar más al país hacia la Restauración Progresista?

No, no podía ser. Porque Torrent había unido su suerte a la del presidente Nielson. No era que se hubiera vuelto un republicano convencido (todavía era imparcial en eso), pero se había declarado a favor de la Constitución y en contra de los rebeldes. Además, si la misión a Chinnereth llevaba al desprestigio, sería también un desprestigio para Torrent. Sus huellas dactilares estaban por toda la misión.

Hizo otra conexión mental. ¿Era posible que tanto Torrent como el general Alton fueran agentes provocadores, parte de la conspiración rebelde con la misión de destruir el Gobierno constitucional poniéndolo en evidencia y proporcionando justificaciones para la Restauración Progresista?

Lo veía todo bajo una nueva luz. O tal vez bajo una nueva oscuridad. Era demasiado retorcido. Muchísimas cosas podían salir mal con un plan semejante. No haces que tu revolución dependa de las acciones de personas que son, esencialmente, actores.

«No, actores no. Topos. Los servicios de espionaje lo hacen continuamente.» A pesar de todo, no podía creer que Torrent fuera una especie de chivo expiatorio representando un papel. Tal como Cole lo contaba, el general Alton había sido tan poco sutil que casi con toda certeza estaba representando un papel: eso era lo que todos suponían. Su misión era conseguir que LaMonte cometiera el error de declarar la ley marcial sin el apoyo del Ejército pero creyendo que lo tenía. ¿Estaba Torrent representando también un papel?

¿Se estaba sacrificando para colocarse en posición de presentarse a la presidencia exactamente en el momento en que promovía el incidente que podía causar el desastre de aquel Gobierno?

Bueno... sí, tal vez. ¿Quién podía saberlo? Ser el vicepresidente recién nombrado haría su respaldo al provocador incidente en Washington mucho más dañino para el presidente Nielson y los constitucionalistas en general.

Las manos le temblaban al volante. «No sé nada de esto —pensó—. No es cierto. Es absurdo. Torrent es brillante. También está muy convencido de sus propios puntos de vista y opiniones, y ahí están los libros para demostrarlo. Es simplemente increíble que se sacrifique por la ambición de otra persona. A menos que sea un fiel creyente en la causa. DeeNee desde luego nunca dio el menor indicio de su profundo odio por todo lo militar y/o conservador. Pero claro, DeeNee mantuvo el secreto no hablando nunca de sí misma ni de sus puntos de vista sobre nada. Torrent no para de hablar. ¿Ha sido todo mentira? ¿Y cuándo empezó?» No era posible.

«Vale, es posible, pero difícil de creer»

No podía ir a preguntarle: «Por cierto, ¿es usted un traidor? ¿Va a traicionar a los leales amigos de mi marido, a esos buenos soldados?» Si formaba parte de la conspiración, entonces había actuado de manera brillante. Los había engañado a

todos. Si pertenecía al movimiento rebelde, entonces parte de su actuación había sido ordenar misiones que condujeran a la muerte a muchos soldados rebeldes y chafaran muchos de sus planes.

Ya puestos, ¿por qué no creer también que Cole y los demás estaban implicados en la conspiración y que no habían matado a nadie en realidad sino que habían fingido las batallas y falseado las pruebas y...

Ese camino conducía a la locura. Ella sabía que era lo contrario. Conocía a esos hombres, sabía cómo los había conocido Reuben y no había ningún doble juego en ellos.

Torrent era sin duda exactamente lo que parecía: un brillante catedrático de historia al que habían confiado la oportunidad de ayudar a escribir la historia durante una época de crisis nacional con cuya causa no tenía nada que ver.

Pero mientras conducía hacia Gettysburg, empezó a trazar su propio plan. No esperaría: buscaría a alguien que supiera persa en Gettysburg para que le ayudara a identificar los apuntes de las clases de Torrent y los tradujera inmediatamente. Tal vez sacara algo de las notas de Reuben que tranquilizara su mente o le diera pistas que seguir, como habían hecho los archivos de la PDA.

E investigaría la vida del propio Torrent. Averiguaría a quién conocía. Quién había asistido a sus clases. Quién había patrocinado y asistido a sus conferencias. La prensa estaría haciendo aquella misma investigación, pero ella sabía algo sobre la pereza de los periodistas, sobre su tendencia a encontrar sólo lo que ya estaban buscando. No podía contar con que descubrieran nada, estuviera allí o no. Lo encontraría ella misma.



## 19. Chinnereth

El ocultamiento y la defensa activa no son estrategias compatibles.

Antes de estar lo suficientemente cerca de Chinnereth y Genesseret para tener que dejar de usar los móviles, Load les informó a todos de lo que había visto durante su primera observación. Las carreteras comarcales Veinte y Veintiuno estaban valladas a causa de la presa y era necesaria una tarjeta electrónica para pasar. Pero no así la carretera Cuarenta y ocho.

—Lo cual es extraño —dijo Load—, porque zigzaguea por toda la montaña y la 4280 la atraviesa y la rodea por encima de Chinnereth. Nada de lo que hagas en Chinnereth queda completamente oculto a alguien que esté en la 4280.

—No es extraño si allí no hay más que un par de presas —contestó Cole.

—Sólo que tendrían que construir presas altísimas y carísimas para contener la cantidad de agua que cabe en esos embalses —dijo Load.

—O bien no están allí o creen que su escondite es tan bueno que no entraña peligro alguno que los observen.

—O tienen patrullas para asegurarse de que nadie que vea algo viva para contarlos.

—¿Qué te parece, entonces? —dijo Cole—. ¿Entramos de noche, cuando esté oscuro? ¿O seguimos haciéndonos pasar por turistas como habíamos planeado?

—Tú decides.

—¿Por qué yo? —dijo Cole—. Es nuestra misión, no sólo la mía.

Load no respondió.

—Todos hemos dirigido misiones.

—Tú estás en servicio activo —dijo Load—. Y eres el que eligió Rube.

—Ni siquiera me conocía —replicó Cole—. Estuvimos juntos tres días.

—Pero nosotros ya te conocemos —dijo Load—. Votamos para que fueras nuestro abun.

Quería decir «padre» en árabe, pero había adquirido el significado de «jefe» entre los soldados de Operaciones Especiales que se infiltraban en Oriente Medio.

Cole no perdió el tiempo discutiendo puesto que, en cualquier caso, estaba hablando sólo con uno de los del grupo.

—Creo que lo haremos al oscurecer —dijo—. Con un poco de luz que ya habrá desaparecido cuando descarguemos el camión. Vosotros siete entráis en dos coches. Nos encontraremos en la Cuarenta y ocho para descargar el material. No queremos que la zona parezca un aparcamiento, ni tener que llevar este remolque por una carretera de curvas. Entra tú primero, Load, y elige el sitio, apartado de la vista de los valles de las represas.

—¿Y tú entrarás justo antes de que anochezca?

—Sin luces, en cuanto llegue a la carretera.

—Si alguien te pregunta —dijo Load—, vas camino del lago Hager y Jennings Falls.

—¿Con un camión lleno de muebles y platos?

—Diles que tus amigos llevan los aparejos de pesca y las cámaras.

—Mi plan es no llamar la atención —dijo Cole.

—Síguelo. Es mejor plan.

Cole había calculado bien el tiempo. El sol se hundió pronto tras las montañas, pero había suficiente luz en el cielo cuando encontró el acceso a la carretera Cuarenta y ocho y se internó en ella. Otros coches habían encendido los faros, pero no llamaba la atención que él no lo hubiera hecho todavía.

Le preocupó un poco una señal que advertía que la carretera era peligrosa, estrecha, que estaba llena de curvas y sin asfaltar. Pero con suerte no tendría que llegar a ninguna curva cerrada.

El camión avanzaba lentamente hacia la primera curva y allí estaba Load, saludándolo como si fuera un viejo amigo de pesca. Pero luego tuvo que hacer la peligrosa maniobra de continuar recto cuando la carretera se curvaba, ir marcha atrás hasta la parte más elevada de la curva y hacer un giro que daba miedo para que el camión apuntara montaña abajo con la parte trasera hacia los árboles. Varias veces le pareció que el camión iba a volcar, lo que hubiera sido un desastre. Pero finalmente lo consiguió.

Aprovecharon los últimos minutos de luz para descargar los muebles y las cajas, sacar las armas y ocultarlas en el bosque. Después, con una linterna encendida dentro del camión y unas cuantas maldiciones, volvieron a cargar todos los muebles y las cajas para que no resultara tan evidente para un guardia forestal curioso o un explorador rebelde que el material importante ya había sido sacado del camión y que a nadie le importaba un pimiento el resto.

Entonces, en la oscuridad, se pusieron los uniformes de camuflaje y guardaron en grandes bolsas herméticas su ropa de paisano. Se pusieron chalecos y mochilas, cargaron y comprobaron las armas y, luego, subiendo por la carretera, escogieron puntos distintos para esconder la ropa y los memorizaron.

—Por si regresamos con vida —dijo Arty alegremente.

—A veces tu sentido del humor tiene gracia y todo —dijo Benny—. Espero estar aquí la próxima vez que digas una de las tuyas.

Después de eso guardaron silencio, a excepción del ocasional chasquido de lengua para atraer la atención hacia algo: un giro, un obstáculo en la ruta. Se mantuvieron cerca de los árboles. Una rendija de luna ofrecía luz suficiente para que vieran por dónde iban, pero eso también significaba que podían verlos a ellos. Sin embargo se quedaron en la carretera, ya en que en la oscuridad todo lo que podrían

hacer entre los árboles sería tropezar. Las linternas quedaban descartadas. Si había centinelas en alguna parte, las linternas los alertarían como las luces parpadeantes de las alas de los aviones.

En la tercera curva cerrada, un sendero se desviaba hacia el suroeste: la carretera 4280. La siguieron rodeando la montaña durante casi un kilómetro y medio. En el silencio de la noche oyeron una cascada a sus pies, aunque el bosque era demasiado denso para localizar la superficie del embalse, que sabían que tenía que estar más abajo. Tras otro par de curvas cerradas, cuando llegaron a la tercera, dejaron por fin la carretera y se internaron sólo un docena de metros entre los árboles, con la carretera a cada lado.

El terreno era empinado; encontraron el lugar más llano. Cole, cuyo despertador ya estaba en modo vibración, asignó a Mingo y Benny la primera guardia, Mingo pendiente arriba, Benny cuesta abajo.

Tres horas más tarde, el despertador de Cole vibró. A su vez, él despertó a Drew y juntos fueron a relevar a Mingo. Tras dejar a Drew en el lugar de Mingo, Cole y éste fueron a relevar a Benny. Cole se quedó de guardia mientras Mingo y Benny volvían al campamento para dormir.

Otras tres horas. Sólo soplabla una leve brisa de vez en cuando, pero era fría: tan arriba en la montaña, julio no era igual que en las tierras bajas. Pero iban preparados.

Había cosas que ver e incluso que oler, pero Cole sobre todo escuchaba. Tenía que familiarizarse con los sonidos naturales para distinguir los que no lo eran. Los animales no son tan silenciosos como piensa la mayoría de la gente. Los humanos no los oyen porque el ruido que ellos mismos arman ahoga cualquier otro sonido. Pero las ardillas no se mueven silenciosas entre la maleza o las hojas. El ulular de un búho, el chillido de una presa pequeña, las pisadas de un animal en la noche.

Algo más grande. Probablemente un puerco espín, pensó Cole. Fuera lo que fuese, se acercó lo suficiente para captar el olor de Cole; luego se marchó en dirección contraria.

El despertador volvió a zumbiar. Las noches de verano eran breves en esa latitud (de unas nueve horas), pero todavía estaba oscuro. No habían tardado tanto en subir por la carretera.

Cole regresó al campamento y despertó a Cat y Babe. Esa noche Arty y Load tenían descanso completo, aunque Cole ya sabía a aquellas alturas que el sueño de Arty nunca era demasiado profundo. Babe le había dicho un día que Arty pasaba la mayoría de las noches reviviendo oscuros pasajes a través de los túneles de Al Qaeda en Afganistán. Nunca se despertaba gritando, pero dormía en constante estado de alerta, como si en sueños supiera que podía encontrar a un enemigo acechando en alguna oquedad.

—Antes del alba —les recordó a Cat y Babe. Ellos fueron y relevaron primero a

Drew; Cat se quedó y Drew fue con Babe al puesto situado colina abajo antes de regresar al campamento.

La guardia duró menos de tres horas. Antes del alba significaba el primer atisbo de luz en el cielo oriental. Pero Cole aprovechó para dormir un poco más. Los soldados aprenden a dormir cada vez que tienen ocasión. Como cualquier otra persona, necesitan ocho horas o más para estar en óptimas condiciones. Pero en presencia del enemigo (como, por lo que sabían, estaban) la adrenalina compensa la falta de sueño. Además, incluso a la mitad de su estado de alerta máximo, Cole sabía que aquellos soldados eran más eficaces que la mayoría de la gente. Lo suficiente para seguir vivos a pesar de todo lo que les habían arrojado sus enemigos en el pasado.

Crearon un depósito de armas a treinta metros de la carretera y dejaron allí las piezas más pesadas. Cole asignó a Drew y Babe para que se quedaran en el depósito. Todos los demás llevaban rifle de francotirador y pistola, raciones, munición y otros suministros.

También llevaban los transmisores de infrasonido que Torrent les había conseguido. Usaban una señal digital, pero las ondas de sonido eran demasiado graves para ser detectadas por el oído humano. Era como el grito de un gigante. Los elefantes usan sonidos muy graves para comunicarse entre sí a kilómetros de distancia. Encendieron los receptores, pero no encenderían los transmisores hasta que la señal portadora fuera realmente necesaria. No hacía falta lanzar tonos graves por toda la montaña a no ser en caso de necesidad. Además, los mecas capturados tenían una versión de la misma tecnología. La mejor suposición era que su equipo funcionaba en un tono tan distinto del nuevo sistema del Ejército que no podrían detectar las transmisiones del jeesh. Pero no había ninguna garantía de ello.

Se desplegaron, sin alejarse mucho para no perder la pista del hombre que tenían delante, pero nunca demasiado cerca para caer todos a la vez en una misma trampa. Había una torre de vigilancia en la cima de la montaña, entre los embalses, pero parecía vacía. Sin embargo, podía contener cámaras. Cole y los demás sabían cómo no ser vistos desde aquel ángulo... y también que no debían dar por sentado que era el único punto de observación.

La pendiente y los árboles de esa orilla del Chinnereth les permitían observar la ribera opuesta pero no la suya propia. Desde luego, en la otra orilla no había nada interesante. Si los árboles habían sido talados hasta la altura máxima del nivel del agua, entonces el embalse estaba unos tres palmos por debajo de su tope, lo normal a principios de verano en esa zona. Sin embargo, cuando las turbinas empezaran a funcionar para generar electricidad, el embalse se vaciaría lenta pero incesantemente a lo largo de todo el verano, y a Cole no le pareció que el flujo fuera lo bastante abundante para reabastecer el embalse si había una desecación constante.

Aquella presa no tenía sentido. La pendiente del cañón era tan inclinada que la presa tenía que ser muy alta para contener suficiente agua y crear un embalse aceptable. Sin embargo, sólo tenía siete kilómetros por cinco de ancho. Cole sabía por el mapa que el Genesseret era aún más pequeño, de tres kilómetros de largo.

Era un despilfarro. El Gobierno federal había pagado aquel proyecto que nunca se amortizaría. Tampoco generaría suficiente electricidad si además tenía que suministrar agua a alguna población. Aquél era exactamente la clase de proyecto que los ecologistas solían cargarse. Les hubiera sido fácil paralizarlo porque la presa era indefendible.

No había ningún otro signo de desarrollo aparte de la presa en sí. La antigua carretera Veintiuno estaba bajo el agua y, si habían construido una nueva tenía que estar en aquel lado de la represa, ya que no se veía en el otro.

Habrían avanzado mucho más rápido bajando la empinada cuesta, entre la orilla y los árboles, pero se hubiesen expuesto a que los viera cualquiera. No querían que los detectaran. Así que avanzaban despacio por el bosque, rodeando durante kilómetros el Chinnereth, para subir luego la montaña entre los embalses y bajar nuevamente para contemplar el Genesseret e ir lo bastante lejos para inspeccionar todas sus orillas. Y luego regresar al depósito de armas y, si no encontraban nada, volver a guardarlo todo y regresar a casa.

Había una isla en medio del Chinnereth, lo que antaño debía de haber sido la cima redondeada de una colina baja. Allí vio Cole la única estructura visible hecha por la mano del hombre aparte de la presa. Era una cabaña que podría haber sido en su momento una estación forestal o, posiblemente, la cabaña de verano de alguien. Parecía fabricada con troncos de la zona unidos al estilo de la cabaña de Lincoln. Era imposible saber si era posterior a la presa o si tenía treinta años de antigüedad. Desde luego, no era mucho más vieja, y tal vez no estuviera abandonada: había cristales en las ventanas.

Cerca de la orilla había un pequeño embarcadero con una escala corta. No era un embarcadero flotante: no estaba pensado para los cambios de nivel del agua. Era como si el constructor esperara que el embalse estuviera siempre lleno.

No tenía sentido que hubieran construido el embarcadero antes que la presa. Pero en la cabaña no parecía que pudieran caber muchos mecas, ni siquiera en el sótano. Y aunque hubiesen cabido esas cosas, ¿cómo las cargaban en barcazas en aquel embarcadero diminuto?

Aunque se detenían frecuentemente para escuchar y observar, avanzaron a buen ritmo entre los árboles; se turnaron en la vanguardia y la retaguardia y, de vez en cuando, hablaban en voz baja y hacían observaciones y se pasaban órdenes en cadena. Cada hombre controlaba su propia alimentación mientras caminaban: no había ninguna necesidad de detenerse a comer.

Cuando llegaron al final del extremo oriental del Chinnereth, Cole envió a Load y Arty a la punta de la península entre los embalses a observar lo que pudieran. Si no había contraorden de Cole, entonces debían darse la vuelta y reunirse con Drew y Babe en el depósito.

Así que sólo quedaban cuatro avanzando lentamente hasta el extremo occidental del Chinnereth para subir luego a la montaña. Había unos cuantos rastros de senderistas, pero la basura no era nueva y los pocos sitios de acampada estaban cubiertos de varias capas de pinaza. Una vez más, no había forma de saber si habían pasado senderistas por allí desde la formación de la represa.

Cole envió a Mingo y Benny al lado occidental del Genesseret para que exploraran la orilla oriental. No tenían que llegar hasta la presa. En cuanto hubieran observado y fotografiado toda la costa oriental, deberían darse la vuelta y, de nuevo, si Cole no les había ordenado lo contrario, rodear ambos embalses y regresar al depósito.

Sólo Cat y Cole caminaban ya cerca de la cima del risco. De vez en cuando la rebasaban y bajaban por el otro lado para observar las orillas de ambos embalses.

Estaban cerca de la punta, acercándose a la torre de observación. Se movían aún con más sigilo, lenta y metódicamente, dirigiéndose hacia la torre desde dos direcciones diferentes. No había rastro de ningún cable, aunque eso difícilmente probaba que no hubiera ninguno. Tampoco había rastro de cámaras, pero, igualmente, eso podía significar simplemente que las cámaras eran muy pequeñas y estaban muy bien camufladas.

Al suroeste se congregaban las nubes. ¿Una tormenta de verano? Aquello hubiera sido potencialmente desastroso: los relámpagos podían hacer cosas peores que un arma de pulso electromagnético. Incluso la niebla hubiera sido muy molesta pues los habría obligado a esperar a que despejara para terminar la misión.

Cole se apartó arrastrándose de la zona despejada que rodeaba la torre; sabía que Cat estaba haciendo lo mismo. Se dirigirían lentamente a los otros dos puntos de observación e inspeccionarían los otros dos lados de la torre.

Fue en mitad de esta maniobra cuando el receptor de Cole vibró. Inmediatamente se apartó aún más de la torre. Pulsó el botón de adelante.

—Aquí Mingo. —Habla en voz baja, pero articulaba claramente—. Baja al área situada a unos seis metros por encima de la zona despejada. Justo donde estás, más abajo. No hay estructuras ni indicios de túneles, pero tienes que ver algo.

Cole pulsó de nuevo el botón, solicitando más información sin tener que hablar en voz alta.

—Si no lo ves, entonces estamos locos —dijo Mingo—. No quiero influir en tu apreciación.

Cole pulsó el código para Cat, sabiendo que se había enterado.

—Bajamos al Genesseret —susurró.

Tardaron sólo quince minutos, relativamente sin hacer ruido, hasta la zona situada a unos seis metros por encima de la parte despejada. Fuera lo que fuese lo que tenían que ver, Cole no lo veía.

Y entonces lo vio. El terreno estaba ligeramente húmedo bajo sus pies.

Cat lo advirtió también. Se aproximó a Cole y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, dijo en voz baja:

—Alguien puso en marcha los surtidores esta mañana.

El suelo estaba empapado, como si lo hubieran regado a conciencia. A unos cinco metros por encima del nivel del agua la pinaza ya no cubría el suelo del bosque de manera natural. Había sido arrastrada hacia abajo, como llevada por el agua en retroceso, y se había enganchado en matas, raíces, rocas, en cualquier obstáculo, como lo hubiesen hecho de haber estado flotando y haber sido succionada.

Cole encendió su transmisor y llamó a Mingo.

—¿Pasa lo mismo en toda la represa?

—Por lo que puedo ver, el agua podría llegar hasta unos tres metros más arriba. La marca es clara. Todo por debajo de ella está empapado, todo por encima seco y normal. Benny ha apostado diez pavos a que el nivel de este embalse era unos tres metros más alto hace veinticuatro horas. Cosa que es imposible y/o extraña.

—Pero has aceptado la apuesta.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Mingo—. Así es como me pago la comida.

—¿Algo más en nuestro lado? —preguntó Cole.

—Nada.

—Nosotros no hemos visto nada en el vuestro. ¿Hay algo cerca de la presa?

—Sólo la antigua carretera Veinte que se hunde bajo el agua. La nueva está en nuestro lado, pero llena de hierba y ramas caídas. Nadie la está usando.

Cole se quedó pensativo un rato. Aquel cambio tan evidente del nivel del agua era extraño, pero costaba entender qué sentido tenía. ¿Habían soltado tanta agua, tan rápidamente? El embalse era pequeño, para lo que suelen ser los embalses, pero se trataba de millones de litros de agua. Mingo probablemente habría calculado ya cuánto. Lo preguntó.

—Si toda se soltara de una sola vez, sería suficiente para causar una riada —contestó Mingo—. El suelo del valle está poblado. Los vecinos se quejarían. Cole, esa agua estaba aquí no hace más de un día. Ha ido a alguna parte.

Mingo era ingeniero y sabía hacer deducciones que merecían la pena.

—¿Hay alguna señal de que estén vaciando ahora mismo? —preguntó Cole.

—No. De hecho, ahora el nivel del agua es el habitual. Llega hasta donde cambia la vegetación. El nivel alto es lo extraño.

—¿Ha habido tormentas últimamente?

—No —dijo Benny—. Está siendo un verano seco para esta zona.

—Una lluvia capaz de subir tanto el nivel del agua habría aparecido en las noticias. «Washington Square arrastrada hasta el mar», ése habría sido el titular.

—De algún modo están subiendo y bajando mucho el nivel del agua del embalse —dijo Cole—, y no se me ocurre ni un sólo motivo.

—Intento entender cómo —dijo Mingo.

—¿Hay alguien lo suficientemente cerca de la orilla del Chinnereth para ver si pasa lo mismo? —preguntó Cole.

—Aquí Drew. Hemos explorado la orilla mientras esperábamos. No hay nada parecido a lo que describís. La orilla es la primera zona húmeda. Aquí no ha habido subida.

—Aquí Load. Lo mismo. Si el nivel del agua subiera tres metros en el Chinnereth, inundaría esa cabaña.

Cole siguió pensando.

—Tal vez vertieron una enorme cantidad de escombros al agua —dijo Mingo—. Eso hubiese hecho subir el nivel. Pero no explica por qué volvió a bajar.

—No hay carreteras para poder hacer los vertidos —dijo Benny.

—Hablando de cosas que faltan —intervino Load—, no recuerdo haber visto ningún tendido eléctrico saliendo de esta presa.

—No, había cables —dijo Benny.

—¿Y una central eléctrica? ¿Transformadores? ¿Dónde?

—No. Nada de eso —dijo Benny—. Pero sí cables. No, espera. Siguen por la autopista Doce. Pero no he visto que conecten con las presas. Lo siento.

—Esto era oficialmente un proyecto hidroeléctrico —dijo Cole—. Hay turbinas en las presas.

—Entonces tal vez usen la energía aquí mismo —respondió Cat—. En su enorme sistema de fábricas subterráneas e instalaciones de entrenamiento.

—Cat y yo vamos a volver a la torre de observación para comprobar si hay alguna ruta a un sistema subterráneo.

Todos apagaron sus transmisores. Subir fue más difícil pero no más lento. Para eso servía escalar tantas rocas y hacer tanto ejercicio.

Cole ya sabía qué buscar, así que se subió a un árbol bien alejado del perímetro despejado y buscó alguna tubería o rejilla de ventilación entre la hierba, bastante crecida.

Bingo. Había unas dos docenas de tubos pequeños que sobresalían unos cuantos centímetros del suelo antes de curvarse para impedir que por ellos entrara el agua. A ras de tierra, eran indistinguibles de la hierba.

Cole apuntó hacia ellos su captador de sonidos y detectó una diferencia entre los tubos y el área subyacente. Estaban conectados a algo que hacía ruido.



Se bajó del árbol y se alejó de la zona despejada, encaminándose esta vez hacia la pendiente del Chinnereth. Cat lo alcanzó pronto, aunque no hablaron y permanecieron separados quince metros mientras descendían.

Cerca de la linde del bosque, pero no lo suficientemente cerca para ser vistos, se detuvieron, y Cole se aproximó a Cat. Al otro lado del agua, la cabaña asomaba en su pequeña isla. Tenía una chimenea, que muy bien podía contener respiraderos para más estructuras subterráneas.

También podía contener algo más. Una entrada.

—Creo que voy a darme un baño —dijo Cole.

—Yo estaba pensando lo mismo —respondió Cat.

Cole encendió su transmisor.

—Estamos en la orilla occidental del Chinnereth, al oeste de la cabaña. Cat y yo vamos a cruzar a nado para ver si hay una entrada allí.

—El agua estará fría, abun —dijo Babe—. Los dos vais a tener unas pichitas muy pequeñas cuando lleguéis allí.

—Al menos yo seguiré teniendo una —contestó Cat.

—No conectaremos hasta dentro de media hora —dijo Cole—. Drew y Babe, acercad el SMAW a la orilla por si necesitamos vuestro apoyo. Load y Arty, llegaos al punto de la orilla del Chinnereth más cercano a la cabaña. Benny y Mingo, no podréis llegar aquí a tiempo de ser útiles, así que dirigíos al norte, hasta la autopista Doce, pero dentro de nuestro alcance. Si confirmamos que éste es el lugar, llegad a donde podáis establecer contacto con Torrent para que envíe una fuerza de choque.

—No sé qué habéis deducido —dijo Babe.

—Eso es porque tú te dedicas a las relaciones públicas y yo soy ingeniero —replicó Mingo.

—Querrás decir que conducías trenes —dijo Babe.

—Hay tuberías en la hierba, al pie de la torre de observación —dijo Cole—. Y maquinaria en funcionamiento bajo tierra.

—Y el agua... —dijo Mingo—. El único lugar al que podría ir es de un embalse a otro. Cualquier otra cosa sería demasiado obvia. Deben bombearla del Chinnereth, montaña arriba, y vaciarla en el Genesseret para usar toda la electricidad almacenada. El Genesseret sube, el Chinnereth baja. La puerta queda al descubierto. Entran o salen, lo que sea y, cuando han terminado, sellan la entrada hermética y dejan que el agua vuelva a correr pendiente abajo para cubrirla. El Genesseret vuelve a la normalidad, y el Chinnereth sube.

—No puedes saber eso —dijo Babe.

—No hay otra posibilidad. Créeme, tío.

—El foso definitivo —dijo Drew.

—Eso es mover mucha agua —dijo Babe.

—El Gobierno federal lo pagó todo —respondió Benny—. Tus impuestos en acción.

—Entonces, ¿para qué vais a esa isla? —preguntó Arty.

—Estamos casi seguros —contestó Cole—. ¿Pero lo estamos lo suficiente para llamar ya una fuerza de choque?

—Tienen que tener una puerta trasera —dijo Mingo—. No pueden vaciar el embalse cada vez que alguien tiene que salir a fumar.

—Viene un barco —alertó Cat.

Apagaron los transmisores.

Un pequeño fueraborda avanzaba por el pantano desde la zona de la presa. ¿Se dirigía hacia ellos o hacia la isla? ¿Habían detectado su charla? Aunque no pudieran decodificar la señal, sabrían que allí había alguien.

Pero el barco atracó en el pequeño embarcadero de la isla.

Y esperó.

Y esperó. El piloto no parecía particularmente en guardia. Era como un taxista esperando a un cliente.

La puerta de la cabaña se abrió. Salieron cuatro hombres.

—¿Es Vero alguno de ellos? —preguntó Cole.

Cat miró por sus binoculares.

—No. ¿Reconoces a alguno?

Cole usó los prismáticos. Los hombres llevaban traje. Pensó que tal vez había visto a uno de ellos por televisión. En las noticias, probablemente, porque no parecía un actor. Pero no recordaba quién era ni cuándo había sido.

Los hombres subieron al barquito, que se separó del embarcadero antes de internarse en el embalse.

Cole se quitó la mochila. Rápidamente infló los flotadores incorporados y colocó sus armas y las botas encima. Los flotadores estaban lo bastante espaciados para ser estables, al menos en aguas tranquilas. Pesaba, pero no volcaría. Le ató la cuerda de remolque y se puso el arnés. Cat estaba haciendo lo mismo.

—No tuve ocasión de usar esto en Afganistán ni en Sudán —dijo Cat.

—Conviene tener la posibilidad de probar todo el equipo —dijo Cole.

—Me alegro de que seas tan blanco —dijo Cat—. Serás un objetivo más fácil en el agua.

Cole se limitó a sonreír. Bajó rápidamente la cuesta y se metió en el agua. Estaba fría, pero no vaciló. Su cuerpo se estremeció un poco, pero en cuanto colocó en el agua la minibalsa de su mochila, se sumergió y nadó dando largas y firmes brazadas, tirando de la mochila tras él. Nadaba haciendo el menor ruido posible, pero si había alguien observando era imposible que no lo viera en la tranquila superficie del agua.

Tener oculta bajo el agua la entrada principal explicaba por qué no había

patrullas. Las patrullas son visibles. Los encuentros con civiles dejan recuerdos.

Naturalmente, también los dejaba permitir que un civil viera vaciarse los embalses. Era fácil llegar hasta allí. Los senderistas podían hacerlo en cualquier momento.

¿Fácil? No tanto. Ellos habían avanzado con mucha cautela. Habían hecho poco ruido y se habían asegurado de permanecer ocultos. Tal vez los senderistas normales sí que habían sido detectados y o bien no vaciaban el embalse hasta que pasaban o enviaban a alguien vestido con uniforme de guardabosques para echarlos.

Hacía mucho frío. Cole notaba que su cuerpo reaccionaba a él, esforzándose por entrar en calor. Pero ya casi habían recorrido toda la distancia hacia la isla. No quedaba mucho más. Se volvió a mirar y vio que Cat nadaba sólo un poco por detrás de él.

Cat señaló hacia la isla y empezó a nadar más rápido.

La isla se elevaba.

Lo cual significaba que el nivel del agua estaba descendiendo.

Justo un poco por debajo del agua la isla dejaba de ser una colina. Era una gruesa columna de sólido hormigón. Naturalmente. Allí no había ninguna isla. La habían construido.

El embarcadero colgaba en el aire: los postes se apoyaban en vigas de acero que sobresalían de la pared de hormigón de la isla. Bajo el muelle, una escalera subía hasta las vigas. Desde allí parecía bastante fácil llegar a la corta escala de madera para los bañistas.

Lo que no iba a resultar tan fácil sería subir esa escalera sin ser vistos.

Cole y Cat llegaron a la base de la escala casi al mismo tiempo. El agua seguía bajando pero no se volvía más cálida.

—No puedo seguir en remojo —dijo Cat.

—No podemos subir —contestó Cole—. Nos verán.

En la orilla de la que habían partido, unos cien metros más cerca de la presa, estaba quedando al descubierto una pesada pared de hormigón. Las enormes puertas de acero parecían capaces de soportar bien la presión del agua. Pero cuando el nivel bajara lo suficiente y aquellas puertas se abrieran, cualquiera que saliera por ellas podría disparar tranquilamente contra quien subiera por la escalera.

Cole se agarró a ella con las piernas mientras volvía a colocarse la mochila a la espalda. Fue difícil: tenía los dedos entumecidos y estaba temblando. A Cat le pasaba lo mismo.

—¿Y si dejamos las mochilas? —preguntó Cat, tiritando.

—Querremos las armas si llegamos arriba.

—Si lo hacemos.

Por toda respuesta, Cole se puso a subir. Le costaba agarrarse y los pies,

descalzos, mojados y entumecidos, no eran tan estables como unas buenas botas. Pero tenía que seguir moviéndose. Tal vez pudiera llegar arriba antes de que se abrieran las puertas.

Cat seguía su ritmo, escalando firmemente tras él.

La gran puerta de acero empezó a abrirse. Un par de hombres con chaleco antibalas salieron y escrutaron la zona. Tardaron dos segundos en ver a Cole y Cat, y otros dos en disparar.

Fallaron.

—Su entrenamiento como tiradores no es tan bueno como el nuestro —dijo Cat.

—Por mí, bien —respondió Cole.

Una bala llegó mucho más cerca.

—Pero están mejorando —dijo Cat.

—Ya casi he llegado.

Cole advirtió el sonido sibilante tras él, a la derecha. Un momento después, la entrada del túnel estalló en llamas.

—Buen disparo con el SMAW —dijo Cat.

—Un arma inadecuada —dijo Cole—. Los rifles habrían sido suficientes.

—Sea como sea, creo que hemos perdido el elemento sorpresa, abun.

Cole sabía que Drew y Babe estarían moviendo el SMAW a una posición diferente.

—Ojalá supiera lo que nos espera en lo alto de esta escalera.

No los alcanzó ninguna bala de los rifles que disparaban directamente tras ellos. Francotiradores: ping. Un momento. Ping. Podía ser que Load y Arty estuvieran disparando a alguien que estaba en la isla.

Y ahora alguien devolvía el fuego directamente por encima de ellos, disparando hacia el otro lado del agua.

—Espero que Drew y Babe no intenten usar un mortero —dijo Cole—. No quiero que vuelen esa cabaña.

—No te pares a usar el infra, abun.

—No pensaba hacerlo.

Estaban ya en las vigas de acero que sujetaban el embarcadero. Pero volvían a disparar desde el otro lado de las enormes puertas, y también lo hacían los hombres que se desplegaban por la orilla. Acertadamente, Load y Arty sólo disparaban a los objetivos que había en la isla, de modo que Cole y Cat tuvieran una oportunidad de llegar a tierra sin que les volaran la cabeza en el momento en que la asomaran por encima del embarcadero.

Cole sacó la pistola y se dispuso a terminar de subir la escala.

—Qué tío —dijo Cat. Subió directamente al embarcadero por el otro lado.

Había dos cadáveres (con uniforme de guardia forestal, sin chaleco antibalas)

tendidos en el suelo. Pero Cole fue consciente (por el sonido, por el movimiento) de que había más hombres dentro de la cabaña y de que un par se habían escondido entre los matorrales, al lado de ella. Se tiró al suelo. Inmediatamente fue consciente de cada elevación y hundimiento del terreno y colocó su cuerpo para presentar el menor blanco posible mientras buscaba entre la maleza y encontraba un objetivo. Un destello de movimiento le dijo que al menos se había acercado.

Se arrastró hasta el cuerpo más cercano y lo usó de parapeto mientras se quitaba la mochila. Llevarla encima en un momento como aquél hubiera sido como llevar un howdah para un elefante. Sacó el rifle de la mochila. A partir de aquel momento aquello era un trabajo de francotirador.

## 20. La trampa

*Si tus soldados no pueden combatir al menos tan bien como los soldados del enemigo, no importa lo buen comandante que seas. El entrenamiento es el fundamento de todo.*

Los dos cadáveres iban disfrazados de guardias forestales, pero los tipos a los que se enfrentaban llevaban chaleco antibalas.

Fuera cual fuese el entrenamiento que pudieran haber recibido las tropas rebeldes, no estaba al nivel de la de los soldados del Ejército. Confiaban demasiado en la protección del chaleco. Eso les hacía sentirse invulnerables. Así que se ponían al descubierto constantemente. Y disparaban de manera descuidada, demasiado rápidamente, sin estabilidad. Tampoco aprendían de sus malos disparos. Se habían pasado la primera vez y volvieron a hacerlo a la siguiente.

Sin embargo, incluso los soldados mal entrenados pueden matarte de un tiro afortunado. Cole no tenía ninguna intención de morir por haber infravalorado a su enemigo.

Usaban la pistola sobre todo para alardear y hacer ruido. Los rebeldes evitaban las balas: no confiaban lo suficiente en su blindaje para compensar su falta de reflejos.

Cole sacó el rifle M-24 de su mochila. Disparaba munición más pesada que la pistola, por eso lo había traído. Las pruebas habían demostrado que, de cerca, penetraba el blindaje de los rebeldes en ciertos puntos clave. Como el visor.

Dos disparos. Dos rebeldes abatidos.

—Buen trabajo —dijo Cat—. Ahora le toca a la Minimi.

Cole disparó contra la ventana de la cabaña, destrozando los cristales, mientras Cat subía corriendo la cuesta y se situaba en posición contra la pared de la cabaña, junto a la ventana. Era el momento obvio para arrojar una granada al interior, pero ambos sabían que no podían arriesgarse a dañar el mecanismo oculto o a cegar el pasadizo que conducía a los túneles. Así que Cat se agachó y tomó un puñado de tierra del suelo y lo arrojó por la ventana como si fuera una granada. Los tipos de dentro tardarían una décima de segundo en advertir que no era un artilugio explosivo. Durante esa décima de segundo, Cat roció el interior con el fuego automático de su Minimi.

Ambos llegaron a la puerta de la cabaña al mismo tiempo. Estaba abierta. Entraron agachados, Cole el primero, y encontraron a tres soldados rebeldes, dos muertos y otro levemente herido en el brazo izquierdo.

—¡Me rindo! —dijo el herido.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerte prisionero? —preguntó Cole.

Cat se acercó al tipo.

—Soy estadounidense, no podéis matarme —dijo el rebelde, aterrado.

—Díselo a los hombres que matasteis en Nueva York —replicó Cole—. Y al portero del edificio de apartamentos.

—¡Todos vosotros sois unos asesinos! —gritó el rebelde—. ¡Os encanta matar!

Cat le rompió al tipo el brazo derecho.

El hombre gritó y se quedó mirando su brazo. Cuando pudo hablar, gimió:

—¡Soy estadounidense!

—Un estadounidense con el brazo roto —dijo Cat.

—Puede que sea zurdo —comentó Cole.

Cat le rompió el otro brazo. El tipo volvió a gritar.

—Amenaza neutralizada —dijo Cat.

—Torturadores —jadeó el rebelde.

—Mira, has dicho que no te matáramos, ¿no? —dijo Cole—. ¿Qué quieres, el dolor o la muerte?

Cole le suministró al tipo una dosis de morfina.

—Creo que quiere que seamos nosotros quienes nos rindamos a él —dijo.

La cabaña no tenía ninguna puerta de ascensor evidente. No les sorprendió. Tampoco había ninguna trampilla visible en el suelo de madera, ni nada que pareciera un pasadizo dentro de la chimenea.

—Nunca encontraréis la entrada —dijo el rebelde.

—Dale una patada en el brazo —dijo Cat—. Nos lo dirá.

—¡Torturadores! —gritó el rebelde.

Cat recogió el puñado de tierra y hierba que había arrojado como granada falsa. Se lo metió al rebelde en la boca. El hombre escupió pero no habló.

Entonces, Cole disparó su rifle contra el suelo. Cruzó metódicamente la habitación, disparando hacia abajo. Obviamente, había hormigón bajo la madera. Cruzó toda la habitación sin hallar ningún cambio. Se acercó a la chimenea, colocó un nuevo cargador en su M-24 y empezó a disparar de nuevo contra el suelo. Hormigón. Hormigón. Acero.

La sección de acero bordeaba la chimenea. Cole vio entonces que el suelo de madera se extendía bajo la piedra del hogar.

—Se extiende bajo la chimenea —dijo Cole. Apartándose un par de pasos, Cole vio que los tablones de madera, aunque no terminaban todos en línea recta, estaban un poco más separados de las tablas que sobresalían—. Sin duda han desconectado lo que sea que hace funcionar esto.

—¿Crees que habrá algún modo de abrirla a mano? —preguntó Cat.

—Probablemente. Desde abajo.

Cole estudió cómo funcionaba la trampilla. Se deslizaba bajo la chimenea. El hogar no era lo bastante profundo para que cupiera debajo toda la trampilla. Así que

tenía que sobresalir hacia el exterior de la casa.

—Voy ahí atrás —dijo Cole.

—Me quedaré aquí para asegurarme de que no sube nadie.

Cole salió. Cuando rodeó la cabaña, no pudo resistirse a acercarse a la orilla y echar un vistazo.

Mecas y aerodeslizadores salían por las grandes puertas y se dirigían al bosque. Cole sabía que si Arty y Load podían llegar al lado oriental del embalse, donde estaba el depósito de armas, no tendrían ningún problema: su armamento estaba diseñado para contrarrestar ambos tipos de vehículos. Las máquinas, de todas formas, no eran tan eficaces en el bosque. Y al ver cómo los soldados de infantería se desplegaban (eran sólo unos veinte), tuvo la seguridad de que no habían sido entrenados para un combate en terreno abrupto. Esos tipos estaban preparados para la guerrilla urbana. Los demás no tendrían problemas. Y cuantos más rebeldes estuvieran ocupados ahí fuera, tanto mejor para Cole y Cat. Si podían entrar.

Aquello se parecía demasiado a un ataque frontal. Eran sólo dos y, aunque logran abrir la trampa, ¿qué harían, usar el ascensor para que los acribillaran al llegar abajo? ¿Bajar por las escaleras, donde un lanzallamas o una granada podría matarlos antes de que tuvieran ocasión de disparar un tiro?

Al mismo tiempo, cuanto más esperaran allí, más probabilidades tendrían los rebeldes de matarlos. ¿Y si Mingo y Benny no encontraban un teléfono? ¿Y si el presidente Nielson decidía no enviar una fuerza de choque?

Tendrían más posibilidades de éxito avanzando. Empujando. Pero con cuidado.

Había un camino de hormigón que iba de la enorme puerta hasta la presa. Quedaba completamente sumergido hasta muy cerca de la presa. Parecía la rampa de un paseo marítimo. Buena idea. Podían traer y sacar camiones sin que pareciera que había una carretera.

Cole corrió hasta la parte de atrás de la cabaña. En efecto, bajo la hierba, tras los ladrillos de la chimenea, había un saliente de hormigón. Totalmente cerrado. No era una entrada fácil.

Cole tiró de la anilla de una granada y la dejó junto a la pared, allí donde el ladrillo se unía al hormigón. Luego se lanzó al otro lado del saliente de hormigón y rodó por la cuesta.

Boom.

Cole se levantó y volvió corriendo. Daños en el hormigón. No muchos.

Preparó otra granada, la colocó justo donde había causado más daños, saltó y rodó. Otra explosión. Más daños.

Después de la cuarta granada, tuvo un agujero.

Corrió hasta la mochila y la llevó al agujero. Sacó la palanqueta y la linterna. Podría haber usado un martillo pilón, pero no era algo que hubiera querido llevar



encima mientras recorría el bosque.

A la luz de la linterna vio el mecanismo que tiraba de la trampilla para meterla en el saliente de hormigón. No era una máquina muy complicada. No quería estropear las guías por la que se deslizaba la trampilla, sólo mover la palanca que la mantenía cerrada.

Fue un trabajo sudoroso y frustrante, porque no podía hacer palanca con comodidad. También tenía que tener cuidado de no dejar caer la palanqueta, porque no hubiese podido recuperarla, y él era el único que había traído una.

Sin embargo, al cabo de un rato, liberó la palanca de su asidero.

Tras recoger la palanqueta, la linterna y la mochila, volvió corriendo a la cabaña. Cat se había servido un poco de café de la cafetera.

—Está bueno —dijo—. Tiene un montón de cafeína.

—No, gracias —respondió Cole—. Ahora puedes salir a por tu mochila.

Cat salió corriendo. El rebelde de los brazos rotos miró con mala cara a Cole. Sudaba de dolor y tenía tan mal aspecto que a Cole casi le dio lástima.

—Me he dado cuenta de que no ha salido nadie a ver si estás bien —dijo.

El tipo no respondió.

—Supongo que sabían que os íbamos a dar una tunda —dijo Cole—. ¿Sabes? Antes de iniciar una guerra, la gente debería asegurarse de que sabe cómo ganar.

—No tenemos ninguna guerra que ganar —replicó el rebelde—. Sólo tenemos que hacer que empecéis a matar gente hasta que la opinión pública se vuelva completamente en contra de vosotros.

—La misma estrategia que Al Qaeda.

—Nosotros no somos terroristas, vosotros lo sois.

—Ya que tú estás aterrizado y yo no, supongo que tienes razón —dijo Cole. Metió su cuchillo en una de las rendijas del suelo y arrancó trozos de madera hasta que abrió un agujero suficiente para la palanqueta—. Eres culpable de traición, pero tal vez te dejen libre porque te hemos roto los brazos. Brutalidad militar y esas cosas.

—Yo no soy un traidor, los traidores sois vosotros.

—Yo soy un soldado de los Estados Unidos de América que cumple su deber obedeciendo órdenes —dijo Cole—. Tú eres un matón contratado por Aldo Vero, parte de su ejército privado para desestabilizar Estados Unidos. Además, vosotros asesinasteis al presidente.

—No era mi presidente —dijo el rebelde.

—A eso voy. Era presidente de Estados Unidos, pero no era tu presidente. ¿En qué te convierte eso?

—No tuvimos nada que ver con su muerte. Lo hicieron los terroristas.

—Fuisteis vosotros quienes robaron los planes que usaron los terroristas.

—Ni hablar —dijo el rebelde—. Fuisteis vosotros quienes idearon esos planes.

Cole no pudo negar eso.

—Sólo para poder contrarrestarlos.

—Y, sin embargo —dijo el rebelde—, no llegasteis a contrarrestarlos, ¿verdad?

—Y cuando el presidente murió, estuvisteis preparados para actuar.

—Llevamos meses preparados —dijo el rebelde.

—Esperando el viernes 13.

—Esperando que un golpe ultraderechista nos diera una excusa —dijo el rebelde

—. Nunca pensamos que ese gilipollas de la Casa Blanca fuera a morir.

Cole controló su ira y pensó en lo que acababa de decir aquel hombre. ¿Era lo que inculcaban a sus tropas? ¿Era posible que Aldo Vero no hubiese maquinado los asesinatos? ¿Podía ser que hubiera estado esperando a que el general Alton pusiera en marcha su falso golpe y que, simplemente, se aprovechara del viernes 13 a posteriori?

Las pruebas de la PDA de Rube sólo eran acerca de su trabajo clandestino para Phillips en la Casa Blanca, ayudando a trasladar el material militar de Vero por todo el país. No tenían nada que ver con los planes que se habían filtrado a los terroristas.

«DeeNee», pensó. ¿No era el eslabón que demostraba que todos estaban trabajando juntos?

—Te he pillado, ¿eh? —dijo el rebelde.

Cole lo ignoró. DeeNee estaba muerta. Había asesinado a Reuben y había muerto. Así que nadie podría preguntarle para quién trabajaba. Los tipos que lo habían perseguido querían la PDA de Reuben. Pero ¿era posible que no estuvieran conchabados con DeeNee, que simplemente hubieran estado vigilando el aparcamiento del Pentágono, esperando a que Reuben apareciera?

Cole recordó aquel lunes por la mañana, dieciséis de junio. Hubo disparos dentro del edificio, pero nadie le disparó en el aparcamiento.

Las fuerzas de seguridad del Pentágono habían matado a los tres malos en el interior. ¿Era posible que aquellos hubieran sido todos los que estaban con DeeNee, que lo hubiera perseguido por el aparcamiento un equipo diferente y que por eso no le habían disparado nada más verlo? Los hombres del exterior habían tardado en darse cuenta de que era Cole y no Rube quien tenía la PDA. Por eso no le habían disparado, ni lo habían seguido inmediatamente.

Absurdo. Demasiado complicado. Simplemente mentían a sus soldados. No podían anunciar sin más: «Vamos a matar a ese maldito loco ultraderechista de la Casa Blanca y luego nos apoderaremos de Estados Unidos.» Cuando anuncias que ése es tu propósito, te encuentras con un tipo muy distinto de reclutas.

—¿Qué has estado volando ahí fuera? —preguntó el rebelde.

—¿Sabes? Para ser un tío que tiene miedo a morir, desde luego pones a prueba nuestra paciencia.

—Si fueras a matarme, ya estaría muerto.

—Eso es —dijo Cole—. Hemos decidido no matarte. Aguantamos tus mierdas. Y sin embargo sigues creyendo que somos unos asesinos torturadores.

—Me habéis roto los brazos.

—Para que no pudieras dispararnos por la espalda, idiota. Usa el cerebro. ¿O también eso se lo ha quedado Aldo Vero?

—Pienso por mí mismo.

Cole había mencionado ya dos veces el nombre de Aldo Vero, y en ningún momento el rebelde había negado saber de él. Pero sí que había negado cualquier relación con el asesinato. Así que Vero era en efecto el jefe de aquel ejército y los soldados lo sabían.

—Los tipos como tú están tan cabreados que pueden mentiros sobre hombres como yo y os lo creéis —dijo Cole—. Ni siquiera concebís la idea de que tal vez uno se hace soldado porque ama su país y está dispuesto a morir por su seguridad. No, tienes que creer que hombres como yo somos asesinos buscando una excusa para matar. Y sin embargo te pones un uniforme y tomas las armas.

—Yo no soy como tú —dijo el rebelde.

—Claro —dijo Cole—. Porque yo me entrené para hacer bien mi trabajo. Y porque yo reconozco que incluso mis enemigos siguen siendo seres humanos. Gilipollas, pero humanos.

Cat volvió a entrar en la cabaña.

—No hay nada más en esta isla. Nadie se ha molestado en dispararme siquiera. Creo que piensan que no podemos atravesar su puerta.

—Tal vez no podamos —dijo Cole.

—No podéis —dijo el rebelde.

Cole empujó la palanqueta. La madera se astilló un poco, pero también se movió. La trampilla se había deslizado un centímetro.

Lo cual significaba que probablemente se deslizaría más, lo suficiente para permitirles entrar.

—La cuestión es: ¿la abrimos lo bastante para arrojar una granada y matar a quien nos esté esperando o esperamos que confíen tanto en su mecanismo que ni siquiera se molesten en defenderlo? —dijo Cole.

—Si arrojamos una granada y no están —contestó Cat—, sabrán que nos hemos abierto paso y vendrán corriendo.

—Por otro lado, si abrimos esto y están ahí, nos lanzarán una granada a nosotros y moriremos.

Cat señaló con un pulgar al rebelde.

—El consuelo es que él también.

—Un daño colateral —dijo Cole, y se volvió hacia el rebelde—. Pero tu equipo no cree que los ejércitos deban causar daños colaterales, ¿verdad?

El rebelde lo miró con mala cara pero no dijo nada.

—Primero la seguridad —dijo Cole—. Yo empujo, tú lanzas.

Cat sacó una granada.

—Naturalmente, seguiré aquí cuando la onda expansiva me alcance —dijo Cole.

—Pues no estés ahí.

—No puedo abrir la trampilla estando encima de ella.

—Podrías intentarlo.

Cole se acercó a uno de los rebeldes muertos y arrastró su cadáver hasta las pequeñas aberturas que marcaban el final de la trampilla. Empujó la palanqueta bajo el cadáver y metió el extremo en la abertura. Luego pasó por encima del muerto y empujó el otro extremo de la palanqueta.

—¿Se mueve?

—¿Estás empujando? —preguntó Cat.

Cole empujó con tanta fuerza que los pies le resbalaron.

Para evitarlo volcó una mesa y la apoyó contra la pared del fondo.

Con los pies apoyados en el tablero de la mesa evitaba resbalar. Y la trampilla empezó a moverse.

—Cuando quieras —dijo Cole.

Empujó más. La trampilla se movía.

Una andanada de fuego de ametralladora procedente de debajo de la trampilla sacudió el cadáver que tenía delante y lo lanzó contra Cole.

Cat arrojó una granada por la abertura.

Estalló. No hubo más disparos.

Entre los dos terminaron de despejar el resto del camino. Fue bastante fácil.

Unas empinadas escaleras conducían a una pequeña habitación de hormigón con una puerta de ascensor a un lado y el extremo de una escalera de caracol al otro. Había trozos de chaleco antibalas dispersos por el suelo, unos cuantos todavía con fragmentos de carne y hueso y algunas piezas debían de haber salido volando y caído por la escalera de caracol.

Volvieron a la cabaña y se pusieron las mochilas. Cat se terminó rápidamente el café.

—No debería tomarme esto —dijo—. Tendré que mear más tarde.

—¿No te has puesto el catéter? —dijo Cole con sorpresa fingida.

—No encontré ninguno de mi talla.

Cole se volvió hacia el rebelde, cuyo aspecto era deplorable.

—Probablemente no saldremos por aquí, así que.... nos veremos en tu juicio por traición.

No hubo ninguna respuesta. El tipo, simplemente, desvió la mirada.

Al llegar al ascensor, Cat pulsó el botón.

—Oh, vamos —dijo Cole.

—No voy a usarlo, tío. Sólo quiero ver si viene cuando lo llamo.

Esperaron, apuntando a la puerta con sus armas. Se abrió. El ascensor estaba vacío.

—Podríamos meter a ese tipo ahí dentro y enviarlo abajo —dijo Cat—. Entonces lo mataría el fuego amigo.

—Ser un capullo ignorante que se traga un montón de mentiras no merece la pena de muerte —dijo Cole.

—¿Ni siquiera en algunas ocasiones? —Cat mantenía abierta la puerta del ascensor.

Cole se acercó a él y susurró:

—Pulsa el botón para que llegue a la planta baja y bajemos por las escaleras.

Cat pulsó el botón y se apartó del ascensor antes de que las puertas se cerraran.

Luego, tan silenciosamente como pudieron, empezaron a bajar por las escaleras.

## 21. Centro de mando

Quien piense que el miedo a la vergüenza no es más fuerte que el miedo a la muerte sólo tiene que pensar en cuántos senadores, generales y traidores romanos prefirieron caer sobre su espada o abrirse las venas a vivir en la humillación. Y no sólo los humanos se comportan así. Los animales heridos tratan de esconderse hasta que han muerto, para impedir que sus depredadores se los coman vivos.

Estaban a medio camino cuando el rebelde de la cabaña gritó:

—¡Están bajando las escaleras!

«Tendríamos que haberlo matado —pensó Cole—. No. Deberíamos haber cerrado la trampilla desde dentro.» Por fortuna, había muchas posibilidades de que nadie de abajo entendiera lo que gritaba.

Oyeron disparos.

La puerta del ascensor se había abierto. El sonido era apagado, sin embargo. Seguramente una pesada puerta separaba la escalera del rellano.

Pero ahora que sabían que Cole y Cat no habían bajado en ascensor, se centrarían en la escalera. Si arrojaban una granada, Cole y Cat podrían quedarse arriba. Pero si abrían la puerta y disparaban, tendrían que bajar para devolver los disparos.

Cole no recordaba haber visto a ningún rebelde armado con granadas.

Se sentó en la barandilla, apoyó una mano en el poste central y se deslizó hacia abajo. Al acercarse al pie se apartó de la barandilla y del camino de Cat. Aterrizó y se lanzó a una esquina apuntando con el rifle hacia la puerta justo cuando se abría. Disparó una vez, alcanzándola y abriéndola aún más.

Cat llegó al pie de las escaleras con la anilla de la granada ya quitada y la lanzó rodando por el suelo a través de la abertura de la puerta, que luego cerró. La granada estalló.

Un momento después abrieron la puerta, y esta vez no intentaron hablar: a todo el que vieron allí dentro, muerto o vivo, le dispararon rápidamente. Corrieron por un túnel pelado de hormigón que sólo podía ser, en ese lugar, un túnel por debajo del lecho del embalse hacia la montaña donde estaba el arsenal de Vero.

—Espero que la granada no haya resquebrajado el hormigón de este túnel —dijo Cat—. No quiero que entre toda el agua.

—Pues no pinta bien —contestó Cole. Porque en ese momento empezó a entrar agua. Pero no a causa de los daños causados por la granada. Los rebeldes estaban inundando el corredor y el agua entraba por una tubería de medio metro de diámetro situada en el otro extremo.

Podían volver atrás y subir las escaleras hasta la cabaña y esperar refuerzos, o

cargar contra el agua y tratar de llegar al final del túnel antes de que se inundara por completo.

Cat no vaciló, así que Cole lo siguió.

Permanecieron pegados a la pared del túnel, donde la fuerza de la corriente no era tan fuerte. Pero se llenaba rápidamente. Primero el agua les llegaba a las rodillas y cuando advirtieron que iban en mala dirección la tenían por las caderas. No había ninguna puerta. Cole apenas pudo distinguir el contorno de una puerta al otro lado, a través de la riada de agua.

—¿Buceamos? —dijo Cat.

—No hay tiempo para volver atrás.

—Tengo el arma mojada.

Cole sostuvo la Minimi mientras Cat se libraba de la mochila y se zambullía en la corriente. Cole le lanzó la mochila por encima del agua, luego el arma. Cat recogió ambas.

Cole le lanzó entonces su propia arma y su mochila. Pero el agua le llegaba por los hombros. Era más difícil zambullirse para bucear. Sintió que la corriente trataba de arrastrarlo, apartándolo de la puerta.

Entonces notó la mano de Cat que lo agarraba por el brazo y tiraba de él.

Sus mochilas flotaban en el agua; sus armas estaban encima de ellas.

—La puerta está cerrada —dijo Cat.

Cole tomó la Minimi de Cat, apoyó la espalda contra su compañero y caminó por la puerta, hacia arriba. Cuando Cat lo sujetaba por encima del nivel del agua, disparó una andanada entre sus piernas, apuntando al grueso cristal de la ventana de la puerta. Hicieron falta dos andanadas para que el cristal se agrietara y se rompiera.

No era una ventana muy grande. Cole destrozó a patadas los cristales que habían quedado en el marco, desfundó su pistola y pasó primero, porque tenía los pies a suficiente altura. Estaba al pie de una escalera de caracol, igual que la del otro lado, y no había nadie.

Alzó la mirada. Nadie.

Cat estaba pasando las armas. Cole las recogió y las dejó en la escalera, a salvo del agua.

Las mochilas no cabían por la ventana de la puerta. Cat, que ya estaba flotando, siguió sacando paquetes de munición impermeables de las mochilas y pasándolos por la ventana rota. Cole los colocó más arriba de las escaleras, lejos del agua. Luego Cat pasó los pies y Cole tiró de él. Cat era más ancho de hombros que Cole y se quedó atascado.

En ese momento, algo cayó por las escaleras. «Una granada —pensó Cole—. Tienen granadas, después de todo.» Pero continuó concentrado, localizando dónde había caído la granada en el agua sin dejar de tirar de Cat.

Cat pasó. Cole se zambulló a por la granada. Tanteó. La encontró. Nadó contra la corriente que entraba por la ventana, sabiendo que estallaría en cualquier momento y le arrancaría la mano.

La soltó al otro lado y sacó la mano.

Explotó, haciendo temblar la puerta y permitiendo que el agua entrara a chorros por las rendijas. Cat ya había reunido toda la munición para su arma y algo para la de su compañero. Se la entregó a éste y empezó a subir las escaleras mientras Cole recogía su arma y se guardaba la munición en los bolsillos.

Cayó otra granada. Otra. Cole recogió una y, sabiendo que era una locura, la lanzó hacia arriba. Fue el pase de fútbol más peligroso que hubiera hecho en su vida. Si estallaba cuando pasara junto a Cat, mataría a su propio hombre. Pero si Cat llegaba arriba y se encontraba con un puñado de tipos apuntándolo con armas automáticas moriría de todas formas.

Mientras tanto, había una segunda granada en el agua, cerca de él. Cole subió corriendo las escaleras. Ambas granadas estallaron casi a la vez. La de abajo salpicó de agua el hueco de la escalera, como el primer borbotón cuando conectas una licuadora. Pero los escalones de acero protegieron a Cole de la mayor parte de la onda expansiva. Se tambaleó, pero continuó subiendo.

La granada de arriba al parecer no había matado a Cat: sus pisadas continuaban avanzando.

Alguien seguía vivo allá arriba, pero la Minimi de Cat seguía disparando mientras que la otra arma guardaba silencio.

Llegó arriba y encontró a Cat tendido en el suelo usando un cadáver con chaleco blindado como escudo, intercambiando disparos con alguien que estaba más lejos y a quien Cole no podía ver. Se quedó en las escaleras y tomó su rifle, luego avanzó hasta que pudo asomarse a la habitación donde disparaba Cat.

Era una caverna estrecha y de techo alto con abrazaderas de hierro hasta arriba. Las paredes estaban forradas de mecas sentados en el suelo, como si defecaran. Cole siempre había pensado que los mecas estarían colgados como trajes, con las patas al aire. Pero, en tal caso, ¿cómo se hubiera subido alguien a ellos?

Cole avanzó un poquito más y encontró un objetivo: un tipo que corría hacia uno de los mecas. Como estaba en buena posición, su disparo fue limpio y lo abatió. Se deslizó más y abatió a otro.

Los otros dejaron de intentar llegar a los mecas y huyeron de la habitación.

—Idiotas —dijo Cat en voz baja—. Tendrían que haberse metido en los mecas antes de que llegáramos aquí.

—Tal vez algunos ya están dentro —dijo Cole—, y se hacen los muertos.

—¿Tan listos son?

—No quiero internarme entre esas filas.



No era mala idea. Había pasillos a la izquierda y la derecha. Cole eligió el de la derecha por el simple motivo de que ya estaba en ese lado.

Trató de imaginar el diseño arquitectónico de aquel lugar. No sería como un edificio, con habitaciones contiguas, separadas sólo por finos tabiques. Tenían una montaña entera encima. Así que había roca de sobra entre cada habitación y la siguiente, y estarían conectadas entre sí por pasillos. Los pasillos realmente altos serían para que los mecas pasaran. Si se quedaban en los pasillos bajos, de tamaño humano, sería más probable que se enfrentaran a oponentes que no irían blindados como tanques.

La arquitectura de la caverna también implicaba que los pasillos fueran largos y no condujeran a ninguna parte. Aquél era cuesta arriba y giraba. La curva hizo que Cole se sintiera incómodo porque le impedía ver todo lo que tenía delante.

De repente pareció que el pasillo se terminaba.

No. Cuando terminó de describir la curva vio que giraba bruscamente a la derecha. No había puerta esta vez. No había motivo para que hubiese un montón de puertas allí abajo, por debajo del nivel del agua y sin que nadie pudiera entrar.

Pero Cole se preguntaba cuál era ahora su misión. Se habían acercado a la cabaña sólo para explorar. No pretendían asaltar el lugar. Cada paso de aquel camino desde que habían empezado los disparos estaba orientado a la supervivencia. Sin embargo... cuando hubo una opción sobre qué camino seguir en el túnel inundado, Cat había elegido avanzar hacia el enemigo, no retirarse. Y Cole lo había seguido sin pensárselo dos veces.

Tenían suficientes pruebas de que era allí donde estaban los malos. Uno de los muchachos de fuera tenía que haber sacado fotos de los mecas y los aerodeslizadores saliendo de aquellas enormes puertas de la montaña. También tendrían vídeos de los rebeldes disparando a Cole y Cat en la escalera que conducía a la cabaña.

Como no había nadie disparándoles, Cole hizo una seña con la mano para que Cat esperara y montara guardia. Luego conectó su transmisor.

—¿Crees que funcionará todavía? —preguntó Cat.

—El piloto sigue encendido. Y supongo que usará el suelo como conductor.

Cole llamó primero a Drew. Y recibió respuesta.

—Aquí Drew. ¿Estáis bien?

—¿Han contactado Mingo y Benny con Gettysburg? —preguntó Cole.

—No lo sé todavía —respondió Drew—. Pero por esas puertas ha salido de todo.

—¿Hay más tipos buscándoos?

—Nos cargamos dos mecas con cohetes y todos volvieron a casa. Ahora salen camiones que van más allá de la presa. Me parece que están evacuando el lugar.

—¿Sólo porque nosotros dos hemos entrado? —dijo Cat—. Qué valientes.

—Seguramente creen que somos la avanzadilla —dijo Drew—. Si creen que sólo

somos eso y vosotros habéis logrado entrar, supongo que no les ha parecido buena señal.

—Además —dijo Babe—, éstos son los que decidieron no seguir una carrera militar.

Evacuaban a otro lugar. ¿Por qué? Porque pretendían inutilizar las instalaciones de la presa ellos mismos.

—Creo que piensan inundarlo todo —dijo Cole—. El Genesseret está más alto que este complejo. Lo llenarán de agua y se lo cargarán todo.

—No eliminarán las pruebas de su existencia —dijo Drew.

—Si planean inundar esto, quiero estar en un sitio más alto —dijo Cat.

—Avísanos cuando Mingo informe de que llega la fuerza de choque —dijo Cole—. Asegúrate de que tienes una radio preparada para avisarlos acerca del material bélico y el personal que se marcha. Capturadlo todo en la carretera. —Se despidió y apagó el transmisor.

Cat se deslizó por la pared hasta quedar medio sentado.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar una fuerza de choque?

—No lo sé —respondió Cole—. Si vienen de Nevada o de Montana, al menos una hora.

—Un portaaviones desde alta mar... Los marines podrían llegar más rápido.

—No me importaría que los marines me salvaran el culo. Siempre que me lo salven.

—Si están evacuando...

—... para inundar todo esto...

—Ya estoy harto de nadar —dijo Cat.

—Bien, entonces, antes de seguir, ¿cuál es nuestro objetivo?

—Seguir respirando —dijo Cat.

—Podríamos habernos quedado en la cabaña.

Cat pensó en eso unos segundos.

—Bueno, queremos estar en terreno más elevado si van a inundar toda la zona. Y mi deducción es que, si intentamos salir por la puerta principal, nos estarán esperando. ¿Por qué cazarnos si saben que tenemos que ir hasta ellos?

—Así que queremos subir. Si hay algún lugar lo bastante alto aquí para que sobresalga del agua.

—Y estaba yo pensando —dijo Cat— que tal vez Aloe Vera esté por aquí en alguna parte. Naturalmente, estaría loco si estuviera aquí, porque no podría negar saber nada del asunto.

—Tal vez no quiera negarlo —contestó Cole—. A lo mejor está orgulloso de ello.

—De aquí sale el material bélico —dijo Cat—. Tal vez las órdenes también provienen de aquí. El tipo se agencia un ejército, ¿no crees que querría dirigirlo?

—¿Así que estamos buscando a Vero?

—Demonios, no. Estamos buscando el centro de mando. Para eliminarlo antes del ataque principal.

Era elemental. Eliminar el centro de mando del enemigo es lo que se supone que hacen las Fuerzas Especiales antes de un ataque. Pero Cole nunca había estado en una invasión. Siempre había trabajado en misiones de reconocimiento con grupos pequeños, dando golpes de efecto. Cat, sin embargo, había estado en Irak en 2003. Su experiencia era diferente, así que se le ocurrían cosas diferentes en un momento de crisis.

A pesar de todo, Cole pensó: «Tendría que haberseme ocurrido a mí.»—Si por casualidad lo encontramos —dijo—, lo necesitamos con vida. Para las cámaras.

—Creo que su cadáver hará el mismo efecto.

—Será mejor sacarlo de un agujero.

—Como a Saddam.

—Mientras tanto —dijo Cole—, me pregunto quién nos espera tras esa esquina. ¿Te queda alguna granada?

—Están en mi mochila —respondió Cat—. Flotando en ese túnel.

Cole se lanzó al suelo y rodó, manteniendo su arma apuntada hacia el pasillo.

Allí no había nada. Sólo más rampas de subida y otra curva.

—Sube —dijo Cat tras él.

—Justo lo que queríamos.

Cole se levantó y subió corriendo la cuesta. Cat lo siguió.

La carrera no los llevó a un pasillo sino a una gran caverna. Era una de las fábricas. No se trataba de una línea de montaje plenamente automatizada, pues el volumen no era lo bastante grande para justificarlo. Por lo visto usaban equipos para montar las piezas de los aerodeslizadores, un aparato por equipo, seis equipos en acción y carros cargados de piezas.

Pero en aquel momento no había nadie trabajando. Cosa que confirmaba lo que los muchachos veían desde fuera. Todo el mundo había sido evacuado.

En una pared había un mapa de las instalaciones con dos rutas de escape señaladas. Una conducía a la enorme puerta principal, la otra al túnel que comunicaba con la cabaña.

—No me creo este mapa —dijo Cole—. No creo que construyeran este sitio sin una vía de escape que no dependiera de secar el lago.

—No esperaban que el túnel estuviera inundado.

—Pero si lo han inundado ellos. Su defensa es inundar también la puerta principal. Es imposible que sean tan estúpidos como para quedarse atrapados si ambas entradas se inundan.

—¿Así que hay una ruta de escape que no aparece en el mapa? —dijo Cat.

—Una que no pueden usar los camiones.

—Pero Aloe Vera sí.

Sin embargo, tras estudiar el mapa, no encontraron nada convenientemente marcado como «centro de mando».

—Montaré guardia —dijo Cole—, estudia tú esto.

Cat lo estudió.

—No es un edificio normal. Es una torre rectangular. Se ven los espacios allí donde las cosas sobresalen del plano.

—Si tú estuvieras a cargo de este sitio, ¿dónde pondrías el centro de mando?

—Arriba —dijo Cat—. Hay tres pisos por encima éste y pocas rutas que conduzcan allí.

—Apuesto a que está cuatro pisos más arriba, ya que en el plano sólo salen tres.

—Apuesto a que tienes razón —dijo Cat.

—¿Qué camino quieres seguir?

Tanto él como Cat habían memorizado el mapa mientras lo estudiaban; parte de su entrenamiento requería memorizar los mapas para no tener que llevarlos encima.

—El que va a la puerta principal, no —dijo Cat—. Evitemos las multitudes.

Se cruzaron con tres personas en las escaleras que tomaron. Todos civiles, a juzgar por su ropa, dos de ellos mujeres. Una chilló y se apartó, pero la otra se armó con el zapato y lo blandió ante ellos mientras la adelantaban y seguían subiendo.

—Ya puede enfundar el zapato —dijo Cole cuando pasó por su lado. A ella no le hizo gracia.

El final de las escaleras coincidía con el último piso del mapa. Pero aquel piso era más pequeño que los otros. Había un montón de oficinas en él, la mayoría meros cubículos. Habían volado la CPU de los ordenadores con un explosivo pequeño alojado en la carcasa, pero salía humo de muchos y la mayoría estaban destrozados o deformados. No iban a sacar muchos datos de aquellos ordenadores, aunque nunca se sabía qué disco duro podía sobrevivir. Tal vez quedara algo recuperable. A menos que hubieran usado bombas caloríficas: todo el plástico interior se derretiría. «Eso es lo que yo usaría», pensó Cole. Así que probablemente era lo que Vero había usado.

Su infra vibró. Alguien lo llamaba.

—Aquí Cole.

Era Benny.

—En cuanto dimos el aviso, despegaron de Montana —dijo—. Ya estarán a sólo quince minutos.

Si la Restauración Progresista tenía observadores en las fuerzas de Idaho, lo cual era bastante probable, eso explicaba por qué habían empezado a evacuar aquel lugar cuando sólo lo habían penetrado un par de soldados. Cole le dio las gracias a Benny y cortó la comunicación.

—¿Ves algún control para la puerta principal? —preguntó Cat—. ¿Alguno para inundar el túnel donde estábamos?

—Tampoco habíamos visto controles para abrir la trampilla de la cabaña.

—Y tiene que haber uno para enviar agua de un lago a otro.

—¿Qué te apuestas a que, estén donde estén esos controles, Vero está sentado junto a ellos esperando para elevar el nivel de agua del Chinnereth justo cuando nuestra fuerza de choque entre por la puerta?

—Cabe suponerlo —dijo Cat.

—Y luego usará la puerta trasera secreta que no aparece en ninguno de los mapas. La que está camuflada y da a la ladera de la montaña, en algún punto de la cara del Genesseret.

—Eso sería muy inteligente.

—Bueno, sólo a medias —dijo Cole—. Lo inteligente sería entregarse pacíficamente y denunciarnos por violar la neutralidad de Washington.

—Nadie se va a creer eso ahora.

—Vamos, la gente se traga cualquier mentira si está dispuesta a creérsela. Nosotros somos el Ejército estadounidense. Si la pifiarnos, todo el mundo piensa que es a propósito y que algunos tendríamos que ir a la cárcel. Incluso cuando ganamos piensan que la hemos pifiado. ¿En qué Ejército estabas tú?

—Vale —dijo Cat.

—Un piso más arriba tiene que haber una escalera que lleve a alguna parte.

—Tal vez no —dijo Cat—. Tal vez sea sólo la puerta de un armario.

—¿Que nos llevará a Narnia?

—Que nos llevará a una escalera.

No había muchas puertas, pero todas estaban cerradas. En las películas, la gente siempre abre las puertas a tiros. Pero disparar a un cerrojo no saca el cerrojo del hueco de la cerradura. Y aquellas puertas eran pesadas, de metal macizo. Las balas podían rebotar. Podían saltar esquirlas. Podías matarte disparando así contra las puertas. Por no mencionar que no querían asustar a Vero para que se largara corriendo de su madriguera... si tenía una.

—Las mesas —dijo Cole. Regresó a uno de los cubículos y abrió un cajón tras otro, revolviendo papeles y palpando en su interior.

En efecto, encontró una llave que parecía valer. Alguien se había olvidado una copia en su mesa. Sucedió a menudo.

No era una llave maestra, pero abrió las dos primeras puertas que probaron. Naturalmente, Cole dio por sentado que la que no abriría sería la que querían abrir, pero la tercera puerta se abrió y reveló unas escaleras que subían.

Y subían y subían. No sólo un piso más. Tal vez llegaba no muy lejos de la torre de observación situada en la cima de la montaña, entre los embalses.

Corrieron a paso regular: no querían llegar arriba sin aliento, por si alguien tenía un arma esperándolos.

Allí estaba. La sala de control, llena de pantallas y ordenadores y paneles y calibres. Aquellos ordenadores no habían sido destruidos, porque no contenían datos incriminatorios y sólo controlaban la maquinaria de las instalaciones.

Cole entró en la sala. Vio otra puerta, la del lavabo. Al lado había dos hombres. Uno era Vero, con pantalones anchos y camisa blanca de manga corta. El otro iba trajeado y empuñaba un AK-47.

—Volved escaleras abajo —dijo el hombre armado—. Nadie tiene por qué resultar herido.

Cole le disparó en la cabeza. Cayó como una piedra.

—Calma —dijo Vero.

Cat entró en la sala tras Cole y empezó a estudiar los controles.

—Aquí está el control de las puertas —dijo—. Siguen abiertas. Todavía hay camiones saliendo. Y el túnel... inundado. Eh, gracias por todo, Aldo. Aún no estamos secos.

—No tenían ningún derecho a venir aquí —dijo Vero.

No tenía sentido discutir con él acerca de quién tenía derecho a atacar Nueva York y matar policías, o a perseguir a Cole por todo el Distrito de Columbia y Maryland para conseguir la PDA de Reuben.

—Y aquí están los niveles de los embalses —dijo Cat—. Hay una compuerta abierta que devuelve el agua del Genesseret.

—¿Puedes cerrarla? —preguntó Cole.

Fue Vero quien contestó.

—No se puede cerrar la puerta superior hasta que el nivel de agua del Genesseret vuelva a la normalidad.

—¿Cuántas compuertas hay? —preguntó Cole.

—Seis.

—Entonces se está volviendo a llenar a una sexta parte del ritmo máximo. Sigue siendo demasiado rápido. Ciérrala.

—Pero ha dicho...

Y entonces Cat se dio cuenta de que había estado dando por válida la palabra del enemigo. ¿Por qué no? Era un estadounidense quien se lo decía.

—El hijo de puta probablemente tiene un grupo secreto de controles preparados para inundarlo todo y en alguna parte hay una pantalla de plasma descontando los segundos.

—Ves demasiadas películas —dijo Cole.

—Usted es Bartholomew Coleman —dijo Vero.

—Lamento no haber dejado que me mataran ustedes en el Distrito de Columbia

—Lástima que los ultraderechistas le hayan lavado el cerebro —dijo Vero—. Alguien con tantos recursos como usted me habría sido de mucha utilidad.

—¿Y qué hay de mí? —dijo Cat—. Yo también tengo muchos recursos.

—Esta vez sí que llevaremos a juicio a John Wilkes Booth —dijo Cole.

—No tuve nada que ver con la muerte de esa patética parodia de presidente.

—Pero casualmente se dispuso a invadir Nueva York dos días más tarde.

—Íbamos a actuar el 4 de julio —dijo Vero—. El golpe del general Alton iba a ser nuestra excusa.

—Así que Alton era de los suyos —contestó Cole.

—Pero decidió improvisar y reclutarle a usted —dijo Vero—. El muy idiota.

—Si quieres hacerlo bien, tienes que hacerlo tú mismo —dijo Cat.

—¿Estoy arrestado o van a asesinarme? —preguntó Vero.

—Está arrestado —repuso Cole.

—Sea como sea, gano —dijo Vero—. Discúlpenme mientras hago un pis.

Se dio la vuelta y entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras él antes de que Cole pudiera agarrarlo.

Cole supo inmediatamente que el cuarto de baño no era sólo un lavabo. Antes de poder terminar de decir «hijo de puta» se plantó ante la puerta y la abrió.

Sólo encontró un cuarto de baño vacío con una puerta de excusado cerrada. Cole de inmediato se tiró al suelo y se deslizó por debajo de la puerta del excusado. Dentro había una trampilla que daba a una escalera que subía. Oyó a Vero subiendo rápidamente. Cole abrió la puerta para que entrara Cat.

—Creo que he detenido la riada —dijo Cat.

—Ha subido por ahí —informó Cole, asomándose a la escalera—. Puedo verlo.

—Dispárale.

—Lo queremos vivo —dijo Cole en voz baja—. Y él lo sabe.

Subieron corriendo la escalera tras él. Era fácil alcanzarlo. Vero estaba en buena forma física, pero tenía más de sesenta años.

Sin embargo, no había ningún motivo para detenerlo y arriesgarse a que cayera y se lastimara. Cole lo alcanzó y le tiró de la pernera del pantalón un par de veces, para hacerle saber que lo tenía justo detrás.

Casi en lo alto, Vero dio un manotazo a un botón de la pared y una trampilla se abrió automáticamente. Si tenía intención de cerrarla antes de que Cole pudiera salir, se quedó con las ganas: Cole salió casi antes que él y lo agarró por el brazo cuando intentaba escapar. Vero cayó al suelo, librándose de la tenaza de Cole. De inmediato, Cole lo apuntó con su rifle.

Cat salió de la trampilla, que sólo entonces se cerró.

—Mierda, hemos caminado al lado y no la hemos visto —dijo Cat.

Se hallaban a una docena escasa de metros de la zona despejada que rodeaba la

torre de observación.

Un helicóptero se acercaba por el noroeste. Una fuerza de ataque no se hubiera acercado por ahí. Era la ruta de un helicóptero que planeaba llevar a Vero a Seattle.

—No me extraña que la zona despejada que rodea la torre sea tan grande —dijo Cole.

Cat colocó su Minimi en posición y disparó una andanada contra el helicóptero. No estalló en llamas, pero el piloto entendió igualmente el mensaje. El helicóptero se marchó.

Vero se puso en pie y vio alejarse el helicóptero.

Cuando se dio la vuelta, empuñaba una pistola y apuntó con ella a Cole.

—Adelante —dijo Cole—. Tengamos un vídeo de Aldo Vero disparándole a un oficial estadounidense en cumplimiento de su deber. Mostrémoslo en su juicio por traición.

Vero se llevó la pistola a la cabeza.

Cole le disparó en la mano. Era una bala de grueso calibre y la mano explotó en sangre. Vero gritó y cayó al suelo, sujetándose la mano convulso.

—Soy tirador de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos —dijo Cole—. No va a salirse con la suya.

—Más helicópteros —informó Cat—. Esta vez son los buenos.

—¿Tu transmisor funciona todavía?

Cat lo conectó.

—Eso parece. Incluso mojado. Cojonudo.

—Dile a quien esté encargado de la fuerza de ataque que la mayoría de la gente que queremos va en helicóptero por la autopista Doce. Y que tenemos a Vero.

Cat hizo la llamada.

—Tírese boca abajo y ponga las manos a la espalda —dijo Cole.

Inmovilizó a Vero y luego empezó a vendarle la mano. Los huesos estaban bastante afectados. Aquella mano nunca volvería a funcionar bien. Cole sabía que estaba mal, pero no dejó de sentir una sombría satisfacción. «Esto es por Rube. Es por el puñado de policías y un portero de Nueva York. Espero que te duela todos los días de tu vida.»

Contuvo la hemorragia y vendó la herida antes de que uno de los Blackhawks aterrizara en el claro para encargarse de la custodia de Vero.



## 22. Relaciones

*La historia no se demuestra nunca: sólo se infiere. No importa cuántas pruebas reúnas, siempre estás suponiendo causas y efectos, y los motivos de los muertos. Puesto que ni siquiera los vivos comprenden sus motivos, difícilmente podemos hacerlo mejor con los muertos.*

*Seguid confrontando vuestras deducciones con las pruebas. Seguid probando nuevas deducciones para ver si encajan mejor. Seguid buscando nuevas pruebas, aunque desautoricen vuestras antiguas hipótesis. Con cada paso os acercaréis un poco más a esa cosa esquiva llamada «la verdad». Con cada paso veréis cuánto más lejos está la verdad de lo que imaginabais.*

En sólo cinco minutos, Cole le contó al coronel que comandaba la fuerza de ataque todo lo pertinente, y el coronel Meyers le aseguró a su vez que ya habían interceptado los convoyes que marchaban en ambas direcciones por la autopista Doce.

—Han hecho un buen trabajo al tomar intacto el centro de mando —dijo—. Y en capturar a Vero con vida. Los noticiarios ya lo han grabado.

—¿Lo han emitido? —preguntó Cole.

—Será imposible mantenerlo en secreto cuando crucemos la frontera. Habrá un clamor entre los periodistas. Así que Torrent nos autorizó previamente para que permitiéramos a los equipos de noticias que emitieran en directo cualquier prueba que tomáramos en el lugar adecuado. He decidido que la cara de Vero cumplía los requisitos. Lo mismo que ese montón de mecas que todavía hay ahí dentro. Y que los convoyes.

—Ya tengo ganas de ver los informativos.

—No tiene tiempo para eso —dijo el coronel Meyers—. Torrent quiere que vaya directamente a Nueva Jersey.

—¿A Jersey?

—Quiere que esté usted con los policías que vuelven para aceptar la rendición de la ciudad.

—Se han rendido.

—Todavía no —dijo Meyers—. Y por eso tiene tiempo de llegar hasta allí.

—Pero tengo un prisionero.

—No, señor. Lo siento. Yo tengo un prisionero. Usted tiene otras órdenes. —Meyers le puso una mano en el hombro—. Pero confía usted en esos muchachos suyos, ¿no? Podrán ir con Vero hasta Montana. Le curaremos la herida y lo llevaremos de vuelta a Andrews y ellos le acompañarán, ¿de acuerdo?

Cat le sonrió.

—Quiero oírle quejarse como una nena cuando le curen la mano.

—No me necesitan en Nueva York —dijo Cole.

—Cierto —respondió Meyers—. Creo que Torrent quiere que esté usted allí para las cámaras. El último soldado estadounidense en salir de la ciudad, el primero en regresar. Todo es para las cámaras, amigos. Queremos difundir el mensaje: éste es un país con una Constitución. Su rostro es parte de eso. Le guste o no.

Escoltaron a Cole hasta el helicóptero que iba a sacarlo de la zona de combate. En el aire, descubrió que Averell Torrent había sido confirmado por ambas cámaras del Congreso como nuevo vicepresidente de Estados Unidos y que había jurado el cargo en el Senado. Pero seguía siendo la operación de Torrent, y durante sus pocos minutos en tierra, en Montana, antes de subir a un transporte militar que lo llevaría al este, le entregaron un móvil cuyo número tenía Torrent.

Cuatro horas y media más tarde, se encontraba en la entrada del túnel Holland. El capitán Charlie O'Brien estaba allí para recibirlo. Igual que los policías que Cole y Rube habían sacado de la ciudad un mes antes.

Torrent había informado ya a Cole por teléfono.

—El Ayuntamiento de la ciudad ha asegurado al presidente Nielson que todas sus acciones y declaraciones anteriores fueron hechas bajo coacción. Agradecerán ser liberados por las fuerzas estadounidenses. Nos piden que tengamos cuidado para evitar un baño de sangre.

—Me gustaría detener a todos esos capullos —dijo uno de los policías—. A ninguno le importó que nos mataran.

—Creo que uno de los sacrificios que se les va a pedir que hagan es fingir que no los apuñalaron por la espalda —dijo Cole—. Recuerde que las cámaras los mostrarán regresando a la ciudad como la fuerza policial legítima... lo que queda de ella. Es su espectáculo. Sé que lo harán con clase.

Fue decisión del propio Cole que los policías abrieran la marcha. Torrent había tratado de persuadirlo para que Charlie O'Brien y él fueran en cabeza, pero Cole se negó.

—No se trata del Ejército de Estados Unidos ni de la Guardia Nacional de Nueva Jersey entrando en Nueva York: se trata de los propios hombres de Nueva York. Los mejores.

Torrent no insistió.

Así que subieron a los jeeps y recorrieron el túnel hasta treinta metros de la boca. Una avanzadilla ya había comprobado que no los esperaba ninguna emboscada.

O'Brien y Cole siguieron a los policías uniformados hasta la boca del túnel, donde las cámaras los esperaban.

Cole no pudo oír lo que decían, pero conocía bien el mensaje. Como la fuerza policial casi había sido destruida durante la invasión de los traidores, habían nombrado a miembros de la Guardia Nacional de Nueva Jersey y a miembros del

Ejército como auxiliares de la policía de Nueva York. Estaban allí para ayudar a arrestar a los traidores que depusieran las armas y se rindieran, y para matar a los que se resistieran.

El anuncio fue transmitido en directo por todas las cadenas y canales de noticias. No se sabía cuántos miembros de la Restauración Progresista iban a negarse a rendirse. Al final, sólo un operador de uno de los mecas disparó contra ellos y murió de inmediato. Unos cuantos soldados rebeldes fueron detenidos cuando intentaban escapar. Sin duda, algunos escaparon.

Todos los demás se rindieron.

La Segunda Guerra Civil se había terminado. Con diferencia, quienes más bajas tuvieron fueron los bomberos y los policías de Nueva York. El segundo grupo en número fue el de los soldados rebeldes muertos por Cole y sus camaradas en Washington y, más tarde, en el embalse Chinnereth.

Los únicos soldados del Ejército muertos o heridos en la guerra fueron el mayor Reuben Malich y uno de los policías militares que habían cubierto la huida de Cole del Pentágono el dieciséis de junio, además de los hombres que murieron en sus vehículos en el paseo MacArthur.

Todos ellos, de ambos bandos, estadounidenses.

Cuando hubieron fotografiado a Cole y O'Brien con los policías que habían ayudado a salvar, subieron a un coche y regresaron al túnel Holland.

—¿Llegó a recuperar su coche? —preguntó Cole.

—Oh, sí —respondió O'Brien—. Me debe un depósito de gasolina.

—Le debo más que eso.

—Eh, ¿cuántos más llegaron a volar esos mecas durante esta pequeña guerra?

—Muy pocos —dijo Cole—, gracias a Dios.

El coche dejó a O'Brien en la zona de acuartelamiento de su unidad. Luego llevaron a Cole a Gettysburg, donde ya había llegado el resto del grupo de Reuben. Una vez más, a posar ante las cámaras. Pero también tuvo que informar a Torrent.

Durante la reunión, el presidente Nielson entró en el despacho de Torrent, indicando con la mano que permanecieran sentados y continuaran. Escuchó mientras Torrent hacía preguntas. Poco después entraron varias personas más. Una de ellas era Cecily Malich.

Fue Mingo quien interrumpió a Torrent en mitad de su discurso de agradecimiento y acabó con la reunión.

—Discúlpeme, señor, pero hay un miembro de nuestro jeesh que no sobrevivió a este combate. Su esposa acaba de entrar.

Torrent se volvió y reparó en Cecily por primera vez.

Todos los miembros del jeesh se levantaron y la saludaron.

Ella se puso lentamente en pie, llorando, y les devolvió el saludo.

No había ninguna cámara en la sala. Así que la imagen que el mundo conoció fue la de ellos ocho, todavía vestidos para el combate, en fila, detrás del presidente Nielson y el vicepresidente Torrent en la rueda de prensa.

Cuando llegó el turno de responder a las preguntas de los periodistas, Cole trató de que Babe, que era, después de todo, relaciones públicas profesional, hiciera de portavoz. Pero Babe se negó.

—Yo no estuve allí dentro, tío.

Así que Cole y Cat se plantaron ante el atril, bajo la mirada del presidente y el vicepresidente. Las preguntas eran las de esperar. Claro, eran héroes. Pero la prensa seguía siendo la prensa.

—¿A cuántos estadounidenses mataron ustedes en esta misión?

—A tantos como fue necesario para protegerme a mí y proteger a mis hombres, y para cumplir nuestra misión —contestó Cole—. Y a ninguno más.

—¿Por qué obedecieron una orden para entrar en un estado que había cerrado sus fronteras a las operaciones militares?

—Con el debido respeto, señor —dijo Cat—, todas nuestras operaciones se desarrollaron dentro de los Estados Unidos de América, siguiendo órdenes del presidente de Estados Unidos. No cruzamos ninguna frontera internacional.

—¿No temían que su ataque produjera más derramamiento de sangre dentro de Estados Unidos?

Cole respondió a esa pregunta, obligándose a permanecer completamente en calma.

—Yo estaba en Nueva York cuando comenzó esta rebelión. Vi los cadáveres de policías y bomberos y a un portero uniformado en las calles de esa ciudad antes de disparar un solo tiro en esta guerra. Creo que nuestras acciones de hoy han puesto fin al derramamiento de sangre que iniciaron los rebeldes.

—¿Consideran que han vengado la muerte del presidente y el vicepresidente del viernes 13?

—No nos dedicamos a la venganza —dijo Cat—. Nos dedicamos a derrotar a aquellos que hacen la guerra contra Estados Unidos.

—Sabemos que esa gente estaba detrás del ataque a Nueva York —añadió Cole—, porque esa fábrica secreta en el estado de Washington era donde se producían las armas que empleaban. Pero queda por ver si tuvieron algo que ver con los asesinatos anteriores.

Cole vio que el personal del presidente se relajaba visiblemente. No querían que nada pudiera ser utilizado por los abogados de Vero para sostener que ya había sido prejuzgado por los medios.

—Algunos informes dicen que le disparó usted a Aldo Vero después de ser arrestado.

Cole le sonrió al periodista.

—Después de que le dijera al señor Vero que estaba arrestado, trató de huir. Lo alcanzamos. Entonces sacó un arma. No le disparé cuando me apuntó con ella. Le disparé al señor Vero a la mano cuando se apuntó con su propia pistola a la cabeza. Lo quería con vida para que fuera juzgado por traición. Como estaba a cinco metros de distancia, una bala en la mano fue la única manera de impedirle que emprendiera una acción irrevocable.

—No nos pareció que tuviéramos tiempo de negociar para que entregara el arma —añadió Cat.

Uno montón de gente se echó a reír. Muchos eran periodistas.

Después de la rueda de prensa, Cecily se acercó a Cole.

—No puedo quitarme de la cabeza las preguntas que os han hecho. Como si fuerais criminales.

—Es un juego —dijo Cole—. ¿No te has dado cuenta? El tipo que me ha preguntado eso de haberle disparado a Vero después del arresto... era de la Fox. Estaba esperando la respuesta que le he dado. Apuesto a que será lo que repetirán esta noche en todos los noticiarios.

—En lugar de un titular como: «Soldado acusa a Vero de asesinato.» De acuerdo, lo comprendo. —Le sujetó la mano—. Cole, ¿has llamado ya a tu madre?

—No, señora.

—Entonces, ¿va a enterarse de cómo estás por las noticias?

—Probablemente no. No ve las noticias.

—Así que todavía puedes llamarla.

Cole asintió.

—Puedes usar mi teléfono.

Cecily lo acompañó a su oficina, que compartía con otros cuatro miembros del personal y estaba vacía. Lo llevó al escritorio y él se sentó para hacer la llamada.

—Antes de que marques —dijo ella—, y antes de dejarte a solas para que hables con ella, ¿vendrás a verme pronto? Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—¿Qué es?

Ella parecía preocupada. ¿Qué podía ir mal ya? Tenían el arsenal rebelde. Habían recuperado Nueva York.

—Cuando vengas a visitarme. Ahora llama a tu madre —dijo ella. Y se marchó.

Pero cuando él llamó para pedir una cita con Cecily al día siguiente, ella no estaba. Y, al día siguiente, lo llamó y dijo:

—Mira, probablemente estaba equivocada. Fue una estupidez. Ven a vernos a mí y a los niños... a casa. Y me refiero a casa de verdad: el presidente va a volver a la Casa Blanca y yo voy regresar con los niños a Virginia.

Cole imaginó cómo sería para ella entrar en la casa que había compartido con

Rube.

—¿Quieres que te acompañe cuando vuelvas allí por primera vez?

—Ya he vuelto —respondió ella—. Estoy bien. Pero gracias por ofrecerte.

El supuso que eso era todo. Habían trabajado bien juntos, incluso se habían apreciado, pero respecto a la confianza que ella iba a compartir, fuera cual fuese, había cambiado de opinión. Y estaba bien. Estaba en su derecho.

Vero había solicitado ver a Torrent, y éste aceptó. No lo notificaron a la prensa. Vero estaba confinado en la base Andrews de las Fuerzas Aéreas. Torrent llegó en limusina y lo condujeron directamente a la habitación de Vero, que llevaba el brazo en cabestrillo, con la mano aparatosamente vendada.

Torrent se sentó sin que lo invitaran.

—¿Cómo está su mano? —preguntó.

—Mi médico vino para examinarla y aprobó el trabajo que han hecho. Como punto de partida. Harán falta más operaciones. Probablemente nunca recupere plenamente la movilidad, pero hay gente que ha sufrido más en las guerras.

—Creía que odiaba la guerra.

—Odio las guerras que se libran para el avance del fascismo —dijo Vero—. No le he invitado para discutir con usted.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Porque es usted el motivo por el que libré esta guerra.

—No sabía que lo hubiera enfurecido tanto. De hecho, creía que le gustaba mi seminario.

—Sus conferencias me impulsaron a la acción —dijo Vero—. Me di cuenta de que no era suficiente manifestarse contra los fascistas. Las bayonetas sólo podían detenerse con bayonetas.

—Pero Aldo —dijo Torrent—, si realmente creyera eso, el general Alton y usted no habrían tenido que orquestar un falso golpe ultraderechista.

Vero sonrió tenso.

—¿Cree que no sé lo que es usted?

—Nosotros sabemos que usted es un traidor y, desde luego, que no es ningún pacifista. ¿Qué soy yo?

—Es usted el diablo, Torrent —dijo Vero—. Y todos nosotros hacemos su trabajo.

Torrent se puso en pie.

—Podía haberme enviado por fax ese mensaje.

—Quería decírselo a la cara. Sólo quiero que lo sepa. Esta guerra no ha terminado. Aunque me mate o me cargue de cadenas, su bando caerá al final.

—¿Mi bando? —dijo Torrent—. Yo no tengo ningún bando.

Con eso, salió de la habitación.

Cecily trasladó a los niños a casa. La tía Margaret se quedó con ellos una temporada y, cuando la envió de vuelta a Nueva Jersey, Cecily dejó su trabajo en la Casa Blanca.

—Era un trabajo provisional —le dijo a LaMonte—. Mis hijos han perdido a su padre. Me necesitan. Pero yo necesitaba el trabajo que me ofreció. Así que gracias por eso.

Fue duro, sobre todo porque muchos de sus amigos (la mayoría de sus amigos) parecían considerar la muerte de su marido como algo que la convertía en alguien demasiado sagrado para hablar con ella. Recibió notas. Hubo flores. Unas cuantas visitas con las palabras de rigor: «Bueno, si hay algo que podamos hacer.» Pero no hubo ninguna llamada de sus amigas invitándola a cenar o al cine.

Luego, una semana después de regresar a casa, Cat y Drew se pasaron después de cenar. Traían helado. Se sentaron a la mesa de la cocina con Cecily y los niños y contaron historias sobre Reuben. Qué hizo en la guerra. Qué hizo durante su entrenamiento. Qué hacía cuando estaba de permiso con ellos.

Una semana más tarde, fueron Mingo y Benny. Lo mismo, esta vez con fotos. Habían hecho un libro de recortes y se lo regalaron.

Babe llegó solo unos cuantos días más tarde. Había grabado un DVD con fotos de Reuben. Era muy divertido. Y encantador. En la puerta, cuando se marchaba, ella le preguntó:

—¿Lo hicisteis por sorteo? Lo de venir por turnos.

—Oh, ¿ya han venido los demás? ¿Os hemos estado molestando?

—No, no —dijo ella—. Os lo agradezco en el alma. Reuben nunca hablaba de su trabajo, no con los niños.

—Antes de ser un mártir, ya había sido un héroe muchas veces. Creo que cuando los niños han perdido a su padre, necesitan saber quién era y por qué es importante que hiciera las cosas que hizo y por qué no puede volver a casa. —Sonrió un poco—. Lo sé. Mi padre murió en la Guerra del Golfo.

Al final, todos la visitaron. Y volvieron, con otros amigos de Reuben del Ejército. Y ella empezó a recibir visitas de esposas de militares que Reuben había conocido en diversas misiones.

Pero Cole no aparecía.

Al principio ella se preguntó por qué. Incluso se sintió un poco dolida.

Luego cayó en la cuenta de que Cole podía haber combatido con aquellos hombres, pero no se sentía realmente parte del grupo. Había sido un añadido. Y recordó después que ella le había dicho que quería hablar con él pero que había cambiado de opinión. A lo mejor él había interpretado eso como que no quería verlo.

O tal vez estaba ocupado.

«Lo llamaré.»

Pero Cecily sabía que no era como los demás. Porque había estado con Reuben aquellos tres últimos días. El día del asesinato del presidente. En Nueva York. Y en el Pentágono, cuando DeeNee lo había matado. Si iba a verla, tendría que contarle lo que sospechaba. Aunque no pudiera demostrar nada se lo contaría, porque tenía que contárselo a alguien.

Pero todavía no.

Veía las noticias asiduamente, como siempre.

Todos los movimientos por reconocer la Restauración Progresista se habían acabado con el arresto de Aldo Vero. La legislatura de Vermont no se había molestado en derogar su resolución porque, como su fiscal general le aseguró a todo el mundo, no tenía ninguna fuerza legal.

Estados Unidos vio con Cecily y sus hijos cómo las fuerzas de la Restauración Progresista de Nueva York se reunían pacíficamente después de dos días de vacilaciones... y de que el Ayuntamiento de la ciudad los declarara por unanimidad traidores y les pidiera que abandonaran su territorio.

Y aparecieron más y más pruebas, revelando la red de influencias y el control financiero de Aldo Vero. Muchas organizaciones se disolvieron; otras repudiaron la financiación que habían recibido de Vero, pretendiendo que no sabían de dónde procedía y asegurando que, desde luego, no debía interpretarse que hubiera relación alguna entre ellos y la revuelta abortada de Vero.

El propio Vero esperaba en una prisión especial mientras su mano era sometida a repetidas operaciones de reconstrucción y se le vigilaba continuamente para que no se suicidara.

Los niños perdieron el interés. La guerra había terminado.

Pero Cecily siguió observando con especial interés a Averell Torrent.

No era extraño. Torrent era tremendamente popular. Casi como una estrella de cine. Y lo manejaba todo de manera brillante. Se había hablado desde el principio de concederle la nominación republicana, aunque también había reticencias porque nadie sabía qué pensaba de cuestiones como el aborto, el matrimonio, los impuestos, la inmigración o cualquier otra cosa que no fuera la defensa.

Pero cada vez que los periodistas le preguntaban si quería la nominación republicana, él contestaba:

—No soy miembro de ningún partido. No busco ninguna nominación. se marchaba.

Entonces, en una entrevista en Fox News, O'Reilly le preguntó:

—Muy bien, señor vicepresidente, voy a preguntárselo a bocajarro. Recuerde, ésta es una cadena libre de manipulaciones.

—Nunca lo olvido, señor O'Reilly.

—¿Si los republicanos lo nominan, aceptará la nominación y se presentará a la



presidencia?

—Sin manipulaciones —dijo Torrent.

—Y nada de evasivas, por favor.

—Creo en la democracia. En la lucha electoral. Pero ahora mismo... este país ha estado al borde de la guerra. No, estuvimos más allá del borde. Los disparos habían comenzado. Y ¿por qué? Por el mismo discurso cargado de odio, divisor y viciado que ha dominado nuestras elecciones durante los últimos... ¿cuántos, quince o veinte años? Estoy harto de eso. No quiero formar parte de ello.

—Lo escucho, señor vicepresidente. Pero aún no ha respondido a mi pregunta. ¿Me está manipulando, señor?

—Estoy siendo lo más claro posible —respondió Torrent—. Sólo me presentaría a la presidencia si estuviera nominado por ambos partidos.

O'Reilly se echó a reír.

—¿Así que sólo se presentará si compite contra sí mismo?

—Sé que no salpicaría a mi oponente y él no me salpicaría a mí —dijo Torrent.

—Entonces, ¿les está pidiendo a los demócratas que lo nominen también?

—Estoy pidiendo que me dejen fuera de todo el odio y toda la amargura, de todas las mentiras y manipulaciones. Acepté el cargo que ahora ocupo para acabar con el impasse en el Congreso y contribuir a que este país recuperara cierta normalidad. Espero dejarlo cuando mi sucesor tome posesión en enero. Después veré si alguna universidad me acepta en su claustro.

O'Reilly sonrió y dijo:

—El guante está lanzado, demócratas. Ya sucedió antes, en 1952, cuando nadie estaba seguro de si Eisenhower era demócrata o republicano. Ambos partidos quisieron nominarlo. Él escogió uno. Pero el vicepresidente Torrent se niega a escoger. La convención demócrata será la primera. ¿Seguirán con su actual candidata, que tiene casualmente tasas negativas más altas que ningún otro candidato de los que se presentan este año? ¿División o unión? Pero le cedo la última palabra, señor vicepresidente.

Torrent sonrió.

—Echo de menos la docencia. Tengo ganas de volver a impartir clases.

—En otras palabras, piensa que no hay ninguna posibilidad de que lo nominen.

Torrent se echó a reír y cabeceó, como si la idea fuera ridícula.

Pero no dijo que no.

Y a pesar de sus esfuerzos desesperados, la candidata mejor situada no pudo evitar que el nombre de Averell Torrent se presentara en la convención demócrata. Demasiados delegados anunciaban que se pasarían a él en la primera votación, no importaba a lo que se hubieran comprometido en las primarias. Como dijo uno ante las cámaras: «Han pasado muchas cosas desde las primarias. Si no tuviéramos la

responsabilidad de pensar por nosotros mismos, no habría motivo para que los delegados asistieran a una convención, bastaría con contar los votos de las primarias y hacer el anuncio.» Los principales líderes republicanos se apresuraron a anunciar que, si los demócratas nominaban a Torrent, ellos lo nominarían también.

«Va a pasar de verdad —pensó Cecily—. Y... y yo tengo que hablar con alguien o me volveré loca.»

Así que fue a buscar el número de Cole y se dio cuenta de que no lo sabía. Sólo tenía los números de los móviles que habían sido descartados hacía tiempo. Y, naturalmente, el número de su oficina en el Pentágono, un destino que se había evaporado con el asesinato de Reuben.

Por fin, llamó a Sandy a la Casa Blanca.

—Si quieres recuperar tu trabajo —dijo Sandy—, la respuesta es que, demonios, sí, ¿por qué has tardado tanto?

—No quiero, pero me halaga saber que me echan de menos.

—Yo no te he echado de menos, pero tengo trabajo para ti. ¿Qué quieres? Porque estoy tan ocupada que no tengo tiempo ni para rascarme el culo.

—El número de teléfono de Bartholomew Coleman.

—¿Me llamas para que te dé un número de teléfono?

—El capitán Coleman —dijo Cecily—. El soldado que estaba con Reuben cuando...

—Sé quién es, lo veo todos los días —respondió Sandy—. ¿El teléfono de su casa? ¿El del móvil? ¿El de la oficina?

—¿Lo ves todos los días?

—Ha sido asignado al vicepresidente como su principal ayudante en asuntos militares. Asiste a todas las reuniones.

—No lo sabía. —Cecily se sintió desazonada. ¿Se había subido Cole al carro con Torrent? Entonces no podría hablar con él.

—¿No quieres los números?

—Claro, por supuesto. Es que no sabía... sí, todos los números.

Podía anotarlos. Y luego no usarlos.

Y no los usó.

Pero esa noche él apareció en su casa a las nueve en punto.

—Cole... capitán Coleman. No sabía... no esperaba...

—Sandy me ha dicho que has llamado y que, cuando te has enterado de que trabajo con Torrent, de pronto ya no querías hablar conmigo.

Sandy era demasiado observadora.

—Pero estaba esperando que me llamaras —dijo Cole—. Cuando te echaste atrás y decidiste no hablar conmigo, hace unas cuantas semanas, supuse que querrías esperar. O algo. Pero... sabes que realmente aprecio a tus hijos. No quiero perder el

contacto con vosotros. Sólo conocí a Rube... al mayor Malich, unos días, pero... — Inspiró profundamente—. Bueno, esperaba que hubiera galletas.

Ella se echó a reír y lo llevó a la cocina. Mark y Nick estaban todavía despiertos y se acordaban de Cole y prácticamente lo asaltaron y lo arrastraron al suelo. Bueno, Mark lo hizo. Nick se limitó a mirarlo, pero Cecily vio cómo le brillaban los ojos. Cole había causado una honda impresión en sus hijos.

No hablaron de Reuben. No hablaron de los asuntos del mundo. Cole preguntó a los chicos qué estaban haciendo. Comieron helado. Cole demostró que no hace falta dar mordiscos a las magdalenas, que te las puedes meter enteras en la boca. Luego fingió que se ahogaba antes de tragar.

—Lo malo es cuando toses y escupes trocitos de magdalena por la nariz.

A las diez, Cecily envió a los niños a la cama.

—Me marcho —dijo Cole—. También es tarde para ti.

—No —contestó ella—. Quédate. Quiero hablar contigo.

Él respondió en voz baja para que los niños no se enterasen:

—Es sobre Torrent, ¿verdad? No estoy casado con él. Me han asignado a él.

—¿A petición suya?

—Ha vetado al personal de la Casa Blanca y el Pentágono. Trabaja con el FBI para aislar a los sospechosos para que el resto pueda respirar tranquilo de nuevo.

—Eso parece un trabajo muy controvertido para alguien que dice estar en contra de las divisiones —dijo Cecily.

—Ésa es la cuestión. Todo el mundo acepta que es imparcial y que no está motivado políticamente. No tiene una historia con nadie.

—Lo cierto es que sí que la tiene —dijo Cecily.

Bajaron al sótano. Entraron en la oficina. Allí ella desplegó las traducciones de las notas de clase de Reuben.

—Lo primero es lo primero —dijo ella. Le entregó un papel con un párrafo rodeado por un círculo.

—César Augusto —dijo Col—. ¿Y?

Cecily le tendió otro.

—Augusto otra vez.

Y otro.

—Es profesor de historia —dijo Cole—. Y Augusto es historia.

—Tres clases diferentes, Cole —respondió Cecily—. Sólo una de ellas trataba vagamente acerca de Roma.

—Veo que estás construyendo un caso —dijo Cole—. Así que... adelante.

—Lee lo que dijo Reuben justo después de ese párrafo.

Cole lo leyó en voz alta.

—«¿El Imperio romano como obsesión? Sobre todo Augusto y Trajano.» No me

has enseñado las notas sobre Trajano.

—Sigue leyendo.

—«Sus héroes. Alguien ve a los dos bandos pelear en guerras civiles. Entonces interviene, lo impide, Roma lo aclama como el héroe que trae la paz y la unidad. Demuestra un gran respeto por el Senado, por la forma republicana de gobierno. Es modesto, pero gobierna con mano de hierro. ¿Padece Torrent un delirio imperialista? Siempre dice que Estados Unidos no puede caer porque seguimos todavía en la fase republicana, que no somos un imperio todavía. ¿Desea poder hacer de Augusto e iniciar uno?» Cole soltó el papel y se acomodó en su asiento.

—Entonces piensas que Torrent... ¿preparó una guerra civil sólo para poder intervenir y ser el gran conciliador?

—He leído mucho acerca de Augusto y Trajano desde que traduje esas notas —dijo Cecily—. Fueron grandes emperadores. No eran crueles. Realmente mantuvieron la estabilidad del imperio. Llevaron a Roma a su auténtico destino. Mejoraron la vida de todo el mundo.

—Así que fueron tipos decentes.

—Pero fueron dictadores, Cole. Le doraron la píldora al pueblo. Al Ejército. Al Senado. Siempre fueron populares. Pero también hicieron asesinar a sus oponentes. Permanecieron en el cargo hasta que murieron. Y cuando tienes un emperador, incluso uno bueno, no puedes estar seguro de que el siguiente vaya a ser un Augusto o un Marco Aurelio, o un Trajano o un Adriano.

—Podría ser un Nerón —dijo Cole—. Un Calígula.

—Luego pienso... ¿soy como Bruto? A sus amigos y a él les preocupaba que Julio César se convirtiera en dictador, y por eso conspiraron para asesinarlo y salvar la república. Pero su muerte tan sólo desencadenó las guerras civiles que llevaron a Octavio al poder, el mismo que luego tomó el nombre de Augusto y puso fin a la democracia.

—Tal como era, más o menos, en Roma.

—Era mucho, para aquellos tiempos —dijo Cecily—. Y es mucho también para nosotros. Van a nominarlo, Cole. Sabes que lo van a hacer. Ambos partidos. Se va a presentar a las elecciones sin oposición.

—El sistema bipartidista no va a desaparecer por unas solas elecciones.

—Si es que hay otras.

—Venga ya.

—Oh, él permitirá que haya otras elecciones, y otras, y otras. Augusto mantuvo las formas de la república. Simplemente, se aseguró de que no se nominara a alguien a quien él no aprobara. Mantuvo el control del Ejército.

—Torrent no lo tiene, te lo aseguro.

—Lo sé. Estoy preocupada sin motivo. Pero...

—¿Pero qué?

—¿Y si la imagen benévola de Torrent es sólo eso? ¿Nada más que una imagen?

—Dijiste que tenía una historia. ¿Cuál?

—Lleva enseñando mucho tiempo. Y es un profesor aclamado. Sus libros son muy famosos. Así que todo esto podría ser simple coincidencia.

—¿A qué te refieres?

Cecily le entregó una lista de nombres.

El primer nombre de la lista era Aldo Vero. Había asistido a dos seminarios de Torrent, hacía años: Historia para ejecutivos conscientes del futuro. Cole no había oído hablar de la mayoría de los demás alumnos, pero Cecily le proporcionó una descripción de sus actividades así como de su relación con Torrent. Todos destacaban en las organizaciones progresistas que estaban unidas a Vero.

—Tuvo un montón de estudiantes —dijo Cole.

—Lo sé. Ya te lo he dicho, ¿no? Pero el caso es que tuvo a estos estudiantes.

Le entregó otro papel. Sólo contenía dos nombres.

Reuben Maliceh y Steven Phillips.

—He hablado con Phillips.

—¿No está en la cárcel? —preguntó Cole.

—Nadie puede demostrar que supiera más que Reuben sobre lo que se estaba enviando, a quién ni por quién. No quise insistirle, porque entonces la gente podría insistir en lo que Reuben sabía, y yo sé que él no sabía nada.

—Yo también.

—Phillips dice que Torrent le preguntó si estaría interesado en ser abordado para llevar a cabo algunas misiones extraordinarias. Igual que se lo dijo a Reuben.

—Pero Torrent no llegó a encargarle ninguna misión.

—Sólo le preguntó si estaba interesado. Dijo que alguien diría ir en su nombre. Pero cuando llegó el momento, no le mencionaron a Torrent. Lo mismo que le pasó a Reuben. Así que Phillips, y Reuben, nunca estuvieron seguros de si aquella gente había sido enviada por Torrent o no.

—Pero aceptaron las misiones.

—Porque pensaron que quien las ordenaba era el presidente. Y porque... porque era secreto y excitante y... son hombres, Cole. Y en el fondo, pensaron que probablemente era Torrent, y sabían que era un tipo brillante y que todo debía ser perfecto.

—Como si brillante equivaliera a bueno.

—Exactamente —dijo Cecily—. Pero seguimos sin saber si tuvo algo que ver con ello. Y ni siquiera sabemos quiénes abordaron a Reuben y a Phillips. Phillips no lo sabe, en cualquier caso, y Reuben nunca dijo ni escribió nada acerca de eso.

—Así que Torrent puede tener que ver con Vero, o no.

—No, ésa no es la cuestión —dijo Cecily—. Estoy casi segura de que no forma parte de la operación de Vero. Vero lo controlaba todo. La gente estaba a sus órdenes y él rendía cuentas ante Dios únicamente. O ante la historia. O ante lo que sea en lo que cree. Pero no rendía cuentas ante Torrent. ¿Y te imaginas a Torrent rindiéndole cuentas a él?

—Tal vez. Es posible.

—No lo creo. Conoces a Vero.

—No lo vi en su mejor momento.

—Pero ¿te parece que si Torrent trabajara para Vero éste se quedaría callado mientras nominan a Torrent ambos partidos? ¿Mientras le entregan en bandeja la presidencia?

—Pues claro que sí —dijo Cole—. Eso significaría que ha ganado, después de todo.

—Vale, tal vez. Pero no lo creo. Por esto.

Le tendió otra hoja de papel. Sólo contenía un nombre. DeeNee Breen. Torrent había sido profesor suyo en Princeton. Había sacado sobresaliente.

Cole estaba un poco harto.

—Pero si sólo asistió a unas clases.

—De Torrent. En Princeton. Coincidencia. Montones de estudiantes fueron a sus clases y no todos ellos han asesinado a un mayor del Ejército estadounidense. No prueba nada. Es sólo que... tenía que decírselo a alguien. Tenía que enseñárselo a alguien o me voy a volver loca viendo cómo Torrent realiza este... este viaje relámpago al poder supremo.

—¿Quién guardaría un secreto así? —dijo Cole—. Esta conspiración sería demasiado...

—Cole, ¿quién hubiese creído que Vero sería capaz de llevar a cabo su conspiración? Además, no sé si fue una conspiración. Puede haber sido más bien una especie de Johnny Appleseed<sup>[15]</sup> malévolo. Torrent puede haber ido por ahí sembrando semillas. Quién sabe lo que le dijo a Vero y que tal vez lo provocó. Algo así como: «Habla usted de lo comprometido que está, señor Vero, pero no hace nada. Lleva el nombre de un emperador romano, pero actúa como un alto ejecutivo.» Así es como habla. Desafiando. Pinchando. Pinchaba a Reuben. Lo llamaba «soldadito» constantemente. Eso hizo que Reuben estuviera aún más ansioso por demostrarle a Torrent su valía.

Cole recordó aquel día en que Torrent los había guiado a través del proceso de razonamiento que llevaba a Chinnereth y Genesseret.

—¿Estás diciendo que ya sabía dónde estaba el centro de operaciones de Vero?

—No, no, y eso es lo mejor de todo. Pincha a Vero. Le hace leer libros de historia que le señalarán ciertos cursos de acción. Pero no participa en sus planes. Creo que

realmente dedujo dónde estaba Vero, tal como nos dijo. Tal vez tenía cierta información interna... después de todo, era el CSN y tenía acceso a informes de inteligencia que no estaba obligado a compartir con nosotros. Pero no estaba en el ajo, no más de lo que lo estaba en lo que Reuben y Phillips hacían.

—¿Y DeeNee?

—Eso es diferente. Los hombres que esperaban para sorprenderos... están muertos. No podemos interrogarlos. ¿Sabían que ella planeaba matar a Reuben? ¿Planeaban ellos matarlo o sólo reducirlo y llevarse la PDA? ¿Trabajaban para Vero o para Torrent o para un tercer grupo que no conocemos? Todo es tan pantanoso que no se puede afirmar nada. Pero ella fue alumna de Torrent.

—¿Lo habían sido los que estaban con ella?

—No. Nadie más.

—No sé, Cecily. La verdad es que no sé.

—Yo tampoco lo sé. No lo estoy acusando. De veras que no. Pero es que no se me va de la cabeza.

Cole asintió.

—Supongo que es como cuando no te puedes librar de una canción. La detestas. Así que se la cantas a otro y se os mete a los dos en la cabeza.

—¡Lo siento! —dijo ella—. Fíjate que no te he llamado, tú has venido a verme.

—Por supuesto. Y me alegro de que me lo hayas contado. De verdad. No miento. Me alegro de que me lo contaras a mí y a nadie más.

—Porque pensarían que estoy loca.

—Porque se correría la voz y alguien podría asesinarte —dijo Cole.

Ella se quedó impresionada por sus palabras.

—Venga ya.

—Si es cierto... —dijo Cole—. Sólo si es cierto. Entonces estás pidiendo a gritos que te asesinen para cerrarte la boca.

Ella recogió los papeles, conectó el destructor de documentos que había junto a la mesa, y los redujo a tiras.

—Muy dramático, pero están en disco, ¿no?

—No por mucho tiempo —contestó ella—. Y, sí, sé cómo reescribir los archivos para que queden completa y verdaderamente borrados.

—Pero tú lo sabes y yo lo sé. Y ambos vamos a seguir atentos, ¿verdad?

—No sé. No pensaba que fuera algo peligroso.

—Sin embargo, no se lo has contado a nadie.

—Porque creía que pensarían que estoy loca. Todo el mundo habla de Torrent como si fuera Dios.

—El salvador de Estados Unidos —dijo Cole—. Pero a lo mejor no te asesinarían. Podrían declararte mentalmente incapacitada y quitarte a tus hijos. Sería

igualmente efectivo, ¿no?

—Me estás asustando.

—Lo siento. Pero no bromeo. Has plantado la semilla en mi mente. Estaré atento. Te lo prometo. Amo este país. No quiero un dictador. Pero no quiero que se lo cuentes a nadie más. Y no quiero que sigas investigando. Has tenido que llamar a cierta gente para obtener esta información. Has tenido que visitar páginas web, que escribir a alguien, ¿me equivoco?

Ella asintió.

—Entonces ya puedes estar en alguna lista en alguna parte. Aunque sólo sea dentro de la cabeza de Torrent. De todos modos, aunque creo que hay bastantes probabilidades de que estés completamente equivocada, es importante que no digas a nadie más estas cosas, porque si Torrent es inocente, entonces esto es... una difamación muy grave.

Cecily volvió a asentir.

—Cecily, vamos a vigilarlo los dos. Veamos cómo se desarrollan las cosas. Qué hace con el verdadero poder cuando le ponga las manos encima.

—De acuerdo —dijo ella.

—Mientras tanto, quiero decirte que os he echado de menos. Me gustan tus hijos. ¿Podemos ser amigos? Paranoicos juntos, sí, ¿pero también amigos?

—Mark y Nick te adoran.

—Y viceversa —dijo Cole—. Os visitaré de vez en cuando, y en ocasiones veremos a Torrent en las noticias e intercambiaremos miradas de inteligencia. Con suerte, nos reiremos de lo que hemos llegado a pensar.

—¿Lo que hemos llegado a pensar? ¿No lo pienso yo sola?

—Oh, ya has conseguido que yo también lo piense. Me has pegado la canción.

Salieron de la oficina. Cole insistió en fregar los platos del helado y meterlos en el lavavajillas.

—Es la primera vez que friego los platos para alguien que no es mi madre —dijo—. Quiero decir, para alguien que me agrada y no es mi madre.

—Te prepararé galletas la próxima vez.

—Bien, porque la ambición de mi vida es estar gordo.

Ella le dio un abrazo en la puerta.

—No he podido evitarlo —dijo—. Ahora me siento mejor, porque hay alguien más que lo sabe.

Cuando él se marchó, echó el cerrojo, bajó las escaleras, recogió todas las tiras del destructor de documentos y las tiró a la basura.

En la convención demócrata, Torrent fue nominado para presidente a la segunda votación.



Una semana más tarde, en la convención republicana, fue nominado por unanimidad.

Se convirtió en el primer presidente desde George Washington que era elegido por todos los votos. Y fue la votación popular más mayoritaria de la historia, naturalmente, ya que sólo quedaban un puñado de candidatos marginales. Pero hubo una participación masiva y, como señalaron encantados los expertos, de haber sacado Torrent sólo la mitad de los votos obtenidos, hubiera seguido teniendo una mayoría más amplia que ningún otro candidato de la historia.

La gente creía en él. Estaba preparada para la paz. Estaba preparada para la unidad.

Y en una casa en Potomac Falls, Virginia, la familia Malich se enteró de los resultados electorales con Bartholomew Coleman como invitado de honor. No hubo suspense, pero la televisión permaneció encendida, llena del sonido de los vídeos de multitudes enfervorizadas y periodistas entusiasmados.

De vez en cuando, Cole y Cessy intercambiaban miradas sagaces.

Cuando los colegios electorales cerraron en California, el presidente Nielson apareció en pantalla. Había sido reelegido al Congreso por su distrito de Idaho por mayoría arrobadora. Parecía sinceramente feliz cuando dijo: «Tengo el gusto de anunciarles mi dimisión como presidente, que será efectiva a partir de mañana al mediodía. Nunca he sido más que un presidente de emergencia, y la emergencia ha pasado. No hay ningún motivo para que Averell Torrent no empiece inmediatamente a hacer el trabajo para el que ha sido elegido por ustedes.» Cecily se echó a llorar. Sólo un momento.

—Es típico de LaMonte. ¿Hemos tenido alguna vez un presidente que no quisiera de verdad el cargo?

—¿Aparte de Warren Harding? —dijo Cole.

—¿De quién? —preguntó Mark.

—Un tipo algo alelado que fue elegido presidente en una ocasión porque tenía pinta de presidente y todos los que aspiraban al cargo tenían demasiados enemigos enconados —contestó Cole—. Pero tu madre tiene razón. Nielson ha hecho un buen trabajo cuando era necesario. Y ha elegido a su sucesor. —Le sonrió a Cecily—. Igual que Trajano y Adriano y Antonino Pío y Marco Aurelio.

—Y dices que no eres historiador... —comentó Cecily, secándose los ojos, pero riendo.

Treinta minutos más tarde, Torrent apareció en pantalla para decir: «Me siento enormemente honrado por la confianza que el pueblo estadounidense ha depositado en mí. Me alegro de que tanta gente haya acudido a votar para mostrar que comparte mi sueño de una nación unida, de un solo pueblo cuyos miembros a veces están en desacuerdo pero siempre se comportan como amigos y buenos ciudadanos. Me

esforzaré al máximo para no defraudar vuestras expectativas. Me conmueve la generosidad y humildad de mi buen amigo, el presidente LaMonte Nielson. No sólo me ha promovido, sino que también me ha formado para el cargo en el que me sitúan vuestros votos. Su voluntaria renuncia a la presidencia es propia de Cincinato, el gran líder romano que, después de haber salvado la ciudad, renunció a cualquier cargo y regresó a su granja para continuar con su vida de ciudadano común.»

—Una referencia a Roma —dijo Cole.

—Pero no a un emperador —contestó Cecily.

Torrent seguía hablando: «Sin embargo, no hay nada de simple en LaMonte Nielson. Continuará sirviendo en el Congreso, y continuará teniendo un lugar en los corazones del pueblo americano, agradecido por su excelente servicio durante nuestra crisis nacional más profunda desde la Guerra Civil.»

—Exactamente las palabras adecuadas —dijo Cecily.

«Mañana juraré el cargo como segundo vicepresidente nombrado como sucesor para la presidencia por renuncia de su predecesor. En enero, juraré de nuevo el cargo para el que he sido elegido. Pero no he olvidado que el pasado junio, el día trece, terroristas extranjeros asesinaron al presidente electo de Estados Unidos, al vicepresidente, al secretario de Defensa, al jefe del Alto Estado Mayor y a otros dedicados servidores del pueblo estadounidense mientras desempeñaban el ejercicio de sus deberes.

»Fue una ofensa a todo el pueblo americano. Durante el torbellino de los meses pasados, nos hemos centrado en los problemas internos. Pero el escándalo de lo cometido contra nosotros no ha sido olvidado. Nuestra respuesta será medida. Será justa. Será concienzuda. Será inevitable.

»Que las naciones del mundo entero busquen la amistad de Estados Unidos. Si vivís en paz con vuestros vecinos, si garantizáis los derechos fundamentales a vuestros ciudadanos, entonces os estrecharemos la mano en perpetua amistad. Os demostraremos que Estados Unidos ansia la paz. La tendremos dentro de nuestras fronteras. Ayudaremos a mantenerla donde se vea amenazada.

»Y aquí, en casa, nos veremos a nosotros mismos no como grupos enfrentados luchando por temas que crean constantes divisiones, sino como una sociedad unida por una cultura compartida, una historia compartida y un futuro común. Construyamos ese futuro juntos, día a día, como vecinos, con respeto, como nos hemos unido esta noche en este gran ejercicio de democracia.» Se acabó. Lo había hecho.

No hubo aplausos, porque no había dado su discurso en la sede electoral. No había ninguna sede electoral. No había hecho campaña. En vez de eso, había ido de ciudad en ciudad, de estado en estado, dondequiera que los candidatos locales accedieran a aparecer juntos con él, en el mismo escenario, y cada uno se había

comprometido a apoyar a su oponente si ganaba. Era como si estuviera haciendo una anticampaña.

Daba su discurso de aceptación tranquilamente sentado en su salón, con un único equipo de televisión. Tras él, estantes de libros. Junto a él, su familia. La imagen perfecta de cómo les gusta a los estadounidenses pensar que son sus presidentes: inteligentes, cariñosos, amables, modestos y sorprendidos de su buena suerte.

—Me pregunto si recordará esa mención a Cincinato dentro de cuatro años —dijo Cole.

—No tendrá que hacerlo si es reelegido —dijo Cecily.

—Parece exactamente el presidente que siempre he deseado.

—Lo mismo digo.

—Espero que sea así.

—Yo también.

Cole se levantó del sofá y se desperezó.

—Vamos a comer galletas.

## Comentario final del autor

La idea original de esta novela no fue mía. A Donald Mustard y sus socios de Chair Entertainment se les ocurrió crear una franquicia de la industria del ocio llamada *Empire* sobre una nueva guerra civil estadounidense en un futuro próximo. Cuando me uní al proyecto para crear una obra de ficción basada en esa premisa, mi prioridad fue idear un modo plausible de que tal hecho se produjera.

Por desgracia, no me resultó nada difícil.

Como no ha habido ninguna guerra civil en las últimas catorce décadas, la gente cree que no puede haber una. ¿Es acaso clara la división geográfica de la línea Mason-Dixon? Cuando se observa la frontera entre estados rojos y estados azules de las últimas elecciones, se obtiene una impresión falsa. La división real está entre los condados urbanos, académicos y tecnológicos y los condados suburbanos, rurales y conservadores cristianos. ¿Cómo podrían ir en comandita los ampliamente dispersos centros «azules» y las igualmente desperdigadas poblaciones «rojas»?

Sin embargo, geografía aparte, nunca hemos estado tan divididos ni ha habido una retórica tan odiosa desde los años que condujeron a la Guerra Civil de 1865. Como la elite de los medios de comunicación nacionales es tan uniformemente progresista, seguimos oyendo hablar (en los medios de la elite) sobre los excesos discursivos de la «extrema derecha». Oyendo a los mismos medios, no hay «extrema izquierda», sólo algún progresista que de vez en cuando dice cosas indebidas.

Pero cualquier observador racional tiene que ver que la Izquierda y la Derecha en Estados Unidos se están gritando mutua y constantemente las acusaciones más viles. Estamos completamente polarizados: si aceptas una idea aparentemente roja o azul, se supone (no, es imprescindible) que aceptes el resto del paquete, aunque no haya motivos para que apoyar la guerra contra el terrorismo implique que estés a favor de prohibir todos los abortos y restringir las armas de fuego; no hay ningún motivo para que estar a favor de mantener los límites impuestos por el Gobierno al mercado libre implique que también estés a favor de dar estatus legal a las parejas homosexuales y en contra de la construcción de reactores nucleares. Estos temas no están ni remotamente relacionados y, sin embargo, si sostienes alguno de los puntos de vista de un grupo, el otro te odia como si los sostuvieras todos, y si mantienes la mayoría de los puntos de vista de un grupo, pero no todos, se te trata como si fueras un traidor por desviarte aunque sea levemente de la línea del partido.

Sin embargo, la cosa va más allá. Una buena definición de fanático es la de alguien tan convencido de sus puntos de vista y sus ideas políticas que está seguro de que todo el que se le opone debe ser estúpido o estar engañado o tener algún interés oculto. Hoy en día somos una nación en la que casi todo lo que está sometido a escrutinio público contiene fanatismo en cada palabra.

Forma parte de la naturaleza humana considerar cuerdas a aquellas personas que comparten la visión global de la mayoría de la sociedad. Sin embargo, de algún modo hemos conseguido dividirnos en dos corduras distintas y mutuamente excluyentes. La gente de cada sociedad se afianza en su locura, convencida de ideas insustanciales que a menudo se contradicen no sólo entre sí sino también por las pruebas objetivas que existen sobre la cuestión. En vez de ser una sociedad permanentemente adaptable por consenso a la realidad, nos hemos convertido en una nación de locos capaces de ver sólo la locura del otro bando.

¿Lleva esto, inevitablemente, a la guerra civil? Por supuesto que no: aunque tampoco lleva a un gobierno estable ni a la continuación a largo plazo de la democracia. Lo que inevitablemente surge de la división es el intento por parte de un grupo, completamente convencido de su rectitud, de usar todas las fuerzas coercitivas disponibles para aplastar los puntos de vista contrarios.

Semejante esfuerzo es, naturalmente, una prueba de locura. Suprimir las creencias de otra persona por la fuerza implica que uno teme profundamente que sus propias ideas estén equivocadas y que está desesperado por que nadie las desafíe. Oh, puedes elaborar un discurso sobre cómo las eliminas por su propio bien o por el bien de otros, pero la gente que tiene fe en sus ideas se contenta simplemente con exponerlas y enseñarlas, no las impone.

El impulso coactivo toma las formas que haya disponibles. En el ámbito académico, se trata de no dar títulos, trabajo o cátedras a gente con ideas distintas. Irónicamente, la gente más implacable a la hora de eliminar las ideas contrarias se congratula de su tolerancia y su diversidad. En la mayoría de las situaciones, la coacción es menos formal y consiste en evitar el contacto... pero hacerlo con uñas y dientes. ¿Dijo Mel Gibson, con dos copas de más, algo que denota su educación en una familia antisemita? Entonces hay que evitarlo, lo que en Hollywood significa que nunca vuelva a ser nominado para un Oscar y que lo tenga mucho más difícil para obtener papeles de prestigio.

Me lo han hecho a mí, repetidamente, tanto la Izquierda como la Derecha. Nunca les basta con no estar de acuerdo conmigo: tienen que prohibirme hablar en una convención o un campus concreto; mis escritos tienen que ser boicoteados; todo lo que pueda hacerse para castigarme por mi disconformidad y, si es posible, para empobrecernos a mí y a mi familia.

Estas respuestas son tan virulentas (repito, tanto por parte de la Izquierda como de la Derecha) que creo que se está sólo a un paso de intentar usar el poder del Estado para apoyar los puntos de vista de cada cual. En la derecha hay intentos de recurrir al Gobierno para castigar a los que queman banderas y promover la oración con el patrocinio estatal. La izquierda prohíbe la libertad de expresión y las manifestaciones pacíficas delante de las clínicas abortistas e intenta servirse del poder del Estado para

forzar la aceptación de la equiparación de relaciones homosexuales al matrimonio. Cada bando considera absolutamente justificado obligar al otro a aceptar sus puntos de vista.

El puritanismo, en su forma no separatista, es desear vivir según las propias reglas, pero en su forma cromwelliana es usar el poder del Estado para apoyar los dictados de un grupo sobre el conjunto de la sociedad, por la fuerza en vez de a través de la persuasión.

Esto a pesar del hecho histórico de que la civilización que ha creado más prosperidad y libertad para más gente es la basada en la tolerancia y el pluralismo, y que intentar imponer una religión (teísta o atea) sobre el resto de una nación o del mundo conduce inevitablemente a la miseria, la pobreza y, habitualmente, al conflicto.

Sin embargo, parece que sólo somos capaces de ver los efectos negativos de la coacción del otro bando. Los progresistas ven el peligro de permitir que las religiones fanáticas (que, según algunas definiciones, significa «todas») tengan el control del Gobierno: sólo tienen que señalar los ejemplos de Irán, Arabia Saudita, el movimiento talibán o, en un sentido más amplio y menos concreto, el mundo musulmán, oprimido hasta el punto de que la islámica es la religión impuesta por el Estado.

Los conservadores, por otro lado, ven el peligro de permitir que las religiones fanáticamente ateas tengan el control del Gobierno y señalan la Alemania nazi y todas las naciones comunistas como ejemplos obvios de utopías políticas desquiciadas.

Sin embargo, ningún bando ve relación alguna entre su propio fanatismo y los ejemplos históricos a él aplicables. La gente que insiste en unos Estados Unidos cristianos simplemente no comprende que otros les vean como «talibanes a la espera de una oportunidad»; los que insisten en el exclusivismo progresista se escandalizan cuando se los compara con el totalitarismo comunista. Aunque aislen o despidan o nieguen la cátedra a aquellos que están en desacuerdo con ellos, todos piensan que son los otros los opresores, mientras que *nuestro* bando simplemente «hace bien las cosas».

Raramente se dispone la gente a iniciar una guerra civil. Invariablemente, cuando una guerra civil estalla ambos bandos se consideran agraviados. Ahora mismo, en Estados Unidos, aunque la izquierda tiene el control de todas las instituciones culturales y de prestigio (universidades, cinematografía, editoriales, prensa), además del de los tribunales federales, se considera oprimida y amenazada por la religión y el conservadurismo tradicionales. Y aunque la derecha controla ambas cámaras del Congreso y la presidencia, además de tener amplios cauces de difusión de sus ideas en medios no tradicionales y un dominio cada vez mayor sobre la vida económica y

religiosa estadounidense, se considera oprimida y amenazada por el dominio cultural de la izquierda.

Y está amenazada, igual que ella amenaza, porque nadie está dispuesto a aceptar la sencilla idea de que alguien pueda no estar de acuerdo con su grupo y seguir siendo un ser humano decente digno de respeto.

¿Puede eso abocar a la guerra?

Sencillamente, sí. En el momento en que un grupo se considera tan agraviado que usa sus propias armas o las armas del Estado para «impedir» que el otro bando lleve a cabo sus planes supuestamente «malignos», entonces ese otro bando no tendrá más remedio que tomar las armas a su vez. Cada bando considerará al otro el instigador.

La enorme mayoría de la gente se sentirá horrorizada... pero también se movilizará, le guste o no.

Es la lección de Yugoslavia y Ruanda. Si antes del holocausto ruandés eras un tutsi que no odiaba a los hutus, casado con una hutu, que contrataba hutus o daba clase a estudiantes hutus, eso no impidió a los hutus descargar sus machetes contra ti y tu familia. Sólo te quedaban dos opciones: morir o tomar las armas contra los hutus, los odiaras anteriormente o no.

Pero la cosa no acabó aquí. Sabiendo que causaban un gran mal, los hutus que llevaron a cabo las matanzas también aniquilaron a todos los hutus lo suficientemente «desleales» para tratar de oponerse a tomar las armas.

Lo mismo sucedió en Yugoslavia. Por intereses políticos, los líderes serbios del gobierno posterior a Tito insistieron con su propaganda del destino manifiesto serbio, que consideraba abiertamente a los croatas y los musulmanes una amenaza para los buenos serbios. Cuando los serbios de Bosnia empuñaron las armas «para protegerse» de ser gobernados por una mayoría musulmana (instados y apoyados por el gobierno serbio), ¿qué otra opción tuvieron los musulmanes serbios sino empuñar las armas para defenderse? Por tanto, ambos bandos decían actuar en defensa propia y, poco después, eso hicieron.

Y como se demostró tanto en Ruanda como en Bosnia, las divisiones geográficas claras no son necesarias para padecer brutales y sangrientas guerras civiles. Lo único que hace falta es que cada bando crea que, si no toma las armas, el otro lo destruirá.

En los Estados Unidos de hoy, nos complacemos en la creencia de que aquí no puede suceder. Nos olvidamos de que Estados Unidos no es una nación étnica, con lazos de sangre ancestrales capaces de unir a la gente a pesar de sus diferencias. Nos une la ideología; las ideas son nuestra única conexión. Y como hemos rechazado el mercado libre de ideas y nos hemos polarizado en dos ideologías igualmente insanas, cada bando puede, con perfecta precisión, acusar de locura al otro, y estamos maduros para dar el siguiente paso, emprender acciones preventivas para impedir que el otro bando tome el poder y oprima al nuestro.

Los ejemplos son, o deberían ser, obvios. Que seamos por lo común ciegos a los excesos de nuestro propio bando simplemente demuestra lo cerca que ya estamos de un paroxismo autodestructivo.

Estamos esperando un Fort Sumter.

Espero que no lleguemos a eso.

Mientras tanto, no obstante, aquí está esta novela, en la que trato de describir personajes que se esfuerzan por no caer en la locura... y que, sin embargo, también intentan impedir que la locura de los otros destruya Estados Unidos. Esta historia es de ficción. Es un entretenimiento. No creo que una nueva guerra civil sea inevitable; y si la hubiera, no creo que tomara necesariamente la forma que muestro en este libro, ni política ni militarmente. Como la guerra descrita en estas páginas no ha sucedido, desde luego no declaro a ningún bando de nuestra polarizada vida pública culpable de haberla causado. Sólo digo que para los propósitos de este libro, tenemos este conjunto de causas; en el mundo real, si alguna vez fuéramos tan estúpidos como para permitir que vuelva a haber una guerra, tendríamos obviamente un conjunto distinto de causas específicas.

Vivimos en una época en la que la gente como yo, que no desea elegir la ideología ridícula e inconsistente de ningún bando, está siendo obligada a elegir y a aceptar un absurdo paquete completo o el otro.

Vivimos en una época en que los moderados son tratados peor que los extremistas y se los castiga como si fueran más fanáticos que los verdaderos fanáticos.

Vivimos en una época en la que se prefieren las mentiras a la verdad y las verdades son llamadas mentiras, en la que se supone que los oponentes tienen los peores motivos imaginables y se les trata de manera expeditiva y en la que recurrimos inmediatamente a la coerción sin molestarnos en averiguar qué están diciendo realmente los que están en desacuerdo con nosotros.

En resumen, nos estamos preparando para una nueva edad oscura: la oscuridad de las orejeras que llevamos voluntariamente, y que, si no nos las quitamos y nos vemos unos a otros como seres humanos con preocupaciones legítimas y virtuosas, nos llevarán a tragedias cuyo coste soportaremos durante generaciones.

O, tal vez, podamos calmarnos y dejar de pensar que nuestras propias ideas son tan preciosas que nunca debemos ceder ni un ápice para aceptar las creencias de los otros.

¿Cómo podemos conseguirlo? Lo primero es desdeñar las voces extremistas del bando en el que estamos alineados. Los demócratas y los republicanos deben renunciar a los que gritan y difunden el odio desde su propio bando en vez de continuar abrazándolos y denunciar solamente a los que gritan desde el bando contrario. Debemos moderarnos nosotros mismos en vez de insistir en moderar al otro mientras alimentamos nuestro propio fanatismo.



A la larga, la gran masa de gente que simplemente quiere seguir con su vida puede dar forma a un futuro de paz. Pero para eso hace falta que busque de manera activa la moderación y rechace los extremismos de ambos bandos, no sólo de uno. Porque es precisamente la gente corriente, que ni siquiera se preocupa demasiado por estos asuntos, la que acabará sufriendo más en cualquier conflicto que pudiera surgir.

## Agradecimientos

Vaya mi agradecimiento en primer lugar para Donald Mustard y su equipo de Team Entertainment, que empezaron a desarrollar el videojuego de *Empire* y, sin embargo, se comprometieron a no ceñirse a ningún argumento para que yo pudiera crear con libertad los personajes, situaciones y hechos de esta novela y desarrollarlos orgánicamente. Su trabajo me proporcionó la idea de una nueva guerra civil estadounidense, de los mecas y los aerodeslizadores, de la subida y bajada del nivel de un embalse del estado de Washington y del héroe cuya vida se extingue y deja a los demás encargados de la victoria. Fueron fructíferas semillas que regar en una historia que, por lo demás, es mía.

En los últimos años, a medida que mi novela *El juego de Ender* se ha ido haciendo más popular y ha sido más discutida en las comunidades militares estadounidenses, he tenido oportunidad de conocer a muchos soldados y me he quedado profundamente impresionado, no sólo por las conocidas virtudes militares de valor, compromiso y lealtad, sino también por el grado de inteligencia, educación, apertura de miras, iniciativa, tolerancia, paciencia y sabiduría que no son sólo virtudes individuales, sino también admiradas y anheladas por una porción sorprendentemente vibrante y sana de la sociedad estadounidense. Nuestros soldados, naturalmente, no son inmunes a las enfermedades que afligen a instituciones semejantes por todo el mundo, pero son conscientes de esos problemas potenciales y muchos oficiales inteligentes y dedicados buscan constantemente evitarlos en su servicio a nuestro país. Los admiro por ello.

Sin embargo, no los nombro, más que nada porque no querría que a ninguno de ellos se le achacaran los muchos errores que sin duda habré cometido al escribir este libro. Nunca he servido en el Ejército y, cuando trato de describir una sociedad compleja y longeva, ninguna cantidad de información compensa la carencia de no haber pertenecido a ella. Los errores que aquí aparecen son míos. A aquellos que me han ayudado a alcanzar el grado de comprensión al que he llegado, les doy las gracias. Sabéis quiénes sois. Que Dios os acompañe.

Durante la redacción de este libro confié, como nunca antes, en internet. Cuando creo un mundo de fantasía o de ciencia ficción, o trabajo en un periodo histórico, internet normalmente no me sirve de nada. Me baso en mi imaginación o en información histórica tan antigua que sólo puede encontrarse en los libros. Con *Imperio*, sin embargo, estuve trabajando en el futuro inmediato, y por eso la información contemporánea fue esencial.

La página web [www.usmilitary.about.com](http://www.usmilitary.about.com) me proporcionó información sobre las armas específicas que mis personajes deberían llevar en combate. Google Maps me llevó paso a paso a lo largo de las escenas de persecución y combate en Washington

D. C. y Nueva York, y me ayudó a encontrar la ruta de Cole hasta el estado de Washington; Google Earth me permitió localizar dos improbables embalses de presas impracticables en la franja de tierra situada cerca de la autopista Doce, entre Santa Helena y el monte Rainier.

Como siempre, confié en mi equipo de prelectores. Como tienen cada cual su propia vida, a veces les voy dando capítulos cuando no disponen de tiempo para leerlos. Así que en el avance de una novela a veces me ayuda un lector, a veces otro. Al principio de este libro, Aaron Johnston y Erin y Philip Absher me dieron rápidas y valiosas respuestas; posteriormente esa responsabilidad fue de Kathryn H. Kidd y Geoffrey Card, quienes me mantuvieron al tanto de problemas y posibilidades. Miembros del forum de mi web , como Alexis Gray y Marc Van Pelt, también encontraron errores.

Naturalmente Donald Mustard, que estaba creando el juego paralelamente a la redacción de la novela, leyó cada capítulo y respondió valiosamente. En concreto, les debo a él y a su hermano Jeremy parte de las conclusiones de los dos últimos capítulos.

También me animaron mucho las observaciones de mi amiga y colega Lynn Hendee, en cuyo juicio confío hace tiempo.

Como pasa con todos mis libros, mi esposa Kristine leyó antes que nadie cada capítulo, como siempre pilló muchos errores y me alertó de problemas que nadie más advirtió. Hasta que ella queda satisfecha, el capítulo no está terminado.

Y mi editora, Beth Meacham, no sólo me hizo excelentes sugerencias en momentos fundamentales del proceso de escritura, sino que también dejó otros trabajos para leer los capítulos en el momento en que eran escritos. A causa de eso, y de su heroico trabajo a favor del libro cuando desarrollar la historia me costaba más de lo que yo esperaba, pudimos cumplir el plazo de entrega y publicarlo en otoño de 2006, apenas cuatro meses después de que hubiera empezado a escribirlo.

También le doy las gracias al resto del personal de TOR, que ha compensado mi tardanza y mis errores. Estoy orgulloso del aspecto que tiene este libro y de cómo lo habéis presentado al público.

En cuando a mi editor, Tom Doherty: gracias por apostar por mí a ciegas y confiar en que cumpliría. Que no tengas una úlcera no se debe a mí.

Barbara Bova, mi agente, es a la vez mi protectora y mi provocadora: han sido treinta años emocionantes, ¿verdad?

Y Zina Card, que pasaste horas viendo episodios de *24* con Kristine y conmigo para que yo pudiera ir pillando el ritmo y la energía a un *thriller* efectivo, gracias por tu deliciosa compañía y por tu paciencia con mi insistencia en hacerte visitar Washington D. C. dos veces este verano. Ya puedes recuperar tu vida familiar normal... al menos hasta el próximo libro.



Orson Scott Card, Escritor americano, es conocido por sus novelas de ciencia ficción, con las que ha logrado grandes éxitos como *El juego de Ender* o *La voz de los muertos*.

Card estudió en la Universidad de Utah y profesa la religión mormona, debido a lo cual vivió dos años en Brasil como parte de su formación. La iglesia fue importante en los inicios literarios de Card ya que fue en la revista mormona *Ensign* donde publicó sus primeros trabajos en 1977.

El salto a la ciencia ficción llegó con *El juego de Ender*, que pasó de novela corta a novela en 1977 y con la que consiguió el premio más prestigioso del género, el Hugo, algo que también conseguiría con su continuación, *La voz de los muertos*.

A partir de ese momento, la prolífica carrera de Card se dispara con varias continuaciones de *Ender* y la creación de las sagas de *Alvin Maker* o *La saga del retorno*. Además, Card se ha dedicado a dar clases de *Escritura Creativa*, con la intención de aplicar nuevas técnicas de enseñanza.

A lo largo de su carrera, Card, además de varios Premios Hugo, ha sido merecedor de galardones como el Nebula, el John W. Campbell o el Locus.

# Notas

[1] En inglés, NRA, National Rifle Association. (N. del T.) <<

[2] En inglés, AARP, American Association A Retirer Persons. (N. del T.) <<

[3] «Estado rojo», estados donde predomina el Partido Republicano; «estado azul», estados donde domina el Partido Demócrata. La elección de los colores es inversa a nuestros antiguos «azules» y «rojos», (N. *del T*) <<



[4] Sección de elite de la Marina estadounidense, (*N. del T.*) <<

[5] La radio pública de Estados Unidos, guía de la intelectualidad del país. (N. del T.)

<<

[6] El programa se emite de hecho en la cadena. (*N. del T.*) <<

[7] National Association for Stock Car Auto Racing, «Asociación Nacional de Carreras de Automóviles de Serie». (N. del T.) <<

[8] Una de las principales compañías de transportes de Estados Unidos. (N. *del T.*) <<

[9] Theodore Kaczynski, conocido como Unabomber, fue un matemático brillante que se autoimpuso un exilio de veinticinco años en una cabaña de montaña. Mató a tres desconocidos e hirió a otras veintidós personas. (N. del T.) <<

[10] Se refiere a la obra de Edward Gibbon. (N. *del T.*) <<

[11] William Clark dejó el Ejército en 1796 para viajar con su gran amigo Meriwether Lewis. En 1803, Lewis le propuso compartir el mando de la expedición que estaba formando bajo el auspicio del presidente Thomas Jefferson, la llamada Corps of Discovery. La expedición duró tres años, y aunque técnicamente era un subordinado y estaba bajo el mando de Lewis, en la práctica ambos compartieron el mando ante la insistencia de éste. Clark se concentró sobre todo en la confección de mapas, la gestión de la logística y los suministros, y en la identificación y clasificación de plantas y animales autóctonos. (N. del T.) <<



[12] Sacajawea (1787-1812) fue una mujer perteneciente a la tribu Shoshone que acompañó y guió a Las Tropas del Descubrimiento lideradas por Lewis y Clark en la exploración de la parte oeste de Estados Unidos; viajó con la expedición desde Dakota del Norte hasta el océano Pacífico en la actual costa del estado de Oregon entre los años 1804 y 1806. (N. del T.) <<

[13] El patoso ayudante del sheriff de la serie The Andy Griffith Show, interpretado por el cómico Don Knotts. (N. del T.) <<

[14] En los almacenes Goodwill se venden antigüedades y objetos de colección procedentes de donaciones. (N. del T.) <<

[15] Johnny Appleseed era el seudónimo de John Chapman (1774-1847), un pionero que introdujo el manzano en buena parte de Ohio, Indiana c Illinois. (N. del T.) <<